

EL AÑO QUE DEJÓ DE LLOVER

EVA M. SOLER - IDOIA AMO



1ª Edición: Abril 2016

©2016 by Eva. M . Soler

©2016 Idoia Amo

©2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com

Diseño de cubierta:

© by Nune Martínez

Conversion

a

epub: Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

SINOPSIS

“ Bienvenidos a Kiltarlity. Un pequeño pueblo escocés donde no faltan los hombres rudos, los dialectos imposibles, la tradición de los clanes milenarios y, por supuesto, la persistente lluvia.

A sus treinta y dos años, Leslie Ferguson ha logrado alcanzar el éxito en el trabajo y posee un alto nivel económico, pese a que su carácter avinagrado no despierta demasiadas simpatías en sus relaciones sociales. Cuando es enviada a un pequeño pueblo de Escocia por motivos laborales, la estirada joven no tiene más remedio que

viajar hasta allí acompañada por su ayudante personal, Shane. Pronto, Leslie descubrirá que su refinado estilo de vida no es compatible con este lugar: sus empleadas no la respetan, no tiene centros comerciales donde satisfacer su vena consumista, y el encargado de ayudarla en su proyecto es un atractivo highlander que no para de burlarse de ella.

Pero lo que parecía ser una pesadilla compuesta por niebla, humedad y gente tosca, no solo pondrá a prueba su paciencia durante un año, sino que cambiará su vida de forma radical...”

EL AÑO QUE NO DEJÓ DE LLOVER

Idoia Amo

Eva M. Soler



EDICIONES
ORAL
ROMÁNTICA

Contenido

<u>INVIERNO</u>	<u>3</u>
<u>Doce puntos</u>	<u>4</u>
<u>Once puntos</u>	<u>26</u>
<u>Diez puntos</u>	<u>45</u>
<u>Nueve puntos</u>	<u>65</u>
<u>PRIMAVERA</u>	<u>81</u>
<u>Ocho puntos</u>	<u>82</u>
<u>Siete puntos</u>	<u>96</u>
<u>Seis puntos</u>	<u>108</u>
<u>VERANO</u>	<u>126</u>
<u>Cinco puntos</u>	<u>127</u>
<u>Cuatro puntos</u>	<u>143</u>

Tres puntos 158

OTOÑO 173

Dos puntos 174

Un punto 189

Cero puntos 200

INVIERNO

Del 21 de diciembre al 20 de marzo

20 días de lluvia

20 días de nieve

5 días de aguanieve

5 días de tormentas

10 días con niebla, lluvia, nieve y
tormentas

Doce puntos

Leslie Ferguson colgó el teléfono con un golpe brusco. La expresión de su rostro era una mezcla entre incredulidad y cabreo, con un tanto por ciento más elevado de lo segundo, y eso que su última inyección de *botox* le ponía muy difícil expresar emociones. Un *botox* innecesario, ya que tenía unas facciones preciosas, con pómulos marcados, ojos y cabello oscuro, figura armoniosa... pero, al igual que muchas mujeres, había caído en la trampa de la promesa de la eterna juventud. Y eso que solo tenía treinta y dos años, pero daba igual: cuanto antes se preparara para lo que

estaba por venir, mejor.

Se tomó unos minutos para asimilar lo que acababa de escuchar al otro lado de la línea: tenía que viajar a Escocia. Un par de semanas atrás, su jefe le había pedido que fuera hasta allí para buscar algún terreno óptimo de cara a la construcción de un campo de golf de lujo. La campiña escocesa era muy apetecible, sobre todo en pueblos pequeños donde había posibilidad de conseguirlos a un precio razonable. Sin embargo, Leslie no quería ni oír hablar de ese viaje, de manera que se había negado a ir.

—Es mucho mejor buscar en Irlanda —había sido su comentario.

Alan, jefe de la empresa, había

torcido un poco el morro ante aquel pequeño motín; ya insistiría más adelante. Pero ella dejó claro que no deseaba viajar a Escocia, porque durante la semana siguiente le había presentado un montón de proyectos en Irlanda, de los cuales naturalmente se había encargado Shane, su ayudante personal. Que ahora que lo observaba con su mirada de halcón desde su despacho, parecía no haber dormido en días, pero eso a ella le daba igual.

Lo importante era la llamada. De Kiltarlity, un pueblecito perdido escocés con menos de mil habitantes. Apretó un botón de su teléfono y esperó.

—¿Sí?

—Shane, métete en *Google* y busca

información sobre Kiltarlity. Está en Escocia.

—En seguida te lo mando.

—En dos minutos. —Y colgó.

Ignoró la cara que estaba poniendo su ayudante, y empezó a jugar con el bote de los bolígrafos hecha un manojo de nervios. Miró fijamente el segundero del reloj, tratando de no perder el control, pero es que ese nombre... ese nombre era el último que le apetecía escuchar.

Descolgó el teléfono otra vez.

—¿Shane?

—¡¿Qué?! Solo ha pasado un minuto, ¡dame tiempo!

—Ven a mi despacho.

Y de nuevo depositó el auricular con

tanta fuerza que sin duda los del piso superior debieron sentirlo. Se cruzó de brazos resoplando, mientras Shane se tomaba su tiempo para llegar. Leslie sabía que lo hacía a propósito. Era el mejor ayudante del mundo, y por lo general sabía estarse callado, pero de cuando en cuando le asomaba aquel ramalazo irlandés y se ponía impertinente... Menos mal que había conseguido, después de meses, que fuera a trabajar con traje y no con vaqueros, como era su intención. Leslie le llevaba tres años, pero parecían muchos más ya que Shane, con sus ojos claros y su pelo castaño algo más largo de lo deseable, tenía un aire demasiado juvenil. Y buenos pómulos, que ya los querría para

sí misma. Sí, los suyos también eran impresionantes, pero así era Leslie. Quería sus pómulos, y los de los demás. Era esa clase de mujer.

Cuando la puerta se abrió, soltó un largo resoplido.

—¿Qué pasa? —preguntó el chico.

—Ven —le ordenó, en un tono que no daba lugar a duda.

—Estoy en ello —replicó Shane, sin acelerar su ritmo.

—Mira, Shane, hoy no es el mejor día para que me vengas contestón. No quisiera tener que despedirte.

No lo haría y ambos lo sabían, pero Shane miró al techo y llegó hasta su sitio. Leslie no encontraría un ayudante/secretario/esclavo tan eficiente

como él que aguantara su carácter y lo tenía claro, pero la llamada la había puesto de tan mal humor que le resultaba difícil controlarse, y Shane era el blanco perfecto para volcar su cabreo. Cogió aire para calmarse y no seguir por ahí; después de seis años trabajando para ella esperaba que no la tomara en serio, pero nunca se sabía cuándo podía asomar «el ramalazo irlandés».

—Yo tampoco, Leslie —lo oyó decir, y eso la tranquilizó.

—Me acaban de hacer una llamada que... a ver si me explico: me han llamado de un pueblo escocés llamado Kiltarlity...

—¿Has dicho Kiltartily?

—No, al revés, Kiltarlity.

—Kiltarlity, entendido. Anda que no es difícil de pronunciar... sigue, ¿por qué te han llamado?

—Mi padre está en coma —soltó de sopetón.

Shane la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Tienes padre?

—No seas idiota, ¡claro que tengo padre! —refunfuñó Leslie, pegando un golpe encima de la mesa para evidenciar su enfado—. ¡Todo el mundo tiene padre!

—Ya, pero como nunca te he oído hablar de tu familia para nada... ya me entiendes.

Seis años trabajando para ella, y era la primera vez que la escuchaba

mencionar algo remotamente parecido a un familiar. Lo único que sabía de su jefa en ese aspecto era que se había criado con su madre, y que esta había muerto justo al cumplir Leslie los dieciocho años.

Era curioso: sabía todo tipo de detalles irrelevantes sobre su jefa, como su talla de ropa, el perfume que usaba, la comida vegana que consumía, lo que ganaba, su decorador... pero nada personal. Bueno, le hacía las reservas en los restaurantes cuando por algún extraño milagro tenía una cita, pero nada más. Y esas citas rara vez se repetían, lo que por otro lado era normal, ya que Leslie era insoportable y aún no se había percatado de que no podías tratar

igual a tu ayudante que a un hombre con el que salías de forma romántica. Pero a él no le pagaban para explicárselo, así que pasaba de complicarse la vida intentando humanizar a su jefa.

—Pues tengo. Un padre que vive en Kiltarlity, y esto es lo mejor: es el alcalde.

Shane se quedó esperando la siguiente parte, la que le había hecho enfadar.

—Como está en coma —continuó ella—, parece ser que reclaman a su hija para que se encargue de sus asuntos allí... por lo visto, es mi obligación.

—¿Sustituir a tu padre alcalde? —Leslie asintió—. Vale, déjame ver que encuentro.

Empujó la silla giratoria para apartarla del escritorio con todo el descaro del mundo, algo que Leslie decidió pasar por alto. Desde luego, ¡qué paciencia tenía! Estaba segura de que ningún otro jefe consentía a sus ayudantes tanto como ella al suyo... aunque no tenía otro remedio, ya que no le apetecía en absoluto ponerse a bucear entre burocracia para obtener respuestas. La parte aburrida era cosa de Shane, no suya, así que se incorporó para ir hasta la cafetera de cápsulas último modelo y le dejó indagar a través de internet, mientras escogía entre los cafés de origen orgánico.

Tras dar al botón y añadir unas gotas de leche de soja, dio un sorbo e hizo un

gesto de desagrado. Hasta el café le sabía mal, ¡puñeteros escoceses!

—Aquí pone que es una costumbre milenaria de los clanes de la zona y que siempre se ha respetado —informó Shane, en tono neutral.

A Leslie le faltó poco para tirar el café del impacto.

—¿Me estás diciendo que tengo que ir? —preguntó, agarrando la taza con tanta fuerza que parecía a punto de romperla.

—No, no, yo solo te informo de lo que pone aquí. Supongo que podrías librarte juez mediante, o algo así, pero no creo que valga la pena.

Leslie lo fulminó con la mirada.

—No quiero ir a Escocia.

—Sé que Escocia no está en el *top* de tus lugares favoritos para viajar, pero si lo piensas con calma verás que no es tan grave. Vas, te informas de qué sucede exactamente, y ya de paso pues... ¿ves qué tal está tu padre?

Ella hizo una mueca.

—No me importa cómo está mi padre.

—Eso ha sonado duro hasta para venir de ti —Shane regresó al ordenador, dejándola pensativa hasta que volvió a hablar—. Vaya, sí que es pequeño. Es verdad que tiene menos de mil habitantes, pero oye, parece que los terrenos son espectaculares.

Leslie permaneció en silencio, cruzada de brazos, mientras su cabeza

trabajaba a toda velocidad: no, por descontado que no le apetecía ir allí, y menos ver al capullo de su padre, por muy en coma que estuviera. No es que le interesaran los rollos de un pueblucho de mala muerte perdido en la campiña, pero por otro lado, podía aprovechar ese viaje para dar con los terrenos que buscaba Alan. Quizás podía sacar algo positivo económicamente de aquella eventualidad, si se hacían con esas tierras significaría mucho dinero para ella.

Shane la observó, alzando una ceja.

—¿Qué estás pensando? Conozco esa cara.

—Podemos ir —Leslie ya parecía haberlo decidido—. Aunque lo de mi

padre y la alcaldía es lo de menos.

—¿Podemos? —repitió él, sin cambiar de cara.

—Sí, claro. Esto es trabajo, tienes que venirte conmigo —se aproximó hasta su mesa, donde Shane continuaba mirándola sin dar crédito—. Aprovecharemos el viaje para buscar los terrenos que quiere Alan. Ya que tengo que ir hasta allí para evitar alguna estupidez legal, qué menos que sacar provecho de ello.

Shane empezó a protestar.

—Me has tenido una semana trabajando en modo esclavo sobre Irlanda, ¿y ahora me dices que has cambiado de opinión?

—No seas dramático —replicó

Leslie—. Sé que has dormido poco los últimos días, pero ya que se ha presentado la ocasión tenemos que...

Él empezó a hacer cálculos rápidos mientras Leslie seguía disertando. Ese viaje, con ese trabajo, implicaba tiempo.

—Es Diciembre —insistió.

—¿Y qué?

—Leslie, ese viaje se va a alargar mucho y lo sabes de sobra. ¿Me vas a tener trabajando en Navidad? —Puso cara larga.

—¿Qué pasa, tenías planes? —preguntó, con cierto tono despectivo.

Para ella, las navidades no significaban nada. De hecho, despreciaba esa época del año, con sus celebraciones y sus comilonas. No

entendía qué tenía de especial sentarse en una mesa rodeada de familiares. Le daba urticaria solo de pensarlo, por no hablar de la ingesta de carbohidratos, la cual se le antojaba impensable.

—La gente suele reunirse con su familia en navidad, ¿lo sabías?

—Bah, en tu casa sois muchos, no creo que tus padres noten que falta uno de sus hijos —respondió Leslie sin darle importancia.

Una vez se había interesado por la familia de Shane, y casi había sufrido un mareo cuando él había empezado a dar nombres, tantos que había hecho un gesto para interrumpirlo. Después había anotado en su agenda no volver a sacar el tema: no le interesaba.

—Pero... —empezó a decir el chico.

—En el fondo te estoy haciendo un favor y lo sabes. ¡Con lo tediosas que son las reuniones familiares! —Al ver que Shane iba a replicar, hizo un gesto tajante—. Bueno, se acabó la parte en la que parezco una jefa comprensiva. Vete a buscar los vuelos y el alojamiento, y si no quieres venir, entonces busca a alguien que te reemplace.

Shane sacudió la cabeza, pero se levantó y abandonó el despacho, seguramente mordiéndose la lengua para no decir nada de lo que se pudiera arrepentir después.

Leslie se encogió de hombros. Ya se le pasaría, es más: seguro que después

le agradecía haberle ahorrado esa reunión familiar.

* * *

Cuando dos días después Leslie terminó de hacer sus maletas, también aprovechó para mirar con cariño su precioso y elegante apartamento en Southwark; las vistas al Támesis siempre le habían parecido maravillosas, y la zona era de las mejores de Londres. Aguardaba al taxi que debía recogerla para ir al aeropuerto, y no podía evitar pensar que era una triunfadora. Que una mujer de su edad tuviera ya esa posición...

Una hora después sonó el timbre; se

aproximó para pulsar el botón, y el portero le indicó que su taxi había llegado, y que el conductor subiría para ayudarla con el equipaje. Vio como el buen hombre palidecía al ver las tres maletas y a la dueña de ellas, que con aquel aspecto estaba claro que no pensaba echarle una mano para trasladarlas hasta el automóvil.

No se confundió, por lo que tuvo que hacer dos viajes, y al fin Leslie se dignó a sentarse en la parte trasera del vehículo con gesto distante. Observó con melancolía su edificio mientras se alejaban, pero se recompuso; seguro que donde iban encontraría algo a su altura. Aunque fuera pequeño, eso no significaba que no pudiera tener algunas

viviendas de lujo... todos los sitios tenían zona buenas y menos buenas, así que dejó de dar vueltas al tema. Shane había comentado algo sobre la escasez de alojamientos, pero seguro que solo lo había dicho por fastidiarla, y olvidó del todo el tema cuando el coche se detuvo.

El taxista cogió la propina, pensando que tendría que reinvertirla en una visita al masajista, y dejó a aquella estirada que vestía como una ejecutiva en el aeropuerto. Shane ya la estaba esperando, con cara de mal humor.

—Llegas tarde —le dijo.

—¡Pero si el avión no puede marcharse sin nosotros! Calma. Avisa a quien sea para que se lleve mi equipaje, ¿quieres?

—Tienes que facturar tú misma — replicó él, y Leslie lo miró sin entender —. Esto es un Easyjet, no hay primera clase.

Leslie abrió la boca, incrédula.

—¿Que no hay primera clase?

—Exacto. Vas a tener que ir en turista. —Shane la empujó hacia la cola.

—Pero... —Ella miró alrededor, como si buscara ayuda—. ¿Tengo que encargarme yo de todo? —Vio como el chico asentía y sintió un odio intenso hacia el universo—. Pero si apenas puedo con una sola de esas maletas... Shane...

Hizo un intento de poner cara de pena, recurso que había observado infinidad de veces en muchas mujeres a

lo largo de su vida. Siempre funcionaba, sobre todo con los hombres... jamás había usado ese as, como ella era autosuficiente no lo necesitaba. Quizás debiera practicar: estaba claro que no lo hacía bien porque Shane la miraba como si le faltara un tornillo.

A la mierda.

—Ayúdame ahora mismo —ordenó, tajante.

—Pero, ¿qué llevas aquí? —protestó él, haciendo rodar las maletas mientras la fulminaba con la mirada.

—Todo —dijo Leslie, sin mentir.

No sentía el menor remordimiento al ver su esfuerzo por mover su equipaje... era una mujer, necesitaba muchas cosas y todo el mundo lo sabía. Su ropa, de

diseño y calidad, para cualquier situación o fiesta; los zapatos, botas... todo de tacón, por supuesto. Las planchas del pelo: vitales. Desde los trece años, su cabello había dejado de ser ondulado para lucir un liso asiático de lo más elegante, lo que iba estupendo con su imagen profesional. Sus cremas y cosméticos, sus perfumes, carpetas de trabajo, el portátil, y así un montón de artículos imprescindibles. Imprescindibles en su vida, pero que mejor si acarreaba otra persona que no fuera ella. Además, acababa de hacerse la manicura y Orson le cobraba un dineral cada vez que acudía a visitarlo en su salón de belleza. Aunque era dinero bien invertido, por supuesto, pero

el problema era que no sabía cuándo podría hacerse una de nuevo. A saber qué salón de belleza había en ese pueblo, ella no dejaba que cualquiera tocara sus preciosas uñas.

Esperó a que llegara su turno, un poco nerviosa porque había ido con el tiempo justo, sin saber que debería hacer cola porque no había clase *business*. ¿Cómo era posible aquello? Iba a protestar cuando al fin le tocó.

—Hola. —La joven tendió la mano para que le diera su identificación y la buscó en el ordenador—. Sí, Leslie Ferguson. ¿Equipaje para facturar?

—Solo esto. —Señaló ella con indiferencia.

—Sí, solo estas tres maletas de cien

kilos cada una —añadió Shane con una mueca.

Leslie lo ignoró, girándose a la joven con una sonrisa que venía a decir «los hombres no entienden que nosotras necesitamos muchas cosas». La chica echó un vistazo, y no pareció empatizar mucho con ella, porque tecleó en su pantalla y dijo:

—Con su billete entra una, las otras dos tendrá que pagarlas aparte. Treinta libras por maleta.

—¿Eso es normal? —le siseó a Shane.

Aquella situación era increíble. Por norma general, Leslie no se preocupaba de esas nimiedades, siempre había alguien que se encargaba de llevar sus

maletas y dejárselas en la habitación del hotel donde estuviera alojada. Incluso en una ocasión, cuando entró en su *suite* se encontró con todo guardado en los armarios, ropa incluida.

—Sí, es lo normal —respondió él, sacándola de su ensoñación.

—Pues no me gusta nada. Que sepas que estoy muy descontenta —gruñó, como si fuera su culpa que no hubiera clase *business* para ese vuelo.

—Menuda novedad... —lo oyó murmurar.

Ya iba a añadir algo cuando la azafata carraspeó.

—Si es tan amable de depositar las maletas en la cinta, todos podremos seguir con nuestras vidas.

Aquello parecía más fácil de decir que de hacer; ignoró a aquella impertinente y se alegró de no haber despedido a su ayudante, ya que sin él no hubiera podido llevar a cabo semejante tarea.

Vale, sí, tal vez se había pasado un poco metiendo chucherías...

—Ufff —Leslie resopló, una vez ambos bultos estuvieron en la cinta transportadora—. Tranquilo, Shane, ya no tendremos que hacerlo otra vez. Cuando lleguemos a Kiltarlity cogemos a uno de esos que van por los aeropuertos llevando los equipajes.

Shane no lo tenía muy claro, pero se calló. Leslie pagó el suplemento, y por fin pudieron atravesar la puerta de

embarque para meterse en el avión.

En cuanto vio la cara de su jefa al asomarse al interior, Shane se dio cuenta de que, aunque el viaje solo duraba hora y media, iba a ser el más largo de su vida.

Leslie miró la tarjeta de embarque y el número del asiento de nuevo, incrédula. ¡Aquello era estrechísimo!

Shane la empujó con suavidad, ya que se estaba formando una cola tras ellos.

—Siéntate, hay gente esperando — dijo.

—¿Se supone que tú y yo vamos a ir ahí sentados? ¡Si no cabemos! Me vas a estar molestando todo el viaje.

—¿Hay algún problema, señorita?

—preguntó la azafata, con una sonrisa amable.

Shane empujó de nuevo a Leslie, esta vez con más fuerza, para evitar que contestara. Solo les faltaba que se pusiera impertinente y los echaran del avión.

—Ninguno —contestó con una sonrisa.

Leslie había caído sobre el asiento y estaba intentando recuperar la compostura, así que Shane aprovechó para colocar sus maletas de mano en los compartimentos superiores y ocupar el asiento a su lado.

—Esto es tercermundista —protestaba ella, intentando sentarse sin chocarse con la ventanilla ni el brazo

del asiento contiguo—. ¡Azafata, azafata! —La aludida se acercó con cara de paciencia—. Necesito una copa, o un té de hierbas ecológicas. Y un sándwich macrobiótico, noto como me está bajando la tensión. Tráigame la carta.

—Disculpe, señorita, pero no servimos nada hasta que se haya iniciado el vuelo.

—¿Cómo?

—Y no tenemos ese tipo de comida, solo café y té normal y sándwich *club*.

—¿Qué? ¡Esto es intolerable! Quiero la hoja de reclamaciones.

—Enseguida se la traigo. Ahora abróchese el cinturón, por favor. Vamos a cerrar las puertas e iniciar el despegue.

Se alejó sin esperar por si tenía algo que añadir. Leslie estaba a punto de tener un ataque, no podía creer aquel trato por parte de la tripulación. Se abrochó el cinturón con gestos bruscos, cuidando de no pillarse los dedos.

—Shane, esto es un punto menos en tu valoración anual, tenlo en cuenta.

—Mejor no hablamos de puntos —murmuró él.

—¿Qué?

—Digo que mejor no hablamos de puntos, porque en una escala del uno al diez, te darían un doce por antipática.

Leslie abrió la boca, asombrada. Shane se quedó igual unos segundos, al darse cuenta de que lo había dicho en voz alta. Pensó que quizá se había

pasado un poco, pero es que perder las navidades con su familia le parecía excesivo, así que su umbral de tolerancia a las extravagancias de su jefa había bajado bastante aquellos días.

Por suerte, la azafata apareció cual ángel salvador y le entregó un fajo de hojas a Leslie.

—Aquí tiene, señora.

Leslie refunfuñó algo ininteligible sobre la educación y que no era una «señora» antes de sacar una de sus caras plumas, así que Shane se dio por salvado al menos por el momento: la furia de Leslie estaba dirigida a otro lugar.

El comandante avisó del inicio de las maniobras de despegue, y el avión

comenzó a moverse hacia la pista mientras las azafatas realizaban el discurso protocolario con relación a las medidas de emergencia.

Shane cerró los ojos para intentar descansar un poco, pero fue inútil. Pocos minutos después, Leslie pidió su portátil, así que tuvo que levantarse para alcanzárselo. Después necesitó ayuda para cumplimentar la reclamación, ya que con un par de hojas no tuvo suficiente. Más tarde la azafata le llevó todos los té que tenían disponibles, pero ninguno fue de su agrado, al igual que con la comida: nada de la escueta carta se adhería a sus requisitos.

Hora y media después, el avión inició el descenso, para alivio de Shane

y del resto del pasaje.

Leslie se asomó a la ventana, y entre las nubes distinguió una masa de agua rodeada de montañas. Miró con más atención, y dio varias palmadas a Shane en el brazo.

—Shane, Shane, Shane.

—¿Qué, qué, qué?

—Vamos a estrellarnos, mira, ¿no hay pista!

Él suspiró con paciencia. Se aflojó un poco el cinturón para poder asomarse a la ventana, y señaló al exterior.

—Ese es el aeropuerto, ¿no lo ves?

—¿Eso? ¿Estás seguro? Si parece una carretera.

—Tendrá solo una pista.

—Pero... si eso es la pista, ¿dónde

están las carreteras?

—Pues las líneas esas que salen alrededor.

—¡Pero sin son estrechísimas! No puede ser, nos hemos tenido que desviar.

Shane se acomodó de nuevo, a punto de rezar para que el avión se estrellara de verdad, porque preveía que aquel viaje iba a convertirse en el infierno en la tierra.

El avión por fin tocó tierra, en lo que él había señalado como la pista. Cuando por fin se detuvo, tanto él como Leslie se quitaron los cinturones y al levantarse de sus asientos, el pasaje prorrumpió en aplausos. Leslie miró a la gente sin entender, mientras Shane

bajaba sus maletas y la empujaba hacia el exterior deseando salir de allí cuanto antes.

Llegaron a la zona de equipajes, donde su jefa se puso a mirar alrededor sin encontrar ningún asistente para llevar las maletas.

—Shane, no veo nada motorizado, ¿cómo vamos a llevar mis maletas? —preguntó.

—En un carro. —Señaló la cinta, que comenzaba a girar—. Vamos a por ellas.

—¿En un carro? ¿Vas a tener que empujar un carro?

—Vamos a tener que empujar un carro, sí.

Cogió uno de una fila y se acercó a

la cinta.

—Sujétalo —ordenó.

Leslie iba a protestar ante su tono, pero él ya se había ido a por las maletas que giraban en la cinta, así que se calló y cogió el carro con la punta de los dedos, intentando no tocarlo demasiado. Resoplando, Shane regresó cargado con todo el equipaje.

—Menos mal que no han perdido nada —comentó Leslie, al mismo tiempo que comprobaba que sus maletas de Gucci estaban intactas.

—Sí, menos mal. Ayúdame a empujar, esto pesa una tonelada.

Leslie apoyó de nuevo la punta de los dedos como si así ayudara en algo, mientras Shane empujaba el carro hasta

la oficina de alquiler de coches, que tenía una ventanilla junto a las cintas de equipaje.

Le entregó la documentación, cumplimentó los papeles, y se giró hacia Leslie.

—Vamos a por el coche —dijo.

—¿Cómo? ¿No nos lo traen?

Shane puso los ojos en blanco. Volvió a empujar el carro, y al atravesar las puertas dobles de cristal, se encontraron ya en la calle, frente a un aparcamiento. El chico siguió caminando, pero se detuvo al ver que su jefa no lo seguía. Se dio la vuelta, para ver que Leslie estaba de brazos cruzados junto a la puerta, mirando al cielo con aprensión.

—¿No vienes? —preguntó.

—Está lloviendo, ¿estás loco?

Shane se acordó de la bruja del mago de Oz que se derretía con el agua, pero pensó que no era el momento de traerlo a colación.

—Es una ligera llovizna, Leslie — intentó tranquilizarla—. De aquí al coche ni te mojarás.

—Mi pelo es muy sensible. Te espero aquí.

Shane reconoció su expresión obstinada, así que no insistió y siguió su camino.

Mientras esperaba, Leslie sacó un espejo de su bolso de Michael Kors y retocó su maquillaje. Se pasó un cepillito de iones por el pelo,

maldiciendo la humedad ambiental. Tendría que ponerse mascarilla en cuanto llegaran al hotel. Ya lo pasaba bastante mal en Londres, que llovía muy a menudo, pero aquella llovizna parecía persistente. Por no hablar de la niebla que veía a lo lejos: aquello era la pesadilla de cualquier mujer con el pelo como ella. En Londres siempre llevaba un paraguas en el bolso, pero claro, lo había tenido que facturar y no recordaba en qué maleta lo tenía. Sería lo primero que buscaría cuando llegaran al hotel.

Un par de pitidos la sacaron de sus pensamientos. Levantó la vista, pero tuvo que mirar varias veces antes de ser consciente de que el coche que estaba frente a ella era el que Shane conducía.

Era un mini, pero no un mini moderno, que aunque pequeño, al menos tenía clase. Aquello parecía sacado de alguna exposición de coches antiguos. Quien decía antiguos, decía para el desguace, que era lo que parecía. Sacó un pañuelo de papel de su bolso para no tocar la manilla, y se metió corriendo para evitar la llovizna en lo posible. Una vez dentro, examinó el interior con ojo crítico.

—¿Estás seguro de que es este? — preguntó.

—No había mucho disponible, al tener tan poco tiempo. Por lo menos tiene GPS, no te quejes.

Introdujo la dirección de su hotel, y salió del aeropuerto siguiendo las

instrucciones de la voz. Así avanzaron una media hora. Por las escasas señales que se encontraban Shane supuso que iban por el buen camino, porque entre la llovizna y que comenzaba a haber niebla, no veían mucho paisaje.

Llegaron a un cruce, y Shane se detuvo mirando el GPS, que se había quedado callado de pronto. Le dio un par de golpecitos, pero el aparato tenía un mensaje que decía «buscando señal» y no terminaba de marcar el camino.

—¿Por qué no funciona? —preguntó Leslie.

—Yo qué sé, pregúntaselo al fabricante. Creo que hay un mapa en la guantera, sácalo a ver.

Leslie la abrió, y rebuscó entre el

montón de papeles que allí había hasta sacar lo que parecía un mapa de la zona. Lo extendió y ambos lo miraron.

—Supongo que sabrás dónde estamos —espetó ella.

—Más o menos.

Miró el mapa, luego a la carretera, de nuevo al mapa... y se decidió por un camino, no muy seguro de que fuera el correcto.

La carretera comenzó a estrecharse, hasta hacerse de un solo carril. O eso les pareció, porque de pronto vino un coche de frente y Shane tuvo que arrimarse a su lado de la carretera para no chocarse. La niebla comenzó a hacerse más espesa, hasta que pronto se encontraron totalmente rodeados y no se

veía a un metro de distancia.

El GPS seguía sin funcionar, así que Shane decidió parar en un lado junto a un campo.

—¿Qué haces? —preguntó Leslie.

—Mira, eso parece una colina. — Señaló frente a ellos—. Vamos a subir a ver qué se ve, con esta niebla no sé ni a dónde vamos.

Leslie pensó en no moverse de su sitio, pero cuando se encontró sola en el coche, sin ver nada, prefirió acompañarlo. Solo esperaba que encontraran algo rápido, necesitaba su paraguas con emergencia porque notaba cómo su pelo comenzaba a encrespase. Shane ya avanzaba colina arriba, así que tuvo que apresurarse para alcanzarlo y

no perderse en la densa niebla que los rodeaba. En cuanto dio un par de pasos, sintió cómo sus tacones se clavaban en la tierra. A punto estuvo de torcerse un tobillo al subir el pie con fuerza para sacarlo, y cuando bajó la vista casi gritó del impacto que le produjo la imagen que vio.

Shane se giró ante el sonido, preocupado por si se había caído, y regresó a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Mis Manolos... Dios mío, estuve en lista de espera seis meses para conseguirlos...

—Ya les quitarás el barro luego...

Se quedó callado, escuchando. Leslie iba a seguir protestando, pero

Shane hizo un gesto para que se callara y escuchara también. Ella frunció el ceño, pero entonces lo oyó: una especie de siseo, como algo volando por el aire... seguido de un golpe. Se miraron, extrañados. Entonces lo escucharon de nuevo.... Sssshhhhhh ¡pum!

Miraron a su alrededor, pero la niebla les impedía ver nada. Y entonces el siseo de nuevo, más cerca, como si algo volara hacia ellos...

Leslie gritó al ver una sombra informe cayendo del cielo frente a ella. Intentó moverse, pero sus tacones estaban clavados en el barro, y solo consiguió acabar en el suelo sobre su culo mientras un tronco de árbol caía a escasos centímetros de sus pies.

Shane dio un salto hacia atrás, atónito.

De pronto oyeron una voz acercándose, pero no pudieron entender lo que decía.

Los dos miraron hacia la niebla, Shane entrecerrando los ojos y Leslie con el corazón en la garganta.

Una figura se acercaba con rapidez. Al principio no pudieron ver qué era, hasta que prácticamente estuvo a un metro de ambos. Y entonces se quedaron sin habla.

Era un hombre joven, pelirrojo, con el pelo despeinado y de facciones atractivas, que los miraba con preocupación. Pero eso no era lo que los había dejado así: el chico llevaba un kilt

escocés, nada más, ni siquiera una camisa que cubriera sus músculos marcados en el pecho.

—*Awrite!* —dijo.

Leslie parpadeó varias veces, aquello no podía ser real. ¿Qué era eso, un salvaje de las tierras altas? ¿Acaso habían viajado en el tiempo? ¿Qué idioma hablaba?

—Perdona, ¿qué? —preguntó.

—Ah, *sois sassenach* —replicó él, con un sonrisa sin dejar de mirarla—. ¿Se encuentra bien, *lassie*?

—¿*Lassie*? ¿Qué crees que soy, un perro? ¿Y qué es eso de *sassenach*?

Él se echó a reír, avanzando para extender su mano hacia ella.

—*Sassenach* es «inglés» en gaélico,

lassie. —explicó—. Y *lassie* es «chica». ¿Te ayudo?

—Puedo sola.

Lo intentó, pero entre que el suelo estaba inclinado, no quería tocar el barro y sus tacones seguían enganchados, la tarea era harto complicada, por no decir imposible. Miró a su ayudante, que permanecía a un lado con una expresión divertida. Así que a su pesar, cogió la fuerte mano que el chico le tendía y de pronto se vio impulsada hacia arriba, hasta chocar contra su pecho. Puso las manos contra él para frenar el golpe, encontrándose con su pecho desnudo. Durante un par de segundos se quedó turbada, el tiempo que tardó en recuperar la compostura e

intentar apartarlo, pero él la tenía sujeta para evitar que cayera.

—Siento haberos asustado —siguió diciendo él—. Estábamos entrenando, y...

—¿Entrenando? —ese fue Shane.

—Sí, el lanzamiento de tronco.

—¿Lanzamiento de tronco?

—Sí, es uno de nuestros deportes nacionales, ¿no lo sabíais?

—¿Puedes soltarme ya? —refunfuñó Leslie, intentado liberarse de su abrazo —. Puedo tenerme en pie sola, gracias.

—Aún no nos hemos presentado —replicó él, sin moverse.

—Precisamente por eso, no creo que sea adecuado que me abrases así.

—Ah, pues si es por eso... Soy

Evan Mckinley, del clan Mckinley. —Se acercó a su oído—. Y soy inmortal.

Shane se echó a reír al escucharlo, mientras Leslie lo miraba sin entender, aturdida por las cosquillas que le había hecho en el cuello al hablarle tan cerca. Lo empujó de nuevo, y él por fin la soltó con un suspiro.

—¿De qué hablas? —refunfuñó ella.

—¿En serio no lo has pillado? —preguntó el joven, sin dejar de sonreír.

—Mi jefa no tiene ni idea de cine —explicó Shane, acercándose para estrechar su mano—. Soy Shane Malloy.

—Ah, ¿irlandés? —Le estrechó la mano—. Una *sassenach* y un irlandés perdidos en Escocia, parece un chiste.

—No estamos perdidos —refunfuñó

ella.

—Un poco sí —admitió Shane.

—¿Y tú eres...? —el escocés miró a Leslie.

—Aparte de la tontería esa de inmortal, que no entiendo, no nos has dicho quién eres tú.

—Vale, eso era broma. Soy Evander Lachlan Nathraichean McKinley. —Le guiñó un ojo—. Pero puedes llamarme Evan.

Leslie le miró unos segundos sin saber si seguía bromeando o no, aquel tipo la tenía desconcertada. Se sacudió el pantalón, apartando la vista de aquellos ojos azules que la miraban con diversión.

—Leslie Ferguson —contestó, con

sequedad.

La expresión del escocés cambió entonces. Miró a Shane, que afirmó con la cabeza para corroborarlo sin entender muy bien a qué venía aquella cara.

Evan avanzó de nuevo hacia Leslie, y la cogió por la barbilla para elevar su rostro hacia él y mirarla con atención.

Ella le apartó la mano, enrojeciendo sin saber por qué ante su escrutinio.

—Así que tú eres su hija —murmuró Evan—. Sí, tienes sus ojos.

Eso captó la atención de ambos. Leslie le miró, intrigada.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó.

—Todos conocemos a Finn. ¿Qué tal está?

—Que yo sepa, en coma.

—Sí, pero... ¿no has ido a verlo al hospital en Inverness antes de venir aquí?

—Ah, eso... —Miró de reojo a Shane, que no dijo nada—. No hemos tenido tiempo. En fin, ya que veo que sabes quién soy, supongo que podrás decirnos cómo llegar a ese pueblucho.

—Si por pueblucho te refieres a Kiltarlity —su tono ya no era tan amable—, sí, puedo guiaros.

Shane se apresuró a ponerse delante de Leslie, antes de que dijera nada más ofensivo y se quedaran abandonados en medio de la nada.

—Te lo agradeceríamos mucho —dijo—. No nos funciona el GPS, y nos hemos despistado un poco.

—Suele ocurrir, cuando hay esas nubes negras. Traen nieve. Esperadme en el coche, voy a avisar a mis colegas y coger mi caballo.

Y se alejó colina arriba. Leslie y Shane se miraron, preguntándose si habían escuchado bien, antes de regresar al coche.

Unos minutos después descubrieron que, efectivamente, habían oído bien. Evan apareció cabalgando en un enorme caballo, seguido de varios escoceses más como él, vestidos todos de la forma tradicional. Se había puesto una camisa a medio abrochar, y al ver al grupo, de nuevo Leslie se preguntó ni no habrían viajado en el tiempo. Aquello no podía ser normal, ¿es que no había coches en

Escocia?

El grupo puso los caballos al trote, y Shane comenzó a seguirlos por aquella carretera estrecha; esperaba no encontrarse ningún coche más de frente, mucho se temía que todas las carreteras iban a ser igual y ya estaba deseando llegar a su destino. Aunque suponía que no tanto como su jefa, que estaba cepillándose el pelo mientras miraba al grupo de jinetes como si estuviera alucinando.

Unos pocos kilómetros después, el grupo se detuvo en otro cruce para hablar entre ellos. Shane miró por la ventana; pudo distinguir un par de edificios y lo que parecía una plaza.

—Creo que esto es el centro del

pueblo —comentó.

—Déjate de bromas —refunfuñó Leslie.

Evan se acercó hasta su ventanilla y se agachó en su caballo para golpearla con los nudillos. Leslie la bajó un poco, apartándose para que no entrara la llovizna que no paraba de caer.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

—No, esto es el centro. —Hizo un gesto—. El ayuntamiento, el colegio y la iglesia.

—¿Y el hotel?

—¿Hotel? —La miró como si hubiera hablado en otro idioma—. Aquí no hay...

—Culmill Lodges —intervino Shane—. Tenemos reservadas habitaciones.

—Ah, haber empezado por ahí.

—¿Se puede ir andando?

—Claro, cuando no llueve. —Se encogió de hombros—. Está solo a un par de millas.

—Creo que ahora iremos en coche, gracias —replicó Leslie, subiendo la ventanilla.

Le hizo un gesto para que anduviera. El chico recuperó su postura en el caballo y les dirigió de nuevo hacia la carretera.

—Deberíamos ir al ayuntamiento, ¿no? —preguntó Shane.

—Mañana. Necesito un baño de sales relajantes.

Shane sacudió la cabeza, y siguió de nuevo al jinete hasta la carretera. Un par

de millas más adelante, se metió por un camino lateral y se encontraron con una casa antigua, de tejado negro y que parecía cualquier cosa menos un hotel.

Leslie miró a Shane como si fuera a matarlo, y él salió del coche antes de quedarse petrificado cual estatua ante su mirada de medusa.

Evan descendió del caballo y se acercó al coche con el animal cogido por las riendas.

Al ver que aquel parecía ser su destino de verdad, Leslie se bajó del coche maldiciendo la niebla y corrió hacia la puerta principal. A mitad de camino resbaló en uno de los charcos, y de nuevo Evan frenó su caída, esta vez con un brazo.

—¿Estás bien, *lassie*? —preguntó, mirando sus pies—. Creo que deberías ponerte otro calzado, los tacones no son lo más adecuado para este terreno.

—Solo tengo tacones. Gracias por la recomendación, pero sé andar sola perfectamente. —Miró a su alrededor—. ¿Esto es todo? ¿No hay ni restaurantes ni nada?

—Hay un pub por allí. —Señaló hacia la carretera.

—¿Se puede ir andando? —preguntó Shane de nuevo.

—Claro, cuando no...

—Cuando no llueve —terminó Leslie, empezando a enfurecerse—. ¿Pero acaso deja de llover aquí en algún momento?

Evan frunció el ceño, como si estuviera calculando mentalmente, para terminar negando con la cabeza y sonriendo de aquella forma tan sarcástica.

—La verdad es que no, *lassie*. —Se acercó a su caballo—. Tengo que irme, pero ya nos veremos por aquí. Esto no es muy grande que digamos.

—No hace falta que lo jures —refunfuñó Leslie.

Shane a duras penas conseguía ocultar las ganas de reírse, pero cuando ella le lanzó una mirada incendiaria encontró fuerzas para ponerse serio.

—Gracias —dijo, mirando al escocés subir a su caballo de un salto—. Guau. Nunca pensé que vería a nadie

saltar a su caballo de esa forma.

—¿Entramos ya, por favor? —Leslie señaló el alojamiento—. Ah, muy importante: hay que conseguir que no llueva tanto. O sea, tienes que hacer algo.

—¿Qué? A ver si es que ahora soy Thor y no me he dado cuenta...

—Consígueme varios paraguas, esa será tu primera tarea mañana, ¿entendido? Seguro que mi pelo está horrible —Y lo miró, esperando que dijera algo.

Shane hizo un ruidito tranquilizador; aunque era verdad que su pelo estaba encrespado del todo, no sería él quien se lo confirmara: no quería que desatara su ira sobre su persona. Después de tantos

años con ella estaba acostumbrado, pero desde que había recibido la dichosa llamada, Leslie estaba aún más intratable. Y no parecía que aquel hotel fuera a mejorar su humor, apostaba diez contra uno a que la posibilidad de darse un baño con sales era nula.

—Entra —dijo, abriendo.

El edificio no invitaba a ello, y esa sensación se reflejaba en la cara de Leslie, que parecía horrorizada. Shane no podía menos que estar de acuerdo, pero tampoco había otra solución: no había visto ni un solo hotel, hostel o cualquier cosa que pudiera tener aspecto de alojamiento desde que habían entrado. De hecho, en aquel pueblo no había nada.

Culmill Lodges parecía ahora llamarse Culm Odes, porque parte de las letras se habían caído y los huecos aún continuaban ahí. Leslie trató de ignorar aquello, repitiéndose mentalmente: «Dentro estará bien. Dentro estará bien.»

Sin embargo, la cosa no mejoró una vez en el interior. La casa tenía aspecto desvencijado, al igual que el mostrador cuarteado con el timbre colocado encima a la vista de los clientes. Apoyados contra la pared había palas y algún otro utensilio de trabajo, además de un saco de cemento, y eso la esperanzó; quizá estaban de reformas y cuando despertara al día siguiente aquel sitio luciera mejor aspecto.

—¿Hola? —escuchó decir a Shane.

Impaciente por darse un baño de agua caliente, Leslie se aproximó y tocó el timbre varias veces hasta que se escucharon pasos.

—¡Ya voy! —oyeron gritar—. ¡Unmomento, enseguida-estoy-con-quien-sea!

Los dos se miraron, extrañados.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ella, con una mueca.

Antes de que Shane pudiera abrir la boca, una puerta se abrió y apareció una mujer. Vestida con ropas amplias en colores tierra y con un pañuelo en la cabeza a juego, se acercó a toda prisa hasta su sitio en el mostrador.

—¡Perdón! Lamento-el-retraso,

pero-con-las-obras-estoy-muy-ocupada.

—¿Qué? —preguntó Shane.

La mujer hablaba demasiado deprisa y con un acento tan cerrado que era prácticamente imposible comprender lo que decía.

—¡Pasad, pasad, acercaos! —Les hizo gestos, sacando el libro de registros. Sopló una gruesa capa de polvo que evidenciaba lo poco que le daba el aire a aquel libro, y lo puso en el mostrador, abriéndolo—. Hacía-tanto-que-no-tenía-huéspedes-que-no-me-lo-creo. ¿De-dónde-son-ustedes?

Los dos se quedaron mudos, intentando adivinar qué podía haber preguntado aquella mujer.

—Creo que quiere que firmemos —

susurró Shane, empujando a su jefa hacia allí.

—Habla tú con ella, yo no entiendo nada de lo que dice —Leslie usó el mismo tono, quedándose inmóvil.

—Pero yo tampoco... —Shane lo dejó por imposible y se aproximó a la mujer, exhibiendo una sonrisa—. Hola, señora...

—Moira. Moira-Butler-Lachlan.

—Yo soy Shane, y ella Leslie. Estamos aquí por trabajo, venimos de Londres. Llamamos para hacer una reserva.

—¡Oh! Sí, los-*sassenach* —hizo un gesto que ninguno supo bien cómo interpretar—. ¿Traéis-mucho-equipaje?

—¿Qué? —preguntaron ambos a la

vez.

—Maletas. ¿Muchas-maletas?

Llamaré-a-los-chicos-para-que-os-ayuden-a-subirlas-a-vuestras-habitaciones. —Ella sonrió—. Dos-habitaciones, ¿verdad?

Ambos asintieron, al menos comprendiendo esto último.

—¡Abernethy, Abboid, ¡Aiden! Son-mis-hijos, enseguida-os-los-presento. Os-van-a-encantar, ya-veréis.

Leslie tragó saliva, intentando calmarse. ¿Cómo iba a lograr entenderse con esa mujer, si todo lo que decía le sonaba a un idioma ininteligible? Y lo peor, así sería complicado quejarse de las carencias que seguro encontraba. Se quedó sin palabras, al igual que Shane,

cuando vio entrar a tres jóvenes altos y fornidos, con distintos cortes de pelo pero idénticas facciones que dejaba claro que eran hermanos. Los tres saludaron con la cabeza al mismo tiempo.

—Mis-tres-niños —explicó Moira —. Abernethy —explicó, señalando al de la derecha—. Abboid. —Giró hacia el del centro—. Y Aiden, el-pequeño. Estamos-arreglando-la-casa-para-ofrecer-comodidades.

—¿Cómo? —preguntó Leslie.

—Pronto-estará-increíble. Y-en-cuanto-probéis-mi-comida, nunca-querréis-marcharos-de-aquí —explicó, orgullosa—. Los-niños-se-encargarán-de-subir-las-maletas. Yo-os-enseñaré-

vuestros-cuartos.

E hizo un gesto, echando a caminar, por lo que los dos dedujeron que pretendía que la siguieran escaleras arriba.

—Vamos —dijo Shane.

—¿Seguro? —Leslie no parecía muy convencida.

—A menos que prefieras volver al coche y dar vueltas y vueltas hasta que encontremos otro hotel... no sé si te has dado cuenta, pero no parece haber muchos alojamientos por aquí, así que vamos.

Aquello la convenció; ahora que al fin estaba a salvo de la lluvia, ni loca pensaba regresar a esa calle húmeda y fría. Al día siguiente, cuando hubiera

luz, estudiaría mejor la zona y seguro que hallaban un buen hotel. O al menos, uno en el que lograra entender las palabras del propietario.

Moira se paró delante de una puerta, con una amplia sonrisa.

—La-tuya. —Miró a Leslie—. Es-más-femenina,-y-hay-un-buen-puñado-de-mantas. Seguro-que-este-chico-irlandés-tolera-mejor-el-frío-que-tú.

Leslie miró a Shane en busca de ayuda, pero este se encogió de hombros.

—Gracias —dijo, sin saber qué esperar.

Moira señaló el contiguo, mirando a Shane, que afirmó. Ese era su cuarto, pues perfecto.

—Tenemos-horarios —añadió la

mujer— El-desayuno-se-sirve-entre-las-siete-y-las-diez. Para-la-comida, entre-las-doce-y-las-dos. Y-la-cena, de-seis-a-ocho. Ahora-es-tarde-y-tengo-la-cocina-apagada, os-puedo-ofrecer-un-poco-de-sopa-si-queréis. —Y los miró, expectante.

—Gracias —volvió a repetir Leslie, sin haber entendido nada.

—¿Y-tú? —Se giró hacia Shane, quien negó con la cabeza—. Te-traeré-igualmente, un-chico-joven-tiene-que-alimentarse.

Los tres hijos de Moira aparecieron por las escaleras, resoplando ante el peso de las maletas de Leslie. Las depositaron frente a su cuarto.

—Aquí-tiene, señora —dijo

Abernethy, solícito.

—Bienvenidos-a-Kiltarlity —
añadió Abboid.

—Y-disfruten-de-su-estancia —
cacareó Aiden.

—Llamen-si-necesitan-algo —dijo
Moira—. Volveré-enseguida-con-la-
sopa. Es-de-pollo, casera, una-delicia.

Y se marchó escaleras abajo,
dejando a los dos confundidos.

—¿Ha dicho algo de pollo?

—Y yo que sé —refunfuñó Shane—.
Lo único que quiero es una ducha y
dormir. Ya hablamos mañana, voy a
llamar a mi casa.

Se metió en su habitación sin esperar
respuesta, sabiendo que si le daba pie
Leslie comenzaría a quejarse de todo.

Ella abrió la puerta, miró al frente... y la cerró con un grito.

Shane se asomó desde su habitación, asustado, pensando que le había pasado algo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡No puedo entrar ahí!

—¿Por qué? —Se acercó—. ¿Qué pasa? ¿Has visto una rata o algo?

—¿Qué? ¡No! Bueno, no me ha dado tiempo. ¿Tú crees que hay ratas?

Se puso a mirar el suelo con aprensión. Shane cogió el pomo de la puerta, haciendo acopio de los últimos restos de paciencia que le quedaban.

Y abrió.

La miró, sin entender. Leslie permanecía junto a la puerta, sin

asomarse.

—¿Lo has visto?

—¿Qué se supone que debo ver, exactamente?

—¡El espejo!

Shane miró de nuevo. Frente a la puerta, había un espejo. Por un momento temió que su jefa hubiera visto un fantasma reflejado o algo así, porque no entendía nada.

Leslie resopló fastidiada al ver que no la estaba entendiendo. ¿Es que no había aprendido nada ese chico, después de tantos años trabajando a su lado?

—No puede haber un espejo frente a la entrada, Shane —le explicó, como quien hablaba a un niño de cinco años—. Es *Feng Shui* básico, por Dios. No

pienso entrar ahí.

Shane ya no tenía ni ganas de discutir, así que entró, quitó el espejo y lo cambió de sitio con un cuadro. Ya de paso, escondió bajo la cama un par de jarrones con flores de plástico rotas, algo que, recordaba, tampoco permitía el maldito *Feng Shui*. Abrió una puerta, y saltó hacia atrás del susto... por un momento, tuvo el pensamiento malicioso de dejar lo que había dentro donde estaba, pero supuso que entonces Leslie iría a buscarlo en cuanto lo viera, por lo que sacó el búho disecado y lo puso también bajo la cama.

Miró a su alrededor, y entonces cayó en la cuenta: no había más puertas, lo cual quería decir que no había baño.

Mirándolo por el lado bueno, el *Feng Shui* decía que el baño debía estar alejado de las estancias de la casa... pero algo le decía que Leslie no vería la ventaja del asunto. Así que decidió obviarlo: que lo averiguara ella solita. Mientras tanto, lo buscaría él y se daría primero una ducha, no fuera a quedarse sin agua caliente o algo parecido.

Salió con la mejor de sus sonrisas, y le hizo una inclinación.

—Su *suite* está lista, *madame*.

—Odio cuando te pones sarcástico.

Se asomó con cuidado para comprobar que todo estaba en orden, momento que aprovechó Shane para desaparecer, por lo que cuando la chica se giró para que la ayudara con sus

maletas, se encontró sola en el pasillo.

Estaba demasiado cansada para volver a discutir con su ayudante, así que las cogió y las metió dentro, tardando una eternidad en el intento... solo pensar en deshacerlas le daba dolor de cabeza, así que abrió la que contenía su neceser con cremas y cepillo de dientes, buscó el pijama y las planchas del pelo, y ya más tranquila recorrió su habitación.

Definirla como horrible era quedarse corta. No era un encantador sitio *vintage*, sino que se caía de vieja: faltaban trozos de la pared, el techo lucía unas inquietantes zonas oscuras, la mesa del escritorio estaba raída, la colcha de la cama parecía sacado del

siglo XIX, y la televisión... Leslie se aproximó, observándola. Hacía años, y por años se refería a cuando aún comía piruletas, que no veía una antigualla como esa... es más, no sabía encenderla. Buscó algún mando, frustrada, pero no logró encontrarlo, y se dejó caer en la cama, con el correspondiente chirrido de los muelles.

Maldición. Algo se le acababa de clavar en la espalda. Aquello era una señal para tomar aquel baño relajante, estaba claro.

Se incorporó con cuidado de no romper ningún muelle y rebuscó en sus maletas de nuevo, hasta encontrar una toalla de lino ecológico. No se fiaba de lo que pudiera encontrar en el cuarto de

baño. Se desnudó y, tras envolverse con ella, cogió un bote de sales especiales del mar muerto. Abrió la puerta que, pensaba, daba al cuarto de baño, y casi se dio de bruces con unas baldas. Durante unos segundos se quedó mirando al frente confusa, sin entender. Aquello era el interior de un armario, pero... si no había más puertas... Se dio la vuelta, y recorrió de nuevo la habitación con la vana esperanza de que hubiera alguna otra puerta oculta, o camuflada en el papel antiguo de la pared.

Pero no. Nada. No podía creerlo. Había oído hablar de hostales con baño compartido; de hecho, sabía que en Londres era algo bastante habitual. Pero

no en gente de su posición, por supuesto. Jamás había estado en uno así.

Abrió la puerta que daba al pasillo y se asomó con cuidado. No había nadie. Miró a ambos lados, y vio una puerta al fondo con una especie de dibujo medio borrado que parecía indicar que era un baño, así que corrió hacia allí. Una vez dentro, buscó el cerrojo y lo pasó, antes de darse la vuelta y quedarse con la boca abierta.

Adiós al baño de sales. Solo había una ducha, un lavabo y la taza. Entonces se dio cuenta de que se había dejado la mitad de las cosas que necesitaba en la habitación; es decir, un gorro de ducha para proteger su pelo de la humedad, la crema hidratante, el guante de crin...

Abrió de nuevo, comprobó que no había nadie y salió al pasillo... para casi tropezar con la señora Butler, que subía con una bandeja con dos cuencos de sopa humeantes.

—¿Qué-tal-el-agua? —preguntó la señora—. ¿Y-su-habitación?

Leslie parpadeó, sin entender nada. La señora Butler mostró la bandeja con una sonrisa.

—Le-traigo-la-sopa.

La chica dedujo que era para ella, y se acercó para coger un cuenco. Sin embargo, al olerlo frunció el ceño.

—¿De qué es? —preguntó.

—Caldo-de-pollo.

—¿Caldo de pollo?

—Eso-he-dicho. ¿No-le-gusta?

—Lo siento. —Dejó el cuenco de nuevo—. Soy vegetariana.

—Ah. —La miró de arriba abajo, como quien viera un extraterrestre—. No-tiene-trozos.

—Ejem, bueno, gracias. Buenas noches.

Y corrió a ocultarse en su habitación. Un rato después se arrepintió de no haberse bebido aquel caldo infecto, pues hacía un frío de mil demonios y no tuvo otro remedio que casi trepar al armario para pescar una manta. Manta que olía a naftalina, con ese aroma de ropa de abuela que llevaba guardada sin ver la luz unos cien años, pero tuvo que pasarlo por alto. Pensó en llamar a Shane para que le consiguiera

una, pero tras enviar un mensaje para ver si estaba despierto sin recibir respuesta, lo olvidó. No pensaba salir de nuevo de su habitación, no fuera que apareciera la mujer que vocalizaba mal y la atacara con un guiso o algo parecido, de manera que echó la manta por encima de la colcha, y se aseguró de que su pijama cubría todas las partes posibles del cuerpo.

Fue una noche horrible: se despertaba continuamente por los ruidos del campo, le dolía la espalda con aquellos muelles, y todo el rato pensaba que había bichos paseándose por su cabeza. Seguro que en aquella pocilga tenía que haber arañas del tamaño de una mano, y una vez que la idea se

enquistó en su cerebro, ya no pudo borrarla. Terminó sentada, apoyada contra la pared, mirando su móvil para entretenerse hasta que al fin amaneció y pudo controlar todos los rincones. La única ventaja fue poder usar el baño la primera: cogió su neceser, la toalla, el móvil y el gorro, y se marchó, asegurándose de echar el pestillo. Se dio cuenta de que no encajaba del todo, pero pensó que sería suficiente para que no se pudiera abrir la puerta desde el exterior.

Miró con asco la ducha, pero aunque vieja, parecía limpia. Moira debía dedicar tiempo a dejar todo impoluto, algo era algo... y sí, había grietas, y alguna que otra baldosa rota, pero hizo

el esfuerzo de ignorarlo. Una vez dentro, ya enjabonada, manipuló los grifos en busca del agua caliente, pero esta no salía por ninguna parte. Se mojó un dedo del pie y casi perdió el equilibrio del susto, ¡estaba helada! Pero, ¿qué demonios...?

¿No había agua caliente? Imposible, era tercermundista incluso para gente tan rural. Así era lógico que no hubiera nadie más en el hostel.

Frunció el ceño, cerrando el agua, y sacó la mano para coger el móvil que había dejado sobre el lavabo. Escribió a toda prisa un mensaje de texto a Shane, encolerizada porque el joven no tenía *Whatsapp*.

«¡NO HAY AGUA CALIENTE!»,

tecleó, prescindiendo de las caritas enfurruñadas.

Shane no respondía, ni daba señales de haberla leído, así que lo intentó otra vez.

«¡HAZ ALGO!»

Como seguía sin hallar respuesta, decidió llamarlo, no fuera que estuviera durmiendo; seis timbrazos después, él descolgó.

—Son las seis de la mañana, ¿qué pasa?

—Estoy en la ducha y no hay agua caliente. ¡Solúcionalo!

—No entro a trabajar hasta las siete y media. Voy a colgar.

—¡Shane! —chilló, muy cerca de ponerse histérica—. ¡Como me dejes

aquí metida, yo...!

—Está bien, está bien, no grites. Ahora bajo a hablar con Moira.

Leslie cortó la llamada, conteniendo las ganas de ponerse a chillar. Se sentía absurda allí, de pie, con jabón de la cabeza a los pies, y helada.

Un rato largo después, escuchó pasos y supuso que al final venía Moira. Esperó que tocara a la puerta, pero en lugar de hacerlo, esta se abrió para dar paso a la mujer; Shane estaba detrás, cruzado de brazos y con la ceja levantada.

—¿Qué-es-lo-que-le-pasa, señora?
¿No-hay-agua-caliente?

—Pues yo...esto... —Asomó la cabeza por detrás de la cortina—... sale

—Oiga...

—Solo-hay-que-darle-un-golpecito

—decía Abboid, empujando a su hermano para entrar también—. Siempre-le-pasa-lo-mismo.

—Anoche-había-agua-caliente, ¿verdad? —Aiden estaba hablando con Shane, que había decidido quedarse fuera a contemplar aquella escena surrealista en el baño, con su jefa envuelta en una cortina de ducha mientras tres hombres y una señora mayor intercambiaban impresiones.

—Dale-el-golpecito —decía Moira, pegando a uno de sus hijos en el hombro—. ¿No-veis-que-la-muchacha-se-está-enfriando?

Leslie miraba a uno y otro sin salir

de su asombro, ¿aquello era real? ¿De verdad se habían metido todos en el baño, invadiendo su privacidad, para discutir a gritos sobre el calentador?

Aiden dio un golpe en la caldera, y de repente esta comenzó a emitir ruido.

—¡Bien! —Moira parecía aliviada—. Ya-puede-ducharse-con-agua-caliente.

—¡Gracias! —replicó ella en tono sarcástico.

—Señorita —Aiden hizo una inclinación de cabeza mientras se encaminaba a la puerta.

—Iré-haciendo-el-desayuno —Moira salió para acercarse a Shane—. ¿Le-gustó-la-sopa? —Él afirmó con rotundidad—. Qué-chico-más-educado-

y-amable. No-tarden-en-bajar.

Y abandonó el lavabo mientras Leslie echaba chispas.

—Cierra la puerta —le ordenó a Shane, tratando de controlarse para no gritar.

—Lo que digas, jefa.

Shane cerró para que pudiera ducharse en paz, a duras penas reprimiendo la sonrisa. Fue a su cuarto a vestirse, y recogió el tazón vacío: había mentido a la buena mujer, la sopa estaba tan mala que la había tirado por la ventana tras asegurarse de que abajo había un montón de hierbajos que no le delatarían. Esperaba que el desayuno fuera comestible, porque en aquel pueblo no parecía haber demasiadas

alternativas... aunque recordaba al pelirrojo de las faldas hablar de un pub. Pero a saber dónde estaría, y si Leslie querría buscarlo. Aún no entendía que hacían allí, además de deprimirse con aquella llovizna constante.

Bajó a la primera planta para esperar, y Moira le sirvió un café.

—Voy-a-por-el-resto —anunció.

—¿Todo-bien? —Aiden se sentó frente a él, con una sonrisa—. ¿Habéis-podido-dormir?

—Más o menos —Shane dio un sorbo y tuvo que hacer un enorme esfuerzo por tragárselo—. Ya sabes.

—Debéis-notar-mucha-diferencia-con-Londres. Esto-es-muy-tranquilo, apenas-si-hay-nada-que pueda-interesar-

a-la-gente-de-fuera.

—¡Con-lo-bonito-que-es-Kiltarlity!

—Apareció Moira, sujetando unos platos que depositó en la mesa sonriendo—.

Hoy-hace-un-día-precioso-para-hacer-turismo.

Shane arqueó una ceja y miró por la ventana, no fuera que se le hubiera pasado un sol radiante o algo así: pero no, el paisaje era el que esperaba, la misma llovizna de hacía una hora y el mismo cielo gris. Después miró el plato, lleno de cosas que por alguna extraña razón, no le apetecían. Había algo que debía ser una tortilla, pero que tenía un color extraño, salchichas achicharradas, pan tostado y demás exquisiteces que no se atrevía a probar.

—Gracias, pero no tengo hambre —
comentó.

—Un-chico-joven-tiene-que-comer.
Soy-famosa-por-mis-desayunos —dijo
ella, orgullosa.

«¿Famosa dónde?», se dijo él,
buscando la manera de huir sin tener que
meterse nada de aquel plato en la boca.

La suerte se alió a su lado, pues en
aquel momento apareció Leslie. Llevaba
un traje de ejecutiva de esos que tanto le
gustaban, con medias y tacones; no
comentó nada al respecto, allá ella, pero
al mirarla a la cara se quedó asombrado.

—¿Qué le pasa a tu pelo?

Ella se sentó, dedicándole una
mirada avinagrada.

—¡Es este lugar! —gruñó—. ¡Por

más que me paso las planchas, no sirve!

Y agarró un mechón, rabiosa. Primero había pensado que sus planchas doradas *GHD* último modelo estaban estropeadas, pero no... en cuanto pasaba la plancha, su pelo volvía a encrespase y parecía que llevaba un cardado ochentero de mal gusto. Su cabello era esencial en su imagen y si iba despeinada no lograría imponerse a nadie, así que ya había empezado mal el día.

—Es-por-la-humedad —comentó Moira, llevándole una taza de café.

—Lo he notado, gracias. ¿Dónde está la peluquería más próxima?

—Aquí-no-hay-peluquería —informó la mujer—. Aunque-hay-

algunas-chicas-que-peinan-en-sus-casas,
si-quiere-le-informo.

—Sí. Sí, sí, gracias —miró la taza
—. ¿Es ecológico?

—No, es-mezcla-setenta-treinta.
Del-supermercado —Moira sonrió—.
¿Qué-quiere-comer, tostadas? ¿O-mejor-
un-croissant, huevos-con-beicon...?

Leslie miró el plato horrorizada.

—Es que yo no como hidratos —
explicó.

Moira y sus hijos la miraron como si
fuera un fantasma, sin reaccionar.
Seguro que ni la habían entendido, se
dijo Leslie... pues mira, ya estaban
todos en paz. Ella tampoco los entendía
a ellos, pensaba que todo el mundo de
aquel pueblo estaba chiflado.

—¿Gachas-de-avena? —ofreció

Moira, solícita.

Leslie solo captó la última palabra, y afirmó algo más animada. Al menos avena en copos sí comía en Londres, con azúcar de caña ecológico, por supuesto.

Moira le trajo al instante un cuenco con una masa blanca. Leslie sonrió agradecida, pero en cuanto hundió la cuchara se le congeló el gesto en el rostro. Las gachas no llevaban azúcar: ni blanco, ni de caña, ni ecológico... sino sal. Y agua en lugar de leche de soja, ¡aquello estaba asqueroso! Tragó como pudo, y dio un sorbito al café; al momento abandonó la taza consultando el reloj.

—¡Qué tarde es! Vamos, Shane,

tenemos cosas que hacer.

—¿Tan-temprano?

—Sí, estamos aquí por trabajo, tenemos que acercarnos al ayuntamiento para tratar unos temas.

Tiró de Shane, que abandonó el café agradeciéndolo en silencio para incorporarse.

—¿Ayuntamiento? —comentó Abernethy.

—No-creo-que-esté-abierto, hoy-es-veintitres-de-diciem... —empezó Moira, pero Leslie se estaba despidiendo ya con un gesto de cabeza junto a la puerta, así que resopló—. ¡Que-os-divirtáis! —Después se giró hacia sus hijos—. Turistas.

Los tres afirmaron al mismo tiempo.

Leslie abrió el paraguas para los diez segundos que tardó en llegar al coche, haciendo toda clase de piruetas para entrar, cerrarlo desde dentro y así no mojarse ni un solo pelo más. Como siguiera despeinándose de esa forma se veía llevando coleta todo el tiempo...

—¡Qué asco de lluvia! No entiendo por qué a la gente le gusta tanto Escocia —refunfuñó, cuando Shane se puso al volante—. Vamos al ayuntamiento. ¿Nos llevará el chisme este?

—Lo intentaremos. No creo que esté muy lejos.

—No pienso ir andando, ¡mira cómo está ya mi pobre pelo!

Aquello no sorprendió en absoluto a Shane, Leslie no necesitaba poner la

excusa de la lluvia, ya que nunca iba a ningún sitio caminando. Incluso al gimnasio iba en taxi, lo que no dejaba de ser irónico.

Puso el GPS y arrancó, para aparcar ocho minutos exactos después en el centro de Kiltarlity, frente al ayuntamiento. Que no parecía cerrado, no, sino abandonado, o al menos eso pensó Leslie mientras abría otra vez el paraguas para cubrir los seis pasos desde el coche hasta el edificio.

—Parece cerrado —comentó Shane, descendiendo por su lado.

—Vamos a ver si pone algo.

No había cartel alguno, pero mientras estaban allí la puerta se abrió de golpe y apareció una chica de cabello

cobrizo intenso sujetando un cartel en las manos. Pareció sorprendida de verlos, estaba claro que en aquel lugar la gente se conocía de sobra y un par de caras nuevas provocaba ese efecto, pero de cualquier manera no les prestó demasiada atención.

—Está cerrado —dijo tranquilamente.

Ellos se miraron a la vez, y Leslie dio un paso hacia delante.

—Hola. Me llamo Leslie Ferguson y necesitaría un poco de información — saludó, tratando de ser educada.

La chica era delgada y no muy alta, y aunque el conjunto de sus ojos azules, melena pelirroja y pequeñas pecas distribuidas de manera acertada

resultaba de gran atractivo, tenía cierta expresión de impertinencia en su rostro que no pasó desapercibido a ninguno de los dos.

—Hola, Leslie, yo soy Karen Lilley y es un placer conocerte, pero está cerrado. —Les puso el cartel delante para que lo vieran bien—. Del veintitrés de Diciembre hasta el dos de Enero. Podéis volver ese día.

—Sí, pero es que... —empezó Leslie, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Es Navidad —interrumpió ella, sin andarse por las ramas—. ¿Sabes lo que se hace en navidad? Decorar la casa y el árbol, ir al pub con tus amigos para tomarte unas copas y divertirte, ver

películas malas en la tele e ir a cenar con tu familia, ¡aunque te saquen de quicio!

—Tiene razón —murmuró Shane, haciendo que su jefa le fulminara con la mirada.

—Yo... —Leslie hizo un nuevo intento.

—No trabajamos en Navidad —repitió Karen con aplomo—. No te preocupes, cualquier cosa que necesites podrás hacerla el día dos. Aquí todo va con tranquilidad. —Y le guiñó un ojo.

—Es que yo soy la nueva alcaldesa —soltó Leslie.

Tanto Shane como la chica pelirroja la miraron asombrados. Shane no había esperado que su jefa soltara aquello, de

hecho ni creía que le hubiera estado dando vueltas, aunque quizá solo era una treta para ver si lograba salirse con la suya y entrar al ayuntamiento.

—¿En serio? —preguntó Karen con una sonrisa resplandeciente—. ¡Vaya, es un placer conocerte, bienvenida a Kiltarlity! Vuelve el día dos —añadió, girándose para pegar el cartel en la puerta.

—Es que necesitaba...

Karen terminó su labor y se dio la vuelta otra vez, acercándose.

—Tenía que haberme dado cuenta nada más verte, te pareces mucho a Finn —repuso.

—Oh —Leslie se envaró de manera inconsciente.

—La única foto tuya que tiene en su despacho es de cuando eras un bebé, así que nadie conocía tu aspecto. —Karen se encogió de hombros.

—¿Tú trabajas con él?

—Trabajaba, antes del coma, sí. Soy su ayudante, él mismo me consiguió el puesto... compartimos algún apellido, pero eso aquí es normal. Todo el mundo es primo de todo el mundo. —Oyó a Shane reírse—. ¿Y tú quién eres? —preguntó, curiosa.

—Es mi ayudante personal —aclaró Leslie.

—Oh, bueno, no creo que lo necesites aquí —replicó ella, cerrando con llave—. En fin, ya debería estar haciendo cosas más interesantes, así que

lo dicho: el día dos nos vemos, aunque si salís por ahí puede que nos veamos antes. Pasaos por el pub, os iría bien para ir conociendo gente —pasó por su lado sin quitar la sonrisa—. ¡Feliz navidad!

Leslie abrió la boca para protestar, pero para cuando reaccionó la pelirroja había desaparecido por una de las calles. No habían hablado más de diez minutos, y Leslie ya intuyó que no congeniarían mucho: ella necesitaba gente que acatara sus órdenes sin protestas, o al menos alguien como Shane, que solo contestaba de cuando en cuando. Y esa joven, con aquella maravillosa melena que no se encrespaba, le resultaba demasiado

contestona. Pero al parecer iba a tener que esperar al día dos para conocer algo sobre su labor en Kiltarility.

—¿Qué ha querido decir con eso de que no me vas a necesitar? —la voz de Shane la sacó de sus pensamientos.

—Ni idea, pero no te preocupes, será cualquier tontería. —Miró de nuevo la puerta cerrada, sin poder creerse aquello—. ¿Y ahora qué hacemos?

—Pasar la navidad aquí, metidos en una casa ruinoso con una mujer que hace mal hasta el café —gruñó el chico—. Creo que es todo lo que podemos hacer.

Leslie miró a su alrededor, y señaló lo que parecía una tienda de comestibles.

—Necesitaremos provisiones. A ver

si ahí hay algo que nos pueda servir, no puedo vivir solo de gachas.

—Si no te las has comido.

—Por eso.

Se dirigió hacia la tienda con Shane detrás. El chico hubiera votado por ir hasta Inverness a buscar un supermercado decente o preguntar por el pub local, seguro que ahí se comería mejor... aunque tampoco le apetecía mucho conducir con aquella niebla, así que por una vez no protestó y siguió a su jefa, rezando porque la tienda estuviera bien provista.

En cuanto atravesaron la puerta y sonaron unas campanillas que había sobre el marco, se dieron cuenta de que aquello distaba mucho de ser un

supermercado. De hecho, suponían que era una tienda porque veían latas y bolsas de comida repartidas de cualquier manera por las baldas, que no parecían tener un orden establecido.

Avanzaron a través de un pasillo estrecho, en el cual había latas de atún junto a cera para los zapatos, o paquetes de copos de avena junto a comida para perros.

En el mostrador, apoyado de espaldas a ellos, estaba Evan. Solo que no llevaba la típica falda, sino unos pantalones vaqueros ajustados y una camiseta de manga corta, con botas negras. Al oírles se giró, y sonrió divertido.

—*Awrite, l a s s i e*—saludó—.

Irlandés.

—Y dale con lo de *lassie*. Señorita Ferguson, si no te importa.

—Prefiero llamarte Leslie, no quiero que me llames señorito McKinley o algo así. Me llamo Evan, ¿recuerdas?

—Sí, es que sin la falda no te había reconocido.

—Mmmm. —Se hizo a un lado para que se acercara al mostrador, y se inclinó hacia ella—. No sé yo qué pensarías si me vieras sin falda.

Leslie enrojeció violenta. ¿Pero qué se había creído ese tipo? Abrió y cerró la boca varias veces, sin encontrar las palabras adecuadas. A su lado, Shane se lo estaba pasando en grande, pero se abstuvo de hacer ningún comentario.

Un hombre salió del interior, y le dio un paquete a Evan.

—Aquí tienes, Evan.

—Gracias, Fergus. Nos vemos, pareja.

—¡No es mi pareja! —exclamó Leslie, mientras Shane negaba presuroso con su cabeza—. Es mi asistente.

Evan palmeó un hombro al irlandés al pasar por su lado al salir.

—Chaval, me da que te tienes ganado el sueldo —comentó—. Pasaos por el pub cuando queráis.

Y salió tras guiñar el ojo a Leslie, que le miraba con odio reconcentrado.

—¿Puedo ayudarlos en algo?

Leslie se dio la vuelta y adoptó su pose profesional, que incluía la sonrisa

falsa y el tono amable, igualmente fingido.

—Buenos días. Estoy buscando cualquier tipo de alimento orgánico, ecológico o macrobiótico que pueda tener.

—¿Perdón?

Shane acudió en ayuda de su jefa, que parecía estar hablando en otro idioma, por la cara que tenía el pobre hombre.

—Hola, disculpe —intervino—. ¿Tiene leche de soja, por ejemplo?

—Ah, eso. Leche de soja. —Leslie respiró al escucharlo, aliviada—. No, no tengo.

—¿Tés de hierbas?

—Ah, té de hierbas. —Las

esperanzas de Leslie surgieron de nuevo —. No, tampoco.

—¿Tortitas de arroz, o de cereales integrales?

—Ah, tortitas de arroz. —Leslie empezó a sonreír, pero...—. No, no tenemos.

—¿Apio?

—Ah, apio. Sí, eso sí. ¿Cuánto quieren?

—Todo el que tenga —contestó Leslie.

Al menos, podría comer eso; solía tener en la oficina para picar entre horas, algo era algo. El tendero les llevó unos cuantos ramilletes de apio. Visto el panorama, Leslie decidió seguir preguntando por verduras crudas... así

que acabó con unas cuantas zanahorias, lechuga y unas manzanas. Lo cual le daría para sobrevivir por el momento si la comida de Moira no era aceptable, pero desde luego Shane no pensaba lo mismo. El chico consiguió unos cuantos sobres de jamón y queso, así como pan, para hacerse unos sándwiches. Pero esperaba poder ir al pub y comer allí.

Cuando salieron con las bolsas, o, más bien, con Shane cargando las bolsas mientras Leslie abría el sempiterno paraguas, de nuevo se cruzaron con Evan, que iba con otra bolsa en la misma dirección que ellos.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais? —preguntó.

—¿Es otra de tus bromitas? —

replicó Leslie.

—No. —La miró extrañado—. Si Fergus tiene de todo...

—Eso no es del todo cierto.

—Vaya —interrumpió Shane, mirando a la moto que había aparcada junto a su mini—. ¿Eso es tuyo?

—Sí.

—Ah, yo pensaba que siempre ibas a caballo —comentó Leslie.

Evan la miró inquisitivo, sin saber si estaba bromeando o no. Pero la chica estaba seria, como siempre, así que dedujo que no se trataba de ningún chiste.

—Solo cuando llevo falda —contestó, con su típica sonrisa. Guardó las bolsas en un pequeño maletero que

tenía en la parte de atrás, y se subió colocándose el casco—. Nos vemos, *lassie*.

Arrancó con gran estruendo y se marchó ante la mirada furiosa de Leslie. Le importaba muy poco lo que significara *lassie* en su endemoniado idioma, le hacía sentir como si fuera el *collie* protagonista de una película.

Se subió al coche con gesto enfurruñado, y Shane condujo de vuelta al hostal.

Para desgracia del chico, Leslie decidió que no iba a salir de allí hasta el día dos. Así que aquella noche, se encontraron cenando lo que habían comprado acompañado de unas gachas frías con agua, sin azúcar, ya que al ser

nochebuena, Moira y sus hijos se fueron a casa de unos parientes.

El día 25, amaneció nevando. Leslie se quedó encerrada en su habitación estudiando los mapas que Shane le había enviado. A medianoche, un trueno la despertó y le dio tal susto que no pudo dormir más.

El día 26, amaneció chispeando. Leslie se dedicó a intentar aplicar mascarilla a su pelo para alisarlo sin mucho éxito, mientras Shane se marchaba al pueblo a buscar más apio para su jefa. Al acostarse y apagar la luz, una bombilla reventó en la mesilla de Leslie, dándole un calambrazo.

El día 27, amaneció con niebla. Ninguno salió de la casa, temiendo

perderse en cuanto pusieran un pie en la calle. Al ducharse, Leslie se encontró de nuevo sin agua caliente, pero esta vez no avisó para evitar pasar por el mismo trago.

El día 28, no se enteraron de cuándo amaneció: el cielo estaba tan encapotado que no se venía el más mínimo rayo de sol y nevó durante unas horas. Por la noche, el viento abrió la ventana de Leslie y entró un murciélago, que Shane tuvo que entrar a espantar.

El día 29, Shane se fue de nuevo a comprar verduras mientras Leslie volvía a luchar con su pelo encrespado. Al ir a acostarse, se encontró un ciempiés sobre la cama... que por supuesto Shane tuvo que entrar a quitar.

El día 30, Leslie decidió llevar el pelo recogido a todas horas, por lo que Shane tuvo que ir al pueblo en medio de un chaparrón de aguanieve a conseguir horquillas suficientes para mantener cada cabello en su sitio. Por la noche, Leslie olvidó quitarse unas cuantas, que se le clavaron cual alfileres cuando apoyó la cabeza en la almohada.

Y así llegaron al día 31... y a una cena con la familia de Moira en la que no supieron qué llegaron a comer, aunque bebieron cava tibio en un salón que aún conservaba los sacos de cemento y las palas apoyadas en la pared.

Once puntos

Leslie paseaba por Oxford Street con varias bolsas llenas con las compras del día. Su pelo estaba liso tras un tratamiento especial de queratina y no había ni una nube en el cielo que presagiara lluvia; había tomado su té de hierbas preferido con una nube de leche de soja en su salón favorito acompañado de un par de pequeños sándwiches integrales de pepino, y se dirigía al establecimiento de Orson a que le repasara su manicura francesa. En resumen: el día no podía ir mejor.

De pronto oyó un golpe tras ella. Giró la cabeza extrañada, pero no vio

nada fuera de lo común, tan solo gente paseando con bolsas.

Continuó su camino, hasta que escuchó otro ruido. Se detuvo, y al darse la vuelta de nuevo se encontró sola en la calle. Giró sobre sí misma, extrañada, y entonces se dio cuenta de que no tenía sus bolsas en las manos. Miró al suelo, y gritó asustada: sus zapatos de tacón de Louboutin habían desaparecido, reemplazados por una botas de monte.

Y entonces despertó.

Se sentó en la cama con una mano en el pecho, y el corazón latiendo a toda velocidad. Pero antes de que pudiera calmarse, un golpe la sobresaltó una vez más. Miró hacia la ventana, ya que el ruido provenía de allí, y gritó al ver una

sombra.

De repente, los cristales se abrieron, y una figura oscura entró en la habitación. Leslie se apresuró a encender la luz de su mesilla, retrocediendo todo lo que pudo hasta aplastar la espalda contra el cabecero de la cama.

—*¡Bliadhna Mhath Ur!* —exclamó la figura, vestida por completo de negro —. ¡Feliz año nuevo!

Leslie se quedó con la boca abierta, mientras la persona que había hablado se quitaba una capucha que cubría su cabeza para mostrar unos cabellos rojizos y una sonrisa sarcástica que le resultaba demasiado familiar.

«Ay, mi madre», pensó. «El chalado

inmortal...»

Evan estaba a todas luces disfrutando de su expresión de desconcierto. Avanzó hacia la cama y extendió las manos, entre las que llevaba un paquete.

Leslie seguía sin moverse, temiendo cualquier cosa: que sacara una espada, que cogiera una silla y la tirara pensando que era un tronco... Bueno, al menos no llevaba falda, con aquellos pantalones negros parecía más normal. Y cómo le marcaban los muslos, por no hablar de la sudadera que llevaba abierta, dejando ver una camiseta ajustada que...

Pestañeó recuperando la cordura. ¿En qué demonios estaba pensando? Eso

no era normal en ella, a ver si le habían echado algo en aquella comida infernal.

—Es para ti —dijo Evan, al ver que la chica no se movía.

Leslie se pellizcó. Quizá todo era una pesadilla... pero no, hizo una mueca de dolor. Vale, entonces quizá se estuviera volviendo loca... Carraspeó, intentando aclarar sus ideas.

—Esto... —empezó, mientras él levantaba una ceja, inquisitivo—. ¿No sabes lo que son las puertas?

Él miró hacia la ventana, y echó una carcajada.

—A las *lassies* les suele gustar más así, es más impactante.

—¿Eh?

—Bueno, no quiero parecer pagado

de mí mismo, pero es la cuarta vez que salgo elegido y...

De pronto la puerta se abrió, dando paso a Moira, sus tres hijos y Shane detrás, que parecía divertido por todo aquello.

—¡Qué-suerte-tienes! —exclamó la mujer.

Leslie miró al irlandés en busca de ayuda. El chico entró en la habitación, a punto de echarse a reír, pero la expresión de su jefa le indicó que no estaba para muchas bromas.

—Es una costumbre —explicó—. Me lo han explicado en el pueblo. Se elige a un hombre, por lo que he entendido, cuanto más guapetón mejor, para que dé buena suerte.

—¿Buena suerte?

—Sí. Para que una chica escocesa tenga buena suerte, la primera persona que entre en su casa después de las campanadas debe ser un hombre oscuro.

—Miró a Evan—. Algo así, ¿no?

—Sí, por eso voy vestido de negro.

—Le acercó más el paquete—. Y tienes que comerte todo lo que hay aquí dentro.

Leslie estuvo a punto de mandarles a todos a un lugar poco agradable. Pero por una vez, su sentido común prevaleció; la familia la miraba con una sonrisa expectante, Evan parecía divertido, pero esperaba con paciencia. Y si era una costumbre escocesa, tampoco quería parecer más descortés de lo que ya había sido. O que le

echaran el mal de ojo, llegado el caso.

Así que forzó una sonrisa, que aunque falsa, al menos era algo, y cogió el paquete. Lo abrió y se quedó mirando el interior sin entender.

—Carbón-pastel-escocés-sal-*black bun-y-whisky* —explicó Moira, solícita.

Evan se sentó junto a Leslie en la cama, procurando no partirse de risa ante la cara de la chica, que a todas luces no había entendido nada.

—Carbón —explicó, señalando el trozo negro—. Para calentar tu hogar. Pastel escocés de mantequilla, sal, *black bun*, que es pastel de frutas, y una botellita de whisky. Si lo tomas todo, te traerá suerte.

—Pero... ¿ahora?

Él se echó a reír.

—No, *lassie* —Cogió el trozo de pastel de mantequilla—. Tienes hasta que acabe el día.

Y le acercó el dulce a la boca. Leslie dio un mordisco, rozando sus dedos con los labios, y se llevó la mano a la boca para evitar que cayeran algunas migajas.

Los ojos de Evan se oscurecieron, y se incorporó para evitar que se diera cuenta de que aquel gesto le había ocasionado una punzada de deseo en el estómago.

—Debo irme —dijo, guiñando un ojo—. Tengo una lista un poco larga de *lassies* a las que dar buena suerte.

—¡Espera! —Moira avanzó hacia él

—. El-beso, el-beso.

Por una vez, Leslie entendió lo que la mujer estaba diciendo. Le miró negando con la cabeza, pero Evan no se dio por aludido. En un par de pasos se acercó a ella, le plantó un beso en los labios y un segundo después, estaba saliendo por la ventana.

Leslie quedó estupefacta; no tanto Shane, que ya había visualizado antes a hombres besando a su jefa y también los había visto huir despavoridos días después, en cuanto conocían más de su forma de ser. Miró el resto de cosas que había sobre su cama, meneando la cabeza.

—Vas a estar ocupada comiendo eso
—dijo, burlón.

Salió del cuarto, con Moira detrás.

—Es-muy-mala-comedora, ¿verdad?

—preguntó.

—Quién sabe —Shane se encogió de hombros—. De momento, punto para el lanzatroncos escocés, ese trozo de pastel es el primer bocado de hidratos que come en... no sé, desde los noventa, creo.

Moira empezó a reírse, agarrándose el estómago.

—¡Entonces-es-ella! ¡Ya-empezaba-a-pensar-que-mi-comida-no-estaba-buena!

—Oh... ejem... —Shane decidió que era un momento estupendo para regresar a su cuarto.

Cerró la puerta y regresó a la cama,

pensando en cuántos días más tendría que permanecer allí aguantando a Leslie. Al menos en Londres lo dejaba en paz en cuanto salía del trabajo... bueno, la verdad era que no, no siempre. Muchas veces lo llamaba fuera de horario, o lo despertaba para alguna tontería. Había aceptado aquel trabajo como algo eventual, pensando que en el futuro buscaría algo mejor, pero se había acomodado, y la única vez que había hecho el amago de dejar su puesto, Leslie había puesto el grito en el cielo. Le había subido el sueldo, y con aquello cerró su boca durante una temporada; pero esto estaba ahí. De cuando en cuando pensaba en el tema, y se preguntaba si llegaría el día en que su

jefa le hiciera perder los nervios hasta el punto de largarse. Por el momento, mientras tuviera hipoteca tendría que seguir, y no podía obviar que ganaba bastante más de lo habitual en su puesto. Tocaba aguantar frío, nieve, niebla y lluvia, al fin y al cabo, pronto regresarían a Londres.

* * *

El día dos, y puntual como un reloj, Leslie se levantó guerrera y se vistió como tal: su mejor traje entallado con el que apenas podía respirar, y un moño apretado. En realidad, el moño solo era por controlar su pelo, y aunque tampoco conseguía un resultado impoluto (¿de

dónde demonios salían tantos pelillos que le daban ese aspecto desarreglado?), era mucho mejor que llevarlo al natural, que parecía que había dormido con los dedos metidos en el enchufe.

Se puso unos tacones para completar el conjunto, y cogió su maletín; cuando entró en el comedor, Shane ya estaba allí hablando con los hijos de Moira.

—¿Café? —ofreció Aiden, mirándola con cara de impacto.

Seguro que solo había visto mujeres vestidas de esa forma en los culebrones americanos que emitían por televisión.

—Yo solo tomo café ecológico con aceite de coco, gracias.

—¿Qué?

—Como mucho, con un poquito de jarabe de agave. Pero no debes saber lo que es, ¿verdad? —Le miró con una sonrisa dulce que de sincera no tenía nada—. Vamos, Shane. Tenemos que ir al ayuntamiento.

Él se incorporó con un poco de pena ante la cara del chico, pero no añadió nada, limitándose a seguir a su jefa. Observó con paciencia el ritual de abrir el paraguas para los siete segundos que tardaba en ir desde la puerta hasta el coche, y se puso al volante.

Durante el trayecto notó que Leslie estaba tensa, suponía que ante el desconocimiento de lo que iban a decirle. Aparcó en un hueco libre delante del edificio, y la vio corretear,

de nuevo con el paraguas abierto.

«Qué manía», pensó, yendo detrás.

Cualquiera se lo decía, y eso que la estancia en casa de Moira le estaba haciendo mella. Era posible que estuviera un pelín menos antipática, o tal vez fueran los continuos encuentros que sufría con el pelirrojo escocés. Sacudió la cabeza, desechando aquel pensamiento... no la veía interesándose por nadie tan rural.

Una vez dentro, Leslie recorrió la primera planta con la mirada, y se acercó a un mostrador con paso resuelto. Una chica pelirroja de pelo rizado corto estaba leyendo lo que parecía una revista, y los miró sorprendida.

—Hola —saludó Leslie, sin

amedrentarse—. Quiero hablar con quien esté al mando aquí. Soy Leslie Ferguson.

—¿Ferguson? —repitió la joven.

—Sí. Sí, soy la hija de Finn, y sí, sé que me parezco —acabó por ella para evitar cualquier otra muestra de dramatismo—. Recibí una llamada y tengo que hablar del tema, así que...

—Por supuesto —asintió la chica veloz, descolgando el teléfono—. Será un momento —indicó, aprovechando de paso para echar un vistazo a Shane, que permanecía mudo—. Karen, ¿puedes salir un segundo? Hay aquí una mujer que dice no sé qué de una llamada, que se apellida Ferguson y que quiere hablar con quien esté al mando. Sí. Sí, sí, claro

—cortó y les dedicó una sonrisa—. Un momento, por favor.

Leslie se cruzó de brazos, haciendo un ruidito escéptico. Se dedicó a estudiar de nuevo el interior del ayuntamiento, constatando que allí nadie parecía trabajar demasiado, y buena prueba de ello era la recepcionista.

—Soy Davina —dijo esta, como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Es un placer conoceros, no se ven muchas caras nuevas por aquí.

—No es difícil adivinar el motivo —masculló ella.

No le prestó más atención, lo único que le gustaba de la joven era que parecía tan despeinada como ella. Además, ¿es que en ese lugar todos eran

pelirrojos? Porque entre el salvaje lanzatroncos, y la impertinente que le había cerrado la puerta en las narices antes de las navidades, parecía que era el único color de cabello disponible.

Empezó a resoplar, impaciente, hasta que de pronto Davina carraspeó para llamar su atención.

—Dice que suba —explicó, señalando el teléfono—. Es la puerta uno, la más grande.

Como Leslie no dijera nada, Shane contestó con un *gracias* y fue tras ella en dirección al primer piso. Había más escaleras de las que parecía, y la morena acabó cogiendo aire al llegar arriba, pero se recompuso antes de acercarse a la puerta uno, que estaba

abierta.

Se asomó con prudencia; no sabía bien qué esperaba encontrar, cuando había oído a la recepcionista llamar a *Karen* no había relacionado ese nombre con la pelirroja desafiante, pero en el momento en que miró dentro se encontró con que era la misma persona.

—¡Hola! —saludó ella, haciendo un gesto para que entraran—. Pasad, pasad. ¿Qué tal las navidades? ¿Os apetece un café?

Con ella había otra chica, de edad similar. También con pecas, y pelo ondulado, por supuesto pelirrojo... seguro que rondaban mil bromas sobre ese ayuntamiento y el trío de pelirrojas.

—Esta es Vika, que se encarga del

correo —presentó—. Ellos dos son... la hija de Finn y su secretario.

—Ayudante personal —corrigió Shane.

—Lo que sea. Bueno, ¿queréis café? —Les señaló la máquina—. Tenemos máquina nueva de cápsulas, amor a primera vista, os lo aseguro. Hace un café moca buenísimo.

—Perfecto —Shane dejó de lado sus recelos por haber sido bautizado como *secretario* y se acercó a toda prisa.

Leslie iba a rechazarlo, pero notó como su estómago rugía. Vale, no era ecológico, ni tenía aceite de coco, ni leche de soja, pero después de probar el café de Moira, tomarse uno normal no le parecía tan horrible.

—Yo con *stevia*, gracias.

—¿Perdón?

—Sacarina —aclaró Shane.

—En realidad... —Leslie quiso explicar la diferencia, pero no le dio tiempo.

—Sin problema —dijo Vika—. Tenemos sacarina. De alguna manera hay que contrarrestar esos excesos mañaneros. —Y señaló la mesa, donde había una caja abierta llena de donuts.

—Sentaos —invitó Karen, señalando con la cabeza unas sillas—. Y comed si queréis, estos los trae nuestro repartidor de correos todas las mañanas desde Inverness.

—No, gracias —dijo Leslie, poniéndose muy derecha.

—Ah, claro, si te comes uno a lo mejor esa chaqueta explota —comentó Karen, y Vika y ella empezaron a reírse sin preocupación alguna.

—No come hidratos —comentó Shane—. Pero yo sí. Hablad de todo lo que queráis, me quedaré escuchando.

—No me lo digas. —Vika apareció con los cafés y depositó uno junto al chico—. Os alojáis donde Moira, ¿a que sí? Tenéis que estar muertos de hambre...y que esa buena mujer se piense que cocina bien... —Le acercó el otro café a Leslie—. Aquí tienes. Así que, ¿eres hija de Finn?

Ella dio un sorbo al café con una mueca, y de repente suspiró; aquello era otra cosa, aunque no fuera ecológico

estaba buenísimo. Recuperó la compostura al ver cómo la miraban todos, y carraspeó.

—En fin, gracias por el café y por alimentar a mi ayudante, pero yo necesito hablar con alguien que esté al mando.

—Esa soy yo —contestó Karen.

—¿Tú? Pero tú solo eres una ayudante, ¿no?

—Exacto. Pero tu padre no está, por lo que por el momento solo estoy yo para lo que surja. Así que puedes hablar conmigo de cualquier duda que tengas.

Leslie no lo tenía muy claro, aquella joven no le daba la menor confianza. No la imaginaba llevando asuntos de despacho, sino más bien... bailando en

un *after*.

—De acuerdo —se sentó, adoptando su tono más profesional—. Respecto a la llamada que recibí, lo que se me dijo fue que...

—Yo te llamé —la interrumpió Karen—. Las cosas están así: tu padre es el alcalde y no puede hacerse cargo de sus responsabilidades, de manera que tiene que sustituirle un hijo. Si tuviera dos sería el mayor, pero como no es el caso y solo estás tú, te ha tocado.

—¿Qué?

—Lo que has oído. En Kiltarlity es lo que se hace, ha funcionado así toda la vida. Es una costumbre milenaria, y los Ferguson siempre han ocupado ese cargo en el pueblo.

Leslie miró a Shane, que se encogió de hombros.

—¿Y qué se supone que debo hacer?
—preguntó, en tono dramático.

—Llevar el ayuntamiento.

—No me refería a eso. —La fulminó con la mirada—. Quiero decir, ¿debo dejar mi vida, mi trabajo en Londres?
¿Y si tuviera marido allí?

—¿Lo tienes?

—No, pero podría tenerlo. Creo que es mucho suponer por vuestra parte pensar que voy a trasladarme aquí a vivir para encargarme del ayuntamiento, que debe dar mucho trabajo.

Karen intercambió una mirada con Vika y ambas sonrieron.

—Qué va, hay poco —informó la

primera—. Es por temporadas, pero casi todo se resume en papeleo, aunque a veces te tocará resolver disputas vecinales. Pero en general esto es tranquilo. Y solo tendrías que quedarte hasta que tu padre despierte.

—¡Pero podría tardar años! —se quejó Leslie—. ¿Y si me niego?

—Pagas una multa —dijo Karen.

—Ah. ¿Eso es todo? ¿A cuánto asciende esa multa?

—Si no recuerdo mal, son cien ovejas, cien vacas lanudas y veinte sacos de paja.

—¿Qué?

—Creo que también pueden ser de trigo, no estoy segura. Vika, busca toda la información que tengamos para que se

la lean... debe estar en el archivo del año ochocientos antes de Cristo.

Vika soltó una risita y fue directa al archivo mientras Leslie fruncía el ceño.

—Será una broma —espetó.

—¿Lo del año ochocientos antes de Cristo? Sí, es broma.

—No, me refiero a lo de las ovejas lanudas.

—Las lanudas son las vacas, las ovejas son normales, y no, eso es broma. Y para que lo sepas, no solo son caras, sino muy complicadas de encontrar. —Karen sonrió—. Por de pronto, aquí nadie te venderá ni una, ni siquiera la familia McKinley, que son quienes más tienen.

Shane dejó de comer al escuchar el

apellido.

—¿No es así como se apellida el lanzatroncos? —comentó.

—Veo que ya habéis conocido a Evan —Karen parecía divertida—. ¿Pasó por tu casa en año nuevo? Le encanta esa tontería de entrar por las ventanas vestido de negro, y lo que más, salir elegido por guapo.

—Hemos tenido varios encuentros con él —dijo Shane.

—No lo tomes muy en serio, le gusta burlarse de la gente pero es majo... todos los McKinley somos un poco así. —Se levantó al ver regresar a Vika con una carpeta—. Gracias.

—¿Es familia tuya? —preguntó Leslie, con aprensión.

—Primo segundo. —Karen dejó caer la carpeta sobre la mesa, junto a Shane—. Me parece que esto te va a tocar estudiártelo a ti.

—Pensaba que nos contarías un poco... —empezó Leslie.

—Ah, no, no. Yo no puedo perder el tiempo con estas cosas —negó Karen—. Tengo algunos mails que responder, y Vika y yo estábamos en el momento del duelo diario de canción favorita.

Jefa y ayudante se miraron de nuevo, sin creer lo que oían.

—¿Cómo? —preguntó Leslie, segura de que debía tener cara de tonta.

—Es muy fácil, todos los días tienes que defender una de tus canciones favoritas. Dices cuál y el porqué crees

que debe ser la ganadora... sirve para matar el tiempo, y como es un juego de dos, decide la tercera. Davina, la chica que está en información.

—De manera que en eso pasáis el rato —Leslie estaba indignada.

Si ella fuera alcaldesa, las pondría a trabajar a las tres y no a comer donuts y jugar a chorradas musicales. Estaba claro que tenían poco trabajo, pero seguro que se podían hacer más cosas productivas que pasar las horas perdiendo el tiempo.

—Hoy tocan DJ's con famosas — empezó a decir Vika—. Yo apuesto por Calvin Harris y su canción con Ellie Goulding, ¿sabes cuál digo? Pero Karen dice que es mucho mejor David Guetta,

que cuando canta con Rihanna es...

—¡Basta! —Leslie se incorporó, haciendo un gesto a Shane—. Nos llevaremos eso para estudiarlo y ver si es cierto ese rollo de las cabras lanudas y demás.

—Vacas —corrigió Vika, solícita.

—¡Como si son murciélagos! —se estremeció al recordar el que había entrado en su habitación durante la noche—. Estoy segura que encontraré algo. ¡Vamos, Shane!

Salió del despacho muy digna mientras las dos pelirrojas la miraban, sin parecer inquietas en absoluto por su berrinche. Shane hubiera preferido seguir comiendo donuts, pero terminó por coger la carpeta y levantarse.

—Gracias por el café —dijo.

—De nada. —Vika se apresuró a acompañarlo hasta la puerta—. Si te aburres y quieres salir ya sabes dónde estamos, ¿vale?

La voz de Leslie llamándolo resonó por todo el edificio, así que el chico se limitó a salir tras su jefa, que ya estaba fuera con el paraguas abierto y preparado.

—¡Qué poca vergüenza! —protestaba entre dientes—. ¡Multas a mí! Qué poca seriedad, no me lo puedo creer. Más te vale encontrar algo que nos libre de esto ahí —señaló la carpeta.

—¿Nos?

—Tenemos que escaquearnos de

alguna manera, ¡estoy harta de este sitio! ¡No para de llover, no hay nada que hacer y echo de menos mi *tempe* macerado, y mis semillas de chía en el desayuno! ¡Y todo el mundo es impertinente!

—Calma —dijo él—. Le echaré un ojo a los papeles, a ver si hay alguna posibilidad de que te libres... eso espero, porque lo de conseguir vacas lanudas lo veo más complicado.

—No tiene gracia— masculló ella, resentida, entrando al coche con un portazo.

Shane ocupó el asiento del conductor y dejó los papeles en el trasero.

—Vamos a la tienda —dijo Leslie

— No me queda apio.

Shane señaló al frente.

—Pero si está ahí mismo, ¿para qué hemos subido al...?

—¡Conduce y calla, no quiero mojarme el pelo!

Shane arrancó, avanzó diez metros y aparcó. Leslie corrió con su paraguas hasta la tienda, mientras su ayudante se lo tomaba con más calma. Cuando entró, Leslie ya le había recitado al tendero su lista de verduras y esperaba que se las sacara.

—¿Dónde estabas? —preguntó impaciente.

—Ni que hubiera tardado una hora...

La campanilla de la puerta se abrió,

dando paso a Evan, que se acercó con una sonrisa.

—Buenos días, ¿qué tal habéis comenzado el año? —preguntó.

—Lloviendo, igual que el anterior —refunfuñó Leslie.

—Mejor no comentarlo —replicó Shane—. ¿Y tú? ¿Tuviste la noche ocupada?

—Muchas *lassies* que besar, sí. —Miró a Leslie intencionadamente, pero ella tenía la vista fija al frente—. Es un trabajo duro, pero alguien tiene que hacerlo.

El tendero salió con las bolsas de Leslie, y Evan levantó una ceja.

—¿Y eso? ¿Vais a hacer alguna sopa de verduras?

—Tú sí que estás hasta en la sopa — exclamó Leslie—, ¡pareces por todas partes! ¿Es que no hay más gente en este pueblo?

Cogió las bolsas y salió, pero al llegar a la puerta se dio cuenta de que no podía abrir el paraguas con las manos ocupadas, y llamó a Shane. El irlandés se encogió de hombros como si se disculpara y fue con ella. Cogió las bolsas solícito mientras la chica luchaba por abrir el paraguas, que parecía atascado. Tiró con fuerza, y las varillas giraron hasta darse la vuelta, de forma que el paraguas se quedó al revés.

—Creo que habrá que comprar uno nuevo —comentó Shane—. Seguro que en la tienda tienen. Debe ser el producto

estrella.

—No pienso volver a entrar ahí.

Se tapó como pudo para correr hasta el coche. Shane no aceleró el paso; se tomó su tiempo para ir, dejar las bolsas en el maletero y subirse para conducir de vuelta al hostel.

Una vez allí, Shane cogió la documentación para ir a su habitación y estudiarla. Mientras, Leslie cogió un tallo de apio y se puso a masticarlo con fastidio, buscando páginas en internet de leyes escocesas.

Dos días después, durante los que no paró de nevar, ambos estaban mareados de tanta información. Pero para desgracia de Leslie, no había nada que pudiera salvarla de la situación.

Shane le llevó los documentos y se sentó junto a ella en su habitación.

—Jefa, los he leído tantas veces que me los sé de memoria —dijo—. Y no hay nada que hacer.

—Pero, ¿y si no despierta? ¡No puedo quedarme aquí toda la vida!

—Yo tampoco. Aunque he encontrado un resquicio legal. Puedes delegar en alguien si pasado un año no despierta, lo pone aquí. —Buscó la hoja y se la mostró—. Aunque supongo que podríamos intentar ir a juicio... pero la jurisdicción por la que se rige este asunto es la escocesa, no los tribunales ingleses.

—Tengo que llamar a Alan. A ver qué hacemos, quizá podamos llegar a un

acuerdo con esa pelirroja y trabajar desde Londres...

—Seguiré buscando, y cuando sepas algo me dices para mirar vuelos. Es el cumpleaños de una de mis hermanas dentro de una semana, tengo que ver cómo ir a Dublín.

Leslie le hizo un gesto vago, sin comprometerse a nada, y Shane regresó a su habitación.

La chica llamó a su jefe, a ver si al hombre se le ocurría alguna solución, o les sugería algún abogado. Al fin y al cabo, la empresa tenía unos cuantos que conocían al dedillo las leyes de todos los parlamentos para saber a qué atenerse cuando compraban terrenos o edificios en ruinas.

Pero cuando le explicó la situación, lejos de comprenderla, Alan se entusiasmó.

—¡Es una oportunidad única! — exclamó.

—¿En qué sentido, Alan? Porque yo no veo...

—Terrenos, Leslie, terrenos.

—He estado mirando pero no he encontrado nada decente.

—En el ayuntamiento tendrás acceso a los planos de todo el territorio. A datos sobre sus dueños, herencias... ¡todo! Piénsalo. Incluso podrás hacer tú los permisos de obra si es necesario, ¿te das cuenta del papeleo que eso supone, el tiempo que ahorraremos?

Leslie sopesó sus palabras. En eso

tenía razón. Y un *resort* exclusivo de golf con hotel era un proyecto de millones de libras, si conseguía realizarlo ella sola el porcentaje que se llevaría sería más que considerable.

—Está bien —dijo—. Te iré informando de lo que encuentre.

—Lámame.

Leslie colgó y se quedó mirando la pantalla. El ayuntamiento suponía un reto... pero le encantaban los retos, pondría a esas tres pelirrojas de marras a trabajar como nunca en su vida.

Ahora tenía un problema más inmediato: convencer a Shane para que se quedara con ella.

Con actitud resuelta un poco fingida fue hasta su habitación, y golpeó la

puerta un par de veces; Shane le abrió minutos después.

—¿Qué pasa ahora? ¿Otro bicho, más sopa...?

—Tengo que hablar contigo —entró sin esperar a que la invitara, por lo que el chico cerró tras ella con expresión hastiada—. Llamé a Alan por teléfono para explicarle la situación. Lejos de molestarse, le parece todo genial.

—Y por todo entendemos...

—Quiere que me quede aquí. Sabe que hay terrenos con posibilidades infinitas, y piensa que al estar yo al mando podré acelerar los permisos... casi ve su *resort* ya terminado y dando dinero.

—¿Te lo estás planteando? Madre

mía, Leslie, sabía que eras ambiciosa, pero esto supera cualquier idea que pudiera tener.

Leslie se sentó en un borde de la cama.

—Bueno, al parecer es mi obligación. Y ya que tengo que cumplirla bajo pena de tener que pagar con vacas y ovejas, es justo sacar beneficio de esto.

—Estás loca, pero bueno, es tu decisión.

—Sí, oye, sobre eso... en fin, he pensado que podrías quedarte aquí conmigo. —Al ver su cara, se apresuró a añadir—: ¡No digas que no antes de escuchar las condiciones!

Shane se incorporó, negando con la

cabeza.

—¡Claro que digo que no! ¿En serio crees que voy a quedarme a vivir en este lugar perdido de la mano de Dios?

—¿Y por qué no? ¿Qué más te da? Harías el mismo trabajo.

—Ya tienes ayudante.

—No, esa era la ayudante de mi padre, y no me gusta un pelo. Es demasiado contestona —se dio cuenta de sus palabras y trató de rectificar—. Quería decir muy impertinente... mira, quizás deba mantenerla ahí, es personal del ayuntamiento, pero te aseguro que tú seguirás siendo mi ayudante principal.

—Que no, Leslie, que no me quedo aquí. Tengo mi vida en Londres.

—Tu familia está en Irlanda, lo

mismo te da coger el avión desde aquí que desde allí. Tu última novia fue hace un par de años, así que por ahí tampoco hay problema... ¿tus amigos? Sí, vale, eso sí, pero aquí también puedes tener amigos.

—No me digas.

—Shane, ya sabes que soy una persona muy especial y exigente, necesito que estés en tu puesto para que todo funcione. Bastante duro va a ser también para mí vivir aquí, alguien tiene que mantenerme cuerda.

El chico empezó a pasear por la habitación, nervioso, mientras Leslie le miraba esperanzada: si lo estaba pensando, algo era algo. Shane se detuvo de pronto.

—¿Cuánto tiempo? Y no me respondas algo vago como *una temporada*. Quiero fechas.

—Lo máximo sería un año, porque pasado ese tiempo puedo delegar —respondió ella al momento—. Y si nos ponemos en lo mejor, en cuanto despierte mi padre nos largamos. Y entre tanto, buscamos los terrenos que nos harán millonarios. ¿Qué te parece?

Él la miró fijamente.

—Si me quedo...

—¿Sí?

—Tengo condiciones. —Ella le hizo un gesto para que hablara—. Tendrás que subirme el sueldo.

—¿Otra vez? —se quejó Leslie, y al ver su cara se apresuró a añadir—.

Claro, claro.

—Voy a necesitar alquilar un piso y quiero un coche, así que más vale que seas generosa.

La morena miró al techo, controlando un suspiro de frustración, pero acabó por asentir.

—De acuerdo.

—Quiero los fines de semana libres, y con libres me refiero a nada de llamadas. Y eso incluye el resto de los días cuando acabemos la jornada laboral —especificó él—. No me llames por la noche, ni demasiado pronto, ni para que vaya a matar una araña. ¿Entendido?

Leslie asimiló sus palabras, reteniendo un primer impulso de

protestar. Tras sopesarlo unos segundos, tuvo que reconocer que Shane tenía razón: era su ayudante laboral, no su esclavo personal. Nunca se había parado a pensar que pudiera molestarlo, ella solo se preocupaba de sus cosas, y en ese momento fue consciente de que abusaba un poco de su poder. Pero solo un poco, no pensaba que Shane tuviera muchos motivos más para quejarse.

—¿Trato hecho? —preguntó el joven.

—Debería llevarte conmigo a negociar precios —refunfuñó ella—. Pero sí, trato hecho.

—Muy bien. Pues voy a empezar a mandar mails como un loco, la gente va a alucinar... y ya que esto va para largo,

tenemos que marcharnos de casa de Moira. Voy a empezar a buscar algún piso de alquiler, ¿te miro a ti también?

—Oh. —Ella parecía perdida—. Sí, claro. Yo también necesito donde vivir.

—Mañana iré a Inverness a ver si consigo un coche, no sé si tú también quieres. Esto no es Londres, donde tienes paradas de taxi cada tres metros.

—Pero yo pensaba que seguiríamos como hasta ahora...

—¿Te refieres a conmigo en plan chófer llevándote a todos lados? Ni hablar. Vidas separadas, jefa, tendrás que buscarte la vida. Si quieres puedes quedarte con el coche de alquiler, es mono y te pega —le hizo un gesto burlón.

—¿Esa caja de cerillas? —Negó con la cabeza—. No, no, imposible. Iré contigo a Inverness, a ver qué me consigues. ¿Crees que tendrán eléctricos?

—Aunque tuvieran, Leslie, ¿dónde ibas a recargarlo? Dudo que haya algún lugar donde hacerlo en cien kilómetros a la redonda.

—Vale, vale. En fin, supongo que habrá que apañarse... aunque hace como diez años que no conduzco, no sé yo si me acordaré.

—Eso es como andar en bicicleta, no se olvida. Voy a buscar compañías de alquiler, tú deberías llamar a Alan e informarle de mis nuevas condiciones, ¿no te parece?

—Mira que eres desconfiado... —
Él carraspeó, y Leslie se levantó con un gesto de exasperación—. Está bien, te lo pondré todo por escrito, ¿de acuerdo?

—Gracias.

La acompañó hasta la puerta, y una vez solo, se puso manos a la obra.

* * *

Al día siguiente era viernes y Leslie decidió que el lunes se presentaría a trabajar; de esa forma podía mentalizarse y pensar si realmente estaba dispuesta a quedarse allí, con todo lo que implicaba. Recordó a su padre, que continuaba en coma. Sabía que la gente estaría pensando en lo arpia

que era por no ir a visitarlo, pero ellos no conocían la historia, y no estaba por la labor de ir dando explicaciones a un puñado de paletos.

Miró el móvil con el ceño fruncido. Después de ducharse había llamado a Shane, pero él contestó diciendo que estaba de camino a Inverness a buscar un coche, así que no tuvo otro remedio que colgar. Estaba pensando qué hacer cuando tocaron en su puerta y, sin aguardar ni dos segundos, esta se abrió dando paso a Abernethy, Abboid y Aiden.

—Buenos días. Venimos-a-arreglar-el-techo, que-está-desconchado —dijo el primero.

—¿No-le-molesta? —preguntó

Aiden, que arrastraba consigo una escalera.

Abertnethy llevaba un bote de pintura y unos periódicos enrollados.

Leslie se levantó de un salto de la cama.

—¿Sabéis lo que es llamar?

—Hemos-llamado —Abboid no pareció molesto.

—Ya, pero me refería...

—Tranquila —Aiden quitó importancia al asunto—. ¡Le-dejaremos-el-cuarto-como-nuevo!

De repente, a Leslie le pareció que era un momento perfecto para ir a mirar algún piso de alquiler. Con suerte, a lo mejor encontraba un lugar donde tomarse un café. Ya no pedía ni que

fuera ecológico, aunque no supiera a agua de lavar platos le bastaba.

Agarró su abrigo y salió, veloz como el rayo. Intercambió un saludo rápido con Moira, que para variar le dijo un par de frases que no comprendió, y de nuevo se encontró con que llovía.

No tenía paraguas, pero sí gorros, así que regresó a por uno y volvió de nuevo a la calle, dispuesta a dar una vuelta. Entonces recordó que Shane se había marchado, llevándose el coche con él, y empezó a patallar, impaciente.

Vale, no tenía otra opción que ir caminando, aunque hiciera frío, lloviznara, hubiera nieve en las cunetas y llevara tacones... al final no era tan descabellado conseguirse unas

deportivas, aunque, ¿con qué demonios iba a combinarlas? No tenía nada que pegara, ni siquiera unos vaqueros.

A pesar de todos los impedimentos que encontraba, echó a andar. A medio camino cesó la lluvia y las nubes se despejaron de forma leve, y eso la relajó. Iba mirando por todas las casas, por si veía algún cartel de renta, pero no encontró nada; no había bloques de edificios. Solo casas desperdigadas sin ningún orden ni concierto.

Si no encontraba algo, ¿qué iba a hacer? Todo un año con Moira y sus hijos le resultaba impensable. Moriría de hambre, o aniquilada por algún destrozo.

Pasó delante de una casa, y al mirar

el buzón se encontró con el nombre que tanto se esforzaba en esquivar.

Finn Ferguson.

Echó un vistazo con curiosidad. Su madre nunca la había llevado allí, y cuando hablaba del lugar lo describía como *cuatro piedras mal puestas*. Pero no era así. La casa era pequeña, sí, pero no parecía abandonada y el jardín estaba bien cuidado, quizás alguien se encargaba de ello. Una señora de la limpieza, o algo así... le pegaba. Según las historias de su madre, era un mujeriego, un vividor, con lo cual no veía descabellado aquello.

La rodeó, lanzando miradas furtivas por si veía a alguien, pero no tuvo suerte y decidió emprender el camino de

regreso. Tras mirar el reloj, constató que todo estaba más lejos de lo que parecía, y que *unos pasos andando* significaban *muchos pasos andando*.

Se recluyó en su cuarto para comer apio y tomates crudos. Se sentía deprimida. El mal tiempo, no tener al alcance las comodidades a las que estaba acostumbrada, y sobre todo, recordar su niñez sin padre, la habían dejado melancólica. No quiso salir a cenar cuando Shane le preguntó, y se pasó todo el fin de semana encerrada, lamentándose. Solo saltó de la cama cuando, el domingo por la noche, se desprendieron dos trozos de yeso del techo que cayeron justo al lado de su cabeza. Los retiró, mirando hacia arriba

desconfiada, y el resto de esa noche estuvo vigilando que no cayeran más partes del techo sobre ella.

* * *

Llegó el lunes, primer día de trabajo, y con él su absoluta determinación a imponerse como la nueva jefa del lugar. Se arregló con esmero, pensando a ponerse el traje negro, pero entonces recordó cómo Karen se había burlado de lo ceñida que iba, y buscó otro; de todas formas, no le gustaba repetir ropa tan seguido, y para algo tenía tantos modelitos.

Aunque el trayecto era corto, tuvo tiempo de sobra para ponerse un poquito

nerviosa; Shane la observó de reojo.

—¿Te impone el triunvirato pelirrojo?

—No. Pronto las pondré en su sitio, ya verás.

—No me cabe duda —dijo Shane, aunque no estaba tan seguro de aquello.

Sí, Leslie era dura, pero lo cierto es que ninguna de las tres parecía tenerle demasiado respeto. Davina ya estaba sentada en su puesto, leyendo un libro que cerró de golpe al verlos llegar.

—¡Hola! —saludó, con una sonrisa—. Nos visitáis de nuevo, genial, ¿aviso a...?

—No es necesario —la interrumpió Leslie con un gesto tajante—. Ya te llamaré si te necesito.

Shane le lanzó una mirada de disculpa ante la grosería de su jefa, y después la siguió. Leslie subió al primer piso y no se molestó en llamar, entrando en la sala. Karen estaba sobre el teclado de su ordenador, apoyada en los antebrazos y con los ojos cerrados.

—Increíble —masculló Leslie, y buscó con la mirada a la pelirroja que faltaba, que no estaba por ningún lado. Carraspeó con fuerza—. Buenos días.

Karen abrió un ojo, y al verla se incorporó, frotándose los dos.

—Hola —murmuró—. Perdonad, los lunes son terribles... mira que me repito que no es bueno salir los domingos, pero al final nunca lo cumplo. Necesito un café, ¿os apetece?

—Pues... —Leslie la siguió con la mirada, boquiabierta—. A ver, ¿quieres hacerme caso un momento?

—Claro. Te escucho mientras pongo las cápsulas —replicó Karen, acercándose a la cafetera y empezando a pulsar botones.

—Está bien. —Leslie se aproximó—. He decidido aceptar el puesto de alcaldesa.

Eso terminó por despejar a la pelirroja, que se giró a mirarla.

—¿De verdad? —preguntó, perpleja—. ¿Por qué?

—Pues porque... bueno, porque alguien tiene que poner orden aquí. —Vio sus ojos escépticos, y se encogió de hombros—. Vosotros necesitáis un

alcalde y yo no tengo ovejas lanudas para pagar.

—Vacas —corrigió Karen, divertida, y después señaló a Shane con la cabeza—. ¿Y él?

—Shane es mi ayudante.

—Ya, ya, eso ya me quedó claro el otro día, pero me refiero a qué va a hacer exactamente aquí.

Leslie entendió que a la joven le preocupaba su trabajo. No le hubiera importado despedirla, pero no creía que fuera empezar con buen pie, no quería volverse impopular el primer día.

Iba a tener que aprender a trabajar con el triunvirato pelirrojo, quisiera o no.

—De momento os tendré a los dos

—replicó.

Ambos la miraron, con las mismas expresiones sorprendidas. No hacía falta ser Sherlock para notar que allí había poco trabajo.

—¿De momento? —preguntó Karen.

—Sí. ¿Hasta cuando tienes contrato?

—No sé. Creo que de año en año, tu padre ni se planteaba cambiarme por otra persona.

—Pues yo no soy mi padre, ni soy tu prima, y si quieres conservar tu trabajo me temo que vas a tener que demostrarme que sirves para ello.

Shane sintió cierta satisfacción al escucharla, aunque no se le escapaba la advertencia implícita: si Karen se lo curraba, quien podía perder el puesto

era él. Lo dudaba mucho, la pelirroja parecía tener mucha cara y no ser demasiado eficiente, además de que él contaba con la paciencia infinita que se veía a todas luces que Karen no tenía. Seis años trabajando con Leslie prácticamente le aseguraban el puesto, además del cielo... supuso que su jefa se inventaría cualquier excusa para deshacerse de la pelirroja al cumplir el año.

—Muy bien —dijo Karen, sin parecer impresionada.

—Además, como tengo que seguir con mi trabajo de Londres, tendré cosas para ambos. Sigo buscando tierras, y para eso necesito a Shane, que ya lo controla todo.

Karen se encogió de hombros.

—¿Tienes alguna mesa libre? — preguntó el chico.

—Sin problema —le señaló una a su derecha—. La de allí es de Vika.

—Por cierto —interrumpió Leslie con curiosidad—, ¿dónde está?

—Ha ido al lavabo —Karen no pareció sentir necesidad de dar más detalles.

Leslie se quedó estupefacta, pero meneó la cabeza y miró hacia la puerta que había al final de la sala. Estaba cerrada y se leía el cartel desde donde estaba: Finn Ferguson.

—Ese es mi despacho, deduzco — dijo, y empezó a andar sin esperar respuesta.

Los dos observaron a la joven entrar, cerrando la puerta tras ella.

—Tu jefa tiene mucha determinación —comentó Karen con una mueca, regresando a su escritorio.

—Nuestra jefa —corrigió Shane, encaminándose al suyo.

—Te explicaré dónde está todo hasta que llegue Vika y pueda pasarle el marrón a ella.

Shane la siguió, arqueando la ceja. No, definitivamente su puesto no corría el menor peligro. Karen no parecía tener muchas ganas de trabajar, aunque una vez hecho el recorrido Shane advirtió que todo estaba muy bien organizado, con el trabajo al día. Una media hora después, Vika entró con una sonrisa

amplia y una caja en las manos.

—¡Aquí llegan los donuts! — exclamó, depositándolos sobre la mesa central, que era la de Karen, y sonrió al ver a Shane—. ¡Vaya, habéis decidido quedaros, bien! —Se volvió a Karen—. Akhber me ha preguntado por ti. Dice que prefiere que flirtees tú antes que yo, aunque le he dicho que qué más le daba, si ambas éramos pelirrojas de ojos claros. —Miró a Shane otra vez—. ¿Qué tal, novato?

—Bien —respondió él, mirando su ordenador de forma fija—. ¿Este ordenador del jurásico es lo que tengo que utilizar?

—No hay presupuesto para casi nada, es un pueblo pequeño —respondió

Karen.

—¿Le llevamos un donut a la jefa?
—preguntó Vika.

—Ella no come hidratos. —Las dos jóvenes le miraron al mismo tiempo, pasmadas—. Demasiadas calorías industriales. Solo come comida orgánica, macrobiótica, ecológica y vegetariana.

—¿Macroqué? —Vika parpadeó varias veces—. Aquí ni siquiera se vende eso.

—No hace falta que lo jures, desde que llegó solo se alimenta de apio y tomates crudos. Necesitaría planos de Kiltarlity —añadió, al ver que nadie decía nada al respecto de la alimentación de su jefa.

Karen se quedó pensativa. Shane supuso que estaba intentando hacer memoria sobre dónde podría tenerlos, pero de pronto miró a Vika y dijo:

—¡*Promises!*

—¿The Cranberries? —Vika arrugó la nariz y se frotó la frente—. Mmmm... espera, espera... —Shane las observaba como en un partido de tenis—. Mierda, no me viene ninguna... ¡ya está! *Sugar*, Maroon 5.

—Buah, estás chiflada. Reconozco que Maroon 5 tiene alguna cancioncilla, pero decirme que *Sugar* es mejor que *Promises*... debes estar loca. ¿Tú qué opinas?

Shane reaccionó al notar que la pregunta iba dirigida hacia él.

—¿Qué?

—Qué canción es mejor, si *Sugar* o *Promises* —repitió Vika, hablándole como si todo aquello fuera algo elemental mientras abría la caja de donuts y sacaba uno.

«Y en esto pasan el tiempo», se dijo con un suspiro.

—¿Y los planos? —insistió, ignorando su duda existencial sobre las canciones.

—Ahora te los traigo —Karen se levantó de un salto para acercarse hasta un armario, que abrió con una llave que tenía en un manojó. Rebuscó hasta dar con un sobre grueso y se acercó hasta Shane, dejándolo sobre su mesa—. Aquí tienes. Suficiente para empezar. —Y le

dio unas palmaditas en la espalda.

El chico le dio las gracias de manera distraída, sin notar las miradas burlonas que intercambiaban ambas pelirrojas. Un par de horas después había decidido ignorar sus conversaciones y risitas, y pulsó el teléfono para hablar con Leslie.

—Estoy con los planos del pueblo —informó—. ¿Piensas salir a comer?

—Uffff, estoy poniéndome al día con todos estos papeles —repuso ella—. ¿Me traes algo cuando vuelvas?

—Se hará lo que se pueda. —Colgó y miró a las dos chicas, que continuaban charlando entre ellas animadamente—. Dos cosas, ¿hay algún sitio por aquí cerca para ir a comer?

—Tienes el pub —replicó Vika—.

No está lejos, se puede ir andando si no llueve. Vale la pena el paseo si tu otra opción es la casa de Moira.

—Estoy de acuerdo. La otra cosa es si sabéis de alguna casa que se alquile. He estado buscando, pero no encuentro nada.

Vika miró a Karen, pero esta se limitó a negar con la cabeza, poniendo cara de pena aunque Shane dudaba que lo sintiera. Se incorporó, cogiendo su cazadora y pensando en lo largo que se le iba a hacer ese año soportando a aquellas dos; dos que se quedaron sentadas y riéndose al verlo salir. Las ignoró de nuevo, pero cuando bajó a la recepción vio que Davina también sonreía con su presencia, y eso le

mosqueó.

—¿Qué os parece tan divertido? —
protestó.

Ella salió al trote de su mostrador para aproximarse y arrancarle algo de la espalda.

—¿En serio? ¿El truco más viejo del mundo...?

—Sólo están bromeando. —Davina no dejaba de sonreír—. Se aburren mucho, y ahora mismo tú eres su mayor distracción.

El papelito decía *Glaikit*, palabra que Shane no tenía la menor idea de que significaba. Miró a Davina, interrogante.

—Quiere decir... poco avisado.

—¿Cómo dices?

—Idiota —aclaró ella, solícita.

—Genial. —Él hizo una bola con el papel refunfuñando, mientras se encaminaba derecho hacia la salida. Su único consuelo era que al menos no se había dedicado a pasearse por el pueblo con aquello puesto gracias a la compasión de la pelirroja número tres, menos cabrona que la pelirroja número dos, y muchísimo menos que la número uno.

—¡No te enfades! —dijo Davina, sin quitar su sonrisa mientras le veía marcharse.

Las indicaciones de Vika no habían sido demasiado claras; Shane no consiguió encontrar ese pub que *no estaba lejos*, y como no tenía ganas de pasar su tiempo para comer dando

vueltas, acabó por entrar en la tienda de Fergus para conseguir algo de emergencia. De paso compró alguna cosa para Leslie, no fuera que se desmayara de hambre en ese despacho donde se había encerrado.

Aún tenía que decidir qué actitud pensaba tomar con el triunvirato pelirrojo, y al final decidió que lo mejor era pasar de ellas. Cuanto menos se relacionara, mejor; de cualquier forma solo hablaban de tonterías. Cuando regresó a su mesa no estaba ninguna de las tres, así que supuso que habrían salido a comer.

La suposición era correcta, aunque tardaron mucho en volver. En Londres, aquel descontrol hubiera sido

impensable. Le sorprendía que Leslie no dijera nada, aunque claro, no podía saberlo ya que continuaba repasando papeles, tan concentrada que apenas si había prestado atención al coger la bolsa con fruta que le había llevado.

Cuando las pelirrojas regresaron se limitó a mirarlas con el ceño fruncido.

—Huy, ya te lo has quitado. —Karen soltó una risita—. Seguro que ha sido Davina, es la más sentida de las tres. No te enfades, que solo era una broma de bienvenida.

—Muy divertida. No había escuchado esa palabra en mi vida, ¿tenéis más bromas de bienvenida o puedo darme por saludado oficialmente?

—Será más sencillo para ti unirte a

nosotras que estar en contra —dijo Vika, yendo hasta la cafetera para sacarse un café—. Créeme, te divertirás más. Somos mejores a favor.

—Gracias por la recomendación —murmuró Shane entre dientes.

—A ver. —Karen se sentó en una esquina de su mesa—. No te cabrees, que vamos a pensar que no tienes sentido del humor, y aunque podríamos comprenderlo con esa jefa-bicho-palo que tienes, eres joven para estar amargado.

—Yo...

—Tengo una buena noticia —le interrumpió la chica—. Buscas una casa para vivir, ¿no?

—Sí, pero...

—Pues yo tengo una. Te la alquilo, si quieres.

Shane continuaba sorprendido ante aquel cambio, ¿de llamarle idiota pasaba a ofrecerle un sitio de alquiler?

—¿Tienes una casa de sobra?

—Ajá. Nunca se me había ocurrido alquilarla porque en fin, aquí vivimos los que vivimos y nadie en su sano juicio se viene a pasar temporadas, pero la verdad, me da un poco de pena que vivas en casa de Moira.

—¿Va en serio...?

—Estarás en frente de mi casa, así que más vale que la cuides. Por lo demás, no tengo ninguna exigencia extraña, paga todos los meses puntual y listo. ¿Te interesa?

Shane asintió, un poco confundido.

—Al salir del trabajo te la enseño
—añadió ella, regresando a su mesa.

Shane trató de volver al trabajo, ignorando las charlas triviales que mantenían ellas; al parecer, Vika andaba intentando ligar con un camarero de ese famoso pub que no conseguía encontrar, y se lamentaba de que a veces le guiñaba el ojo mientras que otras la ignoraba. Puff, se sentía como cuando vivía en casa con sus hermanas y tenía que escuchar sus rollos amorosos todo el día... Karen sugirió que *lo mandara a la mierda* en tono poco amable, a lo cual Vika respondió algo como *¿y por qué tú no haces lo mismo con Graham?*, y Karen puso los ojos en

blanco. Ese pobre Graham ya le daba pena, sin conocerlo de nada. Solo por aguantarla se merecía un trofeo. Trató de concentrarse en el trabajo, pero entre *tests* de revistas, problemas de chicos, concursos de canciones y demás temas, para cuando fue la hora de salir tenía un dolor de cabeza incipiente.

Karen y Vika había empezado a recoger sus cosas bastante antes, y cuando él al fin se levantó, la primera señaló el despacho de Leslie con la cabeza.

—¿No deberías ir a ver si aún sigue viva?

—Tranquila, ella trabaja así. Lo hace a menudo. Hay días que interactúa mucho, y otras que ni la escuchas —

contestó Shane, apagando el ordenador y cogiendo su cazadora.

En la entrada se despidieron de Vika y Davina, que se fueron caminando en la misma dirección, y Karen le dio en el brazo.

—¿Tienes coche?

—¿Está lejos?

—No, pero no me gusta ir andando a ninguna parte... vamos.

Shane aceptó. Qué remedio le quedaba, al menos solo tendría que lidiar con una pelirroja, aunque fuera la peor. Iba a tener que mostrarse amable hasta que firmara el contrato de alquiler, después ya vería.

Unos diez minutos después, estaban en una calle bien iluminada: había

varias casas seguidas, todas de igual construcción de piedra antigua y con buen aspecto. Llovía otra vez, pero Shane ya comenzaba a acostumbrarse, y al menos Karen no hacía un drama de aquello ni se ponía a dar la tabarra abriendo y cerrando el paraguas.

Bajó del coche, observando la calle y constatando que le gustaba la zona.

—Es esa —ella le señaló la marcada con el número ocho mientras sacaba unas llaves de su bolso.

—¿Y heredaste esto? —preguntó Shane mientras la seguía por las escaleras.

La vio asentir al mismo tiempo que abría la puerta. Karen se deslizó dentro para dar las luces y cederle el paso, así

que entró; sacudió la cabeza para eliminar el agua y miró a su alrededor.

La casa estaba fría y obviamente resultaba impersonal por la falta de detalles que evidenciaran que existía vida en su interior, pero aun así le gustó. Tenía una cocina pequeña y un salón amplio, lo que le parecía perfecto; olía a madera y a hierba.

—Suelo venir a ventilar —aclaró Karen, como si hubiera adivinado sus pensamientos, mientras le veía estudiar el salón.

—Es muy grande.

—Mis padres eran dueños de las dos casas, pero ya no están. Me da pena tenerla cerrada, pero nunca se me ocurriría venderla, así que supongo que

alquilar es una buena idea. —Se acercó hasta donde se encontraba él—. Creo que serás el inquilino perfecto.

—¿Tanta pinta de aburrido tengo? —protestó Shane.

—Yo no he dicho eso. Pero si pareces tranquilo... no te imagino arrojando colchones por la ventana o echando la casa abajo en una fiesta, la verdad.

—No, tienes razón. ¿Puedo ver la parte de arriba?

La chica asintió, así que Shane subió para ver que había. Tres habitaciones, nada menos, una algo más grande que las demás con unos ventanales perfectos. A través de ellos se veía verde, verde y más verde, y aguanieve. Perfecto, era

completamente diferente de Londres. Supo de inmediato que aquella sería su habitación.

—Me gusta —confirmó, cuando Karen llegó a su altura.

—Aquí arriba hay otro baño, y hasta ático. —Señaló el techo—. Solo tienes que tirar de esa cuerda y bajar la escalera, si es que te interesa subir, claro. Yo entre que no llego y que temo las arañas que pueda haber ahí arriba... —Meneó sus rizos pelirrojos.

Shane ocultó una risita.

—En la habitación principal tienes mantas, sábanas y almohadas. —Ella le señaló el dormitorio al cual se había asomado—. Y si necesitas cualquier cosa puedes hacerme señales, mi cuarto

está justo enfrente.

—Qué bonito. Podríamos mandarnos mensajes en código morse —replicó el chico con sarcasmo.

Karen alzó una ceja.

—Trescientos al mes. ¿Te va bien? —inquirió, decidiendo ignorar aquel atisbo de ironía.

Shane permaneció callado, pensando si le estaría gastando una broma. ¿Trescientos, por aquella pedazo de casa? En Londres, por ese dinero no encontrabas ni una habitación apestosa en la calle menos recomendable del mundo.

Karen aguardaba una respuesta, cruzada de brazos, y él tuvo claro que el precio era simbólico; a su pesar, la

joven le estaba haciendo un favor.

—Hecho —accedió.

—Agua, luz, y todo eso corre de tu cuenta.

—Lo suponía. ¿Quieres la señal y la primera mensualidad?

—No hace falta. La verdad es que nos vamos a ver en el trabajo todos los días, así que dudo mucho que vayas a desaparecer sin pagar.

Empezó a bajar las escaleras, y Shane la siguió. Si ya le decía que podía mudarse cuando quisiera, su felicidad sería completa... por él se hubiera quedado esa misma noche, aunque tuviera que dormir con la ropa que llevaba puesta.

—Pues gracias por todo —dijo,

cuando ya estaban en la entrada.

—De nada. —Karen le tendió las llaves—. Puedes mudarte cuando quieras. Espero que te encuentres cómodo.

—Y oye... —La siguió mientras salían hacia fuera, al tiempo que se guardaba las llaves como un tesoro—. Ya sé que me consideras una especie de peligro para tu puesto, pero ya que vamos a tener que trabajar juntos una temporada larga, ¿crees que podríamos llevarnos bien?

Karen le dedicó una sonrisa dulce y amistosa.

—Por supuesto —dijo.

Cinco minutos después, Shane conducía de vuelta a casa de Moira. No

se podía creer la suerte que había tenido... se sentía un poco culpable por haber estado pensando mal de Karen durante todo el día. Bueno, lo de ponerle un cartelito llamándolo idiota le tocaba las narices, pero después había sido muy amable. Y le había dado todas las facilidades del mundo respecto al alquiler de la casa... también era muy guapa, pero eso no venía al caso. Tenerla de vecina tenía su cosilla, aunque en realidad no sabía por qué estaba pensando aquello, si él no era de esos.

En fin, al menos parecía que podrían llevarse bien.

* * *

Un par de semanas después, Shane ya había conseguido mudarse, a pesar de los esfuerzos de Moira por que se quedara con ella. Solo tras un buen montón de disculpas y de promesas de visitarla a menudo, la mujer le dejó marchar con tanta congoja como si fuera a la guerra. Estaba claro que Moira le echaría de menos mucho más que él a ella, pero fue lo bastante educado para no decirlo. Su nueva casa le encantaba y se le hacía novedosa, acostumbrado a vivir en un piso.

Leslie había saltado como un resorte al enterarse, y hasta había ido a preguntar a Karen si no tenía otra vivienda disponible.

—No soy dueña de toda la calle, no —contestó esta con un resoplido. Al escuchar cómo Leslie maldecía, la miró —. ¿Cuál es tu problema? Tienes la de tu padre disponible. No tienes que continuar en casa de Moira si no te apetece.

—¿La casa de mi padre? No, no lo creo.

Dicho aquello, había regresado a su despacho echando humo. Llevaba días trabajando sin descanso, Shane sabía que en los planos del pueblo, decidiendo qué zona era la más óptima para los campos de golf. Cuando Leslie tenía algo en mente funcionaba de aquella manera; por eso había ascendido tan deprisa y ganaba dinerales siendo

aún joven.

—Yo digo *House of rising sun* —
oyó comentar a Vika desde su mesa.

—Vale. Pues para mí, *Whiskey in the jar*. Y me refiero a la auténtica, la de los Kinks, no la versión de Metallica —
contestó Karen.

Después de diez minutos sin que ninguna diera su brazo a torcer, Vika miró a Shane.

—Decide tú —pidió.

El segundo día, Shane había aprendido que era mejor responder y lo antes posible. Si no, le marearían hasta que dijese algo.

—*Whiskey in the jar* —contestó sin alzar la mirada del ordenador.

Vika se quedó enfurruñada. Aunque

no había prestado excesiva atención a sus charlas esa mañana, Shane creía que aún no había conseguido atraer la atención del camarero, pero no podría asegurarlo porque se había perdido unos minutos mientras se concentraba en el trabajo.

Trabajar con el triunvirato pelirrojo no era complicado, una vez había averiguado sus pautas. Llegaban tarde, todos los días sin excepción. Los lunes, Karen por lo general se pasaba media mañana dormitando para recuperarse de los excesos del fin de semana; las demás algo similar, porque no perdonaban una noche sin juerga en el pub a partir del jueves. Un rato después de llegar, bajaban a recoger o entregar el correo al

repartidor árabe que venía desde Inverness, y que además les traía la caja de donuts diaria, algo que hacía en palabras de Vika *porque era muy buena persona* y también *porque esperaba poder tirarse a alguna de las tres a base de bollería*.

A media mañana, hacían una pausa para el café, o iban al lavabo, o a hacer una llamada *importante* de trabajo, y se escaqueaban otro rato largo. La hora de la comida se convertía en dos, y ya por la tarde, más que trabajar se dedicaban a hablar, coger citas con las peluqueras del pueblo, buscar en *Google* descuentos para ropa o zapatos, pintarse las uñas o cualquier cosa de igual trascendencia. A menudo lo

desquiciaban, pero otras le hacían gracia. Generalmente no se metía en sus conversaciones, pero si le preguntaban respondía sin implicarse, y con eso lo dejaban tranquilo (el segundo día había tratado de eludir una pregunta y le habían dado tanto la lata para que respondiera que, por una vez, casi deseó que Leslie abandonara el despacho).

Karen se estaba comportando, de manera que todo parecía estar bajo control.

—Oye —dijo, dejando unos segundos el trabajo para que le prestara atención—. ¿Dónde crees que podría conseguir comida que le guste a mi jefa? Cosas como trigo sarraceno, quinoa hinchada, crackers de espelta, crema de

avena o brotes de alfalfa.

—¿Alfalfa? —repitió Karen, con una sonrisa angelical—. Sí, sé dónde puedes conseguirlos. Te haré un croquis, espera.

La joven cogió un papel, dibujó la carretera principal, y trazó una ruta a bolígrafo con pulso firme. Después le entregó la hoja.

—¿Seguro que es aquí?

—Más o menos.

—Perfecto, pues después en la hora de la comida me acercaré —Shane se guardó el papel—. Gracias.

Cuando el momento de comer llegó, y Shane se fue a por su coche, Vika apoyó las piernas sobre su mesa y miró a Karen divertida.

—Mira que eres cabrona.

—Ha pedido alfalfa, ¿no? —Se encogió de hombros, con una sonrisa—. Anda, déjame tu coche. Voy a hacer una visita rápida a Inverness.

Vika le entregó las llaves sin protestar, echándose a reír.

Shane siguió las indicaciones del mapa que le había dibujado Karen, pero no estaba muy claro y un par de veces se equivocó con carreteras que después no tenían salida. Lo comprobó unas cuantas veces, porque cada vez se metía por parajes más y más rústicos, algunos cubiertos de nieve y con las carreteras con restos de la misma, y dudaba horrores que hubiera por allí una tienda de alimentación ecológica oculta. Como

no fuera un invernadero o algo así no encontraba la lógica.

Finalmente, llegó a lo alto de un campo de plantación y se dio por vencido. Allí se extinguía todo rastro de civilización, pero el mapa era correcto. Lo miró, miró el campo de hierba... y al hombre que andaba por allí, azada en mano, y al que saludó.

—¿Se-ha-perdido? —le preguntó a gritos.

«Primo de Moira, seguro», se dijo Shane, aproximándose.

—No, es que me han enviado aquí a buscar comida ecológica.

—¿Cómo? Yo-solo-cultivo-alfalfa. Ahora, si-quiere-alfalfa, tengo-toda-la-del-mundo —el hombre se esforzó por

vocalizar bien.

Shane tardó dos segundos en comprender que Karen le había tomado el pelo... le había hecho perder la hora de la comida, meterse por aquellos sitios con el coche, y además en el barrizal de las zonas propias de la campiña. Todo para terminar charlando con un agricultor de alfalfa al que apenas entendía, y encima tendría que volver con las manos vacías. Qué cabrona, y él pensando que se llevaban bien.

Regresó al coche, empapado y cabreado, mientras su lado irlandés le pedía que pegara cuatro gritos y el lado tranquilo le recomendaba no perder los papeles. Pero no estaba para muchas

fiestas: se había dejado engañar como un tonto por una sonrisa y una caída de ojos, estaba claro que aquella pelirroja no pensaba ponerle el camino fácil.

Para cuando llegó, el cabreo se había evaporado un poco, pero no del todo. Entró con cara asesina, pero no surtió mucho efecto porque tanto Karen como Vika empezaron a desternillarse al ver su estado.

—Dios mío —dijo la primera.

—Ay, por favor. —Vika se frotó los ojos—. Pero, ¿dónde te has metido?

—Gracias por el mapa —gruñó Shane, y le arrojó la bola de papel que había hecho con él—, pero olvidaste decirme que tendría que recoger la alfalfa con las manos.

—No pediste detalles.

—Hace un frío infernal, ¿podría haberme caído una tormenta de nieve!

—Está haciendo un invierno de lo más caluroso, no seas exagerado.

—Tú...

En ese momento oyeron la puerta del despacho de Leslie abrirse, y el taconeo previo a que apareciera ante ellos. Llevaba una sonrisa radiante en el rostro, de esas raras de ver, y por extraño que pareciera... iba dirigida a Karen.

—¡Me has salvado la vida! —dijo, agradecida—. Ya estaba harta de apio, en serio. Hay de todo, bebida de arroz, avena, jarabe de agave, pan de trigo sarraceno, quinoa, sal rosa cristalina del

Himalaya, fideos de *kamut*, *hummus* y hasta *kefir*. ¿Cómo has podido saber tan bien qué cosas quería? Es increíble.

Shane miró a una y a otra, estupefacto, sin poder creer que Leslie se dejara engañar por aquella representación. ¿Cómo podía pensar que Karen había adivinado por generación espontánea los alimentos que ella consumía?

—No pasa nada —escuchó decir a la pelirroja—. Shane me dijo más o menos lo que necesitabas, y yo sé dónde conseguirlo.

—Eso es eficiencia —Leslie sonrió, satisfecha, y luego se giró a su ayudante—. Ya no tendré que seguir alimentándome de tomates y ensaladas

crudas, ¿no es genial? —Entonces se fijó mejor en su estado—. Por Dios, si estás empapado, ¿eso es barro? Shane, deberías ir a cambiarte. Esa imagen no es la más adecuada.

Obvió la cara que estaba poniendo él, dándose la vuelta para regresar a su despacho mientras el chico tuvo que escuchar de nuevo las risitas de sus dos compañeras. Karen se levantó y dio un par de pasos hacia él.

—Creí que querías que nos lleváramos bien —dijo Shane, fulminándola con la mirada.

—Bueno, mientras tengas claro que pelearé por mi trabajo con uñas y dientes... —Karen le echó una mirada—. Deberías hacer caso a tu jefa e ir a

cambiarte. Ya me ocupo yo si necesita algo.

—Si te crees que me vas a robar mi puesto...

—No es tu puesto, es el mío — corrigió Karen con firmeza.

—¡Yo he sido su ayudante seis años! —exclamó Shane, molesto.

—Pero ahora estás aquí, este es mi trabajo y tú estás invadiendo mi territorio. Me da igual que me mires con esos ojitos.

—Vale, vale —Shane la cortó con un gesto tajante—. No hace falta que sigas, ahora ya tengo claro de qué rollo vas. Voy a cambiarme.

Abandonó el despacho antes de que su lado irlandés se impusiera por

encima de su sentido común. Con la hora que era no tenía intención alguna de regresar, de modo que se fue a su casa directo para deshacerse de la ropa mojada.

Vale, había pecado de ingenuo, o más bien se la habían dado con queso, pero eso no significaba que no pudiera jugar igual de sucio que ella. Ya se le ocurriría algo, aunque todo el rato que estuvo bajo el agua lo dedicó a pensar y no le vino a la cabeza ninguna maldad... ¡pues ya se le ocurriría alguna! Si era necesario se metería en *Google* y pondría algo como *Maneras de putear a tu compañera en la oficina*. Fijo que en el *Cosmopolitan* tenían un artículo de ese estilo. Y si no, siempre podía llamar

a alguna de sus hermanas y que le aconsejaran, seguro que ellas sabían mucho de fastidiarse entre chicas.

Fuera como fuera, Karen le había declarado la guerra y no pensaba agachar la cabeza.

Diez puntos

Leslie se incorporó en la cama sobresaltada por el ruido de un trueno. Miró a su alrededor confusa, y se volvió a tumbar resignada. No era una pesadilla, seguía en aquel hostel infernal. Golpeó las almohadas intentando encontrar postura, y al girar se chocó con la mesita, que se tambaleó haciendo caer su móvil al suelo.

Se levantó para buscarlo, esperando que no se le hubiera roto, eso sería el colmo. Al no verlo en el suelo, se puso a gatas para mirar debajo de la cama. Sonrió con expresión de triunfo al localizarlo, pero su rostro cambió al ver

un par de puntos brillantes en la oscuridad. De pronto un relámpago iluminó la habitación, reflejándose en aquellas los dos ojos del búho disecado que había bajo su cama.

Gritó asustada, y al retroceder se golpeó la cabeza. Con el siguiente relámpago, vio las plantas de plástico rotas, y siguió gritando.

La puerta de su habitación se abrió de pronto, dando paso a toda la familia Lachlan al completo.

—¿Te-encuentras-bien, niña? — preguntó Moira.

Leslie solo acertó a sentarse contra la pared, frotándose la zona dolorida y señalando bajo la cama con el dedo tembloroso. Abertheny y Aboid se

agacharon e intercambiaron miradas, extrañados. Aidan se agachó también, y entre los tres fueron sacando todo lo que allí había.

—¿Qué hace todo eso ahí abajo? —preguntó Leslie, estremeciéndose.

—Es-raro, sí —dijo Abertheny—. ¿Seguro-que-no-lo-has-puesto-tú-ahí?

—¿Y para qué iba yo a guardar un búho disecado bajo mi cama?

—A-lo-mejor-es-alguna-costumbre-inglesa —replicó Aboid.

—¡Pero que yo no los he metido ahí! Además el *Feng Shui*... —se calló abruptamente. Shane. Tenía que haber sido él. Iba a matarlo—. ¿Os lo podéis llevar, por favor?

—Claro, venga-chicos —dijo Moira

—. Coged-todo.

Los tres chicos comprobaron que no quedaba nada bajo la cama, y dejaron sola a Leslie para que continuara durmiendo. Cosa que, por supuesto, no logró; si todavía tenía alguna duda, aquello había acabado de convencerla. Tenía que buscarse otro alojamiento.

Entró al ayuntamiento con paso decidido, saludó a Davina, que casi no tuvo tiempo de ocultar la revista de cotilleos que estaba leyendo, y subió a su despacho. Pasó por delante de las mesas de Shane y Karen sin detenerse.

—¡A mi despacho! —ordenó.

Ambos se miraron. Un segundo después, corrían hacia la puerta como si de una carrera se tratara. Leslie se sentó

y los miró extrañada al ver que se pegaban un par de codazos. Al notar que les estaba mirando, los dos se quedaron quietos con sus libretas en la mano, esperando para apuntar.

—Quiero que me busquéis un lugar donde vivir —dijo.

—No hay nada en alquiler en Kiltarlity —contestó Karen—. Pero la casa de tu padre...

—No. ¿Shane?

—Bueno, pues... en los alrededores no hay nada tampoco, que yo sepa. Pero si quieres conducir todos los días desde Inverness seguro que allí...

—Búscame un par de opciones y tráemelas antes de una hora. Quiero ir a ver pisos hoy mismo.

—Claro, me pongo a ello.

Regresó a su mesa mientras Karen refunfuñaba por lo bajo. Aunque estaba segura de que esa opción tampoco era ideal; sí, Inverness estaba a media hora más o menos... el problema era que sin conocer las carreteras, y con ese coche que tenía ella, no lo veía muy cómodo. No entendía por qué no quería irse a casa de Finn.

Media hora después, Shane llamó a la puerta del despacho y le entregó unas hojas con una sonrisa satisfecha. Los pisos no eran ni remotamente parecidos al que Leslie tenía en Londres, eso era imposible de conseguir, pero estaban céntricos y disponían de todas las comodidades.

Leslie revisó las descripciones y las fotos, crítica. No tenían mal aspecto, pero tenía que verlos, claro.

—Ahí tienes la dirección de la agencia en Inverness —explicó Shane—. Ya los he llamado, te esperan en una hora.

—Muy bien, pues me marcho a ver si puedo dejar esto zanjado hoy mismo.

Recogió su bolso, que había dejado sobre la mesa, y salió con las hojas de papel en la mano. Una vez en el coche, cogió el GPS y metió la dirección de la agencia, cruzando los dedos para que la encontrara. Casi se pone a saltar cuando el aparato marcó el camino. Lo tomó como una señal de que iba a encontrar dónde vivir, y salió del pueblo

siguiendo las instrucciones que le iba marcando.

Pero su alegría duró poco. A los diez minutos, la voz femenina le indicó que debía cambiar de dirección. Miró la pantalla... y descubrió que las líneas se movían mientras el tan temido «redireccionando» aparecía. Decidió seguir adelante, hasta que llegó a un cruce... cuyas señales no eran nada claras. Y por supuesto, tuvo que hacer acto de presencia la maldita niebla. Giró a la derecha... para encontrarse con que el GPS se había encontrado a sí mismo de nuevo, y la enviaba en dirección contraria. Pero tuvo que avanzar un par de kilómetros más hasta encontrar dónde dar la vuelta. Consiguió ir por el buen

camino, o eso creía, otros diez minutos más, cuando el aparato del demonio se perdió de nuevo. Tras esperar y dar varias vueltas sin rumbo fijo, decidió rendirse. Aquello no tenía sentido, si le iba a pasar todos los días, no lograría llegar al ayuntamiento ni de vuelta a Inverness jamás. Estaba claro que los astros se alineaban en su contra, pero no le quedaba otro remedio: se quedaría en casa de su padre.

Pero entonces se dio cuenta de que por mucho que hubiera tomado una decisión y quisiera regresar a Kiltarlity, no podía: no tenía ni idea de dónde estaba. Puso la dirección del ayuntamiento en el GPS, pero este no localizaba ninguna señal. Así que cogió

el móvil para llamar a Shane y que fueran a buscarla (aunque no sabía cómo iban a encontrarla, sin pistas que dar, pero en fin, era su ayudante y un hombre de recursos, para eso le pagaba). Le dio al botón de marcación rápida, pero se encontró con que el móvil no daba señal. Lo miró frunciendo el ceño: fuera de cobertura.

Lo apagó y lo encendió, por si acaso, pero seguía igual. Así que se bajó del coche y empezó a caminar, levantándolo con el brazo en busca de una señal. Empezaba a desesperarse, cuando oyó un sonido. Se quedó quieta, mirando a su alrededor con aprensión, no fuera a caerle otro tronco o algo parecido.

Pero cuando escuchó mejor, se dio cuenta de que parecían los cascos de un caballo. Entrecerró los ojos, y a través de la niebla distinguió unas figuras cabalgando por el campo en su dirección.

Temiendo ser arrollada, se hizo a un lado, aunque no demasiado para ver si lograba que la ayudaran. Agitó los brazos intentando llamar su atención.

—¡Eh! ¡Hola! ¡Aquí!

El grupo siguió su camino, así que volvió a gritar más fuerte. Cuando pensaba que no la habían visto ni oído, vio cómo varios se detenían y los oyó hablar entre ellos, sin entender qué decían. Entonces todos continuaron cabalgando, menos uno que se encaminó

hacia ella. Leslie no pudo evitar un gesto de desagrado al ver de quién se trataba.

—No faltaría más, tenías que ser tú —exclamó, cuando Evan llegó a su altura.

Él sonrió con sarcasmo.

—Vaya, *lassie*, yo también me alegro de verte. —La miró con curiosidad—. ¿Se te ha estropeado el coche?

—No, es el maldito GPS, que se ha perdido.

—Ah. El GPS se ha perdido, no tú.

—Claro, yo sé dónde estoy. —Él levantó una ceja—. Ya me entiendes. ¿Me puedes decir cómo volver a Kiltarlity?

—Sí.

Leslie esperó, pero él no decía nada.

—¿Y bien? —insistió.

—¿La palabra mágica?

—¿Ahora?

—¿Por favor?

Leslie apretó los dientes. Pues vaya con la amabilidad escocesa, en aquel hombre brillaba por su ausencia. Se frotó los brazos para entrar en calor.

—¿Tienes frío? —preguntó Evan.

—Pues claro que tengo frío, aquí estaréis acostumbrados, pero yo no.

—Pues este invierno es de los mejores que he conocido, casi no ha nevado. Deberías regresar a Kiltarlity y meterte en algún lugar cerrado, ¿no?

Leslie lo fulminó con la mirada y

miró a su alrededor, pero no había nadie más, así que no le quedó más remedio que ceder.

—Por favor, ¿me dices cómo llegar al pueblo?

—Eso está mejor. —Se inclinó sobre el cuello del caballo, y señaló hacia la carretera—. ¿Ves ese cruce? —Leslie afirmó—. Giras a la derecha, y sigues un par de kilómetros.

—¿Y?

—Y ya está.

Leslie estuvo a punto de tirarse de los pelos. ¿Estaba a dos kilómetros de Kiltarlity? ¡Llevaba una hora dando vueltas! Pero eso no pensaba decírselo, claro. Enderezó la espalda muy digna y empezó a caminar de regreso al coche.

—¡De nada! —lo oyó decir tras ella.

Leslie no se giró. Subió al vehículo y se marchó sin mirar atrás, por lo que se perdió la mirada divertida de Evan.

Cuando llegó a su despacho, Shane la miró sorprendido; no había esperado que volviera tan pronto. Pero antes de que pudiera preguntar nada, ella gritó:

—¡Karen, a mi despacho!

La pelirroja se apresuró a obedecer, ya había aprendido a distinguir entre los distintos tonos de voz de Leslie, y en aquel caso había utilizado el que habían denominado *aquí y ahora* y que no admitía réplica.

—¿En qué puedo...? —empezó.

—Me quedaré en casa de Fi... de mi padre —interrumpió Leslie—. ¿Quién

puede conseguirme unas llaves?

—Ah, en ese cajón tienes una copia. ¿Sabes dónde...?

—Sí, gracias. Puedes irte.

Karen salió a la misma velocidad que había entrado. Leslie miró el cajón; el primer día que había entrado en el despacho había visto sobre la mesa una foto suya de bebé, y no había tardado ni dos segundos en guardarla ahí bocabajo. No sabía a qué venía el paripé de tener su foto allí, a la vista de todos, cuando nunca se había molestado en llamarla ni ir a verla, ni quería saberlo. Así que la había metido allí.

Abrió el cajón y rebuscó entre las cosas que había dentro, apartando el marco sin mirarlo. Por fin localizó un

manejo de llaves, enganchadas en un llavero con forma de letra ele. A lo cual tampoco quiso darle la menor importancia. Les dio un par de vueltas antes de decidirse y salir de nuevo del despacho. Al verla pasar, las dos pelirrojas y Shane se quedaron quietos esperando un grito o algo parecido; en cambio, se observaron cómo su jefa se iba sin decir nada.

Leslie se sentó en el coche y miró la carretera con aprensión. Sabía ir y venir del hostel de Moira hasta el ayuntamiento. Y recordaba el paseo en el que se había encontrado la casa de su padre... pero vista su suerte, a lo mejor se le echaba la niebla o le caía una nevada y aparecía en Inverness. Arrancó

y se dirigió a la carretera principal con lentitud, mirando a ambos lados cada cinco metros por si se le pasaba algún cruce o algo. Una vez segura de estar en la carretera correcta, siguió avanzando a la misma velocidad.

De pronto escuchó unos golpes en su ventanilla, y al girar la cabeza sobresaltada vio que el escocés omnipresente estaba andando al lado del coche, a la misma velocidad que ella, y la miraba con diversión. A ver si es que tenía un gemelo o trillizo o algo...

Bajó la ventanilla sin disminuir la velocidad.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—Es que he visto que te adelantaba un caracol, y he pensado que a lo mejor

necesitabas ayuda.

—Muy gracioso, pero lo dudo. Los caracoles salen cuando hay sol, y eso aquí es algo que no he visto todavía.

Evan se echó a reír, pero ella seguía con el gesto serio de siempre y mirando hacia la carretera, así que pensó que la chica ni siquiera se daba cuenta de que hacía chistes. Siguió avanzando a la par que el coche; vale, era un cotilla, pero es que al verla conduciendo a aquella velocidad absurda, la curiosidad había podido con él.

—¿Se te ha estropeado el motor? — insistió.

Leslie resopló fastidiada. ¿Es que ese hombre no tenía nada mejor que hacer? Ahora que lo pensaba, tenía pinta

de eso, seguro que ni tenía trabajo.

—Estoy yendo a casa de mi padre
—contestó, esperando que con la explicación la dejara en paz.

—Y no tienes prisa por llegar.

—Y no quiero despistarme, así que voy concentrada.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿No tienes nada que hacer?

—Ahora mismo no.

Y sin esperar su permiso, dio la vuelta al coche y se subió en el asiento del copiloto. Leslie pensó en protestar, pero al final lo dejó hacer. Así por lo menos no se perdería... y en su fuero interno se alegró de no enfrentarse sola a aquella casa.

Evan le indicó el camino, así que se

arriesgó a acelerar y pocos minutos después estaban aparcados frente a la casita de piedra.

Cuando se bajaron del coche, Evan había pensado en dejarla sola, pero le pareció detectar aprensión en su mirada, y no se movió.

—¿Quieres que te acompañe dentro? —preguntó, en tono amable—. Conozco la casa de Finn, he estado muchas veces, así que te la puedo enseñar yo.

Leslie lo miró preguntándose si estaría burlándose de ella como parecía hacer siempre, pero no se le dio esa sensación y afirmó con la cabeza.

«Ni que fuera a encontrarme cadáveres en los armarios», pensó. Sabía que era una sensación ridícula,

jera una casa, nada más! Pero se alegraba de no estar sola.

Sacó las llaves y al acercarse a la verja vio un buzón metálico, así que lo abrió para sacar las cartas que llevaban dentro varios días sin recoger. Miró el manojito de llaves, sin saber cuál podría ser la de la verja. Evan le señaló las llaves de una en una.

—Verja, entrada, buzón, garaje, ayuntamiento, pub.

—¿Pub?

—Se lleva bien con el dueño. Para emergencias, ya sabes.

Leslie dudó de esa respuesta. A ver si es que era el borracho del pueblo y le daban vía libre... Apartó el pensamiento para utilizar las llaves según Evan le

había indicado, y poco después estaban en la entrada de la casa. Era un *hall* pequeño, sin más adornos que un espejo, y con un paragüero y unas perchas donde dejaron los abrigos.

Evan se adelantó para ir abriendo las cortinas dobles del salón, apartando las oscuras para que entrara luz. Leslie miró a su alrededor, dejando las cartas y las llaves sobre una mesa de comedor.

—¿Siempre ha vivido solo? — preguntó.

—Sí. Al menos, desde que yo lo conozco.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Treinta y dos años. —Le guiñó un ojo—. Desde el día que nací.

—Ya, vale. ¿Y... amiguitas? ¿No las

trae aquí?

—Supongo que alguna habrá tenido, pero no he venido con él a comprobarlo.

Leslie decidió dejar la conversación, no estaba sacando mucha información con tanta bromita.

Fue siguiendo a Evan por las habitaciones. El lugar estaba ordenado y limpio, aunque se notaba que la casa era habitada por un hombre por la escasa decoración y el tipo rústico de muebles. La cocina era pequeña pero funcional, y en el salón había una chimenea a la que no dedicó mucha atención, puesto que no tenía ni idea de cómo encenderla.

En la primera planta solo había tres habitaciones: una que parecía de invitados, un despacho y el dormitorio

principal. Le echó un vistazo, pero lo descartó al momento. Una cosa era vivir en su casa, y otra dormir en su cama. Usaría la de invitados, decidió.

Regresaron a la cocina, y Evan abrió la nevera mientras ella revisaba los armarios. Tendría que aprovisionarse de cosas de las que ella comía, estaba claro.

—Deberías revisar esto también — comentó él, cogiendo un paquete de yogures—. Por si hay algo caducado.

—No creo que haya nada comestible, de todas formas. En fin, será mejor que vaya a recoger mis cosas.

Evan miró el reloj, cerrando la puerta de la nevera.

—Yo tengo que marcharme. ¿Sabrás

llegar?

—Sí, creo que estoy a una distancia segura. —Titubeó—. ¿Te llevo a algún sitio?

—No, tranquila. Puedo ir andando.

La acompañó hasta el coche para asegurarse de que iba en la dirección correcta, y se marchó caminando en dirección contraria.

Leslie decidió regresar a la oficina para recoger su maletín. Cuando llegó se encontró a Karen, ya apagando las luces. Los jueves y viernes salía rápida como el rayo, pero de lunes a jueves lo compensaba.

—Huy, no esperaba que volvieras —dijo al verla.

—Ya, es que me dejé el maletín y

hay unas cosas que quiero mirar. Aunque no creo que me dé tiempo, con la hora que es. —Vio su cara interrogante—. Es que debería ir a por mis cosas a casa de Moira, pero solo de pensarlo...

Karen se quedó a medio camino de apagar la luz.

—¿Me estás pidiendo que te eche una mano de manera indirecta?

—¿Qué? No, yo no... —Leslie empezó a justificarse, pero paró al darse cuenta que Karen tenía razón.

—Te ayudaré —dijo esta—. Pero luego me llevas a casa.

—Claro. Aunque te advierto que no soy la mejor conductora del mundo... estoy algo desentrenada.

—No importa, mientras llegue viva

me vale.

Se subieron al coche de Leslie, y partieron hacia la casa de Moira. La pillaron a punto de servir la cena a sus tres hijos, y Leslie temió que montara una escenita, pero aunque hizo una especie de mueca, no pareció sentirlo tanto como le había pasado con Shane.

«Bruja», se dijo Leslie para sí misma.

Por lo menos Karen parecía comprender su lenguaje, porque hablaron unos minutos y luego al final pudieron subir a su cuarto. Abrió los armarios, haciendo memoria por si había algo embarazoso que la pelirroja pudiera ver, pero justo esa misma mañana Moira había subido su ropa

limpia, así que todo estaba bajo control.

Karen la ayudó a doblar la ropa y meterla en las maletas.

—¿Qué te ha parecido la casa de Finn? —preguntó, segundos después.

Leslie se giró hacia ella.

—¿Conocías bien a mi padre?

—Soy su ayudante, claro que le conozco bien —Karen matizó la corrección del verbo pasado ante su cara estupefacta—. Además, es de la familia. Un primo cuarto, creo, no sé. Ya he perdido la cuenta.

Leslie quería preguntar. Quería saber. Pero no tenía la suficiente confianza, y estaba segura que Karen tampoco le contaría ningún detalle personal. Tendría que esperar un poco

antes de poder hacer un interrogatorio en condiciones, quizás más adelante se llevaran mejor. No tenía la menor idea de qué podía hablar con ella, nunca había tenido realmente amigas aparte de las conocidas del trabajo, que tampoco eran muchas.

Siguió guardando sus cosas en las maletas, metódica.

—Necesitas unas botas —escuchó a la pelirroja—. En serio, hazme caso y cómprate unas buenas para andar por aquí. No es que tus zapatos no sean preciosos, pero no les auguro mucha vida en esta zona. Este invierno no está nevando mucho, pero eso no quiere decir que no llueva y haya barro por todas partes —le sonrió.

—Creo que tienes razón. —Leslie cerró la primera maleta—. Bueno, ya solo quedan dos.

—¿Dos?

En cuánto Karen vio a lo que se enfrentaba, buscó la solución en menos de cinco segundos. Bajó al comedor, y preguntó si *algún chico majo le ayudaría a cargar unas maletas de nada*, por lo que pronto los tres hermanos estaban en el cuarto de Leslie cogiendo el equipaje para bajarlo al coche, todos sonrientes.

—Si llego a pedirlo yo no creo que hubieran venido tan deprisa —comentó Leslie, cruzada de brazos mientras observaba el ir y venir de los jóvenes.

—Una sonrisa cuesta menos que la

electricidad y da más luz.

—¿Cómo dices?

—Que seas agradable, es un dicho escocés. Todo lo que emites vuelve a ti, ya sabes —Karen no dio importancia a la cara de pasmo que tenía Leslie—. Te acompaño, necesitarás ayuda para descargar eso. Una pena que esos tres no quepan en el coche...

En eso tenía razón. Leslie fue a pagar a Moira por su estancia, y tuvo que soportar un par de abrazos, innecesarios a su parecer, pero no quería despedirse siendo descortés.

—Si-necesitas-cualquier-cosa-aquí-estaré —dijo la mujer, dándole unas palmadas en la espalda.

Tras despedirse de todos, Leslie se

encaminó de nuevo hasta la casa de su padre. Aparcó en el garaje, y después vino el terrible momento en que hubo que descargar las pesadas maletas. Después de un buen rato peleando para subirlas al segundo piso, por fin pudieron dejarlas en la habitación de invitados y ambas se sentaron en la cama, agotadas.

—Madre mía —jadeó Karen—. Ni con un polvo se cansa una tanto.

Leslie estuvo a punto de soltar una risita, pero se contuvo, carraspeando. Bromas sexuales sin apenas conocerse era inadecuado, y...

—Bueno, ¿me llevas? —Karen se incorporó, sin darle tiempo a replicar—. Mañana trabajo, y no sé si lo sabes,

pero mi jefa es un poco tirana.

Leslie abrió la boca para protestar, pero entendió que no podía estar mosqueada todo el tiempo por lo que parecían ser bromas continuas (que a ella no le hacían gracia, básicamente lo mismo que le pasaba a Shane, que no pillaban bien aquel humor escocés tan hijo de puta...), así que se las apañó para hacer una mueca.

—Está bien.

Al fin y al cabo se lo había prometido, y la pelirroja había sido de gran ayuda: ella sola no habría podido ni en broma. Tendría que deshacerse de alguna cosa, ahora se daba cuenta de la cantidad de equipaje que generaba.

Llevó a Karen hasta su casa; al

aparcar frente a la puerta y detener el motor se le pasó por la cabeza ir a ver qué tal estaba Shane. Hacía días que no le preguntaba. Bueno, en realidad nunca lo hacía, pero después de arrastrarlo hasta ahí y hacer presión para que se quedara a trabajar con ella, le parecía un poco mal tenerlo abandonado. Y en parte era porque Karen le estaba resultando más eficaz de lo que había pensado en un principio... no solo conseguía la comida que necesitaba y a tiempo, también le había buscado unos maravillosos Manolos a un precio de risa en no sabía qué página web que consultaba a menudo. Además era de rápida reacción, y aunque quizá no tan minuciosa ni aplicada como Shane,

funcionaba muy bien. Se sintió culpable por estar pensando aquello y sacudió la cabeza; no, no podía plantearse siquiera quedarse con la pelirroja. Seguro que, con aquel carácter, pronto explotaba.

—¿Qué tal con Shane? —se interesó—. ¿Os entendéis?

—Normal. No habla mucho, supongo que no tiene interés en llevarse bien con nadie en general.

—Bueno, es que está acostumbrado a trabajar solo, igual que yo.

—Eso es algo que deberíais solucionar —comentó Karen—. Un par de visitas al pub y arreglado.

—El famoso pub que aún no hemos encontrado. ¿Qué sentido tiene? Ya soy mayor para pasarme los fines de semana

bebiendo —Leslie hizo un gesto de desdén.

Karen negó con la cabeza, como si estuviera diciendo tonterías.

—No hace falta beber, puedes ir a recrearte con las vistas. El paisaje es genial.

—Ya lo miraremos —repuso Leslie distraída, olvidando el tema casi al momento.

La pelirroja bajó del coche y cerró, mirándola.

—Espero que pases buena noche en tu nuevo hogar —le deseó, con una sonrisa—. Por cierto, de nada.

Leslie la vio alejarse, pensativa. Ni de coña aquella casa sería nunca su hogar, no con todo lo que implicaba.

Arrancó el coche para conducir de vuelta. Una cosa tenía buena, y era que al menos no se caía a pedazos ni estaba en obras de forma constante.

* * *

Para cuando llegó el viernes, Shane estaba agotado de la guerra que se traía con Karen. Casi pasaba más tiempo pensando qué cosas podía hacer para fastidiarla del que dedicaba al trabajo. Lo malo era que ella le llevaba ventaja en ese tipo de tejemanejes. El martes, en un arrebato de infantilismo, había esperado a una de sus *pausas* para acercarse a su ordenador y poner la pantalla del revés. Suponía que la chica

no tendría ni idea de cómo darle la vuelta, y no se equivocó: Karen había estado protestando un buen rato sin poder hacer nada hasta que apareció Vika y consultó en el móvil cómo volver a colocarlo bien mediante *Google*. Tuvo suerte porque durante el rato que estuvo inactiva, Leslie había pasado y le había soltado una indirecta al verla de brazos cruzados; la satisfacción le duró unos segundos, después se sintió mal. No valía para aquellas cosas. Sin embargo, cuando durante tres días seguidos su grapadora amaneció vacía, de nuevo sintió que se le recargaban las pilas y volvió a maquinarse. Encima si la miraba de mala manera, ella le devolvía una sonrisa burlona que aún le encendía

más.

Empezaba a desear estar de regreso en Londres, con Leslie gritando como una histérica. Al menos con una podía torear, pero ya con dos...

El miércoles, le desenchufó el cable de red para que se quedara sin conexión. Por propia experiencia sabía que la gente se volvía loca probando de todo hasta que descubrían que el motivo era ese. De nuevo acertó, y Karen se pasó media mañana hablando por teléfono con el informático hasta que este, tras agotar todas las posibilidades y pruebas posibles, le preguntó con tono aburrido si estaba segura de estar enchufada.

—¡Claro que sí! ¿Es que te crees que soy...? —mientras iba diciendo

aquello, Karen echó un ojo y entonces descubrió que el hombre tenía razón—. ¡Anda, ya vuelvo a tener internet! Habrán sido las líneas, ¡gracias!

Enchufó el cable, frunciendo el ceño. Al momento su mirada fue a parar a Shane, pero él continuaba a lo suyo como si nada, con cara inocente. Algo que debía aprender ella, ya que no lograba controlar la satisfacción que sentía cuando le hacía alguna jugarreta... para eso, Shane era más listo y no daba muestras de nada. Se limitaba a poner esa cara de bueno que convencía hasta los muertos, y todo el mundo le creía. Hasta Vika y Davina le creían, pero eso era porque estaban bajo los efectos de una nueva presencia

masculina en un pueblo pequeño. Que sí, que entendía que tenía ojazos, que era una monada, pero se suponía que eran sus amigas, ¡deberían darle la razón!

Aunque ahora que lo pensaba mejor, ni siquiera les había explicado el rollo, así que igual creían que solo estaban siendo justas. Bueno, vale, Shane era mucho mejor actor, pero ella era más imaginativa haciendo perrerías, como demostró el jueves llevándole un café con sal.

En cuanto vio su cara al dar un sorbo no logró esconder la risa, así que notó que esa vez no había sido muy discreta. Pero daba igual, solo por ver esa expresión había valido la pena.

—Qué graciosa —masculló Shane,

tirando el vaso a la papelería.

—Si te hubieras visto la cara...

—¡Hazme caso! —Vika sonaba angustiada desde su mesa, de modo que Karen la miró—. A ver, esta noche, ¿me pongo escote o minifalda?

—¡Y yo que sé!

—¿Qué diferencia hay? —quiso saber Shane, intrigado.

—El escote es para una llamada de atención inmediata, la minifalda para una más prolongada, y ambas cosas es una declaración de guerra —respondió Vika.

—Entiendo —Shane regresó al trabajo, no quería saber más.

—Espera, que me entere yo. —Karen miró a su amiga de nuevo—. Ayer

le dejaste tu teléfono otra vez, ¿no? Que, si no me equivoco, con esta ya van tres.

—¿Y si lo pierde? Que es camarero, Karen, con todo el lío que tienen por las noches... además, seguro que le dejan muchos números y los va perdiendo.

—Sí, seguro que es eso —dijo la pelirroja, intentando reconfortarla—. ¿Elegimos canción?

—No estoy de humor —murmuró Vika, poniendo morritos mientras pensaba en su triste existencia con un camarero que no reparaba en su presencia.

—¿Shane? —Él negó con la cabeza—. Oh, venga, no seas muermo. —Le arrojó un lápiz, que le pegó en el hombro con bastante buena puntería—.

Mira, te lo pongo fácil, empiezo yo con Sia. No me gusta tener que elegir un solo tema porque me encantan todas sus canciones, pero me decanto por *Elastic heart*, ¿tú que tienes?

—James Morrison con *Nothing ever hurt like you*. Defenderás a Sia, supongo.

—¿Defenderla? ¡No es necesario! Es una fiera cantando, tiene el poder mágico de hacer bailar a la gente con canciones de letras tristes. Es una poeta, una poeta con marcha.

Shane asimiló su última frase, y negó con la cabeza.

—No, James Morrison es mejor.

—Mira, todos creíamos que Sia era negra hasta que la buscamos por

Google, y descubrimos que era blanca nuclear. Con esa voz desgarrada, cantando sobre lo mal que lo pasan las chicas fiesteras, o los problemas que tuvo con su padre, y lo que disfrutamos al escucharla, es una... ¿cómo se llama? —Miró a Vika.

—Una contradicción.

—Exacto, gracias, una contradicción. A ella se le parte el corazón, pero su sufrimiento hace disfrutar al resto del mundo. —Le hizo un gesto—. James no está a su altura y lo sabes.

—¡Pero qué dices! James Morrison hace que ser un pringado mole, tiene marcha y no necesita a David Guetta para ponerle ritmo.

Vika articuló un *oh* mirando hacia el suelo.

—Oye, yo no he mencionado a David Guetta para nada, eso sería como usar dos temas, y te recuerdo que las reglas son claras: una canción, un cantante. Nada de dúos, a menos que se especifique.

—Reglas, reglas, esto es una estúpida diversión que solo te entretiene a ti, ¿piensas que no tengo nada mejor que hacer que romperme el cerebro buscando una canción que esté a la altura de la que hayas escogido tú? — Shane hizo un gesto para zanjar el tema, exasperado.

—¿Eso significa que te rompes la cabeza buscando canciones? —Karen se

empezó a reír.

—Qué año tan largo —murmuró él, aunque lo bastante alto para que lo oyeran.

Karen iba a replicar, pero entonces Vika volvió a la carga con sus quejas y tuvo que prestarle atención; aquel era un pequeño ritual previo al fin de semana, y cuanto más se acercaba la hora de salir, más nerviosa se ponía Vika. Camarero que no llama, mujer histérica a las doce en punto.

Para cuando fueron las seis, Shane estaba deseando largarse a casa para hacer un encierro donde no tuviera que escuchar sus conversaciones. Entonces Karen se levantó y lo miró.

—¿Te vienes al pub con nosotras?

—ofreció—. Es posible que me arrepienta de hacerte esta oferta dado que eres mi enemigo, pero es viernes, y hasta el lunes podemos hacer un paréntesis.

—No, gracias.

—Pero si no tienes nada mejor que hacer.

—A ver. —Él alzó la vista irritado—. Que no quiero ir. Gracias, pero no.

—¿No te gusta beber, o no te gusta divertirse? ¿O ninguna de las dos cosas?

—Shane le dedicó un gesto poco amable, y Karen sacudió la cabeza—. ¡Vaya con el inglés! Y yo que creía que erais muy educados y amables.

—Ya, pero da la casualidad de que no soy inglés. Puede que haya vivido los

últimos años en Londres, pero soy irlandés.

—¿Irlandés? Pues mejor me lo pones, entonces deberías ser un borracho que bebe hasta caer al suelo después de cantar canciones ridículas con los tarugos de sus amigos... y no te ofendas, que no es un insulto. Nosotras bebemos como campeonas.

Shane se levantó como si le hubieran pellizcado; agarró a Karen del brazo y la empujó hacia la puerta.

—Que no, en serio. Estoy seguro de que os lo vais a pasar genial sin mí.

—Eso es mentira, siempre es mejor cuando hay un tío porque...

—...paga las copas —terminó él.

Karen se lo quedó mirando mientras

entrecerraba los ojos, sin poder evitar preguntarse cómo podía haber adivinado lo que iba a decir. Se cruzó de brazos.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque tengo cinco hermanas y lo sé todo sobre las mujeres. Eso incluye todas las fases de la ovulación, la dieta Atkins, qué es un escote *halter*, los libros de *Crepúsculo* y todas sus horribles adaptaciones para el cine, lo bueno que está Michael Fassbender, qué es una falda lápiz, lo mucho que adoráis los Loubotin, que el azul marino no va con el negro, que la base iluminadora es tan necesaria como el oxígeno, y los diez ejercicios para tener una cintura perfecta.

Karen estaba tan anonada que no

reaccionó, ni siquiera cuando él entornó la puerta y la empujó fuera sin demasiada delicadeza.

—Ah, y de paso os desvelo uno de los mayores misterios masculinos —añadió, dirigiéndose hacia Vika—. Si no te llama es que no le gustas, no hay más. Divertíos. —Y cerró, con cara de satisfacción.

Karen y Vika se miraron asombradas, sin dar crédito a lo que acababan de escuchar.

—Qué cabrón —dijo la segunda, resentida.

—Venga, venga, no hagas caso.

—Ya, pero tiene razón. Es un tío y piensa como un tío, y *si no te llama es que no le gustas* —repitió la chica,

recreándose en aquellas palabras mientras bajaban a buscar a Davina.

Esta salió a su encuentro, con el abrigo puesto y el bolso en la mano, pero al ver la cara de deprimida de Vika parpadeó.

—¿Qué pasa? ¿Otra vez Owen? — intercambió una mirada con Karen y esta afirmó—. Vika, ¡te va a llamar, estoy convencida!

Vika comenzó a negar con la cabeza, y mientras Karen ponía al día a Davina del desafortunado comentario de Shane, vieron como Leslie bajaba las escaleras, con la chaqueta ya abrochada. Se aproximó a ellas, toda erguida en sus tacones.

—¿Todo bien, chicas?

—Sí. Shane se ha quedado arriba, supongo que cerrará él —dijo Karen. Todos tenían un juego de llaves que pasaba de mano en mano, así que no era extraño que cada día cerrara uno distinto.

Leslie asintió, fijándose en la cara apenada de Vika.

—¿Te pasa algo? —preguntó, intentando ser amable.

Vika abrió la boca, pero en lugar de hablar rompió a llorar, haciendo que Leslie se echara hacia atrás de la sorpresa. Sus dos amigas comenzaron a hacer ruiditos de compasión y a frotarle el brazo mientras la joven ejecutiva las observaba sin comprender.

—¿Se encuentra bien? —articuló.

—Necesita una copa. O una borrachera —repuso Karen—. ¿Te apuntas?

—¿Yo?

—Sí, tú. Venga, una charla entre chicas te vendrá bien para dejar de pensar en trabajo. Así al fin sabrás donde está el pub y podrás descubrir sus vistas.

Leslie pensó en negarse, pero no se le ocurrió ninguna excusa buena, de manera que terminó asintiendo, desorientada, y dejándose llevar por el triunvirato pelirrojo hacia el coche de Davina, la afortunada a la que le había tocado conducir esa noche.

—A ver, Davina, pon la puñetera canción que ha dicho Shane, a ver si es

para tanto— pidió Karen, con un gruñido, una vez sentadas.

—¿Es que te crees que esto es la radio? ¡No tengo todas las canciones del mundo aquí, guapa!

La inglesa permaneció en silencio durante el corto trayecto hasta el pub, escuchando su conversación para intentar entender qué ocurría. Sacó en claro algo sobre un camarero que no llamaba. Lo que no entendió muy bien era por qué iban a ese pub si el chico no hacía caso a Vika, ¿para qué sufrir a lo tonto? Seguro que en algún pueblo cercano había otro bar.

Se bajaron del coche frente al pub, que tenía un cartel con un escudo de armas cuya imagen central era un ciervo

blanco.

Leslie sacó su paraguas con rapidez y destreza fruto de la costumbre, y las tres la miraron. Y después a la puerta, a cinco metros de distancia.

—No quiero que se me moje el pelo —explicó ella, echando a andar. Se dijo para sí que debía preguntar a Karen que usaba ella para tener su melena perfecta. Lo compraría y así todo el mundo dejaría de mirarla como si estuviera chiflada cada vez que abría el paraguas.

Las tres chicas la siguieron sin decir nada, tampoco era que les extrañaran ya las rarezas de su jefa. Entraron en el pub, y Leslie lo miró con ojo crítico. Estaba decorado en madera, con el escudo del ciervo en varios lugares; los

muebles parecían antiguos, pero el lugar parecía limpio y cuidado. En fin, no era un lugar *chic* a los que estaba acostumbrada, pero tenía que admitir que era acogedor. Y además sonaba *Shine*, de Years & Years, que siempre animaba.

Las chicas se dirigieron a una mesa cerca de la barra, y se sentó con ellas mirando por la ventana. Solo se veía el aparcamiento, así que supuso que las vistas de las que había hablado Karen estarían en otro lado.

—¿Cambiamos de mesa? —preguntó.

Las tres la miraron como si estuviera loca.

—Esta es nuestra mesa —explicó

Vika.

—Siempre nos sentamos aquí —dijo Davina.

—Bueno, yo era por ver el paisaje. Karen me dijo que había buenas vistas...

El triunvirato se echó a reír, y Leslie se quedó mirándolas sin entender. Karen señaló con disimulo la barra del bar, y Leslie se giró para ver a un par de chicos tras ella.

—Esas son las vistas —explicó.

Y entonces salió Evan de una puerta tras la barra y se acercó a los otros camareros. Leslie se dio la vuelta con rapidez.

—¿Pero es que trabaja aquí? —preguntó.

—¿Mi primo? —replicó Karen—. No exactamente, es el dueño. ¿No has visto el escudo?

—¿El ciervo blanco?

—Claro. Es el emblema McKinley.

Lo dijo en un tono como si fuera lo más normal del mundo saberse todos los emblemas de los clanes escoceses, así que Leslie no contestó. Dudó unos segundos, pero pensó que aunque fuera una tontería, mejor salía de dudas.

—Una pregunta... Que puede parecer tonta.

Aquello despertó la atención de las tres. ¿Leslie, admitiendo que podía decir alguna tontería? Era para anotarlo en el calendario. Ella carraspeó antes sus miradas, y se inclinó para bajar la voz.

—¿Es hijo único? —preguntó.

—Sí —contestó Davina, en el mismo tono—, por desgracia rompieron el molde con él, tanta perfección... —Karen le pegó un codazo—. Perdón, que me pierdo.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirió Karen.

—Porque me lo encuentro en todas partes, empezaba a pensar que tenía un hermano gemelo y me tomaban el pelo.

O a lo mejor era cierto que era inmortal, y por eso poseía el don de la ubicuidad.

—La pena —murmuró Davina.

—No, pero oye, le habría pegado hacer algo así —rió Karen.

—Hola, chicas.

El grupo miró hacia la voz femenina. Era una mujer que no llegaría a los cincuenta años, con el pelo pelirrojo, por supuesto, y unos ojos azules que le resultaban familiares, pero que Leslie no terminaba de ubicar.

—Vaya, tú debes ser la hija de Finn —siguió la mujer, a lo que Leslie hizo un gesto de desagrado—. He oído hablar mucho de ti.

—Sí, bueno, me imagino que en este pueblo es complicado no enterarse de las cosas.

—Nell, ¿Owen no está hoy? —preguntó Vika.

—Empieza su turno en quince minutos. Bueno, Leslie, ¿y qué tal se porta mi sobrina? Espero que te ayude

en el ayuntamiento.

—¿Sobrina?

—Nell es mi tía segunda por parte de... —explicó Karen—. Bueno, es igual. Es la madre de Evan.

«De ahí el parecido», pensó Leslie. Sin darse cuenta, se puso tensa al momento.

—Es un buen chico —dijo Nell, guiñándole un ojo como hacia él—. Pero le encanta bromear. No le hagas mucho caso. En fin, ¿qué queréis cenar, guapas? Hoy tenemos *forfar bridie* recién hecho, *haggis*, *clootie dumplings*, *cullen sink*... y de postre acaba de salir del horno un *tipsy laird trifle* para chuparse los dedos.

—*Forfar bridie* —contestaron

Davina y Vika a la vez.

—Buf, yo no tengo mucha hambre...

—comentó Karen—. *Haggis*, anda. Pero no te pases, ¿eh?

—¿Con *neeps* y *tatties*?

—Sí, claro.

Nell apuntó todo en una libreta y miró a Leslie, expectante. Ella se movió, incómoda. Lo mismo le daba si hubieran hablado en alemán, no había entendido nada.

—El *haggis* es casero —explicó Nell, por si servía de ayuda.

—¿Eso no lleva cosas raras? —preguntó Leslie—. Quiero decir, no como hidratos, ni nada que no sea ecológico. Evito la carne en lo posible, así como el pescado azul. Nada de

fritos, ni cosas artificiales. Si llevan leche, que sea de soja, y... —Se calló al ver cómo la miraban todas—. ¿Y una ensalada de tomate?

Nell sonrió con amabilidad.

—No te preocupes —dijo—. Todas nuestras verduras son de la huerta, así como nuestros animales. Te traeré *neeps* and *tatties*, que es colinabo y patatas. Y un *clootie dumpling*, solo es una bola de masa hervida. Nada raro. Y otro día vas probando el resto de cosas, ¿te parece bien?

Leslie la miró afirmando agradecida. Al fin alguien que la entendía, desde luego aquella mujer parecía mucho más amable que su hijo.

—Perfecto. Os pido unas pintas,

también.

Se alejó hacia la barra, y tras decirle algo a Evan, desapareció tras la puerta.

—Vika, a las seis en punto —avisó Davina.

Vika se atusó el pelo y sonrió mirando en dirección a la puerta. Leslie giró la cabeza, y vio entrar a un chico vestido con *kilt*. Era moreno y alto, y podía entender por qué le gustaba a la chica. Pero cuando pasó junto a su mesa, solo las saludó con la cabeza sin prestar mucha atención.

En cuanto se metió tras la barra, las tres se inclinaron hacia delante para hablar en susurros. A Leslie le recordó algunos momentos de su adolescencia cuando hablaba con sus amigas de

chicos y pensó que ya estaba muy mayor para esas tonterías. Pero en lugar de decir nada, adoptó la misma postura para poder oír bien lo que decían.

—Me ha mirado —dijo Vika.

—Sí, pero no sé yo si ha sonreído —replicó Davina.

—Ha hecho un gesto con la cabeza —siguió Vika.

—Sí, pero no estoy segura de... —comentó Karen, sin querer ser muy brusca con la chica—. Tampoco ha sido muy...

—Yo creo que solo ha saludado en general —intervino Leslie. Las tres la miraron, y por un segundo pensó que quizá debía haberse quedado callada, pero decidió continuar—. Mira, Vika,

no conozco toda la historia. Pero por lo que he visto, no puedes ir detrás de un chico así. No tienes que darles tu número.

—¿Y cómo va a llamarme?

—Que te lo pida él. Tiene que currárselo, ¿no? Nosotras no tenemos que ir detrás de ningún hombre, ¿para qué? Hay muchos peces en el mar. Si te gusta uno y no te hace caso, no pasa nada. Habrá otros mejores.

Vika consideró sus palabras.

—Es que tampoco hay tantos —dijo, al cabo de unos segundos—. Que esto es pequeño.

—Pues se va a otro pub. En otro pueblo, quiero decir.

Ellas se miraron como si algo así no

se les hubiera ocurrido nunca.

—Puede que hacerse la dura no sea tan mala idea —repuso Karen.

—Cuatro pintas marchando.

Las cuatro se sobresaltaron ante la voz masculina, y se apresuraron a sentarse bien. Evan repartió las jarras de bebida, dejando una de cerveza negra frente a Karen.

—Vaya, *lassie* —saludó, mirando a Leslie—. No esperaba verte por aquí. Espero que te guste la comida, todo es casero.

—Seguro que tu madre cocina muy bien.

—Sí. —Intercambió una mirada con el triunvirato—. Seguro.

Y se alejó, dejando a Leslie

mosqueada. Nunca sabía cuándo hablaba aquel hombre en serio o en broma, y temió encontrarse con algo como lo que Moira cocinaba.

—De todas formas tú tampoco eres un buen ejemplo —dijo Vika.

Esquivo una bola de papel que Karen había hecho con una servilleta, y Leslie se preguntó qué se había perdido.

—Lo dice por su novio —explicó Davina, solícita.

—Ah —replicó Leslie—. No sabía que tuvieras novio, Karen.

—Porque no lo es... es un algo.

— ¿ U n *algo*?—repitió Leslie, desconcertada.

—Un rollo/ligue/algo —enumeró Vika—. Es un tío que mola, pero lo

sabe, así que va un poco en plan *la suerte que tienes de conocerme*. No hace las funciones de novio, como mucho de amigo.

—¿No vive aquí?

—Sí, pero viaja bastante —explicó Karen—. Viene de cuando en cuando.

—Y no suele llamar —ayudó Vika—. Se presenta sin más y espera que te lances a sus brazos, y tú vas y lo haces.

—Bueno, él hace lo mismo y a nadie le parece mal... Graham es un entretenimiento sin complicaciones. Sí que tiene un poco de alergia al móvil, pero cuando estamos juntos nos lo pasamos bien. ¡Si vosotras sois las primeras que decís que es menos bruto que el resto de los que hay por aquí!

Poco después apareció Nell con varios platos, y los repartió entre las chicas. Leslie echó un vistazo al de las demás; lo de Vika y Davina parecía una especie de pastel de carne... pero lo de Karen no veía por dónde cogerlo. No había nada identificable a la vista.

—La mayoría son verduras — explicó Karen, solícita—. Cebollas, hierbas...

—¿Y esos trozos? — Señaló varios —. ¿Carne?

—Más o menos.

Cualquiera le decía que eran asaduras de cordero... pulmón, hígado, corazón... quizá cuando estuviera más *inmersa* en la cultura. Al menos ya había ido al pub, por algo se empezaba.

Leslie probó con cuidado el puré de colinabo y patata... y cerró los ojos con satisfacción al saborearlo. Estaba buenísimo.

* * *

Unos días después, Karen llamó al despacho de Leslie y se asomó con una sonrisa.

—Hola, jefa —saludó—. Tenemos que irnos.

—¿A dónde?

—A resolver un problema vecinal.

—¿Y por qué no vienen los vecinos en cuestión aquí?

—Porque para poder resolver el problema, tienes que verlo *in situ*.

—Pero yo... —Sacudió la cabeza —. Karen, me he leído vuestras absurd... vuestras leyes. Pero no sé si me acordaré de todas.

—Tranquila, yo te acompañaré.

Y le mostró la mano, donde ya tenía el paraguas preparado. Leslie no entendía qué problema sería aquel que no podía ser resuelto en un despacho, pero en fin, se suponía que era su trabajo. Así que cogió su abrigo y su bolso y siguió a la chica.

Shane estaba preparándose un café y probando el azúcar por si acaso lo había cambiado Karen por alguna sustancia diferente, y al verlas juntas frunció el ceño.

—¿Dónde vais? —preguntó.

—A resolver un tema —contestó Karen—. Tranquilo, no haces falta.

—Ten cuidado, Shane —dijo Leslie—. El azúcar blanco ya sabes que no es bueno, ¿cómo se te ocurre andar comiéndotelo así?

Shane dejó el bote mirando a Karen con odio reconcentrado, pero no sirvió de nada: las dos chicas ya estaban saliendo por la puerta.

—¿Jugamos a las canciones? —preguntó Vika, ajena a la tensión ambiental.—Tengo una de James Blunt preparada. Es...

—No puedo, estoy muy ocupado.

Vika decidió intentarlo un poco más tarde, así que se puso a buscar canciones para estar preparada.

Karen condujo por aquellas carreteras que se le hacían tan complicadas a Leslie sin titubear en ningún cruce, y veinte minutos después paró en un lado de la carretera junto a una verja de madera.

Leslie miró por la ventanilla, buscando alguna casa, pero no había nada a la vista.

—¿Nos hemos perdido? —preguntó.

—No, hay que subir por esa colina, es al otro lado.

Salió del coche y Leslie no tuvo más remedio que seguirla, por supuesto cubriéndose con el paraguas de la ligera llovizna.

En cuanto pisó el campo, supo que aquello había sido una mala idea. Los

tacones se le quedaban clavados en la tierra y varias veces estuvo a punto de tropezar y caer. Tendría que revisar el tema de los zapatos al final, seguro. Escucharon unas voces masculinas discutiendo, y pronto se encontraron con dos hombres hablando acaloradamente mientras señalaban unas tierras y una hilera de piedras.

Al verlas, ambos fueron hablando y gesticulando sin parar hacia ellas, pero Leslie no entendía nada de lo que decían. Por un momento pensó que eran familiares de Moira, hasta que oyó a Karen contestándoles igual y dedujo que era gaélico. Los dos fruncieron el ceño al mirarla de nuevo.

—Leslie, estos son Murtagh

McCloud y Angus McEnzie.

—¿Eres la hija de Finn y no hablas escocés? —gruñó uno.

—¿Cómo se supone que vamos a confiar en que una *sassenach* arregle esto? —protestó el otro.

Leslie sacó su mejor sonrisa de negocios y se armó de paciencia.

—Seguro que si son tan amables de explicarme el problema encontraremos una solución —dijo.

Uno de los hombres se giró y señaló las piedras.

—¡Mire eso! —Leslie obedeció, pero no sabía a qué se refería—. ¿Es que no lo ve?

—Eso ha estado ahí siempre, y lo sabes —refunfuñó el otro.

Leslie miró la hilera de piedras. Se inclinó a un lado, al otro, estudió los diferentes ángulos... y lo único que encontró fue que no iban en línea recta, sino que parecían estar colocadas en zigzag.

—¿Podrían ser un poco más específicos? —se atrevió a preguntar.

Uno de ellos (Leslie no se había enterado de quién era quién), señaló la primera piedra y la segunda, haciéndole gestos para que se acercara.

—¿Ve esto? Este sinvergüenza ha movido la piedra para ocupar mi terreno. Está haciéndolo con todas, ¿no lo ve?

—Bueno... —titubeó—. Quizá no estén totalmente paralelas.

—¡Claro que no lo están! ¡Él las ha movido!

—No, señor, has sido tú. —Señaló unas más adelante, que estaban un par de centímetros más hacia el otro lado—. Tú empezaste moviendo esas.

—Porque tú moviste aquellas. — Señaló otras.

Leslie les miraba incrédula. ¿Toda aquella discusión por unos centímetros de tierra? Tierra que, se dio cuenta, estaba sin cultivar. Solo era hierba verde, nada más.

—¿Podrían determinar cuándo comenzó este... llamémoslo movimiento extraño de piedras hacia uno u otro terreno?

—Por supuesto. Hace treinta y cinco

años.

—No, señor, no. ¡Hace treinta y seis, cuando tú moviste la primera del extremo norte y pensaste que no me había dado cuenta!

Leslie se quedó patidifusa. ¿Treinta y cinco años? Tenía que ser una broma. Les miraba mientras seguían discutiendo sobre un milímetro aquí y un centímetro allá, sin asimilar que aquello era real. Karen la tocó un brazo, mirándola con comprensión.

—Llevan así toda la vida —susurró.

—¿Y cómo demonios voy a solucionar yo esto? —siseó a su vez—. ¿Qué haría mi padre?

—Creo que siempre les ha dado largas... y les ha mandado al pub a

tomar un par de cervezas. Luego están calmados un par de meses.

Leslie sacudió la cabeza y se acercó a ellos. Ambos la miraron, con los ceños fruncidos.

—No se preocupen —dijo—. Buscaré las escrituras originales de los terrenos y los delimitaremos al milímetro. ¿Por qué no se van al pub y nos dan unos días para solucionarlo?

Ellos se miraron, para acabar estrechándose la mano e irse tan tranquilos. Leslie respiró aliviada, emprendiendo el regreso al coche. Karen la alcanzó al trote.

—Los planos no son tan específicos como para eso —le dijo.

—Me lo imagino. Lo único que hay

que hacer es colocarlas en fila procurando que no se noten las marcas de donde estaban antes. Aunque algo me dice que dentro de un mes volverán a estar igual.

Karen se echó a reír, convencida también de ello. Giró la cabeza para hacerle un comentario, pero su jefa ya no estaba a su altura. Miró al suelo, donde Leslie había caído sentada y sin un zapato.

—Ay, Dios. —Se agachó a su lado—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —Tiró de su zapato clavado en el barro, y cuando lo recuperó estaba sin tacón—. Oh, no. ¡Eran mis zapatos más cómodos!

Karen la ayudó a levantarse,

moviendo la cabeza.

—Necesitas más variedad, algo sin tacón.

Leslie sabía que tenía que claudicar, estaba claro, o acabaría rompiéndose un tobillo. Pero sacudió la cabeza.

—Ya veré. Llévame a casa, cogeré otros allí.

Karen la cogió del brazo para ayudarla a llegar al coche y la llevó a buscar otros zapatos medianamente cómodos.

* * *

Leslie había terminado de estudiar todos los planos disponibles de los terrenos de la zona alrededor de

McKinley, tanto los orográficos como los urbanos que contenían informes sobre los límites de cada terreno privado y público. Tenía una ligera idea de cuáles podrían ser los más apropiados para el *resort*, pero necesitaba verlos en persona.

Salió del despacho con los planos de la zona que quería ver en la mano.

—Karen, me gustaría ver estos terrenos. —La chica dejó de tararear *Somebody's baby*, y echó un vistazo—. ¿Podrías llevarme?

—No están muy a mano, no se puede ir en coche. Y no los conozco muy bien.

—¿Y hay algún guía en la zona?

—Te puede llevar mi primo, seguro.

—¿Qué primo?

—Pues mi primo, el único que conoces. Evan.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? Tiene que haber más habitantes en este pueblo.

—Bueno, sí, pero él es quien mejor conoce esto. —Alargó la mano hacia el teléfono—. ¿Le llamo?

—No, deja. Ya me apañaré. —Le hizo un gesto a Shane—. Ven conmigo.

Shane entró tras ella en el despacho. Leslie cerró la puerta, y se sentó con los planos extendidos.

—Averigua si hay más guías, anda —dijo.

—Vale, pero a riesgo de quitarme puntos a favor de Karen, me creo que no haya mucha gente más disponible. Esto

no es lo que se dice un hervidero de...

—Tú pregunta. Vete al pub, allí hay mucha gente. ¡Pero no le preguntes a Evan!

Le hizo un gesto para que se marchara. Shane cogió aire y salió; no estaba muy seguro de lograrlo, pero no perdía nada por probar y no le vendría mal darse una vuelta.

Así que cogió su chaqueta y se marchó del ayuntamiento. No había estado aún nunca en el pub, pero no le resultó difícil encontrarlo: el triunvirato pelirrojo le había explicado unas cien veces cómo llegar.

Cuando entró, se encontró con que había unas cuantas personas tomando cervezas repartidas por las mesas, pero

tampoco una multitud. Evan y otro chico estaban tras la barra, y le miraron sorprendidos.

—Vaya —saludó Evan, al verle acercarse—, por fin nos visitas. ¿Qué te sirvo?

—Una pinta. —Ocupó un taburete—. No hay mucha gente, ¿no?

—Se llena a la hora de comer y cenar, el resto del tiempo es bastante tranquilo.

Shane se acomodó, recordando lo que le había dicho Leslie. Decidió hacer caso omiso: si alguien conocía a todo el pueblo, ese era él.

—Necesito ayuda con una cosa.

—Claro. —Le puso la cerveza—.

Dispara.

—Si yo quisiera ver unos terrenos por aquí, averiguar quiénes son los dueños y eso... que alguien me hiciera de guía, vamos, ¿a quién podría pedírselo?

—A mí.

—¿Nadie más?

—Bueno, todos mis colegas saben moverse por la zona, pero no conocen a todos los dueños tan bien como yo. ¿Qué pasa, que no te caigo bien? —Shane hizo un gesto vago, mientras bebía un trago de cerveza—. Ah, ya entiendo. No es para ti, es para tu jefa.

—Algo así.

—¿Qué zona, exactamente?

—Pues creo que está al norte, cerca del lago. Hay un castillo o algo así en

ruinas.

Los ojos de Evan chispearon con malicia.

—Allí solo se puede ir a caballo, y yo soy quien lo conoce mejor. Así que le dices a la señorita Ferguson que cuando quiera estaré encantado de acompañarla.

—No creo que ella esté tan encantada, pero bueno.

De pronto le dieron una palmada en la espalda que casi le tiró al suelo, y se sujetó a la barra mirando al enorme escocés que le había golpeado.

—Hombre, el irlandés —dijo el tipo—. ¿Qué tal? Soy Duncan McCoy, del clan de los McCoy.

—Shane Malloy, de los Malloy sin más de toda la vida.

—Anda, si eres gracioso y todo. —
Hizo un gesto hacia la puerta—. ¡Eh,
Connor, que estamos aquí!

Tras el susodicho Connor, entraron dos más. Todos ellos altos, con sus *kilts* escoceses... y con el pelo en diferentes tonos de pelirrojo. Por un momento se sintió como en la oficina, rodeado de cabellos cobrizos... pero al menos aquellos irradiaban testosterona, algo que empezaba a echar en falta. Había pensado en irse en cuanto terminara la cerveza, pero entonces la conversación comenzó a girar en torno al rugby y al fútbol... y se quedó con ellos.

Leslie le mandó un mensaje un rato después preguntándole dónde demonios se metía, a lo que Shane dudó unos

segundos entre volver corriendo o contestar. Y al final le envió un SMS:

«Estoy haciendo una inmersión cultural e investigando».

«Perfecto. Cuando tengas un nombre me avisas para hablar con Karen y organizarlo.»

«Pues espera sentada», pensó. Porque sí que lanzó un par de veces la pregunta al aire, y al final todos le decían lo mismo:

Evan es el que mejor conoce la zona.

* * *

Transcurrió una semana, y ya estaban a lunes otra vez. Shane hizo un

cálculo del tiempo que llevaban allí mientras subía a la oficina... tres meses ya. Su jefa parecía estar un poco más relajada, y haciendo migas, pero él... él estaba negro. No hacía más que pensar en largarse, y si no, en que al final Leslie acabaría prescindiendo de su trabajo porque Karen jugaba bazas que él no podía, como hacerse amiga suya.

Entró en silencio, sin sorprenderse del panorama: como siempre, Karen debía haber pasado un fin de semana movidito, porque estaba con la cabeza encima de sus brazos, apoyada en la mesa, y los ojos cerrados. Resistió el impulso de dejar caer una carpeta junto a ella, algo que ya había hecho la semana anterior con resultados

estupendos, y fue hasta su mesa a buscar en el cajón. Si no calculaba mal, Vika aún tardaría al menos veinte minutos en aparecer, y eso si no coincidía con la llegada de Akhber y los donuts, así que se hizo con un rotulador al agua y se acercó a la pelirroja. Con sumo cuidado para no despertarla, le dibujó unos bigotitos de felino, y como se sentía creativo, simuló unas perfectas patas de gallo. Acabó poniéndole en la frente *fiestera*, y después fue a hacerse un café con tranquilidad; se sentó en su escritorio, y justo en aquel momento llegó Vika con la caja de donuts y Leslie al lado.

Ufffff, por los pelos, la una llegaba justa y la otra pronto, pero como él

estaba en su silla ya con todo encendido, seguro que no parecía sospechoso. Las dos le saludaron, pero entonces repararon en Karen.

—¡Karen! —exclamó Leslie atónita—. ¿Otra vez durmiendo? ¿Y qué demonios...?

La pelirroja se espabiló al oír la voz estridente de su jefa, y se quedó con los ojos abiertos como platos mientras trataba de despejarse. Tenía que dejar de hacer eso: a Finn no le importaba, pero a Leslie no le gustaba nada... y entonces vio como Vika se reía sin ningún pudor.

—Madre mía —decía Leslie—. Esto es intolerable, Karen. Ya sé que te encanta la juerga y las borracheras, pero

no puedes presentarte así a trabajar, no es nada serio.

Ella se frotó los ojos, sin terminar de entender de qué le hablaban.

—Lávate la cara y ven ahora mismo a mi despacho —Leslie giró sobre sus tacones furibunda.

Karen la vio alejarse como si le faltara un tornillo, y se giró hacia los otros dos. Vika continuaba con las carcajadas y Shane también parecía divertido.

—Estás muy mona, gatita —se burló Vika—. Mira que anoche bebimos, como todos los domingos, pero no recuerdo yo esta parte. ¿Quién te hizo eso?

—¿El qué? —gruñó Karen

exasperada—. ¡No sé qué os hace tanta gracia!

—Espera. —Vika fue hasta la entrada, descolgó el espejo que tenían colgado y lo acercó hasta ella, plantándolo delante de su cara—. ¡Mira!

Karen soltó un grito al verse en el espejo, pero su mirada fue directa hacia Shane. Estaba segura de que había sido él, sin duda, porque por la noche se había desmaquillado, algo que hacía religiosamente cada día por muy pasada de alcohol que estuviera.

—¿Fue Graham? —seguía diciendo Vika, sin dejar de reír—. No, lo dudo, él no es tan divertido...

—¡Has sido tú! —Karen acusó a Shane de forma directa.

—¿Yo? —Shane puso cara de asombro y consternación al mismo tiempo—. Hay que ver qué mala opinión tienes de mí, yo nunca te haría eso.

—¡Sí, ya! —Karen saltó de su asiento a toda prisa—. ¡No te creo!

—Venga, venga, tranquila. —Vika se interpuso en su camino por si acaso a Karen se le ocurría ponerse a pegar al chico o cualquier cosa similar—. ¿Por qué iba Shane a hacer algo así? Mírale la cara, si sería incapaz. —Y señaló su cara de bueno, perfecta como siempre.

—¡A mí no me engañas! —protestó la pelirroja.

—¿Qué es ese escándalo? —oyeron gritar a Leslie—. Karen, si no recuerdo mal te he pedido que vengas a mi

despacho.

Ella se recompuso, aún lanzando miradas temibles.

—Ya arreglaremos cuentas —farfulló, antes de encaminarse a ver al despacho.

Los dos se cruzaron de brazos hasta que la puerta se cerró, y Vika meneó la cabeza.

—No entiendo por qué la toma contigo... ni que fuera la primera vez que despierta con la cara pintada —y siguió riéndose.

—¿Esto le pasa a menudo?

—De cuando en cuando... —Vika regresó a su mesa.

Shane estaba satisfecho, pero para ambos fue inevitable escuchar los gritos

que salían del despacho de Leslie. Sabía que su jefa andaba cabreada desde que le había dejado claro que tendría que recurrir a Evan para ver los terrenos que ansiaba, y era obvio que estaba descargando ese mal humor en Karen... por su culpa, sí, pero ella le hacía otras putadas distintas, así estarían en paz.

Cuarenta y cinco minutos de gritos después, Leslie al fin liberó a una Karen que, si bien no tenía dolor de cabeza al entrar, disponía de uno de tamaño considerable al salir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su amiga al verla aparecer.

—¡Pero si habéis tenido que oírlo desde aquí, con esos gritos! Voy a lavarme la cara. —Miró a Shane furiosa

— ¡Y como esto no se vaya vas a tener problemas!

Él se encogió de hombros, recuperando aquella expresión de no haber roto un plato, y se guardó una sonrisa al oír el portazo. No pasaba nada, había usado un rotulador al agua, ¿no? Asomó la mirada en el cajón para asegurarse, y entonces se dio cuenta de que no, había usado uno de tinta permanente. Mierda...

Diez minutos después, Vika se levantó al ver que su amiga no regresaba. Cuando ya los minutos eran veinte, Shane decidió ir a comprobar si todo iba bien; salió para tocar en la puerta del baño de chicas.

—¿Estáis vivas?

—¡Largo! —oyó gritar a Karen.

—Shane —Vika ignoró a la chica y abrió la puerta—. Pasa, pasa, estamos tratando de quitarle el rotulador pero no sale con nada. ¿Hay alcohol en el baño de chicos?

—No me suena... ¿no tenéis vosotras?

Las dos le miraron entornando los ojos.

—Sí, claro, suelo llevar botellas de alcohol en el bolso— refunfuñó Karen, y se miró en el espejo a punto de llorar—. No se me va a quitar y tendré que pasearme por ahí con esta pinta.

Vika le frotó los hombros, compasiva.

—No, ya verás, iremos al salir del

curro a tu casa y seguro que encontramos una solución, algo habrá para quitarte eso.

—Pero se va a descojonar de mí todo el mundo en cuanto me vean...

Shane regresó a su mesa. Dos segundos después, Leslie abandonó el despacho para aproximarse con gestos nerviosos.

—Vale —dijo, al llegar—, llama al señor Inmortal y... es decir, llama al señor McKinley y pregúntale cuándo puede dedicarme un rato, y... —Justo entonces aparecieron Karen y Vika, y volvió a mirar a la primera—. ¿Aún así? Te he dicho que te quitaras eso.

—Lo intento, Leslie, pero es que no se va...

—Ah, estas cosas hay que pensarlas antes de hacerlas. Es lo que tiene la juerga, si no se puede controlar quizás es que ha llegado el momento de parar. —Leslie meneó la cabeza, inflexible y sin hacer caso de la cara de Karen—. Vete a casa y no vuelvas hasta que no haya desaparecido hasta el último bigote. Shane, ven a mi despacho y terminamos de concretar la fecha para la visita.

El chico asintió, no sin antes lanzar una mirada furtiva hacia la pelirroja, que a duras penas parecía controlar la frustración. No había pensado que el tema se desmadraría, pero tampoco iba a decirlo allí delante, así que sacudió la cabeza para seguir a su jefa. Antes de

llegar al despacho, oyó como la puerta se cerraba de golpe y suspiró. Ahora le tocaba sentirse culpable, mierda... si es que él no era así. Karen había conseguido que se pusiera a su altura y aquel era el resultado: la broma había tenido consecuencias peores de las imaginadas, en parte porque Leslie estaba un poco desquiciada con el tema del lanzatroncos.

Pero el resultado era que se había cabreado como una loca y había mandado a Karen a su casa tras una bronca monumental, y todo por su culpa.

Mientras Leslie buscaba una fecha y divagaba, Shane buscó la manera de confesarle que él había sido el dibujante anónimo, pero después lo pensó mejor:

no, no con Leslie con los nervios a flor de piel. Mejor lo dejaba correr, aunque con la que sí debería disculparse era con Karen. Que igual le lanzaba algo a la cabeza, pero por probar no perdía nada.

Nada más acabar el trabajo, cogió el coche y condujo hasta Inverness rogando que pudiera localizar una droguería abierta. Tras varias vueltas, al fin encontró una y pudo comprar un disolvente especial; por si acaso, se acercó hasta la farmacia y consiguió también alcohol. Con aquello en una bolsa, regresó hasta Kiltarlity y fue hasta casa de Karen; llamó a la puerta sin estar convencido, pero le abrió Davina.

—¡Ah, hola! —Se le iluminó la cara

al verle—. Entra, acabamos de llegar.
—Señaló a Vika, que se estaba quitando el abrigo—. Venimos a echar una mano, a ver si conseguimos quitar el rotulador. Tengo algunas ideas.

Shane abrió la boca para contarles lo que traía, pero entonces escuchó la voz de Karen desde el piso de arriba.

—¿Habéis averiguado algo?

—¡Hay que meter la cabeza en el congelador! —gritó Davina.

—¿Qué? —Shane la miró, negando—. No, no, eso es para quitar los chicles del pelo y cosas así...

—Ah —Davina se quedó pensando en el tema—. ¡Espera, ya sé! ¡Aceite de árbol de té!

—Mmmm, no, tampoco, eso se usa

para piojos.

—¡Leche! Le tiramos un vaso de leche en la cara, estoy segura de que funciona, lo leí en un libro, y...

—Eso creo que es para el espray de pimienta.

—¡Eso que oigo no será Shane! — exclamó Karen, aún en el lavabo—. ¡Por favor, decidme que no se ha atrevido a venir aquí porque lo mato!

El chico depositó la bolsa en los brazos de Vika a toda prisa, y salió de la casa por si acaso, no se fiaba que Karen no bajara a pegarle. Fue hasta la suya, esperando que al menos algo de lo que había comprado pudiera arreglar un poco lo que había provocado.

Seguía sintiéndose mal. Tenía que

poner punto y final a aquello. Siguió pensando en el tema mientras se preparaba la cena, agudizando el oído para poder escuchar si había follón en casa de su enemiga, pero lo único que escuchó un rato después fue un coche marcharse. Vika y Davina debían haber vuelto a sus casas. Suponía que hasta el día siguiente no tendría noticias, así que fue a acostarse... ¿continuaría enfadada? No parecía rencorosa, pero nunca se sabía.

De manera distraída se encontró mirando por la ventana para ver si veía a Karen ; no es que se dedicara a espiar ni nada parecido, de hecho por norma habitual solía caer muerto en su cama, pero deseaba comprobar si su cara

volvía a estar normal. Y sí, ella andaba por su habitación, y al parecer no se acordaba de que tenía vecino enfrente porque estaba en sujetador tan tranquila. Al momento se le olvidaron las putadas, las risitas burlonas y las contestaciones irónicas, solo podía observar el ir y venir de la chica mientras se desvestía. Uffff, pues casi mejor no había visto nada, ahora ya no podría mirarla igual después de comprobar con sus propios ojos lo perfecta que era... lo siguiente que notó fue una punzada en la ingle, suficiente: cerró la cortina para no ver más, y entonces se dio cuenta que seguía sin saber si el rotulador había desaparecido...

Nueve puntos

Con el paraguas abierto, Leslie miró el caballo como si fuera un dinosaurio, ya que para ella era igual de familiar que un animal extinto.

—¿Cómo se supone que voy a subir ahí? —preguntó.

—Yo te ayudaré —contestó Evan, acercándose—. Puedes dejar aquí el paraguas.

—¿Qué? ¿Estás loco? ¡Se me mojará el pelo!

—Pero si apenas llueve...

—Eso da igual.

—Leslie, no puedes manejar el caballo con una sola mano.

—Evan —imitó su tono—, no puedo dejar que se me moje el pelo.

El pelirrojo sacudió la cabeza resignado. Se quitó la chaqueta y se la pasó.

—Póntela, anda. Te puedes tapar con la capucha.

Leslie dudó unos segundos, pero acabó cogiéndola. Cerró el paraguas y se puso la chaqueta con rapidez, cubriéndose el pelo. Se recogió las mangas con el ceño fruncido.

—Espero que no nos encontremos con nadie —refunfuñó—. Ja, qué tonterías digo, si esto es un desierto. — Se llevó las manos a las caderas, examinando de nuevo al caballo—. ¿Y ahora qué hago?

—Pon el pie en el estribo.

Lo señaló. Leslie se miró los pies, enfundados en unos botines de tacón ancho, pero que no eran desde luego unas botas de montar, y al objeto que Evan estaba apuntando. Elevó la pierna y consiguió enganchar el pie.

«Vaya, parece que el yoga y el pilates dan resultado», pensó.

Ahogó un grito al notar que Evan la cogía sin ningún miramiento por el trasero y la impulsaba hasta que se encontró sentada sobre la silla de montar. La inercia le hizo inclinarse hacia el otro extremo, pero el escocés fue rápido y la sostuvo para evitar que cayera.

—El truco consiste en quedarse

sentado encima —le dijo, con uno de sus guiños.

Le pasó las riendas, que Leslie cogió poniendo la espalda recta como una tabla. Hubiera contestado, pero necesitaba toda su concentración para no caerse. A riesgo de parecer tonta, lo cual parecía ocurrir siempre que estaba con él, preguntó de nuevo:

—¿Y ahora qué hago?

Evan se subió de un salto a su caballo, y Leslie se distrajo un segundo por el revuelo de la maldita falda escocesa, que parecía atraerla como un imán.

El escocés tiró de las riendas de su caballo para llevarlo junto a ella, y Leslie se enderezó aún más si cabe

sobre su silla.

—Tienes que relajarte —aconsejó él—. El caballo nota que estás nerviosa, y eso no es bueno.

—¿Cómo que no es bueno? ¿Qué quieres decir? ¿Y si me tira? Evan, que esto está muy alto, me puedo romper algo, y...

Evan alargó el brazo inclinándose hacia ella, la cogió por la nuca y la besó. Leslie abrió los ojos asombrada, pensando en empujarlo, pero tenía las manos cogiendo las riendas con fuerza y no se atrevía a soltarlas. Así que se descubrió bajando los párpados y dejándole hacer.

Evan mordisqueó su labio inferior, para después introducir la lengua en su

boca y besarla de una manera que hizo olvidar a Leslie dónde se encontraba. Ni siquiera se dio cuenta de que al echar la cabeza hacia atrás se le caía la capucha, y la fina lluvia comenzaba a mojar su cabello. Gimió contra su boca, deseando tenerlo más cerca... pero Evan ya no la besaba, así que abrió los ojos para encontrarse con su mirada burlona a escasos centímetros de la suya.

Se echó hacia atrás, mirando a los lados como si se acabara de despertar, y se colocó de nuevo la capucha con rapidez para ocultar así su rostro confuso.

—¿A qué ha venido eso? — preguntó.

—Ya no estás pensando en el

caballo, ¿verdad?

Chasqueó la lengua dando unos golpes con sus talones a su montura para que anduviera. Leslie le imitó, sin saber si sentirse enfadada o qué. Porque distraerse, sí que se había distraído, así que el objetivo estaba logrado. Pero le fastidiaba que solo la hubiera besado por eso, lo cual la confundía aún más. ¿Qué más le daba por qué la había besado aquel tipo que ni siquiera le caía bien? Fijó la mirada en su espalda; la lluvia le había mojado la camiseta de manga corta, que se le adhería al cuerpo como una segunda piel. Tuvo un instante de remordimientos al pensar que se estaba mojando por su culpa, pero lo desechó con rapidez: allá él si cogía una

pulmonía, ¿qué le importaba si quería ir de machito?

De pronto su caballo decidió que era hora de echar a andar, así que se sujetó con fuerza las riendas mientras el animal seguía al de Evan.

El pelirrojo echó una mirada de soslayo para comprobar que la chica estaba bien; no estaba seguro de por qué la había besado, solo que llevaba tiempo deseándolo y la excusa de la distracción le había valido como cualquier otra. Reprimió la risa al verla sujetando las riendas con tanta fuerza y con aquella cara de concentración. Sí, Leslie le divertía... pero también le atraía de igual manera. Estaba seguro de que bajo ese aspecto de inglesita

estirada y marimandona había algo más, algo que le gustaría desatar.

Frunció el ceño para concentrarse, si seguía dejando que sus pensamientos siguieran esos derroteros, acabaría por llevársela a algún pajar o algo parecido, y no creía que la chica estuviera por la labor... de nuevo sacudió la cabeza al imaginársela sobre un montón de paja; a ese paso tendría que bajarse del caballo, porque no era nada cómodo montar en el estado de excitación en el que se encontraba.

Volvió a mirarla de reojo. Ya no llovía, pero ella estaba tan tensa que ni se había dado cuenta, estaba seguro. Y desde luego, no estaba mirando el paisaje. Redujo el paso de su montura

para esperar a que se pusiera a su altura.

—Leslie.

—No me hables, que me desconcentro.

—Leslie, el caballo sabe andar solo. No es que tengas que pensar en cambiar las marchas o algo así.

Eso le ocasionó una mirada destinada a fulminarle en el sitio, pero al menos había conseguido su objetivo: ella ya no tenía la vista fija en el suelo.

—Puedes quitarte la capucha, ya no llueve —comentó.

—Ni hablar, ¿no notas la humedad? —Él levantó una ceja—. Qué vas a notar, si siempre está en el aire.

Evan elevó la vista al cielo y taconeó de nuevo al caballo. Leslie le

siguió sin quitar su expresión enfurruñada; aquello no había sido una buena idea, ¿en qué momento se le ocurrió decir que sí? Estaba segura de que podrían haber ido a ver los terrenos en coche. O incluso en moto, si fuera necesario. No le gustaba ir sobre algo que no podía controlar.

Pero entonces Evan salió del camino para ir campo a través, y tuvo que admitir que no había otra forma de ir por aquel sitio. No había caminos a la vista, a excepción de algunas zonas marcadas por cascos de caballos pero que, estaba segura, no se podrían cruzar con un coche. Entonces se dio cuenta de que, en efecto no llovía. Y según iban avanzando por el campo color verde, le

pareció que no notaba tanto la humedad... así que se arriesgó y se quitó la capucha, que le daba demasiado calor. Al hacerlo, también se despejó su campo de visión y de pronto se encontró mirando el paisaje extasiada. Aquellas montañas eran impresionantes, con lagos aquí y allá salpicando los valles.

Antes de darse cuenta, Evan se había detenido en lo alto de una colina. Desde allí, se podía ver un lago con los restos de un castillo a los que se podía llegar desde un camino estrecho. Leslie miró a su alrededor, y su mente empresarial de nuevo tomó el control.

—Vaya, aquí se podría construir un campo de golf genial —dijo—. Y en el castillo un hotel, y si se arreglan las

carreteras...

Evan la miró sacudiendo la cabeza, y ella se calló al ver su expresión. Parecía decepcionado.

—¿Qué? —preguntó.

—¿En serio? —replicó él—. ¿Eso es todo lo que ves? ¿Un negocio?

Leslie parpadeó. ¿Qué quería decir? Pues claro que veía un negocio, de eso se trataba, ¿no? ¿Qué sentido tenía tener tanto terreno vacío y un castillo en ruinas?

Pero entonces, algo ocurrió. El cielo comenzó a despejarse, y por primera vez desde que había llegado a Escocia, un rayo de sol atravesó las nubes e iluminó las montañas. La hierba resplandeció con un color verde esmeralda brillante,

la luz hizo que la imagen del castillo apareciera reflejada en el agua como si de un espejo se tratara. Y entonces lo imaginó con un aparcamiento en la entrada, lleno de coches... y los campos verdes atravesados por carritos de golfistas, y algo pasaba, porque las dos imágenes no terminaban de encajar en su mente.

Oyó que Evan le decía algo, y apartó la vista del castillo para mirarle.

—¿Decías algo? —preguntó.

—Vamos a dejar descansar un poco a los caballos, ¿crees que podrás ir paseando hasta el castillo o es demasiado lejos para ti?

—Por supuesto que puedo andar.

Con su tono serio pretendía

demostrar que era más capaz de lo que él se pensaba. Y habría resultado, si hubiera conseguido bajarse del caballo en aquel momento. Pero un minuto después, seguía sentada mirando a ambos lados sin encontrar la forma de descender y no caer de culo o romperse un tobillo, lo cual terminaría por destruir el efecto de mujer autosuficiente que pretendía mostrar.

Evan ya estaba en el suelo, palmeando el cuello de su caballo.

Leslie carraspeó, intentando llamar su atención. Pero parecía que el escocés la ignoraba, porque tuvo que toser varias veces para conseguir que él se dignara a levantar la vista.

—¿Quieres agua? —preguntó el

chico.

—No, estoy bien. —Él volvió su atención al caballo, y Leslie suspiró fastidiada—. ¡Está bien! ¿Te importa?

Evan sonrió divertido; enganchó las riendas de su caballo a un tronco y se acercó a Leslie.

—Venga, dilo —instó.

—Eres insufrible.

—Y tú una cabezona. Quiero oírtelo decir.

Leslie se cruzó de brazos, pero el caballo se agitó al notar su gesto y tuvo que agarrarse de nuevo a las riendas con fuerza. Apretó los dientes y habló de forma que apenas se la entendió. Evan estaba disfrutando de aquello, así que se llevó una mano al oído.

—Perdona, no te he entendido.

—¡Que me ayudes a bajar! —Él le hizo un gesto para que continuara—. Mira que eres...

—¿Me voy?

—¡No! No, está bien. Estimado señor McKinley, del clan de los McKinley, ¿le importaría ayudarme a bajar, por favor?

—Eso está mejor.

Extendió las manos para cogerla por la cintura, y Leslie se sujetó de sus antebrazos para no caer mientras la bajaba del caballo como si no pesara nada. Una vez estuvo de pie en el suelo, le dio un beso en la punta de la nariz.

—¿Ves? No era tan difícil.

Y la dejó allí de pie preguntándose a

qué venía aquel gesto, mientras iba a recuperar las riendas de su caballo.

Leslie se frotó la nariz como para borrar el beso, aunque estaba por pensar que se lo había imaginado, por lo rápido que había sido. Cogió las riendas y tiró con suavidad, respirando aliviada al ver que el caballo la seguía dócilmente.

Alcanzó a Evan, que ya descendía por la colina en dirección al castillo. Examinó de nuevo los alrededores con ojo crítico. Vale, los caminos se podrían arreglar. Era una gran inversión, desde luego, pero seguro que el lugar atraería un montón de turistas adinerados. Si lo convertían en un hotel de lujo... aunque de nuevo, su mente no parecía funcionar como solía. No conseguía ubicar un

aparcamiento, ni una carretera ancha y bien asfaltada, ni... Movi6 la cabeza. Tendr3a que estudiar mejor el terreno cuando estuvieran de vuelta, estaba claro que no era su d3a.

—¿Nos sentamos? —sugiri6 Evan, se1alando unas rocas junto a la orilla.

—S3, me parece bien.

—Deja el caballo atado en aquel tronco.

Leslie enred6 las riendas en una rama del tronco que Evan hab3a se1alado, y despu3s fue a sentarse junto a 3l en las piedras. Dejando un espacio prudencial entre ellos, por supuesto.

—¿Cu3ntos due1os hay? —pregunt6.

—¿A qu3 te refieres?

—A las tierras que hemos pasado.

—Las señaló—. El lago, el castillo...
¿Son de gente de Kiltarlity?

—Son de una persona del pueblo, sí.

—¿Solo de una?

—Sí. Pertenecen a un clan, en realidad, pero a efectos prácticos están a nombre del *laird*. Él es quien tiene la última palabra.

—Pero no entiendo. ¿No has dicho que son del clan?

—Las tierras han pasado de padres a hijos, siempre es así. —Se levantó y cogió unas cuantas piedras, para lanzarlas al agua y ver cómo rebotaban—. El *laird* cuida del clan, puede consultar sus decisiones con los miembros, pero al final, la decisión es suya.

—Ya. ¿Y crees que podrías presentármelo?

Evan lanzó otra piedra, que rebotó varias veces, y se agachó para escoger una plana y perfecta. Miró a Leslie con ella en la mano, lanzándola al aire como para comprobar su peso.

—¿En serio convertirías esto en un lugar para turistas? —preguntó.

—Sí.

No sonó muy convencida. Evan la miró de forma extraña, y lanzó la piedra con maestría antes de girarse de nuevo.

—Supongo que podría presentártelo —comentó—. Pero te advierto que no es una persona a favor de este tipo de cambios.

—El turismo del que estoy hablando

es de alto nivel, traería consigo mucho dinero para la región, puestos de trabajo... Los cambios no tienen por qué ser malos.

—¿Y qué pasa con la esencia del lugar? ¿Su alma? Lo que tú propones es algo artificial, como si... como hacer un parque temático, donde todo es falso.

—¿Crees que es mejor dejar que las cosas se caigan a pedazos? —Señaló el castillo en ruinas—. Si nadie hace nada, en unos años desaparecerá y no será más que un montón de piedras en medio de la nada. ¿Prefieres eso?

La mirada de Evan se volvió triste mientras miraba el castillo, antes de volverse hacia ella y afirmar despacio con la cabeza.

—Está bien —concedió—. Hagamos una cosa. Prepara un informe con todo lo que pensáis hacer, cuánto ofrecéis, beneficios calculados para la región... Cuando lo tengas, hablas con Karen para que me llame. Y te lo presentaré.

Leslie sonrió satisfecha, aunque al echar otra mirada al castillo, su mente seguía sin encajar los cambios necesarios para convertirlo en el *resort* de lujo que imaginaba. Pero ya trabajaría en ello. Sus ojos se desviaron hacia Evan, que permanecía de pie con la vista perdida en el horizonte; el escocés apoyó una pierna en una roca algo más alta, y durante unos segundos Leslie se quedó mirándolo. Así vestido, con el *kilt* tradicional, y el pelo húmedo

y revuelto por el viento, le pareció verse transportada al pasado. Evan encajaba en el paisaje como si fuera parte de él. Ella nunca había tenido el sentimiento de pertenencia a un lugar como la imagen que él desprendía; sí, había crecido en Inglaterra, y su madre era inglesa. Y debería sentirse así, pero aunque echaba de menos Londres, solo era por sus comodidades, no porque el lugar le produjera ningún sentimiento.

—Deberíamos regresar —dijo Evan, mirando el cielo—. Va a llover.

«Menuda sorpresa», pensó Leslie, siguiendo la dirección de su mirada. Las nubes se acercaban veloces por encima de las montañas, y pronto el sol que había iluminado brevemente el lugar

desapareció como si de un espejismo se tratara.

Evan regresó a su lado y tendió la mano para ayudarla a levantarse. Leslie aceptó su ayuda, y mientras se sacudía la parte trasera del pantalón, un trueno la sobresaltó; le siguió un relámpago que atravesó el cielo que comenzaba a oscurecerse.

Se oyó el relincho asustado de un caballo, y cuando se giró vio que se trataba del suyo; el animal se encabritó, tirando de las riendas, que se soltaron dejándole libre, y pocos segundos después, huía despavorido colina abajo. Hizo ademán de echar a correr tras él, pero Evan la retuvo cogiéndola de un brazo.

—No lo alcanzarás —dijo.

Leslie se sintió desolada. Si ya parecía que no hacía una a derechas desde que había llegado allí, aquello era el colmo de la torpeza. Tenía que haberse preocupado de atarlo bien, ahora el maldito escocés tenía excusa para meterse con ella durante un buen tiempo. Por no hablar del caballo, que a saber dónde estaría, y del dueño... Frunció el ceño. ¿Y si no lo encontraban? No tenía ni idea de lo que podía costar un caballo, pero lo que la extrañaba era que eso no le importaba, sino el animal en sí. ¿Y si le pasaba algo?

—Volveremos los dos en el mía — siguió diciendo Evan.

Fue a desatarlo, pero Leslie no se movió del sitio.

—Pero... —empezó—. ¿No vamos a buscarlo?

—No es necesario.

—Pero... Evan, ¿y si se pierde? Y se va a mojar, y...

El chico la estudió unos segundos, preguntándose si hablaba en serio. Pero Leslie parecía preocupada de verdad. Tenía sentido, visto que parecía que no comía carne.

Se acercó con su caballo mostrando una sonrisa tranquilizadora.

—No te preocupes —dijo—. Irá directo a su establo, conoce el camino de sobra y el instinto de supervivencia prevalece. Y un poco de agua no le hará

ningún daño, te lo aseguro. Vamos, te ayudaré a subir.

Leslie seguía sin estar muy convencida, pero le dejó hacer y un segundo después, estaba sentada sobre el caballo. De un salto, Evan se colocó tras ella y la rodeó con sus brazos para coger las riendas. Leslie se tensó de nuevo, pero él giró el caballo con destreza y se inclinó para hablarle en el oído:

—Relájate, no dejaré que te caigas.

Le colocó la capucha, ya que habían comenzado a caer gruesas gotas de lluvia. Leslie se sintió culpable por aquel gesto. Allí estaba ella, con su chaqueta bien cerrada y su pelo protegido, mientras él aguantaba el

chaparrón.

—¿Y tú? —preguntó.

—¿Yo qué?

—Te vas a mojar.

—No pasa nada.

Lo notó moverse tras ella, y poco después, sintió cómo la envolvía de nuevo en sus brazos, esta vez cubiertos con una especie de manta. Bajó la vista, sin entender nada. ¿De dónde lo había sacado? Pero entonces se dio cuenta de que era del mismo color que su tartán. Su mirada bajó a sus piernas, y respiró aliviada al ver que seguía llevando la falda. Subida hasta la rodilla, eso sí, pero no se la había quitado.

—Es el *kilt* —explicó él, como si le leyera el pensamiento—. Tiene más tela

de la que aparenta, antes lo usaban para todo, incluso como manta para dormir. Suelo llevar más ligeros, pero hoy suponía que acabaría mojándome. ¿Estás preparada?

—¿Para qué?

—Para una buena cabalgata.

Leslie abrió la boca para contestar, pero no llegó a hacerlo: Evan chasqueó la lengua y el caballo se puso al trote, para en pocos segundos cabalgar veloz.

Al principio Leslie se asustó, aquello iba demasiado rápido para su gusto... pero el sentimiento pasó pronto al darse cuenta de que Evan la sujetaba con fuerza, transmitiéndole confianza. Poco a poco se relajó entre sus brazos, envuelta en una sensación de calor y

seguridad que nunca antes había sentido. Y antes de darse cuenta, estaba haciendo algo que llevaba años sin experimentar: disfrutaba como una niña. Quién le hubiera dicho que sentir el viento y la lluvia en la cara le iba a hacer sonreír, y los giros y saltos que Evan tomaba con el caballo, que en un principio la asustaban, acabaron por arrancarle pequeñas exclamaciones de placer.

Para cuando llegaron a la puerta de su casa no era consciente, pero estaba sonriendo de oreja a oreja. Y eso que durante la cabalgata se le había caído la capucha y la lluvia la había empapado, pero no sentía frío ni nada parecido. Solo cuando el caballo se detuvo y Evan se bajó, sintió como si algo le faltara.

Mientras Evan ataba las riendas a la valla, Leslie miró al cielo, dándose cuenta de cuánto llovía, y se colocó la capucha con rapidez. Era un gesto inútil puesto que su cabello ya estaba empapado, pero le pudo la costumbre.

—¿Te ayudo? —preguntó Evan.

Leslie le miró. Él esperaba con los brazos elevados para poder cogerla. Su pelo anaranjado se había oscurecido ya que lo tenía empapado por la lluvia, y le caían gotas por el rostro, aunque no parecía molestarle. Se había recolocado el tartán, con parte de la tela sobre un hombro. A Leslie se le pasó por la cabeza que aquella prenda era muy útil, ¿cómo es que ningún diseñador se había dado cuenta de todos los usos que se le

podía dar?

—¿Leslie? Como sigamos aquí mucho rato voy a encogerme con tanta agua fría.

Ella se dio cuenta de que se había quedado mirándolo, así que asió de nuevo sus antebrazos para sujetarse y con su ayuda logró descender sin problemas del caballo. Pero Evan no la soltó; seguía sujetándola por la cintura, y cuando Leslie elevó la vista para protestar, enmudeció al ver cómo la miraba.

Iba a besarla, estaba segura. Así que tenía que apartarse, hacer el movimiento *cobra* que tan bien se le daba y adiós muy buenas... más después del beso anterior, que parecía haber estado

destinado solo a distraerla. Pero vaya por Dios, algo le pasaba porque su cerebro no obedecía sus órdenes y en lugar de eso, entreabrió los labios en un gesto de anticipación.

Evan no esperó más invitación; mientras con una mano la acercaba más hacia su cuerpo, con la otra la sostuvo de la nuca para guiar sus labios y unirlos a los suyos. Al principio fue un beso lento, incluso perezoso, como si estuviera saboreándola. Pero pronto cambió cuando Leslie se arrimó a él, pidiendo más. El beso se volvió más profundo, más exigente.

Leslie había perdido la noción de lo que ocurría a su alrededor, ni siquiera se daba cuenta de que ambos estaban

empapados y que la lluvia seguía cayendo sin cesar sobre ellos. Le pareció incluso flotar en el aire, hasta que notó algo en su espalda.

Evan dejó sus labios para dar un pequeño mordisco en el lóbulo de su oreja que le hizo estremecerse.

—¿Tus llaves? —susurró en su oído.

Leslie parpadeó, sin entender muy bien qué estaba diciendo. Pero Evan volvió a besarla cogiéndola de las caderas para pegarla a su cuerpo, haciéndole notar su excitación y así no había quien pensara con claridad. Le abrazó palpando los músculos de su espalda a través de su camiseta mojada, y bajó las manos hasta su falda para apretarle contra sí, como si fuera

posible aproximar sus cuerpos más de lo que ya estaban.

Y entonces se oyó el sonido de un móvil. Los dos se quedaron quietos un segundo. Evan intentó volver a besarla, pero Leslie apartó la cabeza un par de centímetros.

—Es de mi trabajo —dijo, casi sin aliento.

—Ya los llamarás después. —Besó su cuello, provocando un escalofrío—. Abre la puerta, vamos.

Pero el sonido del teléfono había servido para hacer reaccionar a Leslie, que de pronto fue consciente de lo que estaba haciendo. Y su mente práctica tomó de nuevo el control.

Lo empujó para que se apartara, sin

lograr que el escocés se moviera ni un milímetro.

—Estás chiflado si piensas que vamos a entrar dentro y... y hacer nada de eso que tienes en mente —soltó de pronto.

—Creo que tú también lo tenías *en mente* hasta hace un segundo.

Inclinó la cabeza para besarla, pero de nuevo Leslie lo esquivó. Evan suspiró y la soltó, pero apoyó las manos en la puerta a ambos lados de su cabeza para que no se escapara tan rápido.

—Leslie, si te dejas llevar un poco... —empezó.

—¿Qué? —Le miró como si estuviera loco—. No, no, estas cosas no se hacen así, requieren una

planificación.

Evan no supo si echarse a reír o enfadarse, de lo absurda que era aquella frase. Si ella supiera el aspecto que tenía en aquel momento, con el pelo mojado y revuelto, los ojos oscurecidos por la pasión y los labios enrojecidos por sus besos... Dios, necesitó de toda su fuerza de voluntad para no besarla de nuevo y hacer que entrara en razón.

—No me mires así —siguió ella—. Hay que tomar precauciones.

Evan soltó el aire, armándose de paciencia. Vale, en eso tenía razón.

—¿Me estás diciendo, señorita organizo-todo, que no tomas la píldora? —preguntó, extrañado.

Con lo que era ella de planificadora,

eso tenía que tenerlo controlado.

—Pues claro que sí —replicó la chica, envarándose—. Pero eso no importa. Hay enfermedades y...

—Estoy sano, ¿qué quieres, un certificado?

—Me da igual. Yo no tengo nada en casa, y dudo mucho que tú vayas por ahí con protección a mano, ¿o sí? —El chico negó con la cabeza—. Y no se pueden hacer las cosas así, a la buena de Dios. Solo hubiera faltado que te tiraras encima de mí en un pajar.

Si supiera que eso era lo que había estado pensando, Evan estaba seguro de que le daría un ataque. Se apartó del todo, ya había perdido las ganas como si le hubieran dado una ducha fría.

—¿Qué tengo, que pedir cita con tu ayudante para que busque un hueco en tu agenda? —replicó, con sarcasmo—. ¿Así son tus citas en Londres, en plan solo los sábados por la noche?

Leslie se puso más tensa aún, porque había acertado: las pocas citas que tenía eran acordadas con tiempo de sobra, y si iba a haber sexo de por medio, se aseguraba de tenerlo apuntado para estar preparada. Al menos ya se había hecho depilación láser en las piernas y axilas y no tenía que preocuparse por ello, pero antes de eso, se aseguraba de pedir cita con antelación. Y por supuesto, nunca se quedaba a dormir ni dejaba que se quedara nadie; ni loca iba a permitir que alguien la viera recién levantada.

Pero lo que siempre había parecido lo más normal del mundo, en aquel momento le hizo preguntarse si no hubiera sido mejor dejarse de llevar... porque Evan había retrocedido un paso, y se abrazó a sí misma al notar de pronto el frío recorrer su cuerpo.

—Será mejor que me vaya —dijo él—. Está claro que esto ha sido un error.

Se pasó la mano por el pelo mojado, en un gesto que logró que a Leslie se le secara la garganta y le hiciera replantearse de nuevo el tema. Pero antes de que pudiera decir nada, Evan se dio media vuelta, subió con su característico salto al caballo y se alejó al galope.

Leslie permaneció observando cómo

se marchaba, suspirando con anhelo. Se dio la vuelta para abrir la puerta, y al ir a buscar las llaves en el bolsillo, notó que aún llevaba su chaqueta. Se acomodó más en ella, inspirando al notar su aroma, para rápidamente quitársela y sacar las llaves de sus vaqueros.

Al cuerno con esas tonterías, ni que fuera una adolescente con las hormonas revolucionadas.

Entró en la casa y colgó la chaqueta en una silla para que se secase. Después comprobó su móvil: en efecto, quien la llamaba era Alan. Pero estaba empapada y muerta de frío, así que lo dejó para darse una ducha caliente y librarse de las prendas mojadas.

Se quitó toda la ropa y la metió en la lavadora, no quería dejar un reguero de agua por toda la casa. Una vez bajo el chorro caliente de la ducha, pensó en qué decir a Alan sobre los terrenos... pero su mente derivó a quien le había llevado a verlos. Se frotó el cabello con fuerza para aplicar la mascarilla, focalizando su mente en terrenos, planos, hoteles... y le vino a la mente la imagen de Evan apoyado en la roca. Suspiró fastidiada. Estaba claro que algo tenía que hacer para eliminar aquello de la ecuación, o no se concentraría. Nunca le había pasado eso con nadie, esa especie de obsesión, pero suponía que si se acostaba con él se le pasaría. Era como comer un *cupcake*

(vegano, por supuesto); una vez estuvo una semana pasando por el escaparate de una pastelería y los miraba, y en casa se acordaba de ellos. Hasta que se comió uno y se le pasó la obsesión. Por lógica, con Evan debía ocurrir lo mismo.

Una vez tuvo decidido qué hacer, logró terminar de ducharse y seguir su ritual de cremas y suavizantes antes de acomodarse en su mesa de trabajo y devolver la llamada a Alan.

Por su parte, aunque estaba empapado, Evan se dio una ducha de agua fría cuando llegó a su casa. Sí, de acuerdo, la chica le había enfriado en cuanto había hablado. Pero mientras cabalgaba hacia el pub su cabeza no

había parado de imaginarse qué habría ocurrido si el teléfono no hubiera sonado.

«Probablemente lo mismo», refunfuñó para sí mismo. A saber si se volvería a presentar la ocasión, con aquella mujer era imposible saberlo. Pero por si acaso, cuando se hubo vestido cogió el coche y se marchó hasta Inverness. Mejor tener unos cuantos paquetes a mano por si acaso.

* * *

Un par de días después, Leslie continuaba rara y todos en la oficina eran conscientes de ello. En horas de trabajo Karen no comentaba nada, pero

fuera de él se burlaba sin piedad.

—Seguro que está enamorada — comentó Vika, lógicamente cuando la jefa no estaba presente.

—¿Por qué? —preguntó Shane con curiosidad.

—Tiene los síntomas. Cara de tonta, distraída y no trabaja.

—Pues entonces hay mucho enamoramiento por aquí... —bromeó él, ganándose una mirada incendiaria de las dos chicas—. Calma, que veo que os habéis dejado el sentido del humor en casa.

—Mejor estate callado, te recuerdo que tenemos un asunto pendiente —le dijo Karen.

—Ya te he pedido perdón.

—Pues no es suficiente.

—En realidad deberíamos hacer una tregua, no sea que esto se nos vaya de las manos, ¿qué me dices? —Shane se esforzó en ser amable.

Karen se encogió de hombros; se veía tentada porque la cara de bueno funcionaba, ¡pero ella sabía que no era real! De cualquier modo, también podía decir que sí, y luego ser que no. Y al menos de esa forma no lo esperaría.

—Está bien —masculló—, no podría soportar otra como la del rotulador.

—¿Se acabaron las putadas? —insistió él, no muy convencido.

—Se acabaron las putadas.

—Podríamos llevarnos bien aunque

queramos el mismo puesto... no sé, competición limpia —ofreció el chico, mientras Karen alzaba la ceja—. Solo destacar por el trabajo, ya sabes. A una mala hasta podemos ser amigos.

—Mmmm... no sé yo si me atrevería a ir contigo por la calle. —Shane la miró ofendido—. A lo mejor si te quitas esa ropa tan formal... ponte una camiseta y unos vaqueros, y ya veremos.

—No, de eso nada, esta oferta no dura de manera ilimitada, ¿qué te crees? Pero lo de la tregua sigue en pie, si te parece.

—Claro, claro, tregua—y ella subió el volumen para poder escuchar mejor la nueva canción de Calvin Harris.

Shane no la creyó. No había nacido

ayer y empezaba a conocer a Karen. Hombre, desde hacía un par de noches la conocía *un poco* mejor, pero sabía de sobra que le estaba tomando el pelo, y que si decía que sí a la tregua era porque la jugarreta que se avecinaba era gorda. Se repitió que debía estar atento y no bajar la guardia, pero después de un rato trabajando, se dio cuenta de que en realidad no debía recordárselo, al parecer estaba más atento a la pelirroja de lo deseable.

Empezó a refunfuñar por lo bajo, concentrándose en el trabajo.

Por la tarde, Karen recogió su mesa y cerró el ordenador, acercándose hasta el despacho de Leslie, del que aún no había salido. ¿Tendría razón Vika y

estaría enamorada? Era raro con lo fría que parecía, pero a saber. Lo que sí había notado era lo sola que estaba. Puede que fuera por elección propia, había personas que no necesitaban tener contacto con nadie, pero lo más seguro era que no fuera así. En un pueblo extraño, lejos de su hogar, y con aquella *simpatía natural* lo tenía complicado, así que pegó un par de golpes en la puerta.

—¡Eh, *sassenach*! Ya es hora de cerrar, sal de ahí o te dejo dentro a pasar la noche.

Oyó pasos apresurados y Leslie abrió de golpe.

—¡Ni se te ocurra, que soy tu jefa!

—No, ya no. Son las seis pasadas —

se burló Karen—. Vamos, he tenido una idea.

—¿Qué idea? —Leslie fue a por su bolso, recelosa.

—Vámonos de compras.

—¿Tú y yo? —Leslie preguntó lo absurdo, y fue consciente al ver cómo la miraba Karen—. ¿Quieres decir como si fuéramos amigas?

La pelirroja le quitó importancia con un gesto.

—Bueno, bueno, no nos precipitemos —repuso—. De momento me ofrezco para ayudarte a conseguir algo de calzado cómodo. Y ropa, si quieres. Vas a necesitar ambas cosas si piensas quedarte.

A Leslie no le apetecía mucho

cambiar su imagen, llevaba años definiéndose por su vestuario, pero recordó cómo se habían estropeado ya varios pares de sus carísimos zapatos, que solo tenía unas playeras, y no tuvo más remedio que admitir que Karen tenía razón. Además, no dudaba que la pelirroja la llevaría al sitio correcto, porque si algo era la escocesa era práctica.

—Es que no estoy segura de poder conducir hasta Inverness.

—Ya conduzco yo. Eso sí, a la vuelta me dejas en casa. —Le guiñó un ojo, saliendo.

Cerraron el ayuntamiento y fueron al coche; el invierno estaba llegando a su fin, pero seguía habiendo humedad,

lluvia y los días aún eran cortos. De repente, Leslie se encontró con que no sabía de qué hablar; cuando iban Vika o Davina era más sencillo estar en silencio, pues ellas lo rellenaban con su charla intrascendente, pero esa vez era diferente.

—¿Quieres hablar de algo? —le preguntó Karen, adivinando sus pensamientos—. Ya sé que no eres muy comunicativa, pero tenemos media hora de camino y esto puede ser muy aburrido. ¿Cómo se pone música aquí?

Empezó a tocar todos los botones ante la mirada estupefacta de Leslie. Pero ella tampoco tenía ni idea de cómo, así que meneó la cabeza y aguardó hasta que al fin sonó un CD que había dentro,

que seguramente lo habría puesto Shane la temporada que llevó el coche.

—¿Es el James Morrison ese dichoso? —preguntó Karen.

—No tengo ni idea —dijo Leslie sin mentir.

—Bueno, cuéntame, ¿qué tal en tu nueva casa?

Leslie se agarró a su asiento porque Karen conducía como una loca, cogiendo las curvas como si estuviera corriendo en un *rally*. Empezó a preguntarse si no tendría coche porque las autoridades se lo habían quitado, porque se veía precipitándose por un acantilado.

—Bien —farfulló, tragando saliva.

—Tranquila, que no nos matamos —

la pelirroja soltó una risita.

—Te quitaron el carnet, ¿a que sí?

—No fue culpa mía —explicó Karen, sin dejar de conducir de aquella manera—. Solo iba un poco por encima de lo permitido, me echaron la bronca y nunca se me ha dado bien callarme, así que me retiraron el carnet un año.

Eso reforzó la idea de Leslie de que debía sujetarse bien, así que comprobó el cinturón y se cogió del asa de la puerta.

—¿Te aburres viviendo aquí?

Leslie pensó en la respuesta. Aburrirse no era la palabra... desde que había llegado, hacía casi cuatro meses, le había pasado de todo. Sin embargo, no añoraba Londres en absoluto,

quitando algunas cosas referentes a su aspecto físico. Eso era todo, no echaba en falta nada más: ni el trabajo, ni a sus conocidos, ni sus planes de fin de semana. Muy a su pesar, le gustaba trabajar en el ayuntamiento: podía seguir mandado a gente, y encima tenía poder sobre los asuntos de un pueblo, aunque fuera pequeño.

Luego estaba Evan... que no sabía si era motivo de alegría o no, pero que estaba ahí. Ocupando sus pensamientos bastantes más momentos de lo que le gustaría. Y las visitas al pub; el primer día se había aburrido, pero últimamente ya no le pasaba: ahora que estaba al tanto de las vidas sentimentales del triunvirato pelirrojo, era como seguir un

culebrón. Necesitaba dosis. Y además se divertía; quién se lo iba a decir, nunca había hecho esas cosas de joven y resultaba que era verdad que quien no las hacía con veinte, las hacía con treinta.

—No —respondió con sinceridad—. Aunque me está costando... adaptarme.

—Es lógico, el cambio de ciudad a pueblo debe ser traumático. Y encima tú, que estás *glamourizada*.

—Creo que esa palabra no existe.

—Bah, es igual, seguro que me has entendido. ¿No piensas ir a ver a tu padre al hospital nunca?

La chica se revolvió, incómoda. Eso era lo malo de la gente como Karen, que

lo mismo te decían una cosa que otra sin cortarse en absoluto.

—No es tan sencillo —comentó.

—Ya lo supongo. Pero sigue siendo tu padre, ¿no? —Karen frenó de golpe para esquivar un conejo que cruzaba la carretera, haciendo que Leslie casi se estampara contra la guantera—. ¡Huy, perdón! Deberías ir a verlo. Hablaba mucho de ti.

Descendió del coche y Leslie se quedó allí parada, asimilando lo que acababa de escuchar. Porque toda su vida había pensado mal de Finn, gracias a las continuas palabras de su madre; según ella, además de abandonarla tenía infinidad de ligues y no se había tomado nunca en serio su papel como padre.

Jamás había llamado, ni escrito, ni preguntado por ella cuando era niña, o al menos, nunca había tenido noticias suyas. Le costaba aceptar aquella frase que Karen había dicho con tanta tranquilidad, pero por otro lado, ¿qué sentido tenía que la escocesa le engañara? No sacaba ningún beneficio diciendo aquello, además de que había trabajado con su padre desde siempre y le conocía bien. ¿Y si era verdad?

Bajó del coche, sacando el paraguas.

—Estamos muy cerca —le dijo Karen al verla.

—¿Qué decía? —preguntó Leslie, aproximándose a ella bajo el paraguas.

—¿Tu padre? —Karen percibió la aprensión en su voz—. Decir no decía

mucho, pero hablaba. ¿Tú sabes el juego de elegir canciones y defenderlas que tan absurdo te parece?

—Sí.

—Bueno, pues él tenía uno parecido que se llamaba algo como... *Si mi hija estuviera aquí*, hablaba mucho de las cosas que haríais juntos si estuvieras. ¿También te parece absurdo?

No, le parecía... no sabía que le parecía. La información la estaba confundiendo, no se sentía preparada para pensar en cosas que podían hacer tambalear las ideas que había cultivado desde pequeña. Tenía muchas preguntas, pero se las tragó. No quería que Karen pensara que estaba traumatizada o cualquier cosa, así que puso una sonrisa.

—Venga, vamos a ver esas botas. Ni un solo tacón más perdido en el barro.

—Así se habla. Dentro de poco comerás carne.

Leslie pensó para sí que eso no ocurriría, pero no pensaba discutir con ella. Fueron a un par de tiendas, y encontraron varias botas perfectas para Leslie: cómodas, pero lo suficientemente elegantes como para que se dignara a ponérselas. Después, para agradecer que se hubiera tomado la molestia de acompañarla, la invitó a un café; durante ese rato charlaron como lo haría cualquier pareja de amigas, y por fin, Leslie consiguió averiguar qué productos usaba Karen para mantener su pelo a raya.

Durante el camino de regreso no hablaron, porque Karen iba muy concentrada cantando *Worth it* de Fifth Harmony, y como Leslie se había dado cuenta de le gustaba escuchar la música sin interrupciones decidió respetarlo. Llegaron a Kiltarlity un par de horas después de haberse marchado, y Karen condujo hasta su propia casa, donde abandonó el volante y el asiento del conductor.

—Gracias por acompañarme —agradeció Leslie, una vez instalada para irse—. Mi colección de zapatos te lo agradecerá mucho.

—Ya sabes dónde estoy si necesitas algo —se limitó a decir Karen con una sonrisa.

Se cruzó de brazos, viendo cómo arrancaba con un poco de torpeza y se marchaba hacia su casa sin dar las luces. Estaba claro que no se podía ser buena en todo, y Leslie era un desastre con un coche entre las manos... menos mal que parecía estar amoldándose, la verdad que ya no era tan antipática como al principio.

Entró en la casa y subió a su cuarto, pensativa. Una vez arriba echó un vistazo por la ventana, por si acaso a Shane se le había olvidado correr la cortina... Davina y Vika no hacían más que preguntarle si había visto *algo*, ambas tenían curiosidad por saber qué había debajo de ese traje, pero nada, el chico no se despistaba. Con lo que le

hubiera gustado cotillear para poder poner al día a sus amigas... y ya puestos para satisfacer su curiosidad también: quería ver si ese cuerpo iba a juego con aquella cara.

Entonces se dio cuenta que sus cortinas sí que estaban siempre abiertas, y frunció el ceño, ¿habría visto Shane algo? No le pegaba nada con él, pero a saber... justo en aquel momento su móvil comenzó a sonar, y vio que era Graham. Fue a contestar, pensando que era un milagro que hubiera decidido llamarla. Pensó en mandarlo a la porra, últimamente ya ni le interesaban sus breves charlas, pero como lo necesitaba de chófer decidió no ser tan brusca y hacer un poco de teatro. Eso era lo malo

de que la policía te quitara el carnet, que después te veías obligada a suplicar compasión ajena.

* * *

Alrededor de una semana después, Karen había madrugado para llegar pronto a la oficina. Tras constatar a través de la ventana que Shane continuaba en casa, se marchó rauda y veloz; una vez allí, de forma diligente le preparó alguna sorpresita... suerte que era viernes, así se le podría pasar el cabreo durante el fin de semana.

Cuando llegó Shane y la vio allí pareció sorprendido. Y desconfiado. Y tenía toda la razón, se dijo Karen

divertida. Pero justo después de él entró Vika, así que se pusieron a charlar sin hacerle caso mientras el chico encendía su ordenador y se encaminaba a por un café hasta que este se iniciara.

—¿Qué tal ayer? —preguntaba Vika.

—¿Qué tal ayer qué?

—Nada, solo qué tal ayer. ¿Al final quedaste con Graham?

Karen afirmó con la cabeza.

—¿Y ya ha echado a correr o aún te aguanta? —preguntó Shane burlón, al pasar de regreso a su mesa con el café.

—Me aguanta. —Ella le sacó la lengua.

—No lo entiendo.

—Soy buena en la cama.

Vika soltó una risita al oírla. Shane

iba a decir algo cuando se fijó en que, por más que pulsaba los iconos de su escritorio, no sucedía nada. Insistió, sin comprender qué sucedía.

—¿Qué coño...? —Alzó la mirada hacia las chicas—. Has sido tú, ¿a que sí?

—No sé, ¿qué te pasa? —dijo ella de forma inocente.

—¡Los iconos de mi escritorio no funcionan! ¿Cómo lo has hecho? —Shane no parecía cabreado, sino curioso—. Esta no me la sabía, tienes que explicarme el truco.

—Claro. Siéntate y ahora te digo cómo se hace, y cómo se quita.

Él la obedeció... y de pronto se encontró en el suelo. Las dos miraron en

su dirección, Karen sin lograr ocultar la risa porque había sido visto y no visto, como en las películas de dibujos animados. Le oyeron quejarse y Vika saltó de su mesa derecha para ir a ver.

—¿Estás bien? —exclamó, y Karen fue tras ella, sin dejar de sonreír—. ¡Ay, pobrecillo! Pero, ¿qué te ha pasado...?

Shane se frotó las lumbares desconcertado, mirando a su alrededor. Esa era una buena pregunta, porque apenas le había dado tiempo a poner el culo en el asiento y de pronto había salido volando. Miró la tapa de la silla y los tornillos esparcidos por el suelo, y no tuvo que pensar demasiado para adivinar que había sido Karen. Pero, ¿cómo demonios había hecho eso, en

serio había estado desatornillando para...?

—¡Casi me matas! —exclamó, aún sin levantarse.

—No exageres, que tampoco estabas tan lejos del suelo.

—Esto es agresión, que lo sepas. —Vika intentó ayudarlo—. Deja, deja, ya puedo solo.

—¿Te duele algo...? —preguntó ella, preocupada.

—¿...además del orgullo? —acabó Karen, sin quitar su sonrisa.

—¿Es que para ti la palabra tregua no significa nada? —protestó Shane, intentando ponerse en pie sin conseguirlo, lo que le hizo perder aún más la poca autoridad que tenía—. ¡Ya

vale de cachondeo!

Vika se acercó para ayudarle de nuevo a pesar de sus quejas, y finalmente consiguió ponerse de pie. Miró su silla desarmada, cabreado.

—¿Te duele algo? —insistió Vika—. No se me dan mal los masajes...

Pero él estaba demasiado enfadado para apreciar aquella amabilidad, de manera que hizo un gesto tajante.

—Voy a tomarme un café, ¡fuera! A ver si se me olvida esto. Si no te importa vuelve a montar mi silla, señorita bricolaje, antes de que vuelva.

Y dicho aquello salió muy digno, aunque no surtió mucho efecto porque ellas dos seguían riéndose con todo el descaro del mundo, incluso le pareció

que el *Another one bites the dust* de Queen que sonaba en aquel momento también se burlaba de él. Leslie se lo cruzó en la entrada, sorprendida porque a pesar de haberle hablado, él había pasado de largo.

—¿Dónde va? —quiso saber, al atravesar la puerta y ver a las pelirrojas cuchicheando entre sí.

—A desayunar, ha dicho —replicó Vika.

—Parecía cabreado.

—Es que se ha caído de la silla —comentó Karen— Y ha sido muy gracioso. Muy, muy gracioso.

—Ah, entiendo. —Leslie ocultó una sonrisa—. Bueno, cuando vuelva decidle que venga a mi despacho si no

le importa. Tengo unas cuantas cositas para darle.

En circunstancias normales, Karen habría protestado para que se lo pasara a ella, pero era viernes y no quería salir tarde, así que asintió rápida como el rayo. Que se quedara Shane con todo el trabajo si le apetecía, ella prefería hacer vida social.

—Vamos a montar la silla —repuso Vika, al ver que se hacía la remolona—. Venga, hombre, no seas cabrona. Mira qué carita llevaba el pobre.

—Y dale, que no te fíes tú de esa cara.

Shane regresó media hora después, ya más relajado. Ellas estaban cada una en su mesa, al parecer trabajando con

tranquilidad, y su silla parecía montada. Como era lógico no se fiaba, así que Vika tuvo que probarla por si acaso, dejando claro que ya estaba con todos sus tornillos sujetos. Se puso a trabajar simulando indiferencia, pero por dentro ya estaba planeando cuál sería su próximo ataque. Porque tenía claro que aquello no se iba a quedar así, dar con el culo en el suelo era algo que necesitaba ser vengado.

* * *

Varios días después, Leslie entró en el ayuntamiento, saludó a Davina y se dirigió a su despacho. Karen y Shane ya estaban cada uno en su mesa, y al verla

llegar se incorporaron a la vez.

—Shane, a mi despacho —ordenó ella.

Por su tono el chico no supo si era bueno o malo que le hubiera escogido, pero cogió su libreta de notas y entró. Leslie dejó su bolso y se quitó la chaqueta.

—Apunta —dijo—. Necesito que vayas a comprar preservativos.

Shane había empezado a escribir, y se detuvo mirándola. Ella se había sentado y estaba encendiendo el ordenador como si le hubiera pedido un paquete de chicles.

—¿Perdona? —preguntó por si acaso había oído mal.

—Preservativos. Y búscame un

hueco en mi agenda, me tienes que organizar una cita. —Le miró, impaciente al ver que no apuntaba nada—. ¿Qué pasa? Tampoco es la primera vez que lo haces.

—No, si no es eso, es que... En fin, me sorprende. No es que haya mucha gente por aquí, ¿quién es el afortunado?

—Qué gracioso. —Volvió la vista al ordenador—. Se trata de Evan. Imagino que tienes su teléfono, así que avísale del día que me viene bien para que lo tenga en cuenta.

—Sí, claro, mejor avisar, faltaría más. —Apuntó las dos tareas—. ¿Algo más, jefa?

—No, puedes irte. No te olvides de marcar en mi agenda el día, ¿de

acuerdo?

—Por supuesto.

Shane salió del despacho preguntándose si habría entrado en una dimensión paralela o algo así. Porque hasta donde había entendido por aquellas semanas, Leslie no tragaba a Evan. Y conociendo sus gustos, él nunca se hubiera imaginado nada parecido. El tipo de Leslie siempre era igual: elegante, que trabajaba en la *City*, que no reparara en gastos para sacarla a cenar al mejor restaurante y que, por supuesto, iban siempre de traje. Si no se lo hubiera dicho en el despacho, estaba por pensar que se había drogado o estaba borracha.

Pero entonces recordó que habían

quedado para ir a ver terrenos. A saber qué habría pasado, aunque la verdad era que tampoco quería imaginarlo. Y después fue cuando el triunvirato comenzó con sus comentarios de que la jefa estaba rara. A ver si al final iban a tener razón... Pasó por su mesa para recoger su chaqueta, y Karen le miró mosqueada.

—¿Dónde vas? —preguntó.

—Tengo que ir a comprar una cosa, ahora vuelvo.

Karen esperó a que saliera, para ir corriendo y preparar a Leslie su té favorito.

Shane se fue andando hasta la farmacia; estaba a un kilómetro y apenas llovía, así que no merecía la pena coger

el coche. Parecía una casa como cualquier otra si no se fijaba uno en las ventanas, que hacían las veces de escaparate y a través de las cuales se podían ver diferentes medicamentos.

Cuando entró sonó una campanilla; se veía que aquello era costumbre en todos los locales comerciales del lugar. En el interior había varias personas charlando con la mujer que estaba detrás del mostrador; le sonaban las caras del pub y de verlos por el ayuntamiento, así que les saludó con la cabeza y se puso a mirar por los estantes. Tras dar varias vueltas, se resignó a tener que ir a pedirlos. Se colocó tras las dos mujeres que estaban hablando con la dependienta, pero estas se apartaron

para dejarle pasar.

—Pasa, *lad*, pasa —dijo una—. Nosotras no tenemos prisa.

—Gracias.

Se acercó al mostrador, parándose entre ellas, y carraspeó incómodo. Una cosa era que le dejaran pasar, y otra que se quedaran cada una a un lado mirándole como si fuera lo más interesante del mundo.

La dependienta le sonrió con amabilidad.

—¿En qué puedo ayudarte, *lad*? —preguntó.

—Necesito una caja de preservativos, por favor.

Oyó cuchicheos tras él, pero decidió ignorarlos. La mujer pareció extrañada,

pero de pronto sonrió aún más.

—Ah, ¿te viene a visitar tu novia?
—preguntó.

—¿Qué? No, no, yo no tengo novia.
—Más cuchicheos—. En fin, que no...
—Se calló al darse cuenta de que tampoco podía decir para quién eran—.
¿Tiene o no tiene?

—Uy, qué brusquedad. Claro que tenemos. —Le miró de arriba abajo—.
Tamaño normal, ¿verdad?

—¿Qué? Yo qué sé, supongo.

—Lo digo porque nuestros *lads* prefieren XL. Pero claro, son escoceses.

Se dio la vuelta para ir a buscar en la trastienda mientras Shane se esforzaba por mantenerse impasible. La mujer volvió con varios paquetes y el

irlandés parpadeó sorprendido. Pues sí que tenían variedad en aquel sitio, no había esperado tantas opciones.

—De sabores, piel con piel, rugosos, de colores, con...

—Estos. —Cogió los normales de toda la vida, tampoco se quería poner a pensar qué preferiría Leslie—. ¿Cuánto le debo?

Sacó la cartera y pagó, mientras la señora se lo envolvía en papel marrón. Mientras salía por la puerta, pudo escuchar cómo cuchicheaban tras él.

«Si lo sé me voy hasta Inverness», pensó.

Apresuró el paso para regresar y no mojarse demasiado ya que, para no variar, había comenzado a llover.

—Qué rápido has vuelto —comentó Davina, al verlo entrar—. ¿Has comprado todo lo que necesitabas?

Shane la miró, sin saber cómo interpretar aquella frase. Le había parecido notar cierto tonito burlón, pero no estaba muy seguro. Se limitó a afirmar con la cabeza y siguió su camino escaleras arriba hasta su mesa.

—¿Qué tal por la farmacia? —preguntó Vika.

Shane estaba quitándose la chaqueta, y se quedó inmóvil. La pelirroja estaba sentada sobre la mesa de Karen, ambas mirándolo con expresiones divertidas.

—¿Perdona? —preguntó.

—¿Tienes una cita? —replicó a su vez Karen—. ¿Y no nos lo has contado?

Ya te vale, nosotras aquí hablando de nuestros ligues y tú no sueltas prenda. ¿De dónde es? Espero que no sea escocesa, porque como vea que no has comprado tamaño XL se puede mosquear.

Shane murmuró algo ininteligible mientras se sentaba y ocultaba su rostro detrás de la pantalla del ordenador, ignorando las risas de las chicas. Se acabó, no pensaba organizar una cita a Leslie en nunca más. Y mucho menos, pisar esa farmacia.

Se puso a comprobar la agenda de Leslie, que como buena chica organizada, tenía apuntado hasta los horarios que se había impuesto de yoga y pilates; encontró un día sin nada

puesto a la hora de cenar, así que buscó el número de Evan y le envió un SMS.

En el pub, Evan notó vibrar su móvil, que tenía guardado en el bolsillo trasero del pantalón. Lo sacó y leyó el mensaje... y volvió a leerlo.

«Cena con Leslie + Final feliz. Día 25, 21:00. Confirma, por favor, o envía sugerencia para nueva fecha».

Se quedó petrificado. Aquello no podía ir en serio, tenía que ser alguna broma de sus amigos... pero imposible, nadie sabía lo que había pasado entre Leslie y él. Y estaba enviado desde el teléfono de Shane. ¿Le estaría tomando el pelo el irlandés? Tecleó con el ceño fruncido.

«*Bromitas no, gracias*»

«*No es broma. ¿Prefieres otro día?*»

Evan tragó saliva. Mierda, iba a tener que darse una ducha fría porque solo de pensar en el *final feliz* se estaba poniendo malo. Iba a contestar que sí, pero se dio cuenta de la fecha que era y maldijo para sus adentros. Pero tampoco iba a decir que no, no fuera a llenar la chica su agenda y se quedara otra vez con cara de idiota.

«Aunque ahora mismo debo tenerla», pensó.

«*21:00 en el pub*» contestó. «*Evento especial. Pero me apañaré*».

Shane dudó unos segundos. El pub no es que fuera el lugar más *chic* del

mundo, pero tampoco había ninguno con tres estrellas Michelin cerca así que tendría que valer. Le envió un «OK» de confirmación y procedió a apuntar la cita en la agenda de Leslie para que la viera. Dos minutos después, su jefa lo llamó por el interfono; supuso que ya se había sincronizado la agenda y lo había visto.

Leslie esperó a que cerrara la puerta para hablar, intentando sonar tranquila. No era la primera vez que Shane le organizaba una cita, por lo que no entendía por qué estaba nerviosa.

—¿Qué tal? —preguntó, tamborileando en la mesa con el bolígrafo.

—Bien. —Sacó el paquete de su

bolsillo y se lo dejó sobre la mesa—. Son talla normal.

—¿Qué?

—Por si acaso, te aviso, que en la farmacia decían no sé qué del tamaño XL de los escoceses. Y que sepas que no pienso volver allí, en este pueblo se enteran de todo, y...

—¿Pero has dicho que era para mí?

—No, pero...

—¿Y Evan? ¿Qué te ha contestado? Vale, es obvio que te ha dicho que sí puesto que me has apuntado la cita, pero aparte de eso, ¿te ha comentado algo más?

Le miró expectante. Shane estaba sorprendido. ¿Era nerviosismo lo que notaba en su voz? A ver si el aire

escocés le estaba afectando el cerebro...

—Nada fuera de lo común — contestó.

—Ah. Vale, pues... —Hizo un gesto con la mano—. Puedes volver al trabajo.

Regresó su atención al ordenador, así que Shane la dejó sola.

PRIMAVERA

Del 21 de marzo al 20 de junio

35 días de lluvia

20 días de tormenta

4 días de llovizna

1 día nublado... con lluvia al
anocheecer

Ocho puntos

Leslie corrió hacia el ayuntamiento con el paraguas abierto para no mojarse, pero cuando llegó a la puerta, se encontró con que estaba cerrada y Shane fuera.

—Parece cerrado —comentó su ayudante.

Leslie tuvo una sensación de *déjà vu* cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Karen sujetando un cartel en las manos.

—Está cerrado —dijo tranquilamente.

—¿Cómo que cerrado? —repitió Leslie.

—Es año nuevo.

Leslie y Shane se miraron. Una de dos, o habían viajado atrás en el tiempo o la pelirroja estaba más chalada de lo que aparentaba.

—Ejem —carraspeó Leslie—, Karen, ¿te encuentras bien?

—Perfectamente. —Colocó el cartel y los miró, como si los locos fueran ellos—. ¿Qué os pasa?

—Quizá anoche bebiste de más —se atrevió a decir Shane—. O has sufrido algún golpe en la cabeza...

—¿A qué viene eso? Que yo no me he metido contigo, ¿eh?

—Karen, escucha —siguió Leslie. La cogió por los brazos para que la mirara—. Hoy es 24 de marzo.

—Año nuevo.

—No, no me has oído bien. Vein-ti-cua-tro. Mar-zo.

—No es-toy sor-da. —Se soltó e imitó su gesto, mirándola a los ojos—. Año nuevo escocés, según el calendario gregoriano. Todo está cerrado hoy y mañana.

—¿Pero cuántos años nuevos tenéis?

—Tres. —De nuevo, aquella mirada como si estuviera loca—. A ver, el normal del 31 de diciembre. También está *Shamhain*, que es el celta, el 1 de noviembre. Y luego hoy.

—Y en todos hacéis fiesta.

—Claro. ¿No te lo dijo Shane?

—Eh, que no estaba puesto en ninguna parte, a mí no me echas la culpa

—replicó él.

—Pues hay fiestón en el pub —
siguió ella.

Entonces Shane recordó la frase de Evan sobre un *evento*. Mierda. A eso se refería.

Leslie se dio cuenta en el mismo instante de que era su día de la cita con Evan... pero claro, no podía sacar el tema con Karen delante. Cuando había visto que Shane había escrito como lugar el pub, ingenuamente supuso que era para quedar allí. No que se refiriera a cenar allí. En fin, si había un *fiestón*, estaba claro que el escocés tendría que trabajar. Quizá lo mejor fuera llamarlo y cambiar la fecha, tampoco quería que todo el pueblo la viera cenando o lo que

fuera con él.

Karen pasó la mirada del uno a la otra, preguntándose por qué estaban tan callados.

—Bueno, pues... —empezó—. Os veo esta noche allí. ¡Disfrutad del día libre!

Y se alejó al trote, no sin mirar atrás de nuevo mosqueada al ver que seguían sin moverse.

—¿Quieres que llame a Evan para cambiar la fecha? —se arriesgó a preguntar él, aun sabiendo lo poco que le gustaban a Leslie los cambios de planes.

Ella sopesó la pregunta, para terminar negando con la cabeza. Llevaba días pensando en ello, no quería

aplazarlo más.

—Déjalo —contestó—. Eso sí, el próximo día revisa bien el calendario de fiestas, no vaya a ser que celebren el día de la cabra peluda o algo así.

—Vaca.

—Como si es un burro peludo, ya me has entendido.

Y se dio media vuelta hacia su coche, pensando en qué demonios ponerse aquella noche. Porque había supuesto que Evan se molestaría en llevarla a cenar a algún sitio *chic* en Inverness, al menos, así que había sacado un bonito vestido; pero ya veía que los tiros no iban a ir por ahí: comerían alguna cosa innombrable y de ahí a la cama. Que bueno, tampoco

debería sorprenderle, pensó. Era escocés, seguro que prefería ir directo al grano que andarse con por las ramas con las normas básicas del cortejo.

Una vez en su casa, decidió ver el lado bueno del asunto: ahora tenía todo el día para conseguir domar su pelo a base de mascarillas y darse un baño relajante de sales aromáticas.

Se tomó las cosas con calma, pero aun así, estaba lista una hora antes de lo previsto. Se volvió a mirar en el espejo. Vaqueros de marca, botas de tacón y una blusa con algo de escote. Esperaba que sirviera como *look* casual, a saber qué se pondría aquella gente para la fiesta. Aparte de los *kilts*, claro. Sintió calor al imaginar que iba a ver lo que llevaba

debajo de la maldita falda... y sacudió la cabeza, mirando el reloj de nuevo. Vaya, aún faltaban cuarenta y cinco minutos. No pensaba llegar pronto, eso daría a entender que estaba ansiosa por verle. Y no lo estaba, por mucho que tuviera ganas de ponerse a pasear de un lado a otro de la habitación. Así que se sentó, sacó el móvil y se puso a jugar al maldito *Candy Crush*.

Se entretuvo entre juego y juego hasta que dieron las nueve. Y ya sí, entonces se echó un último vistazo para comprobar que su maquillaje seguía intacto y su pelo liso cual tabla antes de salir paraguas en mano hacia su coche.

Condujo hasta el pub y casi se dio media vuelta al ver la zona de

aparcamiento llena. Pues sí que iba a ser verdad lo de fiestón, debía estar todo el pueblo allí metido. Sonaba *Don, t worry* a todo trapo, lo que conseguía un gran ambiente de juerga y desmadre.

Entró sin saber muy bien qué hacer, si ir a buscar a Evan a la barra o buscar un sitio donde sentarse, o...

—¡Jefa! —oyó que gritaban—. ¡Jefaaaaaaaaa!

Desde su mesa habitual, Davina la llamaba a gritos para hacerse oír por encima del ruido. Vika y Karen le hicieron gestos con las manos para que se aproximara, así que tras echar un vistazo y no ver a Evan por ninguna parte, se dirigió hacia allí.

—Qué bien que has venido —dijo

Karen.

—Sí, bueno, yo... —Vio que Evan aparecía en la barra—. Os traigo unas pintas, ¿no?

Y se alejó sin darles tiempo a contestar mientras ellas la seguían extrañadas con la mirada, ya que todas tenían sus jarras llenas.

Leslie se acercó a la barra, y cuando Evan la vio, se acercó con una sonrisa.

—Buenas noches, *lassie*. ¿Qué te pongo?

«A ver si le ha tomado el pelo a Shane y en realidad no hemos quedado...» pensó ella, al verlo tan tranquilo.

—Cuatro pintas. Una de negra, por favor.

—Marchando.

Leslie le observó mientras las servía y dejó el dinero sobre la barra, pero antes de que apartara la mano, Evan puso la suya encima para coger los billetes como si estuviera acariciándola.

—Perdona el follón —bajó la voz—. ¿Te importa cenar con las chicas? Pensaba preparar algo para los dos cuando estuviera esto más tranquilo, pero este año parece que la gente se ha tomado la celebración en serio. —Le acarició el dorso con el pulgar—. ¿Quieres que lo pospongamos?

Leslie tragó saliva; si con solo aquel roce se le había erizado la piel, no quería ni pensar en lo que vendría después... negó enérgica con la cabeza.

—Esperaré hasta que puedas salir.

Cogió las jarras y se alejó, mientras Evan abría el grifo y se mojaba el cuello y las manos con agua fría, a ver si así conseguía contrarrestar el efecto que habían causado sus palabras en su cuerpo y que estaba siendo dolorosamente visible. Se alegró de al menos no llevar un pantalón, o estaba seguro de que la cremallera habría reventado.

Leslie dejó las jarras y se sentó junto a Karen; las tres chicas no le habían quitado ojo, pero no estaban seguras de si habían discutido o qué.

—Ah, pero si ya teníais —dijo Leslie, al mirar la mesa.

—No importa —contestó Karen—.

Tampoco es que lo vayamos a desperdiciar. Vaya, mira, ha venido el irlandés.

Le hizo un gesto que lo mismo era un saludo que una despedida. Shane contestó de igual manera; las cosas estaban tensas tras su última tregua falsa, así que se fue a una mesa donde estaba el grupo de escoceses con el que ya se había habituado a quedar. Connor, uno de ellos, siempre pedía *Delilah* de Tom Jones en cuanto tenía dos copas encima, y el resto lo acompañaban a gritos, así que en pocos minutos el tema sonaba por el local mientras Shane miraba al techo.

Pronto la conversación de la mesa de las chicas giró en torno a los temas

de siempre, y Leslie las escuchaba sin participar demasiado. Aquel día además tenía la mente en otra parte, y se tuvo que regañar a sí misma cuando se descubrió mirando el reloj por veinteava vez.

El objeto de deseo de Vika les llevó la cena, y Leslie estaba tan distraída mirando a la barra que no se dio cuenta de lo que estaba comiendo hasta que notó una extraña textura en la boca. Tragó y miró el plato con el ceño fruncido.

—¡Pero si esto es carne! —exclamó.

—Pastel de venado con cerveza negra —especificó Davina—. Mira, tiene un montón de verduras.

—Y cerveza sí tomas —añadió

Vika.

—No es lo mismo. —Miró el plato y pinchó un trozo pequeño de carne—. Bueno, supongo que por un día...

La verdad era que el sabor le había encantado, y le había abierto el apetito sobremanera. Siguió comiendo sin darse cuenta de que el silencio reinaba en la mesa: el triunvirato pelirrojo estaba preguntándose si se habría drogado...

Poco después de medianoche, el ambiente estaba de lo más festivo. La cerveza corría a raudales por las mesas, había gente bailando y no parecía que nadie tuviera intención de irse a casa pronto.

De repente, Connor dio unos golpes en la mesa y se levantó.

—¡Atención todo el mundo! —gritó

—. ¡Escuchadme!

Evan bajó el volumen de la música, esperando cualquier cosa. No sería la primera vez que sus amigos se retaban a un pulso, o se ponían a bailar encima de la mesa.

Connor dio un trago a su jarra de cerveza, esperando a tener la atención de los lugareños. Una vez logrado, la agitó en dirección a Shane, que se echó un poco hacia atrás para evitar que le salpicara.

—Tenemos un problema que hay que arreglar inmediatamente —siguió Connor—. Aquí el irlandés dice que ellos son mejores bebedores que nosotros. —La gente empezó a murmurar

— Y nosotros decimos que no. ¿Qué me decís?

—Nosotros bebemos mucha más cerveza que vosotros —replicó Shane, encogiéndose de hombros—. Es un hecho empírico.

—Pero nosotros tenemos whiskey.

—Nosotros también.

—Se acabó —dijo Murtagh, levantándose también—. Esto solo tiene una solución. —Hizo un gesto hacia la barra—. ¡Evan! Un par de botellas de whiskey y dos vasos. A ver quién tumba a quién.

El pelirrojo cogió dos botellas de la mayor graduación y la llevó a la mesa con los dos vasos. Connor ya se había sentado desafiante frente a Shane, que

empezaba a arrepentirse de haberse puesto chulito. Porque sí, él aguantaba mucho. Pero Connor pesaba como veinte kilos más...

Evan le dio una palmada de ánimo.

—Suerte —le deseó.

Shane tragó saliva mientras Connor servía el whiskey. La gente del pub se había acercado, y por el rabillo del ojo vio que empezaban a intercambiarse apuestas. Cogió el vaso con decisión: era irlandés, tenía unos treinta primos mayores y un amplio grupo de amigos en Londres amigos de la juerga, lo llevaban claro aquellos escoceses de pacotilla.

En la mesa de enfrente, el triunvirato pelirrojo y Leslie observaban la escena sin dar crédito.

—¿Shane es buen bebedor? — preguntó Karen, incrédula.

—No tengo ni idea —contestó Leslie, sin salir de su asombro—. Yo nunca le he visto beber nada. Aparte de cerveza y champán en alguna fiesta, claro.

—Es irlandés —dijo Davina—. Debería serlo, ¿no?

—Pero si es un parado, y...

Shane se bebió el vaso de un trago. El líquido le quemó la garganta, y miró a Evan acusador: aquello parecía tequila, más que whiskey. Pero el chico se encogió de hombros como si la cosa no fuera con él.

Karen parpadeó al verlo, sorprendida. A ver si el chico no era tan

so y responsable como parecía, al fin y al cabo.

Connor se bebió el suyo, y ambos acercaron sus vasos a Murtagh para que los rellenara.

—Puedes rendirte cuando quieras, irlandés —retó Connor.

—Cuidado, o tendrás que comerte tus palabras.

Aquello sulfuró al escocés, que se tomó dos vasos seguidos sin apenas respirar. A Shane no le quedó más remedio que imitarlo. Mientras le rellenaban el tercero, notó cómo el alcohol comenzaba a hacer efecto. No recordaba cuántas cervezas habían bebido antes, o si Connor había tomado más o menos que él.

—Venga, irlandés —siguió Connor con tono de burla—. ¿En esto tampoco nos vas a ganar? ¿Todas tus... cosas son de tamaño normal?

Se echó a reír, y ya aquello terminó por sulfurar a Shane. Se acabó, se iba a enterar el tipo ese y todos los escoceses: aunque fuera lo último que hiciera, iba a tumbarlo.

Vika agitó la mano delante de Karen, que le dio un manotazo.

—Parece que te has quedado hipnotizada —dijo.

—Calla, que quiero ver qué pasa. ¡Esto es mejor que el cine!

No podía creer aquello. Connor era famoso por beber y beber y dejar a sus amigos por el camino, pero mira por

dónde, el irlandés que parecía que no había matado una mosca en su vida, tenía su lado salvaje. Y vaya, tenía su punto... ¿pero qué estaba pensando? ¡Claro que tenía un lado salvaje! Que bien que le había hecho sus putaditas con todo el disimulo... Frunció el ceño y dio un sorbo a su cerveza, mientras Shane tomaba dos tragos más, golpeando el vaso al dejarlo sobre la mesa con expresión desafiante.

—Nosotros no usaremos... camisetas XL, pero seguro que las sabemos utilizar mejor.

Las chicas se miraron entre ellas, aguantando la risa, mientras Leslie se preguntaba a qué venía aquello... seguro que tenía algo que ver con el hecho de

que Shane se hubiera negado a volver a aquella farmacia.

Connor se tomó un vaso. Y otro. Y mientras esperaba el tercero cerró los ojos, sujetándose con las manos a la mesa... antes de caer redondo al suelo.

Shane se bebió un último vaso mientras se levantaba triunfante. Algo que lamentó en el momento en que empezó a recibir palmadas en la espalda mientras lo zarandeaban de un lado a otro. Le pareció ver que Karen lo miraba de forma extraña, pero entre el alcohol y el movimiento no podía estar seguro.

Y eso fue lo último que recordó, hasta despertar en su cama con un dolor de cabeza de espanto al día siguiente.

Desde la barra, Evan aprovechó el tumulto para hacer un gesto a Leslie que esperaba hubiera pasado desapercibido, y ella se ofreció a ir a por más pintas. Obviando, de nuevo, el hecho de que Karen acababa de llevar una ronda para las cuatro.

—Puedo irme cuando quieras —le dijo Evan, mientras servía las jarras—. ¿Quieres subir a mi casa o...?

—No, no, ven a la mía.

—Iré a cambiarme para ir en moto.

—¡No! —Él levantó una ceja—.

Digo, no —bajó la voz, enrojeciendo un poco—. ¿Te podrías dejar la falda? Es... bueno, yo qué sé. Tú mismo.

Recogió las jarras aturullada, mientras Evan desaparecía por las

escaleras que llevaban a su casa para ir a cambiarse de ropa; se pondría otro de sus *kilts*, pero es que necesitaba una ducha fría o no sería capaz de montar en moto. Aquel estado continuo de excitación no podía ser bueno, estaba seguro.

Una vez más relajado y vestido de nuevo, se asomó a la ventana para comprobar que Leslie ya se había marchado. Al no ver su coche, miró el reloj, esperó cinco minutos más y bajó por la entrada a su casa para que no lo vieran desde el pub. Cogió la moto y se fue hasta la casa de Leslie; pensaba que el viajecito lo ayudaría a mantenerse frío, pero todo lo contrario: su mente estaba trabajando por su cuenta y para

cuando se bajó de la moto, estaba otra vez igual.

Enganchó el casco en la parte trasera contando hasta cien, y mientras llegaba a la puerta se puso a pensar en ríos, en lagos, en piedras, en hierba, en... mierda. De la hierba había pasado a la paja, y de la paja, claro, a un pajar. Aquello no podía ser.

Leslie abrió la puerta, pero ni siquiera le dio tiempo a besarla: sin mirarlo, ella ya se había dado la vuelta quitándose los pendientes.

—Pensaba que ibas a tardar un poco más —dijo—. No estoy lista todavía.

—¿Cómo que no estás lista? Si es por protección, he traído de sobra y...

—Ah, no, tengo arriba. Voy a

ponerme algo más cómodo y subes, ¿vale?

A Evan casi le dio un ataque cuando la chica se alejó escaleras arriba. ¿Algo más cómodo? ¿Pero cuánto trámite llevaba aquello, por Dios? Si fuera por él, ya le habría arrancado la ropa y la habría tirado sobre el sofá o contra la pared, y... Se quitó la cazadora de cuero con gestos bruscos, maldiciendo en gaélico. Eso de pasar del frío al calor cada dos por tres iba a acabar con él. Se pasó la mano por el pelo, mirando el reloj: había pasado un minuto. ¿Cuánto iba a hacerle esperar? Se paseó por el salón, seguro de que iba a terminar haciendo un surco en la alfombra.

—Puedes subir ya —oyó a Leslie

decir.

Para la última palabra, Evan ya estaba arriba de las escaleras, que había subido de tres en tres y casi tropezó en la última. Recuperó el equilibrio a duras penas, y siguió hasta la habitación de Leslie. Se quedó parado en el marco al verla.

«Joder con la *sassenach* estirada», pensó.

Leslie se había puesto uno de sus caros *negligés* de seda negra, con medias y liguero a juego, que al ser semitransparente dejaba poco a la imaginación. Evan dio un paso hacia ella, pero se detuvo por si acaso faltaba algún otro detalle. No estaba para que le hiciera la cobra.

Leslie se humedeció los labios, nerviosa. ¿Y ahora qué pasaba, que no la tocaba?

—¿No te gusta? —preguntó—. Me puedo poner otra cosa si quieres.

—No, no, es que no sé si ya puedo besarte o si falta algún otro paso previo. A lo mejor tendrías que pensar en que Shane añadiera un memo a la invitación.

Leslie frunció el ceño; como siempre, no pillaba las bromitas escocesas.

—¿Quieres que me lo quite? —preguntó.

Y aquel fue el límite de Evan, que estaba ya al borde de la combustión espontánea. En dos pasos se acercó a ella para apoderarse de sus labios y

abrazarla contra su cuerpo. Leslie cerró los ojos, maravillándose ante lo bien que el chico besaba. Notó que bajaba sus manos por sus caderas y cuando sus cuerpos se unieron, pudo sentir lo duro que estaba. Recordó el comentario de Shane sobre el tamaño de los escoceses, y por lo que estaba notando tenía pinta de ser verdad. Decidió comprobarlo; llevó la mano entre sus piernas y lo tocó, lo que hizo que el chico gimiera besándola con más intensidad. Metió las manos bajo la falda... vaya, llevaba ropa interior. Adiós leyenda urbana. En fin, no pasaba nada. Deslizó la mano por dentro de la tela y movió los dedos arriba y abajo, comprobando su longitud... y de pronto Evan se apartó

con un gruñido.

—Joder.

Se dio la vuelta alejándose de ella. Leslie parpadeó sin entender nada, ¿le habría hecho daño? Se miró las uñas por si acaso, pero su manicura era perfecta y no las tenía demasiado largas.

—Pero, ¿qué...?

—Dame un segundo.

Evan salió refunfuñando para meterse en el cuarto de baño del pasillo. Leslie se quedó con la boca abierta, ¿qué había pasado? No podía ser que...

«No me fastidies», pensó. «Venir hasta Escocia para encontrarme con un eyaculador precoz. Para eso me quedo en Londres, que hay a patadas.»

Se paseó por la habitación,

pensando qué hacer. Parecía que la noche ya estaba finiquitada, así que lo mejor sería vestirse y olvidar aquel desastre. Se lo tenía que haber imaginado, tanta expectación no podía ser buena... lo mismo le había ocurrido con el *cupcake* vegano: se lo comió tan rápido que ni pudo saborearlo.

«Mira tú qué metáfora más bien traída», pensó.

Oyó abrirse y cerrarse la puerta del baño, así que se preparó para echarlo de manera educada. Evan entró en la habitación, y al verla de brazos cruzados con aquel gesto serio tan suyo, suspiró fastidiado.

—Te juro que no me había pasado nunca —explicó, con rapidez.

—No importa. Te acompaño a la puerta, y...

—¿Qué? No, en serio, Leslie, te prometo que no me va a volver a pasar. Tiene que haber sido la semanita que llevo imaginándome esto, porque si no, no me lo explico.

—Evan, de verdad. Tampoco es que se lo vaya a contar a nadie. Esperaba otra cosa, sí, teniendo en cuenta lo que se dice de los escoceses, pero...

Bueno, solo le faltaba eso, que se enteraran sus colegas. No, no podía permitir que Leslie se quedara con esa idea de él; no solo estaba en juego su orgullo, sino el de todos los escoceses. Respiró hondo y se acercó para coger su rostro entre sus manos.

—Tranquila —dijo, en un susurro—. Que voy a dejar el pabellón bien alto.

Leslie se quedó pasmada ante aquella frase. A ver si todavía llevaban un recuento él y sus amigos o... pero de nuevo estaba besándola de aquella manera que le nublabá el cerebro, y su cuerpo decidió por ella: ¿qué podía perder por dar otra oportunidad? Se arrimó más a él, y descubrió que tampoco tenía que esperar mucho para saberlo, porque el chico estaba otra vez más que preparado. Se arriesgó a acariciarlo de nuevo, satisfecha al ver que esta vez no pasaba nada aparte de lograr que Evan desabrochara el *kilt* y se deshiciera de él.

Retrocedieron juntos hasta la cama;

Evan la tumbó para besarle el cuello e ir dejando pequeños mordisquitos hasta llegar al pecho, donde se encontró con unos minúsculos corchetes. Intentó desabrocharlos sin éxito, así que tiró por el camino más rápido y agarró la tela para romperla, pero Leslie le cogió las manos.

—No, espera —jadeó—. Es seda oriental, ya me lo quito yo. Y cuidado con los mordiscos esos.

—¿No te gustan?

—Sí, pero no me dejes marcas.

Él miró al techo mientras Leslie se deshacía de su ropa. Se dejó solo las ligas, y Evan le acarició las piernas colocándose entre ellas para besarla.

—Hazme un favor —susurró contra

sus labios —. Cállate.

Leslie se mordió los labios para no discutir. Mejor se concentraba, ahora que estaba claro que a Evan no iba a pasarle lo mismo de antes. Gimió contra su boca al notar sus dedos acariciándola entre las piernas; pasó las manos por su espalda para tirar de su camiseta y quitársela, palpando sus músculos. Bueno, eso sí que era algo que no había en Londres...

Siguió con su recorrido hasta llegar a la única prenda que le quedaba. Evan se apartó un momento para quitársela y coger un paquete de los que había llevado. Dos segundos después estaba de nuevo acomodado entre sus piernas, apoyado en los codos para no aplastarla

mientras le besaba primero un pezón y después otro, con aquellos mordisquitos que ella no podía negar que la estaban volviendo loca.

Y entonces Evan entró en ella, despacio, hasta llenarla por completo. Leslie le rodeó con sus piernas suspirando, aquello era mejor de lo que había esperado, y él se empezó a mover de una forma pausada que la tuvo retorciéndose bajo su cuerpo en poco tiempo. Lo abrazó con fuerza, instándole a seguir, y sus movimientos se volvieron más rápidos haciendo que la chica se estremeciera y perdiera la noción de todo lo que le rodeaba, hasta sentir que explotaba en pequeños pedazos.

Poco a poco fue consciente de que él

temblaba y se quedaba quieto sobre ella, sin aliento.

Evan la besó con suavidad, antes de retirarse con pereza a un lado. Rodeó sus hombros con un brazo, para atraerla hasta su pecho. Leslie se dejó hacer, agotada por la experiencia, y en segundos se quedó dormida. Lo último que vio antes de cerrar los ojos, fue el paquete abierto que Evan había llevado... y una XL bien marcada.

Evan despertó sobresaltado al oír un grito estridente junto a su oído. Se sentó y vio cómo Leslie se iba hasta el otro extremo de la cama, llevándose las sábanas con ella y dándose de la vuelta. Por instinto cogió lo primero que vio, en

este caso, la almohada, y se tapó con ella.

—¿Qué? —preguntó, mirando a su alrededor—. ¿Qué pasa?

—No puedes estar aquí, ¡tienes que irte!

—¿Qué? ¿Por qué?

—No puedes verme así, estoy sin peinar, y el maquillaje se me habrá corrido, y... Me voy a la ducha, tú... tú espérame abajo si quieres para hablar de esto y dejar los términos claros.

Y salió corriendo, dejando al chico estupefacto. Algo que, se dijo, comenzaba a ser una costumbre con aquella mujer.

Se vistió sin darse ninguna prisa, y bajó a la cocina para preparar una

cafetera. Media hora después, estaba sentado con una taza en la mano leyendo el periódico del día anterior, cuando vio bajar a Leslie por la escalera. Llevaba el pelo recogido en una coleta perfecta, y el rostro limpio y con un maquillaje ligero. La observó mientras se servía su café, esperando aquellos *términos*. A ver si todavía tenía que haber firmado un documento de confidencialidad o algo así.

Leslie se sentó frente a él, con una sonrisa práctica.

—Perdona lo de antes —dijo—. Es que no me gusta despertar con nadie a mi lado. Tendríamos que haber hablado ayer, pero me quedé dormida.

—Ya. ¿Y qué había que hablar,

exactamente?

—Aclarar un par de puntos, por si acaso. Lo de anoche estuvo bien... —obvió el comienzo—, pero no se repetirá. No tiene sentido iniciar algo que pueda derivar en una relación romántica, cuando ambos sabemos que no funcionará.

—Ah, ¿lo sabemos ambos?

—Por supuesto. No tenemos nada en común, y, por otro lado, yo me iré a Londres en cuanto pueda. Y supongo que estarás de acuerdo conmigo en que las relaciones a distancia no suelen funcionar.

—No, supongo que no.

—Perfecto. Aclarado entonces. —Se levantó—. ¿Te acompaño a la puerta?

A Evan se le ocurrían mil formas de continuar la conversación, incluyendo un encuentro sobre la mesa, por ejemplo, pero por su cara de determinación veía que no estaba por la labor.

Así que dobló el periódico con parsimonia, como si aquello no le afectara lo más mínimo, y se incorporó.

—Tranquila, conozco el camino — le guiñó un ojo—. Ya nos veremos por ahí.

Recogió su cazadora y se marchó. En cuanto le vio salir, Leslie perdió la sonrisa. Pensaba todo lo que había dicho, pero por alguna razón extraña, eso no le hacía sentir bien.

Shane intentó abrir los ojos, pero la

luz le provocó una punzada de dolor en la cabeza y se llevó las manos a la misma, maldiciendo.

«Esto me pasa por orgulloso», pensó.

Pero al menos había ganado, o eso creía recordar. Esperaba que eso significara que se habían acabado las bromitas con lo del XL, que ya estaba cansado del tema.

Suspiró y parpadeó con cuidado. La luz provenía de las ventanas, ya que las cortinas estaban abiertas, y aunque por supuesto no hacía sol, sí que era ya de día.

Un momento.

Miró hacia abajo. Estaba medio desnudo. Es decir, no llevaba la camisa

de la noche anterior, ni zapatillas... sí los vaqueros, pero a medio desabrochar. Intentó hacer memoria. Vale, estaba en su habitación, por lo menos. Y parecía que solo, pero no recordaba cómo ni cuándo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era haberse burlado de Connor, de *Delilah*, y de la capacidad de aguantar el alcohol de los escoceses, desembocando todo ello en una competición con Connor.

Se sentó flexionando el cuello, y por el entumecimiento supuso que había pasado toda la noche en la misma postura.

Esperó unos segundos por si acaso, pero cuando vio que su estómago no protestaba se levantó con cuidado. En

eso siempre había tenido suerte; no era la primera vez que tenía una resaca del doce o que tenía alguna laguna... de hecho, sabía que había tenido fiesta de celebración de sus dieciséis años por la fotos. Porque sus primos se habían encargado de introducirle en la edad adulta con todas las consecuencias. Pero su cuerpo era bueno absorbiendo el alcohol, nunca había vomitado para expulsarlo. Su padre decía que era genético, algo propio de los Malloy.

En fin, cierto o no, al menos parecía seguir teniendo aquella suerte. Se levantó para ir a cerrar las cortinas, y cuando estaba con ellas en la mano, se quedó mirando la ventana de Karen. Le había parecido ver movimiento, pero

como no la vio tras un par de minutos, supuso que había sido el viento al moverlas.

Pensando en ella fue a meterse bajo la ducha. Mientras el agua fría le caía sobre la cabeza y la nuca, recordó que había estado en el pub la noche anterior. Lo cual no era una sorpresa, siempre iba con las chicas y Leslie (a la que no la incluía en la definición de *chicas* porque el concepto no terminaba de cuadrarle con ella); suspiró fastidiado. No le gustaba tener aquel ambiente de tensión con la escocesa, parecía la guerra fría. Pero por otro lado, ya había ofrecido una tregua, y Karen la había roto con el incidente de la silla. Así que no estaba por la labor de volver a hacerlo, tendría

que salir de ella.

Tampoco es que fuera a vengarse aunque hubiera sido su primer pensamiento, se estaba quedando sin ideas... y eso que con sus cinco hermanas contra él, la imaginación le daba para mucho. Pero no le gustaba estar así.

Cerró el grifo fastidiado. Ojalá el padre de Leslie despertara de una buena vez y pudieran marcharse. Pero aquel pensamiento tampoco le agradó: echaría de menos su guerra fría particular.

Karen se asomó con cuidado por la ventana de su habitación. Estaba haciendo la cama cuando había visto que Shane se levantaba, y no había podido

evitar quedarse mirándolo. ¿Se acordaría de algo?

Lo dudaba, con la curda que llevaba encima. Por increíble que pareciera, ella había resultado la menos perjudicada de la noche. Cuando lo había metido en el coche de Davina, que tampoco estaba en condiciones de conducir, el chico estaba casi inconsciente. Primero había llevado a las chicas a casa, excepto a Leslie, que se había ido la primera. Y después había sudado horrores para meter al irlandés de marras en la suya.

Cuando llegaron cayó cuan largo era en la entrada. Por un segundo pensó en dejarle allí tirado a dormir la mona, pero no pudo evitar ablandarse al ver su rostro dormido con expresión pacífica.

¿Por qué siempre parecía tan buen chico? Le daban ganas de achucharle, con aquella carita y esos ojos que...

Sacudió la cabeza y con gran esfuerzo consiguió espabilarlo lo suficiente para que se levantara. Las escaleras hasta su habitación le parecieron lo mismo que subir al Everest, pero consiguió que llegaran sin matarse.

Lo dejó sobre la cama, y en un segundo Shane estaba respirando profundamente, lo que indicaba que estaba dormido como un tronco. De nuevo, Karen estuvo a punto de irse, pero no le pareció bien dejarle tal cual estaba.

Le quitó las zapatillas y las dejó en

el suelo. Titubeó al mirar la camisa. En fin, ya que estaba... él seguía dormido, no le iba a importar que le viera desnudo. Aquel pensamiento le secó un poco la garganta, y frunció los labios molesta. Se acabó, lo pondría cómodo y se marcharía.

Soltó los botones de la camisa y al abrirla le rozó el pecho sin querer. Se obligó a apartar la vista, mientras se la quitaba sin que se despertara.

Pues vaya, no estaba nada mal el irlandés. No había músculos prominentes ni exagerados, pero sí lo justo y necesario para estar definido. Alguna vez le había visto salir a correr... debía ser eso.

Parpadeó sorprendida al darse

cuenta de que llevaba varios minutos mirándolo como si fuera una estatua o algo así. Con decisión, llevó las manos a su pantalón y le desabrochó el primer botón. Bajó la cremallera... y ahí se quedó. Ya no podía ni tragar, de lo seca que tenía la garganta. Y sus dedos se movieron juguetones hacia la ropa interior... no. Se apartó, molesta. Ya estaba bastante cómodo, que durmiera con los pantalones; dudaba mucho que Shane hubiera hecho lo mismo por ella.

Karen suspiró aliviada al ver que el chico ya no estaba. Porque maldito fuera, cuando le había visto levantarse, de nuevo le había pasado como la noche anterior: se había quedado mirando como tonta. Y es que encima el pantalón

se había bajado un poco al estar desabrochado, quedando enganchado en sus caderas de una manera tan sexy que...

Se dio un par de golpes en la frente.

«Deja de pensar estupideces», se regañó a sí misma. «¡Que es tu enemigo!»

«Haz el amor, no la guerra», le contestó su mente.

¿Cómo? Lo que le faltaba ya, que ni su conciencia estuviera de acuerdo con ella. A la porra, mira que no había escoceses en el mundo que tenía que fijarse en un irlandés capullo.

Nada. Llamaría a Graham a ver si quería dar una vuelta o algo y así se distraía.

* * *

El lunes en la oficina reinaba un ambiente tranquilo. La fiesta los había dejado a todos más silenciosos de lo habitual, pero al menos Karen había hecho un esfuerzo por no dormirse en la mesa siguiendo su costumbre. Tras un rato apacible, Shane se acercó de manera disimulada hasta la mesa de Vika, y carraspeó.

—Oye —preguntó—, ¿me llevaste tú a casa el otro día?

—Puffff, no lo creo. Recuerdo que salí dando tumbos y me caí de culo en la entrada del pub, justo cuando Owen estaba fuera fumando. Dudo que

estuviera como para conducir.

—Vaya tela.

—¿Es que tú tampoco te acuerdas de nada?

Shane negó con la cabeza y regresó a su mesa. Decidió que cuando se marchara a comer preguntaría a Davina, y así lo hizo, acercándose a la joven.

—¡Hola! —la chica cerró su revista y apartó la bolsa de chocolatinas que tenía al lado—. ¿Ya te vas a comer? —Davina siempre encontraba un momento para ser amable.

—Sí. Oye, el otro día, el de año nuevo, ¿cómo llegamos a nuestras casas? —Ella le miró, frunciendo los labios—. Es que me desperté al día siguiente sin tener muy claro nada.

—Oh. Pues ya somos dos. La cosa es que fuimos en mi coche, pero el volver ya no lo tengo tan claro, porque yo amanecí en mi cama, pero el coche estaba en la calle principal.

—¿Eso es normal?

—Muy normal. Sucede siempre que yo no conduzco. ¿Por qué no preguntas a alguno de tus amigos escoceses?

—Sí, eso haré.

—De todas formas, ¿qué importa? Llegaste sano y salvo, ¿no?

—Ya, pero no sé... es un poco inquietante saber que alguien te ha traído y te ha llevado hasta tu cuarto y no seas capaz de recordar quién —replicó Shane, aún con cara confusa—. Pensé que igual habíais sido alguna de

vosotras, porque sinceramente, no veo a un tío quitándome las deportivas y la camisa para que estuviera cómodo. Esas cosas son propias de las chicas.

Davina agarró la bolsa y se comió una chocolatina, pensativa.

—Sí, tiene sentido. Lo siento, de verdad que bebí demasiado. Siempre bebemos mucho y después olvidamos cosas... de no ser por los móviles y el *facebook*, la mayor parte de las veces no sabríamos lo que hemos hecho.

—Ya preguntaré por ahí —Shane le guiñó un ojo antes de despedirse.

¿Quién demonios le había llevado a casa? Si no recordaba mal, Connor había caído redondo en el pub, así que era imposible que hubiera sido él. Y el

resto de los escoceses, nanai. Todos sin excepción acababan las noches tirados por el suelo.

Frunció el ceño, ¿habría sido Karen? Porque Leslie sí que no creía, entre lo poco que le gustaba conducir y que parecía estar en Babia... aparte, aquella había sido la noche de la *cita*. Aunque igual sabía algo, tendría que preguntar. Pero Karen seguro que no, con la manía que le tenía. Si le hubiera tocado a ella, fijo que lo habría arrojado como un fardo en la puerta de su casa y adiós.

A la vuelta de la comida decidió tratar de averiguar si Leslie sabía algo, pero ya había decidido que no indagaría más. Así que, cuando su jefa comentó que no tenía la menor idea ya que

cuando se había ido él aún permanecía en el local, Shane gruñó para sí. La idea de que hubiera sido Karen lo ponía nervioso, porque por lo visto la persona se había dedicado a quitarle la ropa tan tranquila y... bueno, de ser así estarían en paz, ¿no?

Regresó a su trabajo, pero no terminaba de estar concentrado del todo, más pendiente por si descubría en la pelirroja algo que le diera pistas. Karen se comportaba con normalidad, canturreando su música, y fastidiándolo de cuando en cuando, lo que lo convenció.

Ese lunes le tocaba cerrar a él y eso hizo, pero cuando bajó al primer piso se encontró con que Vika y Davina

permanecían dentro del edificio, ambas pegadas a la puerta central y espiando hacia fuera mientras cuchicheaban.

—¿Qué pasa, no tenéis ganas de ir os a casa o qué? —preguntó, acercándose.

—Calla, calla, que ha aparecido Graham a buscar a Karen y estamos espiando.

—Esto no me lo pierdo —dijo Shane, yendo a toda prisa hacia ellas.

Le daba curiosidad el no-novio de la pelirroja, así que fue a echar un vistazo sabiendo que hacerlo le ponía a la altura de las chicas en tema de cotilleo. Esperaba ver un escocés estándar, pero lo que vio fue el típico tío que hacía que las mujeres babearan: moto, cazadora de cuero, pelo largo y desarreglado,

mandíbulas potentes, ojos verdes. Lo único bueno que tenía era que no era grandote, estaba en su línea, y que no parecía que el cerebro fuera su mejor cualidad.

Un momento, ¿qué estaba haciendo? ¿Se estaba comparando con aquel tipejo... para qué? Sacudió la cabeza, como queriendo expulsar esos pensamientos. Hacía solo unas semanas había pensado acerca de él en términos de *pobre tío*, pero ahora mismo lo estaba mirando con un poco de manía, y eso no tenía lógica.

Ni siquiera debería estar allí curioseando, solo veía a una Karen de brazos cruzados mientras el chico mantenía la pose interesante subido en

su moto.

—¿Qué es, el gallo del corral? — preguntó en voz baja, aunque sabía que fuera no podían escucharle.

—No sé —respondió Vika, simulando su tono conspirador—. No habla mucho, siempre lleva ese aire de interesante... Karen dice que no es que haga teatro, es que es así.

—Pero es tan mono —añadió Davina, sin quitar el ojo del cristal.

—A ver, Davina, céntrate que a ti te gustan todos —le dijo Vika.

—Bueno, unos más que otros —dijo ella, aprovechando para lanzar una mirada a Shane que hizo que el chico parpadeara, sin entender si aquello era algún tipo de indirecta —. Estaría

dispuesta a aceptar una cita, si algún chico mono me la pidiera y...

—Calla, pesada. —Vika le pegó un codazo, sacando a Shane del apuro—. Con ese lenguaje corporal, me da que Graham hoy no va a tener suerte.

En opinión de Shane, Vika no andaba desencaminada. Karen no parecía demasiado contenta, y las palabras del motero debían ser pocas e incorrectas, porque ella no relajaba su expresión. Al final, tras un par de intercambios más, la pelirroja aceptó el casco que él le tendía y se subió a su moto.

—Seguro que solo lo hace para no ir andando a casa —se burló Davina, una vez el motor de la moto se hubo alejado

y pudieron salir a la calle.

—Podría comprarse un coche para así no tener que depender de los demás —comentó Shane.

—Ya tiene, lo que le falta es el carnet. —Las dos chicas se echaron a reír—. Si vieras su forma de conducir lo comprenderías. Y eso que aquí la policía es comprensiva.

El chico alzó una ceja.

—Es igual. —Vika rebuscó las llaves de su coche en el bolso—. A Graham le queda poco, ya veréis... que mi vida amorosa sea un desastre no quiere decir que no tenga intuición sobre las de los demás. Arriba, Davina, ¿te acerco, Shane?

—Vale —respondió él distraído,

subiendo al coche.

Cuando Vika aparcó para que se bajara, se dio cuenta de que en realidad había ido en su coche al trabajo, por lo que al día siguiente le tocaría ir andado. Joder. Últimamente su vida era un cúmulo de despistes uno tras otro... menos mal que todo el mundo parecía despertarse con el coche en cualquier otra calle, así se sentía menos tonto.

Dejó una bandeja de comida precocinada en el horno, y se metió en la ducha, pensando como siempre en volver a Londres. Aunque ya no estaba tan a disgusto; Leslie parecía más relajada en aquel lugar. Inexplicable pero cierto, y a él le beneficiaba de forma directa, ahora ya no tenía que

atender a tantos encargos estúpidos. No estaba seguro de si seguiría en su puesto, pero había un 75% de posibilidades. Bueno, igual estaba siendo optimista y era un 50%, que Karen apretaba... que si tés de hierbas por aquí y compras por allá, a lo tonto se estaba ganando a Leslie. Y no lo entendía, si alguien le hubiera hablado a su jefa en Londres como lo hacía la escocesa, la hubiera puesto de patitas en la calle a los tres segundos. Otra muestra de que se estaba relajando. A lo mejor el inmortal tenía algo que ver...

Lo peor era que echaba de menos a sus amigos. Era quizá lo más duro de vivir en Kiltarlity, se sentía un poco solo y no terminaba de congeniar con

nadie de verdad. Las chicas eran simpáticas, pero ya pasaba demasiado tiempo con ellas, y aunque le gustaban los escoceses y Connor era lo más parecido a un amigo que tenía, no era suficiente. Solo había salido de allí una vez para hacer un viaje de fin de semana y asistir al cumpleaños de su hermana. Decidió mirar vuelos y escaparse un par de días a Londres, seguro que unas pintas en el pub con sus amigos le harían sentir mejor.

Fue a su cuarto a vestirse, pero otra vez escuchó ruidos y voces fuera, así que se acercó a su ventana a echar un ojo. Increíble todo lo que aquella ventaba le aportaba... no solo le permitía *observar* a su enemiga

físicamente, sino también comprobar cómo de mal iban sus relaciones. O al menos esa sensación daba mientras discutía con el imbécil de la chupa de cuero justo delante de la puerta de su casa. No entendía qué veía Karen en alguien así... por muy mal que se llevaran o muchas putadas que se hicieran, ella de tonta no tenía un pelo. ¿Por qué perdía el tiempo con alguien que llevaba gafas de sol a las diez de la noche?

Abrió la ventana con disimulo para ver si captaba algo de la conversación.

—No te olvides —la escuchó decir a ella.

—Ya, ya...

—Nunca te pido nada, así que no me

fastidies.

—No tengo la culpa de que no tengas coche, ¿sabes? A lo mejor, si condujeras como una persona normal todavía tendrías el carnet y yo no tendría que hacerte de chófer.

—Sí, y a lo mejor si fuera normal yo tampoco perdería el tiempo contigo...

—Te he dicho que me acordaré, ¿qué pasa, lo quieres por escrito?

Shane vio a la escocesa mover la cabeza exasperada, pero le aplastó el casco que llevaba contra el pecho con bastante mala leche. Le vino una sonrisa, que trató de contener. Bueno, al menos ya veía que no era nada personal contra él y que ese carácter lo repartía de forma equitativa.

—Ya te llamaré— refunfuñó ella.

—Venga ya, ¿esto significa que no me dejas entrar? —protestó Graham con un suspiro.

Desde su sitio Shane ya no podía ver a Karen, pero supuso que aquel portazo era la contestación. Cerró la ventana con cierta satisfacción, aunque no sabía bien por qué la sentía. Qué más daba si se peleaban, él solo debía preocuparse de que su cena estaba en el horno y que, ahora que lo pensaba, olía un poco a quemado.

Demonios. Desde que había descubierto el poder mágico de su ventana, ya iban varias veces las que le pasaba eso...

Leslie terminó de revisar el informe que había preparado para el *laird*. Los diseños eran aún preliminares, hasta no tener un estudio geológico y hablar con el arquitecto no tendría unos planos definitivos, pero para hacerse una idea valdrían. También había estado hablando con Alan y los inversores, para poder hacer una buena oferta que convenciera al jefe del clan.

Pulsó el interfono y llamó a Karen, que se asomó menos de diez segundos después.

—¿Sí, jefa? —preguntó, solícita.

—Necesito que llames a Evan. Me dijo que me presentaría al *laird* cuando

tuviera los informes del campo de golf preparados, así que avísalo que cuando quiera pueden venir.

—¿Eso te dijo?

—Sí, ¿por? —La miró—. ¿Qué pasa? Por lo que me contó, deduzco que es un hombre chapado a la antigua, pero imagino que tendrá teléfono o algo, ¿no?

—Sí, tiene teléfono. No te preocupes, ya me encargo.

Salió dejando a Leslie un poco mosqueada. A ver si el hombre vivía en alguna casa perdida y tenía que ir a caballo otra vez o algo parecido... Visto lo visto, ya nada le extrañaba. Pero poco después Karen se asomó de nuevo para decirle que en media hora irían, así que se preparó revisando su maquillaje y su

pelo. Mientras se miraba en el espejito se dio cuenta de que tenía unas pequeñas arruguitas marcadas en el entrecejo, y frunció el ceño. Hizo varios gestos más... vaya, ya no le quedaba nada de *botox*. Aunque descubrió que tampoco le molestaba en exceso, no le había gustado mucho el resultado, la verdad. Tendría que probar con otra cosa que no la dejara tan inexpresiva.

Llamaron a la puerta; guardó el espejito y se incorporó con una sonrisa profesional.

—Adelante —dijo.

Karen se asomó, y Leslie le hizo gestos para que pasara quien fuera que estuviera fuera. La chica se apartó, y Evan entró en el despacho. Leslie se

quedó esperando, mirando tras él, pero no había nadie más.

Como para confirmar sus sospechas, Evan cerró la puerta y se acercó con la mano extendida.

—Hola —saludó—. Soy Evander Lachlan McKinley, *laird* del clan McKinley.

—Y eres inmortal, sí, muy gracioso. —Ignoró su mano, así como el hecho de que llevara el *kilt* de la segunda nochevieja, y...—. ¿Eres de verdad el *laird* o es una de tus bromitas?

—Lo soy. —Se sentó, ya más serio—. Así que puedes mostrarme ese proyecto cuando quieras.

Leslie dudó unos segundos. No estaba acostumbrada a verlo con aquella

actitud en apariencia profesional. De hecho, su mente se había quedado embotada mirando sus piernas cruzadas, cómo se elevaba la maldita falda...

Aquello parecía el mundo al revés. Se sentó carraspeando y le entregó una copia del informe.

—Esperaba a alguien mayor —comentó—. Como me dijiste que el título se hereda de padres a hijos...

—Mi abuelo murió —interrumpió él—, y mi padre no está.

A Leslie no le pasó por alto la diferenciación, pero no preguntó nada. Esperó mientras él pasaba las hojas, con gesto concentrado. Tras varios minutos, Evan cerró el informe.

—Tengo que pensarlo —dijo.

—¿Pero has visto lo que ofrecen por esos terrenos? Es un precio más que justo, y...

—No son *esos terrenos*, Leslie. Son las tierras del clan, el hogar de nuestros antepasados. Puede que tú no lo veas así porque no has crecido aquí, pero para nosotros es un sentimiento muy arraigado. Tengo que hablarlo con el clan, y... —Movi6 la cabeza—. Tu padre debería poder opinar, ¿cuánto tiempo me das para contestar?

—No puedo esperar mucho, los inversores quieren empezar cuanto antes. Hay mucho papeleo que hacer, contratos que realizar...

—Dime un plazo.

—¿Un mes?

—Seis semanas. —Se levantó con el informe en la mano—. Te llamaré.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando la voz de Leslie lo detuvo. La miró con el pomo en la mano. Ella se había levantado, y lo miraba indecisa.

—Evan, yo... no haría nada por dañar el clan. Esto es algo bueno.

—¿Para nosotros o para ti?

—Eso no es...

—¿Qué porcentaje te llevas? ¿Un quince? —Ella enrojeció—. Lo suponía. No te preocupes, te diré algo en cuanto pueda.

Y se marchó, dejándola con un sentimiento extraño en el pecho. Debería estar satisfecha de que fuera a estudiarlo y no lo hubiera rechazado de plano, pero

es que ni a sus oídos había sonado ella convincente. Sí, era mucho dinero. Pero no estaba tan segura como con proyectos anteriores.

Siete puntos

Leslie terminó sus ejercicios de yoga y pilates del día y, tras darse una ducha, se preparó un té de hierbas. Escogió de las que se suponía que eran relajantes, porque desde el día de año nuevo (el segundo año nuevo, una semana atrás), no terminaba de estar en su estado normal de tranquilidad. Y sabía que la culpa era del maldito escocés; acostarse con él no había funcionado, parecía haber causado el efecto contrario: después de su visita al ayuntamiento, se había pasado el día en la higuera pensando en lo que había dicho; la noche anterior había ido al pub

con las chicas, y no había podido evitar quedarse mirándolo unas cuantas veces. Y eso que el tema había estado bien, aunque tampoco para echar cohetes.

Maldita sea, otra vez estaba imaginándose cosas. Suspiró mirando por la ventana: menuda sorpresa, estaba lloviendo a raudales. Sopló la taza para dar un sorbo, no quedaba otra opción que distraerse. Pero no se atrevía a coger el coche, estaba segura de que el GPS la odiaba y se apagaría de nuevo, así que no quería perderse y que tuviera que rescatarla Evan.

Y otra vez el escocés. Se acabó, tenía que buscar algo con lo que entretenerse. Tomó otro sorbo mirando a su alrededor. La casa estaba limpia, los

libros ordenados... Ella no era cotilla por naturaleza, pero no podía negar que sentía curiosidad por conocer algo de la vida de su padre. Aparte de la versión de su madre, en la cual no quedaba en muy buen lugar, no sabía mucho más. Su madre le había contado que se habían conocido en un viaje que había hecho ella con unas amigas a Escocia. Su padre la había seducido y cuando meses después ella le había dicho que estaba embarazada, lo único que le había contestado era que buena suerte y que por qué se lo contaba a él, si no era el padre.

Después su madre había intentado algún contacto más, supuso que de ahí habría sacado Finn su foto... pero sin

éxito. Por eso no entendía que la tuviera en su despacho, pero a saber. La gente hacía cosas muy raras.

Por no hablar de que aquello no cuadraba en absoluto con lo que Karen le había contado. Era todo tan contradictorio... si siempre la había ignorado, ¿por qué hablaba de ella delante de sus empleados?

Tomó un poco más de té, mirando hacia el techo. Justo encima estaba su habitación... no había entrado desde el día que llegó, cuando Evan había abierto la puerta y ella solo la había visto de refilón.

Vaya, ahí estaba el inmortal otra vez. Dejó la taza con un suspiro de impaciencia y subió escaleras arriba.

No pasaba nada por echar un vistazo, ¿no? No tendría por qué encontrar nada... quizá había estado casado cuando conoció a su madre, o... Abrió la puerta con decisión. Nada de lo que encontrara podría empeorar su opinión sobre él, así que no perdía nada con aquello.

Abrió las cortinas para que entrara más luz, y se quedó en el centro de la habitación, recorriéndola con la vista. De nuevo, los muebles eran sobrios y masculinos. Entonces su vista tropezó con la mesita de noche situada en el lado derecho de la cama.

Sobre ella, había un marco de fotos. Y en el interior, una imagen que no entendía. Se acercó y la cogió entre sus

manos; su pulso se aceleró: no podía ser.

Pero lo era. Ella, con dos años. En brazos de su padre.

Se sentó en el borde de la cama, mirando aquella imagen imposible de los dos. No tenía recuerdo alguno de aquello, lo cual era comprensible al ser tan pequeña. Pero esa escena era de verdad, había estado en sus brazos.

Tocó la foto como para cerciorarse de que era real. Su padre estaba joven, y tuvo que admitir que sí que se parecía a él. Con aquellos ojos iguales a los suyos, y esa sonrisa... Era muy guapo, la verdad. No le extrañó que su madre hubiera caído rendida a sus pies.

Su madre. Frunció el ceño al pensar

en ella. Jamás había hablado sobre ese encuentro, y al mirar con detenimiento la foto, se fijó en más detalles. Sí, su padre sonreía. Pero ella también. Tenía una manita elevada hacia su rostro y lo miraba con una gran sonrisa, como si estuviera cómoda en sus brazos. Como si no fuera la primera vez, y lo conociera.

Sintió una opresión en el pecho. Eso era lo que ella había querido toda su infancia y no había tenido: un padre que la quisiera, que la pusiera sobre sus rodillas y la abrazara.

Se preguntó en qué más habría mentido su madre. Dejó la foto en su sitio tras acariciar de nuevo el cristal, y miró en los cajones de debajo. Aparte

de unos cuantos recibos de la luz y agua, no había nada más.

Al otro lado de la cama no había mesita, lo cual era otro indicativo más de que vivía solo. Se levantó y abrió el armario frente a la cama. Estaba lleno de ropa, y le llegó un aroma a sándalo que le hizo sentir cierta sensación de confort.

Cerró los ojos aspirando, y la sensación aumentó. Estaba confusa. Había leído que los olores traían recuerdos antiguos y olvidados, y nunca le había ocurrido nada parecido hasta entonces. Pero aquel aroma le hacía sentir bien, como en casa.

Pasó las manos por las chaquetas, pantalones y camisas que colgaban

ordenadas de sus perchas. Revisó las baldas, llenas de camisetas; también tenía unos cuantos *kilts*, los cuales pasó por alto ya que le recordaron de nuevo a Evan. Y no quería pensar en él.

Se agachó para abrir un cajón que había en la parte inferior, y vio que había una caja con otra foto suya pegada en la tapa. En esta era más pequeña, calculaba que un año aproximadamente. Y también estaba con él.

Sacó la caja de cartón y se sentó en el suelo con ella en el regazo. Su pulso había comenzado a temblar, pero no se dio cuenta. Levantó la tapa con cuidado, y contempló el interior. Había muchos sobres, papeles...

Lo ojeó por encima, comprobando

que estaban ordenados por fechas. Todas las cartas habían sido enviadas a su nombre, a la dirección donde había vivido con su madre hasta los dieciocho años. Comenzaban después de su segundo cumpleaños, y todas ellas tenían un sello de *Rechazado por el destinatario* sobre la dirección.

Inspiró profundamente y abrió la primera. Era una postal de cumpleaños, con motivos infantiles. El texto era un simple «*Feliz cumpleaños, mi bonnie lassie*», con la firma de su padre que ya reconocía por haberla visto en varios documentos en el ayuntamiento. La guardó, y abrió la siguiente, fechada un mes después.

Era una carta corta, contándole

cosas que se le dirían a una niña de dos años, como que había visto unos pájaros de colores y que, lo que le extrañó más, estaba cuidando de su mascota.

No recordaba ninguna mascota, claro. Así que continuó con las cartas. Había una por cada mes, todas ellas como si esperara que alguien se las hubiera leído.

Pasó unas cuantas sin abrir, escogiendo al azar de unos años después. Descubrió que todos los años por su cumpleaños le había enviado postales; las cartas se habían espaciado algunos meses, pero según ella se iba haciendo mayor, también eran más extensas. En las que leyó por encima no sacó en claro por qué no había ido a

verla. Hablaba de querer hacerlo, pero no las razones para no llevarlo a cabo.

La última era de poco después de su decimoctavo cumpleaños, cuando murió su madre y ella se marchó de aquella dirección. La carta había sido devuelta por *destinatario desconocido*, y en ella Finn le pedía que por favor llamara, incluyendo su teléfono.

Dejó la carta y cerró la caja; se frotó los ojos, que se le habían humedecido inexplicablemente. Ella nunca mostraba sus emociones, era algo que su madre le había inculcado desde pequeña: solo eran un signo de debilidad. Así que se recompuso con rapidez. Pensó en guardar de nuevo la caja y hacer como que no la había visto, pero en lugar de

eso, salió con ella bajo el brazo y bajó al salón. Tenía que revisar todas las cartas, quería saber más. Se acomodó en el sofá y empezó de nuevo a leerlas, parando solo para prepararse otro té y una ensalada.

A media tarde había terminado, pero no había encontrado más pistas. Miró por la ventana; no llovía con fuerza ni había niebla, quizá si ponía el GPS podría llegar hasta Inverness... se mordió un labio, indecisa. Con su suerte, se perdería de nuevo, y seguro que se encontraba con Evan. A lo mejor podía llamarlo y que la acompañara, se ahorraría el trago. Pero no, tampoco estaba en su naturaleza pedir ayuda, y menos a un hombre. Lo de Shane no

contaba, era su ayudante, para eso estaba. Pero tampoco quería llamarlo, le había prometido dejarle los fines de semana libres.

Cogió el móvil, indecisa; aquello era pedir un favor personal... y aunque con las chicas iba al pub y se lo pasaba bien, quizá no la consideraban todavía su *amiga*. No tenía muy claro aquel concepto, de todas formas. ¿En qué momento pasaba una persona de ser conocida a amiga?

Decidió probar, por si acaso, y le envió un mensaje a Karen. Especificó *favor personal* para que no pensara que era una orden como su jefa, y se quedó mirando la pantalla esperando su respuesta.

«¡Claro que te llevo a Inverness!», le llegó enseguida como respuesta. «¿De compras?» y un emoticono con un guiño.

Leslie dudó de nuevo, pero no tenía sentido mentir: necesitaba que la llevara hasta el hospital.

«No, a ver a mi padre.»

La respuesta de Karen se demoró unos segundos. Al final le envió un emoticono con un pulgar levantado.

«Te espero en casa. No te preocupes, conduciré rápido para llegar antes de que acabe el horario de visitas.»

Leslie no había pensado en eso, a ver si ahora que se había decidido todavía se encontraba con que no la dejaban entrar... Fue a vestirse a toda

prisa, sin querer pararse a pensar en qué concepto tendría Karen por *conducir deprisa*.

Unos minutos después lo averiguó, cuando Karen se hizo con el volante, tomaron la primera curva y Leslie temió por su vida.

—Tranquila, llegamos enseguida — le dijo Karen.

—No, si llegar tarde no me preocupa. Ahora mismo, me preocupa no llegar.

Karen rio.

—Qué graciosa eres. —Leslie frunció el ceño. No había pretendido serlo, desde luego—. Y Shane diciendo que eres una seria. Bueno, ¿y qué te ha hecho cambiar de idea?

—¿Sobre mi padre? —Ya empezaba a acostumbrarse a sus bruscos cambios de tema—. He encontrado... algunas cosas que no entiendo, y... no sé. Supongo que me gustaría comprenderlas.

—Ya, aunque no creo que ahora mismo te pueda aclarar nada el hombre. Y no quiero ser poco delicada, pero ya me entiendes.

—Sí, ya lo sé. —Se movió incómoda en el asiento—. ¿Crees que es una tontería? Podemos dar la vuelta y...

—No, no, no quería decir eso. Me alegro de que vayas a verlo. Quién sabe, a lo mejor si te oye reacciona. Los médicos dicen que eso es bueno.

—¿Eso dicen? —La miró—. ¿Tú has ido a verlo?

—Claro, todos en el pueblo. —Se encogió de hombros—. Nos vamos turnando, es lo normal. Mira, ya hemos llegado.

Aceleró para pasar un semáforo que estaba poniéndose en rojo, giró para meterse en un aparcamiento y frenó a escasos centímetros de la barrera. Sacó el ticket y se lo pasó a Leslie, que lo guardó en su bolso tomando nota mental de preguntar a Shane si el coche estaba asegurado a todo riesgo.

Siguió a Karen a través de los pasillos del hospital, hasta detenerse delante de una puerta.

—Es aquí —indicó la pelirroja—. Supongo que querrás intimidad, así que... me bajo a la cafetería, tómate el

tiempo que quieras.

—Gracias, Karen.

La chica hizo un gesto para quitar importancia al asunto, y la dejó sola. Leslie miró la puerta unos segundos. Giró el pomo despacio, y lo abrió como si temiera despertarle con el ruido. Al entrar se quedó parada. Junto a la cama, de espaldas a ella y tapándole la visión de su padre, estaba una mujer. Era pelirroja, y le sostenía la mano mientras hablaba en voz baja.

Leslie avanzó un paso, y debió hacer algún ruido, porque la mujer se incorporó soltándole la mano, y al verla enrojeció.

—Leslie, hola... no te esperaba — dijo.

Ella parpadeó sorprendida al encontrar a Nell allí. Y entonces recordó lo que Karen le había dicho.

—Hola —saludó. Le extrañaba que Nell pareciera nerviosa, y se preocupó—. ¿Ocurre algo? ¿Está peor?

—¿Qué? Ah, no, no. Todo igual. —Recogió su chaqueta y su bolso—. Yo ya me iba.

Lo miró de una forma tierna, que no pasó desapercibida a Leslie. Pareció que iba a tocarlo otra vez, pero miró de nuevo a Leslie y cambió de idea, acercándose a ella.

—Te dejaré sola con él. —Le apretó una mano, mirándola con los ojos brillantes—. A él... Le encantaré oírte, estoy segura.

Salió apretando los labios. Leslie se quitó la chaqueta; la dejó en una silla junto con su bolso, y se aproximó a la cama. Había esperado algo más aparatoso, pero su padre solo estaba conectado a una máquina que controlaba sus constantes. Respiraba por sí mismo, y una vía en el brazo lo conectaba con varias bolsas por las que supuso lo estaban alimentando. Se sentó a su lado sin saber qué decir, parecía un poco absurdo hablar con alguien que estaba inconsciente y que con toda probabilidad no la oía. Lo observó con detenimiento. Tenía unas cuantas canas salpicando su cabello castaño, el rostro más envejecido... pero seguía conservando el atractivo de las fotos de

juventud. Alargó la mano para tocarlo, pero al rozar su mano la retiró al momento. Era tan extraño tenerlo al lado, tan cerca... Le parecía algo irreal.

—Hola —dijo, al rato—. Sé que probablemente no puedes oírme, pero... he encontrado tus cartas. Y yo... no lo entiendo. Si querías verme, ¿por qué no fuiste? Mamá... ella siempre decía que tú no querías ir a Londres. Y que no tú le permitías venir aquí conmigo. —Movió la cabeza—. No lo comprendo.

La lógica le decía que uno de los dos mentía, no había otra explicación posible. Pero no podía creer que fuera su madre.

De pronto la puerta se abrió, y entró una enfermera que, al verla, la miró

sorprendida.

—Buenas tardes —saludó—. Pensaba que estaba Nell aquí, ¿es usted también de Kiltarlity?

—No, yo... —Se levantó—. Soy... en fin, soy su hija. Leslie Ferguson.

La enfermera abrió la boca, aún más sorprendida si cabe. Pero intentó disimular y sonrió con amabilidad para estrechar su mano.

—Encantada, señorita Ferguson. Nos habían hablado de usted pero no sabíamos que estaba aquí. ¿Está de paso?

—No, he venido a pasar una temporada. ¿Cuándo podría hablar con su médico?

—Todos los días pasan consulta,

pero por la mañana.

—Volveré el lunes, entonces. —
Recogió sus cosas—. Gracias.

Salió con un sentimiento general de confusión. Siempre había creído que si alguna vez se llegara a encontrar con él, lo ignoraría o, como mucho, su visión le causaría rechazo. Pero no había sido así. Podía ser el hecho de que estuviera indefenso postrado en una cama, o las cartas que había encontrado... no lo sabía, pero había querido abrazarlo desde el momento en que entró.

Tenían que haber sido esas fotos, no podía ser otra cosa. Ella no era de abrazar, ni dar muestras de cariño: su madre le había enseñado a mantener las distancias.

Siguió las señales hasta la cafetería, donde se encontró a Karen sentada con un vaso de café medio vacío en la mano y tecleando en el móvil. Al verla, la pelirroja se terminó la bebida de un trago y se acercó con expresión comprensiva.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, ha sido... extraño. ¿Podemos irnos?

—Claro. Venga, he quedado con las chicas. Vamos al pub, verás que unas pintas de cerveza lo arreglan todo.

Leslie estuvo a punto de decirle que fueran a otro, pero claro, no podía explicar por qué. Y Vika estaba encantada porque desde que siguiera sus consejos e ignorara a Owen, el chico

parecía más interesado en ella y siempre se encargaba de servir su mesa.

Así que no le quedaba otra que ir y disimular; se esforzaría en no mirar a Evan, y punto, ni que fuera el único camarero del lugar.

Y con esa idea fija en mente entró en el pub. Y al momento se le olvidó porque se encontraron con Evan y su omnipresente falda subido sobre una mesa, cambiando una bombilla del techo. Vika y Davina no le quitaban ojo desde su sitio, y apenas si saludaron a las recién llegadas.

—Lo vais a desgastar —murmuró Leslie, sentándose de espaldas a él.

—Estamos a ver si se descuida y se le ve algo —contestó Vika.

—Pues se le verá la ropa interior, qué queréis que se le vea —refunfuñó ella.

Las tres la miraron al momento.

—¿Cómo que ropa interior? —repitió Vika.

—¿Y tú cómo sabes eso? —preguntó Davina.

—No, a ver... quiero decir... —tartamudeó Leslie—. ¿No es una leyenda urbana?

—No creas —replicó Vika—. Hay de todo por aquí. Y Evan es de los clásicos.

Le guiñó un ojo, volviendo su atención a Evan. Davina la imitó, pero Karen se quedó unos segundos mirándola inquisitiva, hasta que Leslie

se levantó para ir a la barra y pedir sus bebidas. Nell salió de la cocina, y al verla pareció que iba a darse la vuelta, lo cual extrañó a la chica. Le hizo un gesto de saludo, y Nell se acercó.

—Hola, ¿qué tal... qué tal la visita?
—preguntó.

—Bien. Volveré el lunes a hablar con el médico.

—Ah. Bien, bien, me alegro. Hoy hay *cullen sink*, ¿te atreves a probarlo? Es sopa de pescado, está muy rica. Y ya probaste el pastel de venado, así que esto seguro que te encanta.

—Sí, gracias, me fío de ti.

—Voy a preguntarles a las chicas.

La dejó en la barra para ir a la mesa y tomar nota. Leslie la notaba extraña, le

daba la sensación de que se le escapaba algo... como casi cada día desde que llegara a Kiltarlity. Sacudió la cabeza y le hizo gestos a Owen para que se acercara y poder pedir las bebidas.

* * *

Karen se asomó al despacho de Leslie, poniéndose la chaqueta.

—Me voy ya, ¿te acuerdas que te dije que necesitaba salir antes?

—¿Qué? —Levantó la vista, y le hizo un gesto vago con la mano—. Sí, vale, tranquila.

Karen supuso que se le había olvidado a pesar de que se lo había recordado un par de veces, pero como

no le dijo nada, cerró la puerta de nuevo.

Al pasar junto a la impresora recogió unos papeles que había enviado, y se encontró con unos que no eran suyos.

—¿Quién está mirando vuelos para Londres? —preguntó.

Shane se acercó y le quitó varias hojas, con cara de pocos amigos.

—Eso es mío, si no te importa.

—Ah. —Ladeó la cabeza, con curiosidad—. ¿Te marchas? ¿O es para Leslie?

—Me voy un fin de semana, ya que te interesa tanto. ¿Tú no tenías prisa?

No se fiaba de que la chica no se hubiera quedado con el número de

reserva y le cambiara el vuelo o algo parecido. Era estresante estar todo el día esperando la siguiente putada, la verdad.

—Ya me voy, ya me voy.

Guardó los papeles en su bolso y salió por la puerta tras sacarle la lengua.

Un rato después, Shane recogió sus cosas, despidiéndose con la cabeza de Vika, la encargada de echar la llave ese viernes. Se abrochó la cazadora, pensando en las ganas que tenía de llegar a casa y tirarse en el sofá: nada de poner el horno. No quería más bandejas chamuscadas, gracias. Una pena que nadie repartiera comida en aquel pueblo, tendría que apañarse con una bolsa de palomitas o algo similar, que

su nevera daba pena. Daba igual: era viernes, había partido, la semana había sido dura y ya pensaría en eso al día siguiente, por ahora solo podía pensar en llegar a casa y desconectar.

Sin embargo, ya tuvo la intuición de que eso no ocurriría cuando al salir fuera se encontró a Karen sentada en la primera escalera de la subida.

—¿Tú no tenías que irte a alguna parte? —preguntó, levantando una ceja de manera interrogativa cuando pasó por su lado.

—Ajá —murmuró ella, al parecer sin ganas de dar explicaciones.

—No me digas que tu novio aún no se ha dignado a aparecer.

—No es mi novio —corrigió la

chica al instante—. Pero no, *todavía* no ha venido.

Tenía ganas de matarlo. Es más, seguramente lo haría. A pesar de habérselo repetido, de decirle que era importante... y ya no era que Graham no estuviera siendo puntual, es que tenía la seguridad de que no iba a aparecer. Se le habría olvidado, como se le olvidaba llamar de cuando en cuando, o todo lo demás. Corrección: no es que se le olvidara, es que no le importaba una mierda. Tampoco podía decir que estuviera muy sorprendida, pero aunque fuera solo como colega debería estar ahí. Y ni estaba ni creía que fuera a aparecer, y solo faltaba el irlandés para regodearse.

Bueno, era lo que tenía llevar meses fastidiando al chico, ahora no podía pedir que se solidarizara con ella. Había que ser coherente con los actos.

Karen hizo un mohín y apartó la mirada; tampoco le iba a dar la satisfacción de comprobar que el tema le jodía.

—Nos vemos el lunes —dijo, a modo de despedida.

—Espero que aparezca —replicó Shane, moviendo la cabeza como para darle ánimos pero captando que le estaba mandando largarse.

La pelirroja afirmó, mirando hacia otro lado. Era incómodo que hasta Shane tuviera tan claro que Graham no pensaba hacer eso por ella. Lo vio alejarse hasta

su coche y resistió el impulso de sacar su móvil y telefonar al joven. No pensaba suplicar, tenía su orgullo, pero, ¿qué iba a hacer? Podía llamar un taxi, pero en Kiltarlity no tenían, así que tendría que esperar a que llegara uno desde Inverness, y eso la retrasaría un montón. Puto Graham, no tenía otra palabra.

Shane se metió en el coche y miró por el retrovisor. Nada, nada, si ella se hubiera molestado en ser un poquito menos cabrona se habría ofrecido a la primera. Pero aún tenía reciente el castañazo que se había pegado cuando le había quitado los tornillos a la silla, o los cafés con sal, vinagre y/o pimienta. Que se apañara, pensó arrancando y

enfilando en dirección a su casa.

ARGHHH. Pero, ¿por qué tenía que ser tan tonto? Si es que era un blando, ya se lo recordaba su familia a menudo. Dio la vuelta en el primer cambio de sentido que encontró y regresó hacia donde Karen parecía estar llamando por su móvil.

Detuvo el coche a su altura y bajó la ventanilla del copiloto.

—Sube —le dijo.

Ella le miró con desconfianza.

—Si me levanto, ¿me harás la gracia de arrancar y largarte? —gruñó Karen desconfiada—. Porque te advierto que no estoy de humor.

—¿Es que tienes que protestar por todo? ¡Sube!

Karen parpadeó un poco ante su tono, así que se incorporó. Se metió en el coche y se puso el cinturón antes de que Shane se lo dijera, porque tenía pinta de ser de esos.

—¿Dónde vamos?

—Al hospital Raigmore. Está en Inverness.

Shane no hizo ningún comentario al respecto, limitándose a conducir en la dirección indicada. Bueno, una visita al hospital era motivo más que suficiente para entender el enfado de Karen por el plantón del gilipollas encuerado. Y eliminaba la sensación de pardillo, estaba claro que no era una ninguna tontería porque si no, la pelirroja se hubiera limitado a acudir al médico

local.

La miró de reojo esperando por si decía algo, pero Karen estaba cruzada de brazos y no abrió la boca durante todo el viaje, solo alzó la ceja unos instantes cuando escuchó la música que llevaba puesta el irlandés. Dichoso James Morrison... la canción era buena, aunque no pensaba darle la satisfacción de reconocerlo.

Shane tuvo que poner el GPS al llegar a Inverness para encontrar el hospital, pero llegaron sin problemas y al parecer a la hora. Karen se soltó el cinturón.

—Oye, ¿quieres que...? —empezó él.

—Espérame aquí.

Y salió cerrado la puerta sin añadir más.

Madre, qué borde podía ser cuando quería, se dijo Shane, viéndola entrar al centro médico. Se recostó en el asiento, después de asegurarse de no estar aparcado en zona prohibida, y aprovechó para llamar a su casa ya que aquello tenía pinta de tardar. Habló con su madre, quien preguntó si pensaba ir algún fin de semana de visita, y le recordó que en verano era su cumpleaños y el de su melliza Orla, así que estaban pensando alguna manera especial de celebrarlo. Shane dijo que lo mantuviera al corriente y, tras dejarla divagar un poco, terminó cortando la llamada. Karen tardaba; al cuerno su

noche de partido y palomitas, pero la verdad era que no le importaba.

Media hora después, vio a la pelirroja salir por la puerta acompañada de un hombre. Este le dio una palmadita en el hombro con una sonrisa, y al fin ella se encaminó de regreso al coche.

—Hola, ¿sigues vivo? —le preguntó, aparentemente más relajada.

—Por poco...

—Si no tienes prisa te invito a cenar.

—Pero, ¿te pasarás la cena callada y con el ceño fruncido? Porque de ser así...

—¡No seas tonto! —Karen hizo un gesto de impaciencia.

Shane salió del coche, y otra vez

había vuelto el lerdo de la moto a la categoría de pobre hombre. No era la primera vez que una chica le invitaba a cenar, pero sí la primera que obedecía por imperativo legal.

Inverness no era Kiltarlity y tenían un montón de sitios donde elegir, pero Karen no le dejó decir nada, limitándose a llevarlo por la calle hacia un local.

—¿Qué te apetece, Shane? —dijo él en voz alta con tono sarcástico—. Tranquilo, puedes elegir, solo te has molestado en traerme hasta aquí y eso a pesar de las putas que...

—¿Quieres callarte y entrar? —ella lo empujó con impaciencia dentro del restaurante.

—Hija, en serio, no te vendrían mal

unas clases de modales.

Iba a seguir con su disertación, pero entonces se dio cuenta de que estaban dentro de un pub irlandés y se calló. El hecho de tener comida y ambiente de su tierra le provocó sensación de añoranza, aunque estaba acostumbrado a capearla desde que se había mudado a Londres.

—Ah, ¿esta es tu idea de tener un detalle conmigo?

—¿Prefieres ir a otro sitio?

—No, la verdad es que es perfecto.

Karen le sonrió señalando una mesa, y Shane la siguió, distraído. Si ella le dedicara más sonrisas como aquella no tendría ni que quitar los tornillos a su silla, lo haría él solito.

Se dijo a sí mismo que nada de

tonterías, y se deslizó en uno de los asientos mientras le venía a la mente otra vez su última caída. Desde que estaba allí ya eran varias las veces que había hecho el ridículo, y...

—Bueno, tú que entiendes de comida irlandesa —Karen lo sacó de sus pensamientos—. ¿Qué me recomiendas? —Una camarera se había materializado junto a ellos mientras Shane estaba en las nubes.

—*Coddle* y cerveza. —Shane cerró la carta.

—Qué rapidez... —murmuró Karen.

Pareció que iba a añadir algo (¿eres igual de rápido para todo?, terminó la frase Shane por ella en su cabeza), pero se calló. Uh, esa no era su Karen, se la

habían cambiado dentro del hospital.

—Te va a encantar, ya lo verás. Salchichas, *bacon* y cómo no, patatas. Toda la comida irlandesa lleva patatas, patatas y col. Ya habrás oído cantidad de chistes sobre ello.

La pelirroja afirmó, distraída. La camarera regresó para dejar las cervezas, y prometió traer la comida en unos minutos. Él se quedó mirando a Karen esperando que dijera algo, pero la chica permanecía callada jugueteando con el móvil. Cuando Shane ya pensaba que tendría que releer la carta para entretenerse, ella alejó el teléfono de sí y lo miró.

—Hace tres años me desperté en plena noche con una sensación de ahogo

terrible —dijo—. Me faltaba el aire, tenía náuseas y un dolor bastante fuerte en el centro del pecho. Pensé que era un ataque de ansiedad, ya sabes. —Hizo un gesto para quitarle importancia—. Pero desperté a mi madre, y ella me obligó a ir al hospital. Y resulta que había tenido un infarto.

—¿Qué?

—¿Te lo puedes creer? Solo tenía veinticinco años —Karen se apoyó en la silla—. El médico dijo que lo más seguro es que fuera por el estrés. Por aquella época tenía dos trabajos y la situación familiar en mi casa era mala, mis padres estaban en pleno divorcio.

—¿Dónde están tus padres ahora? —era algo que Shane había querido

preguntarle desde el día que le ofreció su casa para alquilar.

—Mi padre se marchó. Vive en Glasgow, tiene otra mujer e hijos... mi madre no quería seguir viviendo aquí, decía que le traía malos recuerdos, así que se mudó a España. Nunca tuvo problemas de dinero, puso a mi nombre sus dos propiedades y ahora la veo una vez al año. Pero es feliz.

—Ya... ¿y qué pasó con lo del infarto?

—Todo el mundo empezó a comportarse como si hubiera estado al borde de la muerte. Menudo drama se montó —Karen hizo un ruidito escéptico—. Tenías que haber visto a todas las marujas del pueblo, trayendo comida a

casa como si aquello fuera un velatorio. En fin, tuve que dejar de fumar y todo.

—Te pegaste un buen susto.

Ella asintió de manera vaga. La camarera escogió aquel momento para traer la comida, y se marchó toda sonrisas.

—Y ahora tengo que venir todos los años a hacerme una revisión con electrocardiograma de propina. Mi médico dice que no tiene por qué volver a pasar, pero que debo controlarlo... dicen que un infarto deja una cicatriz en el corazón. Yo solo sé que tengo que tomar unas malditas pastillas de por vida. Y Graham también lo sabe.

—Es un gilipollas —comentó Shane sin pensar.

Karen lo miró sorprendida. Que ella supiera no se conocían... ni falta que hacía. Era lo mismo que había pensado ella mientras lo esperaba: daba igual su rollo, simplemente como colega debería haber estado. Graham no había dado la talla, pero el chico que tenía delante sí.

—¿En qué demonios estás pensando? —le escuchó decir.

—¿Qué?

—Con lo que me acabas de contar deberías llevar otro estilo de vida. Sí, vale, lo más probable es que fuera un hecho aislado y no se vuelva a repetir, pero aunque dejaras de fumar eso no es suficiente.

—Oye, que también empecé a cuidar mi alimentación... —se quejó Karen,

mientras pinchaba un trocito de *bacon* con el tenedor.

—Sí, bueno, no sé qué decirte, señorita juergas de jueves a domingo...

—Tampoco bebo tanto. Ya sé que no te lo creerás, pero casi siempre soy yo la que devuelve a los borrachos a sus casas.

Le guiñó un ojo y Shane se quedó cortado al darse cuenta que sus temores eran fundados. Mierda, lo había arrastrado hasta su cama completamente borracho y le había visto medio en pelotas, y lo de medio lo suponía. Ya se imaginaba el cachondeíto y se ponía malo.

—No te preocupes por mí, doctor. No me porto tan mal.

Terminaron de cenar y regresaron al coche. La vuelta estuvo otra vez dominada por el silencio, aunque esta vez era incómodo. Shane se preguntaba qué iba a pasar a partir de ahora, porque de pronto los comentarios irónicos no le pegaban. Y ella pensaba exactamente lo mismo, ¿cómo iba a continuar haciéndole jugarretas después de que se había molestado en acercarla hasta allí a pesar de llevarse mal? Imposible.

Cuando llegó a su calle y detuvo el coche y la música, Shane carraspeó.

—Bueno, pues... —empezó.

—Oye —Karen lo interrumpió—, ¿aquella oferta de ser amigos sigue en pie, o ya ha caducado?

—Yo... en fin, sí va en serio, por

supuesto.

—Vale. Toma mi número. —Sacó un trozo de papel y se lo escribió.

—Karen. Vivimos en frente.

—Ya lo sé, pero si me das el tuyo podemos agregarnos al *Whatsapp* —explicó ella, sin hacer caso de su cara de pasmo.

—Tengo más de quince años, ¿sabes?

—No seremos amigos de verdad hasta que no hablemos por *Whatsapp* —insistió Karen con una sonrisa— Y no me mires así, ¡que esa aplicación ha salvado muchas noches de aburrimiento!

—¿Es en serio? —Shane se vio obligado a poner su número de móvil por escrito.

Karen se guardó el papel y se soltó el cinturón.

—Muchas gracias por llevarme — dijo, ya fuera del coche—. Nos vemos.

Y le dedicó otra sonrisa como la del restaurante irlandés antes de meterse en casa. Shane apagó el motor y se encaminó a la suya. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que acababa de entrar en terreno pantanoso y que a partir de ese momento iba a tener más problemas de los que ya tenía.

Acababa de salir de la ducha cuando de pronto oyó cómo su teléfono zumbaba encima de la cama, así que se acercó. Era un mensaje de Karen.

«Bienvenido al Whatsapp. ¿Qué haces?»

Se sentó en la cama, con una sonrisa.

* * *

Evan entró en el hospital con el informe del *resort* en la mano. Subió a la habitación de Finn, y al entrar se encontró a su madre colocando un jarrón de flores junto a la cama.

—Hola, mamá —saludó.

—Evan, cariño —se acercó a él, y Evan la besó en la frente—. Pensaba que estabas en una reunión con el consejo.

—Sí, pero... —Señaló la cama con la cabeza—. Faltaba él.

Nell le apretó una mano, mirándolo comprensiva.

—Estoy segura de que decidas lo

que decidas, será lo mejor para todos.

—No lo sé, mamá.

—Te dejaré solo.

Le besó una mejilla y salió de la habitación. Evan dejó el informe sobre una silla, se quitó la cazadora y se paseó durante unos minutos por la habitación, hasta quedarse mirando por la ventana sin ver realmente el exterior.

—Es mucho dinero, Finn —dijo, al rato—. Para todo el pueblo. Y trabajos, durante años. Pero el castillo... ya nunca podré vivir allí.

Se acercó a la cama, y se sentó junto a él con los brazos apoyados en las rodillas y la barbilla en las manos, mirándole como si pudiera contestarle.

—Sé que era un sueño casi

imposible, restaurarlo y pasárselo a mis hijos, pero... —Sacudió la cabeza—. Supongo que Leslie tiene razón. Mejor convertido en un hotel que dejar que se caiga a trozos, ¿no? —Esperó, escuchando su respiración acompasada—. Se parece a ti, ¿sabes? Es preciosa, y... bueno, no quiero decir que tú seas... joder, ya me entiendes. —Se recostó en la silla—. Y tiene parte de tu carácter, aunque le sale mucho esa vena inglesa estirada. Pero no me la quito de la cabeza. Te juro que cualquier día... En fin, menos mal que no puedes oírme, porque me matarías si supieras que me he acostado con ella. —Suspiró—. Me va a volver loco, de verdad. Pero no es eso por lo que estoy aquí, aunque ya ves

lo que quiero decir, ¿no? Quería hablarte del campo de golf, y estoy pensando en ella. Y no como la promotora del *resort*, sino... mejor lo dejo. —Se pasó una mano por el pelo—. Ojalá despertaras, tú siempre sabes qué es lo mejor. Tú deberías haber sido *laird*, no mi... —Se levantó—. Iré a hablar con ella. —Recogió el informe y la cazadora, y en la puerta lo miró antes de salir—. Te echo de menos, maldito seas. Despierta de una vez.

Fue a buscar a su madre para avisar de que se marchaba, y durante el camino de regreso a Kiltarlity siguió dándole vueltas al asunto del *resort*. El consejo no había sido de mucha ayuda, ya sabía de antemano lo que iba a pasar: los más

mayores y aferrados a las tradiciones, no querían ni hablar del tema: los más jóvenes, querían cambios. Y todos, al final, delegaban en él y confiaban en su decisión a ciegas.

Lo cual era una presión enorme sobre su conciencia. Cualquiera de las dos opciones tenía pros y contras, y ninguna dejaría a todo el mundo contento: era imposible.

Aparcó la moto junto al ayuntamiento, pero se quedó encima con el casco en la mano unos minutos más. La cabeza estaba a punto de estallarle, pero tampoco podía estar mucho tiempo más sin tomar una decisión. No solo porque tuviera un plazo con Leslie, sino porque no podía posponerlo: si no era la

empresa de Leslie, vendría otra. No era la primera vez que lo tanteaban con algo parecido, aunque sí la primera que le ponían tanto dinero encima de la mesa.

Empezaba a llover, así que cogió el informe del maletero, enganizó el casco y corrió para no mojarse hasta el ayuntamiento. Davina sonrió al verlo entrar.

—Hombre, Evan, ¿qué haces tú por aquí?

—¿Está Leslie?

—Claro. Avisaré de que subes.

Cogió el teléfono para llamar a Karen mientras Evan se dirigía a las escaleras. Cuando llegó arriba, su prima se levantó para acompañarlo a la puerta.

—Ya le he dicho que venías —dijo

—. Está de buen humor, le acabo de llevar galletas de chocolate veganas y Shane uno de sus tés preferidos.

—Aprovecha ahora que tiene chocolate en el cuerpo —añadió el irlandés.

—Claro, ya sabes, a falta de otra cosa... —bromeó Karen, aunque no le pasó desapercibida la mirada que los dos chicos intercambiaron—. ¿Quieres entrar ahora o te apetece un café?

—Estoy bien, gracias.

Karen llamó a la puerta y se asomó para avisar de su llegada. Tras cerrar una vez estuvo dentro, corrió a la mesa de Shane.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—¿Sobre qué?

—No sé, me da la sensación de que ha pasado algo y no me he enterado.

Shane les sostuvo la mirada impasible. Ni loco diría lo que había pasado entre Leslie y Evan, cualquiera de los dos era capaz de matarlo si se enteraban de que iba contándolo por ahí. Así que continuó con su cara de inocente hasta que Karen desistió y se fue a su mesa.

Leslie tomó un trago de su té para pasar la galleta, que se le había atascado en la garganta al verle entrar. Bueno, por una vez no llevaba la falda de marras, sino los pantalones que le quedaban aún mejor, si eso era posible. Lo cual quería decir que había venido en moto.

Entonces se fijó en el informe que

llevaba en la mano... y se concentró en mostrarse profesional. Evan estaba allí por negocios, no para verla o... Frunció el ceño. ¿Y por qué otro motivo iba a ir a verla?

—Por tu cara no parece que te alegres de verme —comentó él, sentándose frente a ella.

—¿Qué? —Relajó la expresión—. No, sí, no eres tú. Estaba pensando en otra cosa. —Se quedó mirando cómo una gota resbalaba por su cabello húmedo hacia su frente, y apartó la vista cogiendo una galleta—. ¿Quieres? Están muy buenas.

—No, gracias.

—No te importa que yo coma, ¿verdad? —Dio un mordisco, y señaló

el informe—. ¿Ya lo has pensado?

—Sí. He hablado con el consejo. —
Se frotó la frente—. Mira, no estoy todavía seguro de que sea lo mejor, pero... no quiero ver cómo el hogar de mis antepasados cae en pedazos.

A Leslie le pareció percibir dolor en sus palabras, pero se obligó a mantenerse profesional.

—¿Eso es un sí? —preguntó, cogiendo otra galleta.

—Con condiciones. Te enviaré un mail para que lo tengas por escrito.

—De acuerdo. ¿Cuáles son?

—Quiero tener poder de decisión sobre el proyecto final. Quiero que los arquitectos consulten conmigo todos los cambios en el castillo, no quiero que por

nada del mundo se drene el lago. Sé que querrán hacer alguno artificial, pero no a costa de eso.

—Lo consultaré.

—Estoy de acuerdo con el pago en tres plazos. Quiero el primero cuando firme, y que la transferencia se haga al ayuntamiento. ¿Es posible?

—Claro. ¿Y el resto?

—También.

—Pero tú... ¿no quieres el dinero?

—No lo necesito.

Leslie lo miraba como si estuviera loco. Eran millones de libras, podría vivir sin trabajar el resto de su vida.

—Y quiero que cuando haya ofertas de trabajo, se dé preferencia a la gente de Kiltarlity —terminó él.

—Eso se puede arreglar.

—De acuerdo entonces. —Se incorporó y extendió la mano—. Te enviaré un mail. Ha sido un placer hacer negocios contigo.

Leslie se levantó para estrechársela. Le pareció que él tardaba en soltarla, o quizá era su imaginación desbocada, porque poco después el escocés se había dado media vuelta y se había marchado.

La chica se dejó caer en la silla y cogió otra galleta con un suspiro. Casi era peor que llevara pantalones, qué bien se le ajustaban a su... se la metió entera en la boca y cogió otra, con el ceño fruncido. Debería estar contenta: tendría su proyecto y su *bonus*.

Pero no lo estaba.

Seis puntos

Por fin se notaba la primavera, a pesar de que había llegado un par de meses atrás, y aunque la llovizna no desaparecía, por lo menos los días eran más luminosos y largos, algo que ayudaba al estado de ánimo en general. En Escocia los veranos eran cortos, y lo único que se podía hacer era esperarlo con ansia y después rezar para que saliera decente.

Era viernes, las nueve de la noche, y Shane estaba ya sentado en el avión que le llevaría a Londres. No se podía creer que fuera a desconectar después de esos meses, pero necesitaba de forma urgente

estar con sus amigos sin más preocupaciones, así que ahí estaba, dispuesto a pasar un fin de semana exprés. Ni siquiera había tenido que conducir, la propia Karen le había llevado al aeropuerto, prometiendo después devolver su coche sano y salvo sin que la detuvieran por exceso de velocidad.

Aún continuaba asombrado. Unos días después de que llevara a Karen a la clínica, la escocesa le había dicho que como enemiga era buena, pero como amiga era genial.

Y tenía razón. Lo primero que hizo fue presentarse en su casa con una consola, detalle que Shane le agradeció de forma casi patética. ¿Cómo no se le

había ocurrido agenciarse una?

—Pero, ¿es que no la utilizas? — para él la pregunta sobraba, todavía no había llegado el día que alguna de las chicas que conocía respondiera un *sí*.

—Sí, lo que pasa es que todos los juegos que me molan necesitan dos personas —dijo ella, sin darse cuenta de cómo el chico alzaba una ceja—. Pero no pasa nada porque... ¡tengo dos mandos!

—Esto no puede ser verdad. Había oído que algunas tías jugaban, pero nunca había conocido una en persona... porque incluso las que te dicen que no les importa que juegues tú mienten.

—Hombre, hay cosas mejores que hacer, pero para las tardes aburridas...

Shane afirmó, tratando de no encontrar doble sentido a todo lo que escuchaba.

De pronto, no tenía apenas tiempo libre: o le llamaban para salir o a una cena, algunas veces Connor y sus falderos, como los denominaba Shane (a Connor le hacía gracia, a los otros no tanto), y otras era la propia Karen quien le mandaba planes a través del *WhatsApp*. Él, toda la vida negándose a instalar y utilizar aquella aplicación, y mira por dónde, resultaba útil.

Pasaban cosas raras... un día que le tocaba cerrar, Karen hizo tiempo hasta que fue la hora y después fueron caminando hasta su calle porque Shane se había dejado el coche olvidado en la

calle principal. Entonces la siguiente vez fue al revés, y un par de semanas después se volvió una costumbre. Y la mayor parte de las veces aquello terminaba en cena, lo cual era de agradecer porque Shane ya estaba harto de comida precocinada quemada (cuando la escocesa preguntó por el tema puso cara de bueno y comentó que el horno no funcionaba bien del todo, y ella se lo tragó, ¡gracias, mamá, por darme esta cara tan útil!).

Se enteró de un montón de cosas sobre su vida, incluida la mega multa que le habían puesto por conducir de forma temeraria, además de retirarle el permiso de conducir durante un año.

—¿Te ha llamado ya Graham para

disculparse? —preguntó, cuando ya había transcurrido una cantidad de tiempo respetable.

—No. Pero no está en Kiltarlity... estará de viaje. ¿Crees que debo mandarlo a la porra?

Shane prefería mantenerse neutral. A ver si iba a hablar mal y después si había reconciliación quedaba encima como el villano... que las mujeres pasaban de estar enfadadísimas a *oh, qué mono* en cuestión de segundos, y mejor evitar disgustos. Así que hizo un ruidito que lo mismo podía ser un sí que un no, y siguió tecleando.

En la oficina, Vika y Davina observaban pasmadas el cambio de ambos. No sabían qué había pasado, y si

preguntaban a Karen esta les daba respuestas ambiguas que no satisfacían a ninguna de las dos. Intentaron entonces sonsacar a Shane, pero él se limitó a decir que habían enterrado el hacha de guerra y ahora se llevaban bien.

—Aquí sucede algo raro —decía Davina, con el ceño fruncido.

—Pues el viernes pasado aún se peleaban en la oficina. ¿Qué habrá pasado durante estos días?

—Tenemos que hacer un interrogatorio a Karen.

Sin embargo, ella no contaba nada jugoso, y eso las mosqueaba más. Shane lo sabía porque la propia Karen se lo había contado.

—Pero, ¿por qué les parece tan

inverosímil? —quiso saber él.

—Vika y Davina nunca han tenido amigos del género masculino. Por norma general, si un chico les dice hola ya se enamoran de él, así que no captan la idea de una amistad inocente.

Shane había asentido, y ahora que estaba solo en el avión se acordaba de todo eso, porque su vida había dado un vuelco de ciento ochenta grados. No había sido consciente de lo mucho que contribuía el mal ambiente en la oficina para su estado de ánimo, pero ahora lo veía cristalino.

Y sí, estaba encantado y Karen era muy divertida, pero algo no iba bien. Quería analizar un poco, aunque prefirió dejarlo para otro momento porque la

azafata ya estaba haciendo su demostración muda de cómo reaccionar ante posibles accidentes y todo el mundo sabía lo importante que era atender.

Llegó una hora después a Londres, y para que no echara de menos la lluvia le recibió otra; lluvia y sus amigos, repartidos en dos coches. Todos lo abrazaron diciendo que tenía buen aspecto, para acto seguido escoger un sitio donde cenar antes de irse de juerga.

—Bueno, ¿y qué tal todo por ese pueblo donde has caído? —preguntó su amigo Alistair, una vez estuvo acomodado en el lugar del copiloto.

Alistair era un burgués hijo de millonarios que vivía en la misma zona que Leslie y que trabajaba como

economista en el edificio enfrente del suyo. Se conocían desde el colegio, y a pesar de lo opuestos que eran siempre se habían llevado bien.

—¿Es verdad que hay vacas lanudas sueltas por las calles? —preguntó Lee, un chico joven que iba sentado en la parte trasera.

—No, hombre. Alguna hay, pero están en sus recintos, no por la calle.

—¿Y ya les entendéis cuando hablan? —ese fue Joe, hermano de Lee—. Porque una vez leí un reportaje que decía que son muy cerrados.

—Uffff, calla, que si llegas a conocer el *bed & breakfast* donde nos alojamos al principio... ahí sí que no entendíamos nada a la mujer que lo

llevaba. Aún tengo pesadillas con su comida. —Todos se echaron a reír y Shane frunció el ceño—. ¿Qué, os divertís?

—Pero volverás pronto —aseguró Alistair con una sonrisa—. Mira, con la tontería ya llevas allí cuánto, ¿seis meses?

—No llega, pero más o menos.

—Pues ya solo te quedan otros seis y estarás de vuelta en Londres, y para que no se te olvide ya nos vamos a ocupar de que este fin de semana te diviertas.

—Además volverás con un buen pico, ¿no? —preguntó Lee—. Alistair nos dijo que la estirada te había aceptado ciertas mejoras.

Shane asintió.

—Ya era hora de que te pusieras serio, no sé cómo puedes trabajar con esa mujer. Si quiere un esclavo las veinticuatro horas que se lo pague.

—Parece que está más calmada.

Shane notó que el coche se detenía, y miró por la ventanilla: zona bulliciosa de Londres, lo cual significaba cena elegante y alcohol después, con el consiguiente desmadre. No era el plan que más le apetecía, pero era el habitual con sus amigos. Antes le venía bien, siendo sincero le desestresaba después de la semana aguantando a la jefa, pero ahora *la jefa* ya no era tan pelma y él no estaba tan estresado.

—¿Quieres decir que ya no te

despierta en mitad de la noche para que vayas a buscarle un paquete de soja texturizada fina? —se burló Joe, bajando por su lado.

—Alucina, pero ya no come tantas cosas raras de esas... te prometo que la he visto comer carne. —Hubo miradas de curiosidad—. Es la necesidad, allí solo hay una tienda y no venden productos ecológicos.

Alistair movió la cabeza sonriendo, y le rodeó los hombros con el brazo mientras el otro coche se detenía a su altura para expulsar otros cuatro tíos hechos y derechos.

—¡Irlandés! —un chico rapado llamado Duke se aproximó para darle unas palmaditas afectuosas—. ¿Es

verdad que los escoceses no llevan nada debajo de sus *kilts*?

—No lo sé, ¡y no quiero saberlo!

—No nos cambiarás por un grupo de hombres en falda, ¿verdad?

Tras el inevitable rato de exaltación de la amistad, se metieron en uno de los pubs habituales y ocuparon una mesa en espera de la cena. Shane dejó su móvil justo al lado de su vaso, pero unos minutos después se dio cuenta de que había sido un error: los *WhatsApps* que seguramente le estaba enviando Karen lo desplazaron hasta las manos de Alistair, quien lo cogió.

—¡Oye! —exclamó—. ¿Tú no decías que tener *WhatsApp* era de descerebrados que no tenían nada mejor

que hacer que intercambiar monosílabos? ¡Mirad! —Y enseñó el móvil al resto, divertido.

—Eh, no juegues con el teléfono, que es peligroso...

—¿Cómo te ha dado por instalarlo?

—No fui yo, fue Karen.

—¿Quién es Karen? —preguntaron Lee y Joe a la vez mientras el resto los miraban como si estuvieran en el cine.

—Una amig...—antes de terminar la frase, Alistair le había arrebatado el móvil de nuevo sin hacer caso de sus protestas y estaba cotilleando por si había alguna foto.

—¡Oye! ¡Pues tus amigas son mis amigas! —dijo con una carcajada cuando encontró lo que buscaba, que era

la foto de la pelirroja.

—A ver, a ver —gritaban los que estaban más lejos.

—¡Ya vale! —Shane le arrebató el teléfono con el ceño fruncido—. ¿Nunca te han dicho que es de mala educación cotillear en los mensajes de los demás?

—Bah —Alistair no parecía preocupado, sin dejar de sonreír—. Cuidado, colega, dicen que las escocesas tienen mucho genio.

—Solo es una amiga, pelma.

—¡Pues que me digan donde las fabrican, que yo quiero una como esa!
—Alistair alzó el vaso.

—Podíais pasarlo, que por aquí no nos ha dado tiempo a ver nada... —se quejó Duke.

—No seáis cotillas y ponedme al día de vuestras cosas, venga —Shane cortó la charla de raíz, no le apetecía que siguieran por aquel camino.

Trató de concentrarse en las aventuras de sus amigos, pero lo que de verdad quería era abrir el móvil y echar un ojo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando se lo guardó en el bolsillo con gesto obstinado, ¡él estaba en lo cierto! El *WhatsApp* tenía un profundo y maligno poder en las personas.

Karen dejó su móvil en el bolso. Le había enviado un par de mensajes a Shane para ver si había llegado bien, pero todavía no había contestado.

Supuso que estaría de juerga con sus amigos, así que no le dio importancia.

Pulsó el claxon de nuevo, y Leslie salió corriendo de su casa con el paraguas en la mano, para meterse corriendo en su coche, que últimamente conducía más Karen que ella, todo sea dicho.

—Ya pensaba que no ibas a salir — comentó, haciendo un giro para cambiar de dirección en medio de la calzada—. Vika y Davina estarán en el pub.

—Qué bien.

A Karen no le pasó desapercibido su tono de poco entusiasmo. Aquella mañana ella misma la había llevado al hospital, había tomado la costumbre de ir un par de días por semana. Quizá

había estado hablando con los médicos, y le habían dado malas noticias.

—¿Te han dicho algo de Finn? — preguntó.

—¿Quién?

—¿Tu padre?

—No, digo que quién me tenía que haber dicho algo.

—Los médicos, Leslie. —Aquella conversación de besugos ya le dio una pista de que no era aquello en lo que estaba pensando—. Has hablado con ellos.

—Ah, sí. No, sin cambios. Lo mismo despierta mañana que en un mes, que nunca. Lo de siempre.

—¿Entonces qué te pasa?

—Nada.

Karen no se dio por vencida. Nada que unas cuantas pintas no pudieran lograr: a su jefa le pasaba algo y estaba segura de que Shane sabía qué era, pero el muy maldito era como una tumba. Y eso que le había lanzado unas cuantas indirectas... miró de reojo el bolso, y apartó la vista. Nada, ya comprobaría el teléfono luego, no iba a estar pendiente.

Aparcó en la entrada. Leslie salió corriendo con el paraguas, mientras ella la seguía a paso normal. Al principio corría tras ella por inercia, pero pronto se dio cuenta de que la mitad de las veces ni siquiera llovía.

Entraron juntas en el pub. Karen se dirigió hacia su mesa, donde Davina y Vika ya estaban con unas pintas en las

manos y cara mustia. Se dio cuenta de que Leslie no la seguía, y al darse la vuelta vio que estaba mirando hacia delante con el ceño fruncido. Siguió la dirección de sus ojos, y se encontró con que Evan estaba apoyado en la barra, hablando con una par de chicas rubias que no conocía.

Leslie sacudió el paraguas como si tuviera la culpa de algo, y se apresuró a alcanzarla. Se sentaron en sus sitios, recibiendo unos saludos poco entusiastas por parte de las otras dos chicas.

—Menudo ambientazo —dijo Karen—. ¿Y a vosotras qué os pasa?

—Murtagh se ha ido a Inverness —respondió Vika.

—¿Pero a ti no te gustaba Owen? — preguntó Leslie, confusa.

—Hace una semana que no. Jefa, no me prestas atención.

—No me llames así fuera de la oficina, por favor. Explícate, anda.

—Pues no sé, es que ahora que me hace caso... Como que ha perdido su punto. Y además, a Davina le gusta. No vamos a pegarnos por un tío.

—¿Cómo? —intervino Karen—. ¡Pero ese capítulo me lo he perdido yo también! ¿Desde cuándo, Davina?

—Un par de semanas. No sé, le vi haciéndole caso a Vika... y es que es tan mono...

—Así no hay quien se entere — protestó Leslie—. De verdad, qué poca

consistencia. Un día aceptas una cita con una persona, y al siguiente estás tonteando con dos rubias... digo rubios, digo, pelirrojos, cualquiera. —El triunvirato la miró—. Me voy a por unas cervezas.

Al levantarse se dio cuenta de que Evan la miraba, para inmediatamente después regresar a su conversación con las dos rubias. Estaba siendo infantil, lo sabía: habían pasado unas cuantas semanas desde su *cita*, y ella misma le había dicho que no quería nada más.

Pero le molestaba sobremanera que el escocés actuara como si no hubiera ocurrido nada. Dio un par de palmadas en la barra, pero Evan ni la miró, sino que hizo un gesto y otro de los

camareros se acercó a servirla.

Aquello la sulfuró, hasta que se dio cuenta de que era lo mismo que le había aconsejado a Vika: ¿y si la estaba ignorando solo para lograr su atención? ¡Ja! Pues iba listo, que a eso ella también sabía jugar.

Cogió las jarras de cerveza, pagó y regresó a la mesa, todo ello consiguiendo no mirarlo ni de refilón. Le entregó la suya a Karen, que estaba mirando su bolso. La vio alargar la mano hacia él y abrirlo, pero lo cerró de nuevo sin sacar nada.

—¿Se te ha olvidado algo? — preguntó.

—No, ¿por?

—Nada, parecía que buscabas algo.

—¿Estaba Owen en la barra? — preguntó Davina.

—No, ¿por?

—Es que como tu estrategia funcionó con Vika, no he mirado.

—A ver si hoy no va a tener turno... —sugirió Karen.

Oyeron las risas femeninas de las dos rubias. Leslie apretó la jarra al ver cómo Evan se echaba a reír también, como si se lo estuviera pasando en grande. Se tomó la pinta de un trago, ante las miradas asombradas del triunvirato.

Al darse cuenta, se levantó con la jarra vacía para ir a por otra.

—Tengo sed —dijo a modo de explicación.

Logró ir, pedir otra y volver sin mirarlo. Se sentó con una sonrisa satisfecha, y Karen dio un sorbo a la suya, inquisitiva.

—A ti te pasa algo con Evan — soltó, sin más.

—¿Qué? No, no, qué me va a pasar.

—Te digo yo que sí, que no me la das. Llevo semanas fijándome, hay algo que...

Su bolso vibró. En menos de dos segundos lo había abierto, sacado el móvil y revisado los mensajes. No se dio cuenta de que estaba sonriendo como una tonta mientras contestaba, hasta que lo guardó de nuevo y vio a las otras tres contemplándola.

—Esa sonrisa no te la he visto con

Graham —dijo Vika, con retintín.

—Yo es que no se la he visto con nadie —añadió Davina, en el mismo tono.

—Sois imbéciles, no estaba sonriendo. —Se tocó la cara—. Joder. Es un acto reflejo, si queréis estoy con cara mustia como vosotras. —Les sacó la lengua—. O de querer asesinar a alguien, como esta.

Y le dio un codazo a Leslie. La inglesa la miró aturdida. ¿Y eso, a qué venía? Si ella no se había metido con nadie.

—Odio a los hombres —refunfuñó Vika.

—Qué va, si los adoras. Lo que te pasa es que te gustan todos.

—La culpa es suya por ir todo el día en falda.

—En eso tiene razón —replicó Leslie.

Al momento se ganó de nuevo las miradas del triunvirato. Carraspeó, intentado quitarle importancia.

—En fin, ya me entendéis —dijo—. Que tampoco deberíamos decirlo, porque si fuera al revés, estaríamos diciendo que son unos machistas, y...

—¡A la mierda con esas gilipolleces feministas! —sentenció Davina, dando un golpe en la mesa que las hizo pegar un bote—. ¿Qué pasa, que no puedo mirar el culo a un tío?

—A ver, relájate —le dijo Karen, arrimándole la cerveza—. Que nadie ha

dicho que no puedas.

—Ah, vale, perdón, que estoy un poco dispersa.

Karen las miró alternativamente. Hizo un gesto hacia la barra para que se acercara el camarero de turno, ya que Evan seguía con aquellas dos chicas.

—Tráenos una botella de tequila, sal y limón. Hoy nos va a hacer falta.

El chico se alejó con una sonrisa divertida.

—¿Seguro que puedes? —preguntó Vika, preocupada.

—Tranquilas, me han cambiado la medicación y puedo beber de vez en cuando algo fuerte. No me pasará nada.

—¿Medicación? —repitió Leslie.

—No es nada, un susto que tuve hace

unos años... pero estoy bien —añadió con rapidez al ver que Davina y Vika iban a contradecirla—. Otro día te lo cuento, hoy es noche de chicas. Y promete ser interesante.

El camarero les trajo lo que había pedido con unos vasitos, y Karen sirvió el tequila en ellos.

—¡Sin respirar! —dijo.

Leslie las observó mientras se echaban la sal en la mano, la lamían y se bebían el tequila de un trago, para después chupar el limón; todo ello, con cara de asco en cada paso del proceso. Miró de reojo a la barra. Evan estaba fuera, sentado en un taburete entre las chicas, como si estuviera feliz de la vida. Sin pensarlo más, se echó la sal e

imitó a las chicas. Dejó el vaso con gesto de asco. Aquello estaba malísimo.

Pero cuando Karen volvió a servir, se tomó otro seguido.

En Londres, eran cerca de las doce de la noche cuando por fin abandonaron el primer pub y se fueron a otro. Siempre hacían lo mismo, empezaban en un local elegante donde intentaban ligar con las chicas pijas que allí había, para terminar en uno zarrapastroso donde ya solo importaba que la chica tuviera brazos y piernas. Era la costumbre, y Shane se dejó llevar, pero notaba que no estaba tan concentrado como debía porque cada vez que su móvil vibraba en el bolsillo, pegaba un bote.

Por Dios, ¡era patético! Tanto tiempo echando de menos a sus amigos, y cuando al fin estaba con ellos, de pronto hubiera preferido estar tirado en su cama jugueteando con el teléfono. Alistair apareció a su lado sujetando una cerveza y lo miró.

—¿Te aburres?

—No, no, es que tengo mi última borrachera muy reciente. Bebí tanto que al día siguiente ni me acordaba de como llegué a casa.

Alistair sonrió de oreja a oreja.

—¡Esas son las mejores! Si no hay lagunas mentales es que la noche no mereció la pena. —Tiró de él hacia la barra—. Vamos a tomarnos una tú y yo, que hace mucho que no hablamos.

Shane se vio de pronto arrastrado a un sitio que no quería para tener una conversación que no le apetecía.

—Dame un minuto, que voy al baño —se excusó.

Alistair asintió mientras él se escaqueaba. No recordaba haber hecho algo así desde que tenía unos catorce años, luego ya era oficial: Karen le estaba retrotrayendo a la adolescencia.

Bah, qué importaba... una vez en el baño pasó de largo ignorando al resto de tíos que pululaban por allí, y se apoyó en una esquina poco frecuentada para sacar el teléfono. Karen le contaba algo de una «*noche de chicas rara*» con «*tequila y cupcakes veganos*» y algo sobre «*un Calvin Klein misterioso*». No

entendía nada, ¿estaría borracha?

Le escribió: *«Pero, ¿cuánto has bebido?»*

Y al momento le llegó la respuesta: *«Unos tequilitas. Me falta nada y menos que nada para bailar encima de la mesa.»*

¡Y él en Londres!

Tratando de no visualizar, escribió: *«El lunes vienes conmigo a correr. Esto del tequila no te viene nada bien.»*

Y ella le puso: *«Te dejo, me están dando el coñazo.»*

Y al momento dejó de estar en línea. Shane se guardó el móvil y decidió regresar a la barra para dedicarle un rato a Alistair, su queridísimo mejor amigo que se había preocupado de ir a

recogerle y al que no le estaba haciendo ni puñetero caso.

Pero a medio camino notó que su móvil vibraba de nuevo, y supo que si seguía su camino estaría deseando marcharse otra vez, así que volvió sobre sus pasos. Los hombres que lo habían visto salir se quedaron mirando al verlo entrar de nuevo.

Shane hizo un gesto de disculpa y regresó a la esquina donde había estado antes. No, si todavía acabarían pensando que era un perverso.

Karen volvía a desvariar: «*Tu jefa y mi primo algo.*»

Él se frotó la frente: «*¿Cómo que algo? No entiendo nada...*»

Y otra vez ella dejó de responder.

Shane cerró el móvil, frustrado, ¿por qué le hablaba sobre Leslie y Evan, que no le importaban en absoluto? ¿Y eso de estar en línea y no estar, que manía era aquella que no le dejaba relajarse?

Estaba tan concentrado que no vio a Alistair entrar a buscarlo. Su amigo lo miró meneando la cabeza, y se acercó.

—Pero, ¿qué haces aquí?

—Pues... nada.

—¿Quieres que hablemos en privado?

—No hace falta —dijo Shane veloz, al ver cómo el resto de ocupantes se marchaban a toda prisa del baño.

—Cómo no va a hacer falta, si has venido a pasar el fin de semana con nosotros y te encuentro escondido en el

lavabo respondiendo *WhatsApps*.

Bueno, Alistair estaría borracho, pero tonto no era.

—Tienes razón —dijo, guardándolo—. Ya salgo.

—A ver... ¿ya la has visto en ropa interior? —Shane afirmó—. Bien. ¿Y te la has tirado? —Él negó con la cabeza—. Mal. ¿Por qué?

—Yo qué sé, hasta hace poco nos tirábamos los trastos a la cabeza y de repente hemos pasado al otro extremo. Esto es muy confuso, no me entero.

—No lo será tanto si se pasea delante de ti en ropa interior, atontao...

—No, se pasea en su cuarto, lo que pasa que su ventana está justo delante de la mía.

—Ah, ¿entonces estás rolo espía pervertido? Muy bien, muy bien. —Le dio unas palmaditas como si aquello le emocionara mientras Shane lo miraba frunciendo el ceño.

—No es eso, fue un accidente. Un par de accidentes.

Alistair lo agarró de los hombros y lo sacó del baño por fin, no fuera que se presentara el matón del pub y les atizara pensando que iban a montárselo allí en medio. Se lo llevó hasta la barra dándole un montón de consejos de los que Shane solo captó palabras sueltas, de forma que al llegar estaba igual que cuando habían salido.

—¿Qué opinas? —preguntó Alistair.

—Sí, vale —dijo el chico haciendo

un gesto al camarero— Que tienes razón.

—Pues entonces hazme caso. ¡Eh, camarero! ¿Ves algún vaso en mi mano? ¡Yo tampoco! ¡Corre que mi amigo y yo necesitamos un trago ya!

La orden de Alistair no admitía réplica, así que Shane se dedicó a beber con sus amigos como estaba previsto, pensando que de esa manera lograría olvidarse de Karen. Sin embargo, una hora después estaba borracho, y con las mismas ganas de juerga que al llegar: cero.

¿Y si la llamaba a ver qué estaba haciendo? O a lo mejor ya estaba dormida... murmuró la siempre creíble excusa de *necesito aire* a sus amigos

para salir a la calle, ya que meterse otra vez al baño no le parecía aconsejable, y una vez fuera el aire frío le despejó al instante.

Seguía borracho. Todo el mundo sabía que mandar *WhatsApps* o hacer llamadas en alto estado de embriaguez no era inteligente. Los móviles deberían llevar algún dispositivo que controlara el grado de alcohol en sangre, y prohibiera escribir estupideces de las que después te podías arrepentir. Shane era consciente de ello incluso en su estado, pero... también quería hablar con ella, y el alcohol era genial para hacerle creer que era una buena idea.

¿Y por qué no iba a serlo? Solo era un amigo llamando a su colega. ¿No?

Así que llamó, pero mientras esperaba que Karen cogiera, se arrepintió. Mejor colgaba, a saber qué podía salir de su boca, ¿y si decía demasiado? Parecía imbécil.

Se guardó el teléfono, que esa noche estaba recibiendo más paseos que en toda su vida, y lo hizo justo a tiempo, porque sus amigos aparecieron de pronto en la puerta.

—¡Aquí estás! —Lee y Duke fueron a por él—. Alistair dijo que estarías con el móvil en la mano porque estás encoñado, pero realmente habías salido a tomar el aire.

—Pues claro —Shane se hizo el ofendido.

—Vamos a otro sitio, este ya me

carga —repuso Alistair, y de pronto extendió la mano—. Y dame el teléfono. Lo tendré a buen recaudo.

—¿En serio?

—Soy tu amigo, así que hazme caso. Ya estás en ese punto de la borrachera que se vuelve peligroso. —Mantuvo la mano hacia él de manera firme—. Venga.

A regañadientes, Shane se lo pasó y se quedó mirándolo con cara de pena. Alistair se dio unas palmaditas en el bolsillo, satisfecho, y cuando empezó a vibrar dentro, alzó la palma para detener a su amigo, que ya se acercaba.

—No. Nada. Está secuestrado. Cero. Vamos a por los coches y cuando regresemos a casa te lo devuelvo.

E hizo un gesto a sus amigos para que el menos borracho de cada grupo fuera a buscar el correspondiente vehículo mientras Shane lo contemplaba con el ceño fruncido. Mierda.

Karen regresó del baño, dejó el móvil en el bolsillo y se sentó junto a Leslie, mirando cómo se movía el vaso sobre la mesa.

—¿Queréis dejar de mover la mesa?
—preguntó.

Vika y Davina casi se cayeron al suelo de la risa. Quitaron las manos con gesto inocente, y el mueble se quedó quieto. Leslie las miró con el ceño fruncido. Por un momento había pensado que estaba tan borracha que las cosas se

movían a su alrededor.

Entonces Evan pasó junto a ellas acompañando a las dos chicas a la salida, y se tragó otro vaso de tequila de golpe. Karen la señaló con un dedo acusador.

—A ti te gusta mi primo —
sentenció.

—¿Qué? —replicó ella—. No, estás borracha. ¿Cómo va a gustarme? Si es un maleducado, y un mentiroso...

—¿Mentiroso?

—¡No me dijo que era el *lard*!

—*Laird*.

—Lo que sea.

—Le gusta bromear, no se lo tengas en cuenta. Venga, Leslie. —Empujó la botella hacia ella—. Nosotras te hemos

contado nuestra vida. Suelta un poco esa lengua.

Leslie suspiró, mientras tres pares de ojos la observaban inquisitivos. Se tomó otro vaso, y lo llenó al momento.

—No sé por qué me gusta —terminó diciendo.

—Hombre, yo te puedo dar unas cuantas razones —replicó Vika—. Tiene un cuerpazo de muerte.

—Es simpático —añadió Davina.

—Y cocina genial —siguió Vika.

—¿Cómo?

—Sí, la comida de aquí la hace él, ¿no lo sabías?

—Pensaba que su madre.

—No, hija, es perfecto hasta para eso —suspiró Vika—. Y encima no se

descuida, el tío. Que mira que llevamos años intentando ver debajo de su falda, pero nada.

—Ya os digo yo lo que hay: unos *Calvin Klein* negros. —Se tomó otro vaso—. Ajustaditos, de esos que tienen un poco de pata, y... —Carraspeó—. Yo qué sé, no digo que siempre los lleve, pero el día que... bueno, en nochevieja... la segunda nochevieja, digo... bueno, eso.

Bebió de nuevo; el triunvirato la miraba con la boca abierta, incapaces de reaccionar; entre el alcohol que habían bebido, y que lo que estaba diciendo no tenía mucho sentido, no sabían ni qué decir.

Karen metió la mano en el bolsillo,

para enviar un par de mensajes disimuladamente. Sirvió otro vasito a Leslie, aquello se estaba poniendo más interesante de lo que había pensado.

—Explícate —dijo—. ¿Por qué le viste los *Calvin Klein*?

—Es sencillo, Shane le puso en mi agenda.

—¿Que Shane qué?

Leslie suspiró como si se hubiera explicado a la perfección y fueran ellas las que no la entendían. Así que les explicó a su manera el paseo para ver los terrenos, cómo había terminado y utilizó la metáfora del *cupcake* vegano. Que no ayudó mucho, porque cuando terminó no sabían si era que se había quedado con hambre o qué.

—Entonces Shane, ¿fue a comprarte una caja de *cupcakes*? —preguntó Vika.

—No, no lo has entendido — corrigió Davina—. Era solo uno, y ya se lo había comido. Le pidió a Evan que le consiguiera otro.

—Que noooooooooooooo, que Evan es el *cupcake* —intentó aclarar Karen.

—¡Eso! Y cuando me lo comí, pues nada. Fue visto y no visto.

Vika la miró de arriba abajo con gesto incrédulo.

—Leslie, por favor, que eres nuestra jefa. No nos des esos detalles, no me hace falta saber lo que le comiste a Evan...

—¡Que está hablando del *cupcake*! —interrumpió Karen—. La madre que

os parió, ¿es que no sabéis lo que es una metáfora?

Leslie afirmaba con ímpetu, tanto que tuvo que dejar de hacerlo porque empezaba a marearse.

—Vale, vale —dijo Davina, frunciendo el ceño—. Pero entonces... ¿qué quieres decir con visto y no visto?

Leslie se inclinó hacia delante, y el resto la imitaron.

—Que en cuanto le toqué... —susurró—. Ya... eso.

—Pan con queso —susurró Vika.

Karen le dio un manotazo en la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —insistió Davina—. Leslie, déjate de metáforas que no me entero.

—Pues que no le hice falta, terminó él solito.

Las tres se llevaron la mano a la boca, con exclamaciones de asombro, y empezaron a murmurar entre ellas: *con la fama que tiene, pero si está buenísimo, no puede ser, es escocés, no tan escocés, que no iba en plan comando.*

—A ver si es que no es XL...— comentó Karen.

Leslie se inclinó de nuevo, haciendo gestos para que se acercaran y ellas obedecieron, muertas de curiosidad.

—Luego hubo más —siguió—. Y eso estuvo bien, pero vamos, tampoco de premio.

—¿Y después? —preguntó Karen.

—Nada, al día siguiente le mandé para su casa. ¡Casi me ve sin peinar! Y ya está, le dije que cada uno por su lado.

Se tomó otro tequila mientras el triunvirato asimilaba sus palabras, ya que ninguna entendía muy bien la parte de *sin peinar*. Karen se recostó en la silla, moviendo la cabeza.

—Vale, a ver si lo entiendo —dijo—. Primero voy a matar a Shane por no contármelo, mira que no decirme que te organiza las citas... —Sacudió la cabeza—. Pero eso luego. Lo importante aquí es que te has tirado a mi primo, y aunque no parece que el hombre lo haya hecho muy allá, ¡estás coladita por él!

—¿Qué? —Negó con énfasis, y tuvo que sujetarse la cabeza para dejar de

hacerlo—. ¿De dónde te has sacado eso? ¡Si me cae fatal!

—¡Pero si te lo comes con los ojos!

—¡Que no!

La puerta del pub se abrió y las cuatro se quedaron en silencio, mientras Evan pasaba a su lado y las miraba extrañado ante la forma en que lo recorrían con la vista.

Cuando desapareció por la puerta de la cocina, Leslie metió la cabeza entre los brazos.

—Ay, Dios, ¿por qué, por qué, por qué...?

—¿... tiene que estar tan bueno? —terminó Vika—. Ya. Aunque vaya desperdicio, después de lo que nos has contado.

—¡Ni se os ocurra decir nada!

—No, no, lo que se dice en la mesa de las chicas, se queda en la mesa de las chicas —recitó Davina.

—Yo creo que tendrías que volver a probar —dijo Karen—. A veces te montas en un caballo y no te parece cómodo, hasta que pruebas otra vez.

—Y dale con las metáforas, estamos inspiraditas hoy —protestó Davina.

Karen le sacó la lengua. De pronto su bolso vibró, y corrió a sacar el móvil... de lo que se arrepintió en cuanto se dio cuenta de que la atención de las tres estaba ahora en ella.

—¿Con quién estas intercambiando mensajitos? —preguntó Vika.

—No, si solo es Shane, que ha

llegado bien y eso.

—¿Cómo? ¿Te mandas *WhatsApps* con el irlandés?

—¿Y qué? Somos amigos, una chica y un chico pueden serlo, ¿sabéis? Sin que haya sexo de por medio, ni...

—No será porque no le tienes ganas —dijo Davina.

—¡Oye, que salgo con Graham!

—Sí, y yo soy fiel por naturaleza —dijo Vika—. Venga ya. Que ahora entiendo esa tensión que se respira en la oficina. Antes era porque os teníais manía, pero ahora ya veo el motivo.

—¿Te gusta mi ayudante? —preguntó Leslie, enganándose en la conversación.

—¿Pero no estábamos hablando de

ti?

Y su móvil vibró de nuevo, así que se levantó y se marchó con él al baño. No le dio tiempo a coger su llamada... Miró la hora extrañada, ¡si era ya medianoche! Una de dos, o estaba borracho y la había llamado sin querer, o le había pasado algo.

Marcó su número, pero no obtuvo respuesta. Movié la cabeza, optando por la primera opción: seguro que se lo estaba pasando de muerte con sus amigos, con las ganas que tenía de verlos. Guardó el teléfono y regresó a la mesa, que la cosa estaba muy interesante. Por el camino se detuvo en la barra, para pedir otra botella de tequila que Evan le entregó con una

sonrisa divertida.

—Estáis que lo tiráis hoy —dijo—. ¿Celebráis algo?

—Que nos gusta comer *cupcakes*.

Y regresó a la mesa dejando a Evan intrigado sobre a qué se había referido.

* * *

Leslie había pasado el día con la mayor resaca de su vida. La cabeza no dejó de dolerle hasta bien entrada la tarde, cuando se había despertado la habitación daba vueltas y su estómago no admitió nada aparte de un par de infusiones. Lo único que quería era quedarse en la cama y dormir otras doce horas seguidas, pero a la hora habitual,

escuchó que Karen pitaba desde el coche.

Se asomó a la ventana para decirle que se fuera, pero le vino un recuerdo de la noche anterior... Ay Dios... ¿qué les había contado?

Karen se asomó a la ventanilla del coche.

—¡Venga, que estas nos están esperando en el pub! ¿No tienes hambre?

—Voy, dame cinco minutos.

Se vistió con rapidez intentando recordar. No le quedaba otra que ir e intentar averiguar qué había pasado la noche anterior. Se dio tanta prisa, que no cogió el paraguas para el trayecto hasta el coche.

Cuando subió, Karen la miraba asombrada.

—¿Qué? —preguntó Leslie, abrochándose el cinturón—. ¿Qué pasa?

Se miró en el espejo, preocupada. Se había dado rímel, pintalabios y base a todo correr, pero estaba todo perfecto.

—No, nada, nada.

No sería ella quien le dijera que su pelo había estado en contacto con la lluvia, que por su comportamiento, cualquiera diría que era ácida.

Llegaron al pub y, efectivamente, Vika y Davina ya estaban allí, cada una con un vaso de agua delante y caras de no haber dormido mucho. Las saludaron sin mucho énfasis, y ocuparon sus asientos.

—¿Unas cervezas? —preguntó Karen. Todas hicieron gestos de asco—. Vale, pues cena directamente.

Hizo un gesto a la barra, y Evan se acercó con una libreta en la mano.

—¿Qué tal estáis? —preguntó—. Porque ayer digamos que os lo pasasteis muy bien, ¿no?

—Sí, estuvo bien —dijo Vika—. Duró mucho.

—A mí tráeme pastel de carne —pidió Davina—. Pero despacio, ¿eh? No te des prisa.

—Pues yo *cullen sink* —dijo Vika—. Me apetece tomar algo a cucharadas, dura más. Que las cosas hay que tomarlas despacito, no de golpe.

Evan las miraba con el ceño

fruncido. Le parecía que le estaban tomando el pelo, pero no lo tenía nada claro.

Y entonces miró a Leslie, que no le quitaba la vista de encima, con los ojos muy abiertos y cara de susto.

—¿Leslie?

—Yo sopa —se apresuró a decir.

—Yo también —dijo Karen, intentando aguantar la risa—. Y tómatelo con calma, no la hagas rápido que no sabe igual.

Evan apuntó y se alejó mosqueado.

Leslie se tapó la cara con las manos, moviendo la cabeza. Le estaban viniendo fogonazos de la noche pasada, y no podía creer que les hubiera contado todo a las chicas. Quizá estaba

recordando mal, ¡si ella nunca hablaba de esos temas!

—Al final no nos dijiste cómo se llama la tienda de *cupcakes* esa en Londres —comentó Vika.

Karen se empezó a reír a carcajada limpia, mientras Leslie se quedaba estupefacta. De verdad lo había hecho, les había contado lo suyo con Evan, no podía ser.

—Escuchad, no... —empezó.

Pero se calló al instante, ya que Evan se dirigía hacia la mesa con un cesto de pan. Se marchó comprobando que llevaba la ropa bien puesta, ya que no entendía por qué lo miraban todas de aquella manera.

Leslie esperó a que se alejara, para

inclinarse hacia delante y bajar la voz.

—No sé qué me pasó ayer, pero os pido por favor que lo olvidéis —suplicó.

—No creas, que tampoco recuerdo mucho —dijo Vika.

—Yo tampoco, solo las partes interesantes —añadió Davina.

Karen la frotó un brazo, mirándola comprensiva.

—Leslie, no pasa nada, no saldrá de aquí.

—¡Pero si ya habéis estado lanzando indirectas! Tarde o temprano se dará cuenta de que os he dicho algo.

—Algo no, todo.

—¿Pero quieres tomarme en serio? Que soy tu jefa, por Dios.

—Aquí no, ya te lo he dicho muchas veces. Aquí somos amigas, un grupo de amigas que sale a comer, beber y divertirse, y por supuesto contarse sus cosas. Y lo de mi primo es un tema demasiado jugoso para olvidarlo.

Leslie elevó los brazos al techo con desesperación, pero se dio cuenta de que tenía la batalla perdida. Y que, sin embargo, no estaba enfadada; por el contrario, saber que podía hablar con ellas y que la habían de algún modo incluido en el grupo, le hizo sentir muy bien.

Evan regresó acompañado de su madre para llevarles la comida, provocando de nuevo el silencio absoluto en la mesa hasta que se alejó.

Karen sopló su tazón de sopa, volviendo a la carga.

—No entremos de nuevo en detalles —dijo—. Vamos al centro de la cuestión: a ti se te van los ojos detrás de Evan.

Leslie iba a negarlo... pero acabó afirmando: estaba claro que era evidente, aunque ni ella misma lo entendía.

—Muy bien, jef... Leslie —dijo Davina—. El primer paso es aceptarlo.

—¿Y el segundo? —preguntó, curiosa.

—El segundo es decidir qué vas a hacer al respecto —contestó Karen.

—No sé... ¿Decirle a Shane que me busque otro hueco en la agenda?

Vika escupió la sopa, Davina empezó a toser con un trozo de pastel atascado en la garganta y Karen se quedó con la cuchara a medio camino de su boca. Cuando las dos medio ahogadas se recuperaron, las tres la miraron como solían hacer, es decir, como si hubiera hablado en chino.

—¿Pero entonces iba en serio que Shane te organiza las citas? —preguntó Karen, al fin.

—Claro. Él conoce mi agenda, y... bueno, ya veo por vuestras caras que muy normal no lo consideraréis.

—Espera, espera —siguió Karen—. ¿Me estás diciendo que Shane le envió una convocatoria de reunión a mi primo? ¿Con qué asunto? ¿*Noche de sexo*?

—No, por Dios. —Enrojeció—. En realidad... bueno, él lo apuntó como *cena y final feliz*, o algo así.

Karen estaba pasmada. Se imaginaba la cara de Evan al recibir el mensaje, y por cómo se reían Vika y Davina supuso que ellas también.

—A partir de ahora vamos a dejar a Shane a un lado —dijo Karen, al poco—. Esto es cosa de chicas.

Leslie no las tenía todas consigo, pero en fin, quizá ellas sabían más de lo que aparentaban. Aunque si lo pensaba bien, ninguna tenía novio... quitando Graham, que no tenía muy claro si lo era o no.

—¿Y qué me sugerís? —preguntó.

Karen se frotó las manos, mientras

Vika y Davina se miraban entusiasmadas.

Y Leslie temió arrepentirse de quedar en sus manos.

El domingo por la tarde, Alistair llevó a Shane al aeropuerto. Después de que le requisaran el móvil, al irlandés no le había quedado más remedio que ponerse a beber como si no hubiera un mañana, de manera que el sábado todos estaban por los suelos y solo aunaron fuerzas para reunirse en casa de Alistair con unas pizzas delante. Al menos hasta la noche, que volvieron a vestirse para salir, y durante todo ese tiempo, su amigo mantuvo su teléfono a buen recaudo.

—Un momento, ¿y si necesito llamar...?

—Pues buscas una cabina. O te dejo el mío.

—Este tratamiento es un poco severo, ¿no te parece?

—Los móviles son como las drogas, Shane, es mejor cortar de raíz. Mañana cuando te subas al avión tendrás tu juguetito.

Shane no tuvo otro remedio que aceptar. No iba a montar una escena por un maldito teléfono, aunque las ganas las tenía... pero su amigo tenía razón. Tenía que prestarles atención. Por huevos, no había otra, así que cogió aire y se repitió unas cuantas veces que en realidad los móviles no eran necesarios

para vivir. Mantra tras mantra logró llegar al domingo, día que todos sus colegas lo abrazaron (a la vez y en la calle antes de irse, lo cual atrajo muchas miradas de curiosidad de transeúntes), le desearon buen vuelo y le pidieron que volviera pronto.

Shane asintió a todo, y al llegar agradeció a su amigo todas las molestias causadas.

—Ninguna. Ya sabes, para eso estamos. —Alistair le abrazó, dándole unas palmaditas en el hombro—. Manda un *WhatsApp* cuando llegues, ahora que eres experto —dijo con una carcajada mientras le devolvía su móvil.

—Qué gracioso... también podéis venir a visitarme cuando queráis, ¿eh?

—¿Ocho tíos de visita en ese sitio perdido de la mano de Dios? No sé yo... —El joven sonrió mientras se alejaba—. ¡Buen vuelo!

Alistair no era amigo de despedidas lacrimógenas, así que en unos minutos se había marchado, ya pensando en aprovechar lo que quedaba del fin de semana. Así era su grupo, para ellos duraba hasta casi el lunes a la hora de entrar al trabajo... ¿cómo hacía para aguantar ese ritmo cuando vivía en Londres? Estaba agotado y solo quería sentarse en el avión a ver si se quedaba dormido al menos durante el vuelo. Recogió su tarjeta de embarque y un rato después había logrado su objetivo de estar sentado, así que empezó a relajarse

y abrió el teléfono para ver si tenía mensajes pendientes.

Vaya, no había como estar desaparecido del mapa para que de pronto todo el mundo le enviara mensajitos, ¡qué cosas! Connor, Murtagh, hasta tenía un mensaje de Leslie preguntándole si todo iba bien. Karen le había hecho un par de llamadas en algún momento entre la noche del viernes y la del sábado, y su último *WhatsApp* decía: «¡Irlandés! ¿A qué hora llegas?»

Tecléo: «*Sobre las siete, ¿vienes a recogerme?*»

Ella debía estar en línea, porque no tardó apenas en contestar: «¡Claro! Voy a ir saliendo, que todavía tengo que

localizar el coche.»

Shane miró al techo, con un resoplido.

«¿Dónde está mi coche? ¿No me dijiste que solo lo usarías para llevarme y traerme? ¿Y si te pilla la policía?»

Alzó la ceja mientras veía esa famosa frase que lo ponía de los nervios: *Karen escribiendo*, pero de pronto ella pareció cambiar de opinión porque la melodía del teléfono lo sobresaltó.

—¿Qué pasa? —respondió.

—Nada, que era muy largo lo que iba a responder y he pensado que mejor llamarte... tranquilo, no he andado con el coche por ahí, eso solo fue el viernes

y se quedó aparcado.

—¿Dónde?

—Pues por el pub y/o alrededores.

—Pub y/o alrededores... —repitió él, poco convencido.

—¿Y tú por qué no coges el teléfono? ¡Ya pensaba que te habían secuestrado los marcianos!! Sí que has estado entretenido, ¿eh? ¿Mucha juerga?

Shane pensó en explicarle lo sucedido, pero después decidió que mejor no. No tenía sentido dar pistas así, sin más, así que hizo unos ruiditos para darle a entender que estaba en lo cierto.

—Bueno, ¿no piensas hacerme un resumen un poco más completo que esos *WhatsApps* que parecían jeroglíficos?—

preguntó a su vez.

Karen empezó a decir algo, pero entonces se acercó la azafata con cara seria.

—Tiene que apagar el dispositivo, señor.

—¿Qué? Esto es un teléfono.

—Pues tiene que apagarlo —dijo de malos modos. Como él no reaccionó, giró sobre sus pasos y lo apuntó con el dedo—. Si no lo apaga tendré que requisarlo.

—La madre que... —Shane movió la cabeza, exasperado—. Oye, que me hacen apagar el móvil a punta de pistola.

—Nada, me visto y voy a buscarte —se despidió la escocesa, colgando.

—¿Contenta? —Shane le mostró el

aparato a la azafata.

—Muchas gracias por su colaboración.

El chico se recostó en el asiento, con el ceño fruncido. Que se fueran a la mierda todos ya con el puñetero teléfono.

Una hora después aterrizaba en Inverness, y salió del avión dejando atrás a la azafata de malas pulgas que lo despidió con un *espero que haya tenido un buen vuelo, señor. Gracias por volar con nosotros*. Se guardó una respuesta sarcástica, encaminándose a la salida ya que había volado con la maleta de mano y no tenía que pasar tiempo muerto en la cinta esperando el equipaje.

Karen ya estaba fuera y le pitó para que la localizara. Una vez en el coche, ella le dio un abrazo entusiasta y se puso a conducir hacia Kiltarlity en su línea, como si estuviera chiflada.

—¿Te has divertido? ¿Cómo están tus amigos? Seguro que te echaban de menos. —Tocó el claxon con fuerza, pitando al coche de delante—. ¡Vamos, hombre, que nos va a adelantar la chica de la curva!

—Oye, que no tenemos prisa... quiero llegar a casa entero, gracias.

—Todavía no he matado a nadie, calma. Entonces, ¿te has divertido?

—Sí, aunque no sé, creo que mis colegas están un poco más desfasados que antes de que me marchara —

comentó Shane—. O a lo mejor yo me he atontado.

—O ambas —dijo ella con una risita.

—¿Y vosotras qué? ¿Cómo acabó la noche de los tequilas?

—Todo el mundo llevaba la ropa interior al día siguiente, así que parece que bien. —Le sacó la lengua y le dio un golpe en un hombro—. ¡Anda que ya te vale, por cierto!

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—¡Pero cómo no me has contado que le organizabas las citas a Leslie! Y peor aún, tenías ahí información jugosa de ella y mi primo, y tú callado como una tumba.

—Ah, eso. —Carraspeó—. Bueno,

no sé. Será que estoy acostumbrado, y es que de todas formas no me meto en su vida.

—¡Pero eso qué tendrá que ver! ¿Tú sabes lo que nos costó sacarle información?

—Deduzco que... ¿una botella de tequila?

—Más o menos. En fin, ya no te tendrás que preocupar por eso, puedes dejarlo en nuestras manos.

—No, si preocupado no estoy...

—Bueno, te vienes a cenar a casa, ¿no? Y así me cuentas qué has hecho.

Él afirmó, así que Karen aceleró para adelantar al vehículo, y en menos de veinte minutos pasaban junto al cartel que daba la bienvenida al pueblo.

—Esto de subirse al coche contigo es una experiencia...

—Ya, pero seguro que me has echado de menos.

Justo cuando Shane iba a decir algo, ella detuvo el motor y miró hacia la entrada de su domicilio con el ceño fruncido: moto aparcada, ligue cabrón que asomaba las orejas por algún motivo.

Graham estaba sentado en las escaleras de la entrada, fumando, y alzó la mirada al verlos llegar. Miró a Shane sin tener ni idea de quién era, y después a ella.

—Joder —murmuró Karen—. Y qué quiere ahora este... dame buenas vibraciones, Shane, que me estoy

cabreando.

—Tranquila. —Le apretó las manos—. Habla con él, a ver si solucionáis algo.

Salió del coche con gesto calmado y la escocesa lo imitó, cerrando. Parecía que en esa ocasión, la cara de no haber roto un plato de Shane no ayudaba demasiado, porque Graham se incorporó con una mueca difícil de definir.

—¿Dónde estabas? Llevo un rato esperándote. —Hizo un gesto despectivo con la cabeza hacia el irlandés—. ¿Y este tío?

—Pues un amigo —replicó ella, sin dar más explicaciones.

Shane le dio un toque en el brazo para indicarle que se marchaba, y los

dejó solos. No quería escuchar nada, tanto si era una discusión como si era lo contrario. Karen siempre hablaba sobre Graham como si le diera igual, pero la realidad era que ahí seguía y no terminaba de desaparecer, así que suponía que algo de importancia tendría para ella. ¿Por qué si no aguantarle las tonterías? Ya lo habría mandado al cuerno.

Como todavía eran las ocho, decidió que primero se daría una ducha y después se tiraría en el sofá a descansar. Cerró la puerta, pero a pesar de todo oía como fuera Karen discutía con Graham, aunque no podía descifrar las palabras.

Meneó la cabeza y se metió en el baño; no debía meterse, era un asunto

entre ellos... sin embargo, estuvo intranquilo el rato que duró su ducha, y cuando fue al cuarto a vestirse lo primero que hizo fue abrir la ventana por si acaso seguían discutiendo y la cosa se ponía fea.

Ya no se oía nada, y tampoco había luz en la entrada, pero sí en el cuarto de ella. A través de la cortina la vio ir y venir, y tuvo que resistir el impulso de llamar para ver si estaba bien. Que lo mismo el motero estaba con ella, y ya se imaginaba un final de historia donde le partían la cara.

En ese instante sonó su teléfono y pegó un bote: era su madre.

—¿Sí? —respondió, alejándose un poco del cristal pero sin dejar de

observar.

—Hola, cariño. ¿Qué tal estás, te has divertido en Londres?

—Menos de lo esperado —dijo Shane—. ¿Y por ahí todo bien?

—¡Claro! Estaba pensando, ¿qué te parece si el mes que viene te hacemos una visita cortita? ¿Recuerdas lo que te comenté de tu cumpleaños y el de Orla?

Shane dejó de espiar, cerrando, y empezó a dar vueltas por su habitación.

—Me acuerdo. Podéis venir, sí, además hay una especie de celebración aquí. Aún no se bien de qué va, pero habrá ambiente.

—¡Perfecto! Pues te mandaré un mensajito cuando sepa todo seguro.

Intercambiaron unas pocas palabras

más, y después su madre se despidió diciéndole que pusiera otra manta si tenía frío. Shane colgó, pero al momento su móvil empezó a sonar otra vez. Echó un vistazo por encima sin mucho interés pensando que su madre habría olvidado algo, pero en cuanto vio que era Karen se apresuró a descolgar.

—Hola —saludó, corriendo la cortina por segunda vez.

Ella le devolvió el saludo desde su ventana.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Nada importante. ¿Estás bien?

—He mandado a Graham a tomar por culo —fue la respuesta de Karen.

—Ah, joder. Lo siento.

Esa era una mentirijilla, no lo sentía

en absoluto; es más, por mala persona que le hiciera parecer, se alegraba. Se alegraba mucho. Adiós, tipo interesante vestido de cuero.

—¿Quieres venir a casa? —ofreció, intentando ser buen amigo.

—¿Tienes palomitas? De las de microondas, las de verdad no me gustan —puntualizó la pelirroja.

—Sí, tengo.

—¿Cuántos paquetes tienes?

—¿Cuántos quieres?

—Tres.

—Pues tengo tres.

—Voy hacia allá —Karen colgó.

Shane colgó, yendo hacia la puerta con calma; sabía que ella no tardaría más de tres minutos en aparecer, como

hacía otras veces. Esa noche le tocaba hacer de buen amigo, el hombro compasivo sobre el que llorar... con cinco hermanas sabía de sobra lo que le venía encima, pero no importaba. Si Karen lo necesitaba, ahí estaría para ella. Parecía que hubieran pasado siglos desde que se fastidiaran en la oficina, y sin embargo su relación había cambiado por completo en muy poco tiempo. Le gustaba tenerla como amiga, solo que... no funcionaba, había tenido amigas antes y nunca se había sentido de esa manera, con los nervios instalados en el estómago permanentemente. Sacudió la cabeza para despejarla: tenía que dejarse de tonterías. Lo que debía hacer era ser práctico; fue hasta la cocina,

rebuscó las palomitas en el armario y las depositó junto al microondas, estudiando de paso su nevera con mirada crítica. Bueno, tenía cervezas y coca-colas, lo normal. Comida también, pero si estaba deprimida no tendría hambre, y si tenía sería de helado en todo caso. Que por cierto, no tenía. Tendrían que bastar las palomitas.

Entonces sonó el timbre, así que abandonó la cocina para abrir la puerta y ahí estaba Karen. Durante su ducha se había cambiado, e iba vestida con una camiseta blanca, unos vaqueros desgastados, ni pizca de maquillaje y tan guapa a pesar de eso que otra vez su estómago se encogió.

—Hola —saludó ella—. Ya traigo

yo el helado, no es justo que me coma todas tus palomitas.

—Tranquila. Hay más en el lugar del que vienen —bromeó, dejándola pasar.

Karen se deslizó entre él y la puerta, y Shane cerró. Mientras metía las palomitas en el microondas, se puso a pensar en qué momento habían cambiado las tornas. ¿Cómo había pasado de no soportarla a desearla? ¡Si no se había enterado! Un día estaba pintándole dibujitos en la cara, y poco después, suplicando que su anatomía no le jugara una mala pasada mientras estaba sentado en el salón a su lado.

—¿Quieres ver una peli? —preguntó, cuando ya había sacado las bebidas y las palomitas.

—Sí. Pero no en serio. —Shane la miró de forma interrogativa—. Quiero decir, ponla, pero ya sabes que a ratos la interrumpiré, así que busca una que no sea muy interesante.

—¿Y qué tal un concurso de cocina? Mis hermanas siempre veían esos programas cuando tenían problemas sentimentales. Decían que la comida les producía un consuelo pasivo.

Karen asintió.

—Sí, claro. Pon a ese escocés rubio que se pasa el día dando voces.

—Buscando a Gordon... —ella emitió una risita—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

La pelirroja agarró el bol de palomitas, sin que a Shane se le pasara

por la cabeza quitárselo.

—Nada de particular. Estaba ya harta de él —explicó, con tono de voz vacilante—. No sé, esta última jugada del médico me pareció reveladora. La verdad es que nunca ha sido nada serio, solo algo como... ese tío con el que sales de vez en cuando, si no tienes nada mejor que hacer, ¿sabes a lo que me refiero?

Él asintió, aunque lo cierto era que no, no lo sabía. Sus ojos claros y sus facciones atraían a las chicas, pero a pesar de ello nunca había sido demasiado enamorado. Debían darse una serie de cualidades para que una chica le importara de verdad, y por el camino no veía necesario perder el

tiempo con las que no le interesaban en su totalidad.

—Cuando he llegado y lo he visto ahí lo he tenido claro. ¿Qué hago perdiendo el tiempo con este imbécil? Lo único que sabe es pasearse por ahí en moto con su cazadora de cuero, y resulta que cuando abre la boca no tiene nada que decir.

—Ya...

—Me refiero —Karen bajó el volumen del televisor y lo miró—, ¿quién coño deja a su supuesto *algo* tirado sabiendo que tiene una cita importante en el médico? ¿Y te crees que me llamó para disculparse? No, le importa una mierda. Al principio me sentó mal, pero después lo pensé mejor,

¿por qué cabrearme? Si a mí tampoco me preocupa él.

—¿Seguro?

—Segurísima. —La chica volvió a dar volumen y se recostó, apoyándose en su hombro—. Así que no hablemos más de esto, ¿vale?

Shane estuvo de acuerdo. Mucho mejor, no era plato de buen gusto escucharla hablar sobre ese palurdo de Graham, que efectivamente, se paseaba por el pueblo como un gallo erguido en su moto. Pues ya podía ir a pasear por otros lares.

Escucharon a Gordon Ramsay poner a caldo a sus cocineros, y después de ese programa pusieron otro. Karen se comió las palomitas con tranquilidad, y

a ratos bajaba el volumen para hacer algún comentario sin importancia. Al acabar el segundo programa, ella suspiró.

—¿Pedimos algo para cenar? Invito yo.

—Que aún tienes hambre... vale. Aquí nadie reparte comida a domicilio.

—No. Pero si llamo a Evan mandará algo con uno de sus camareros... beneficios de ser primos. —La joven le guiñó un ojo, agarrando su móvil—. Y cuando acabemos de cenar, puedes poner una peli buena, te prometo que estaré callada.

—Sabes que mañana trabajamos, ¿verdad?

La pelirroja afirmó, así que él se

incorporó para volver a la cocina mientras Karen hacía la llamada.

Estaba en lo cierto, y una media hora después apareció Owen con una bolsa. Se la entregó a Karen después de lanzar una mirada de desconfianza a Shane y se marchó sin decir ni media palabra. Cenaron, y vieron una película sobre viajes en el tiempo que no había quien la entendiera, pero que resultaba entretenida. Ya estaba cerca del final cuando Karen le dio un pellizco en el brazo para captar su atención.

—Eh —se quejó Shane—. ¿Qué pasa?

—¿Te molesta que me quede aquí? No me apetece irme a casa, prefiero estar acompañada.

—¿Cómo me va a molestar?

—¿Ni aunque me quede aquí frita encima de ti y te vaya robando la manta hasta que estés muerto de frío? — preguntó Karen, mirándolo con atención.

En realidad no estaba triste, pero era una oportunidad estupenda para acoplarse un ratito junto a Shane, que se sentía muy cómoda.

—Ni aun así —contestó el chico.

La pelirroja puso la manta encima de los dos, se apoyó en su hombro y se quedó dormida diez minutos después. Shane se planteó trasladarla al cuarto de invitados, pero no quería que ella pensara alguna cosa rara, de manera que la puso lo más cómoda posible y le cedió toda la manta. Luego se fue a su

cama, todavía anonadado. Qué cosas más raras le pasaban...

VERANO

Del 21 de junio al 22 de septiembre

20 días de lluvia

10 días de tormentas

25 días de llovizna

5 días nublados con lluvias
intermitentes

Cinco puntos

Leslie contempló la lista de actividades que Karen le había entregado. No entendía ni la mitad de lo que ponía allí... Bueno, el lanzamiento de tronco se lo imaginaba. Pero había como cinco tipos diferentes de lanzamientos de peso...

Karen le pasó otra hoja con una sonrisa.

—Te puse una chuleta para que te hagas una idea —explicó—. Y tranquila, la mayoría de los premios y eso los entregará Evan, tú solo tienes que hacer acto de presencia. Y participar en esto.

Le señaló una línea. Leslie la leyó,

dos veces, y luego la miró.

—¿Concurso de rodillas *bonnie lassie*?

—De las chicas guapas del pueblo, sí.

—No sé yo si...

—Que sí. —Le guiñó un ojo—. Evan estará en el jurado.

La dejó sola mientras Leslie miraba aquella lista de deportes extraños. Pero era un tema serio, en aquellas últimas semanas habían trabajado más que en todos los anteriores meses desde que llegara, encargándose de la organización de los eventos. Durarían tres días, y Karen le había dicho que venía gente de todos los clanes cercanos para competir, y se lo tomaban muy en serio. Así que no

era cuestión de quedar mal delante de toda aquella gente y meter la pata con alguna de sus costumbres.

Pronto le quedó claro que los escoceses se habían aburrido mucho en la antigüedad y habían usado lo que tenían cerca: piedras y troncos. En resumen: a ver quién era el más bruto del lugar o algo así, porque había lanzamiento de piedra con forma de esfera, en altura, con sujeción en altura... que, patidifusa, leyó que antes se hacía lanzando niños. Menos mal que en algunas cosas habían evolucionado... y por si lanzaran pocas cosas, también martillos. Y por supuesto, de todo ello había modalidad femenina, allí no había discriminación.

También había concurso de bailes sobre espadas, de gaitas, de cocina... no se iban a aburrir, eso estaba claro. Sacó una galleta de chocolate y la mordisqueó distraída mientras seguía leyendo.

Fuera, todas estaban concentradas para acabar el trabajo y salir a la hora cuando oyeron a Shane gruñendo en su mesa.

—¿Qué te pasa? —preguntó Vika, sin dejar de teclear.

—¡Nada! Sabía que no tenía que ponerme el puñetero *WhatsApp*, ahora mi madre me tiene localizado y no me deja vivir —protestó él.

—¿Qué se cuenta? —esa fue Karen, también sin dejar de mirar el ordenador.

—Vienen a verme unos días. —Las

dos chicas giraron el cuello a la vez para mirarlo—. Les dije que había unas competiciones o no sé qué rollo, y parece que les llama la atención el ambiente. De paso celebramos mi cumpleaños, no sé yo si esto será bueno o malo...

—¿Cuándo es tu cumpleaños? — Vika dejó el trabajo al momento para levantarse—. ¡Cómo no nos has dicho nada! Podíamos haberte organizado una fiesta o algo.

—Es el día siete, tranquila. Tienes tiempo de sobra de comprarme un regalo, o...

—Bueno, si coincide con el campeonato lo juntamos. Como de todas formas acabaremos borrachos... —

murmuró Vika.

—¿Se viene tu familia? —preguntó Karen, divertida—. ¿Y ya caben en tu casa? Porque son como doscientos, ¿no?

Shane asintió, haciendo cálculos mentales. Cinco hermanas, su madre y su padre sumaban siete, y él tenía dos habitaciones. A una mala podía compartir su cama con Orla, no sería la primera vez, pero le seguían sobrando hermanas aun metiendo dos por habitación.

—No me caben —repuso.

—Yo tengo dos habitaciones libres —ofreció la pelirroja—. Puedes pasarme a alguno.

—¿De verdad?

—Hombre, claro. No voy a dejar

que los mandes al *Bed & breakfast*...

—Perfecto. Eres un ángel. —Cogió el móvil—. Voy a llamar para decirle que el tema del alojamiento está solucionado.

Salió mientras Karen le seguía con la mirada. Cuando ya estuvo fuera y regresó al ordenador, se dio cuenta de que Vika había seguido su recorrido con el mismo interés y carraspeó.

—¿No tienes nada que hacer?

—Menos que tú, por lo que se ve...

—¿Quieres callarte?

—Pero por favor, Karen, ¡es una monada! Tienes que ir a por él ya.

—Acabo de romper con Graham...

—observó ella, alzando la ceja.

—¿Que has roto qué? Si eso no era

nada —corrigió Vika, poniendo cara de suficiencia—. Y no me vengas con dramas, que ni medio disgusto te has llevado. Esto hay que hablarlo porque no sé qué leches te pasa, si tú sueles ser muy directa.

Karen sacudió la cabeza con una mueca.

—Bueno, es que esto es algo delicado, ya sabes. Que nos llevamos muy bien y me da cosilla por si se estropea. Además, ¿y si él no tiene interés?

Vika la miró como si fuera imbécil. Una chica con el aspecto de Karen tenía un noventa y nueve por ciento de posibilidades de gustarle a un tío, ¿y ella dudaba? Hombre, Shane no era de

esa clase de hombres que gruñían cual orcos al ver pasar una mujer, pero aun así le parecía que miraba a su amiga más de la cuenta.

—Es igual —cortó Karen, cuando iba a hacer ese comentario—. Es un amigo y no está bien querer acostarse con todos tus amigos. Tú también deberías tenerlo en cuenta.

—¿Yo? ¡Pero si yo no tengo amigos!

—Por eso, porque si alguna vez tienes un amago de uno en seguida le tiras los tejos.

—¿Qué? —Vika estaba ofendida.

—Vika, en nada empieza el campeonato. No sé tú, pero yo quiero acabar con todo el trabajo para poder pasármelo bien esos días.

Vika hizo un ruido de exasperación, alzando las manos al aire.

—¡De acuerdo! No protestes más.

Cuando Shane llegó, las encontró de nuevo en silencio y trabajando, lo que despertó su curiosidad. Estuvo a punto de preguntar, pero finalmente decidió que casi prefería no saber nada.

* * *

El día seis, dieron comienzo las competiciones escocesas en Kiltarlity. Se notaba en el ambiente que mucha gente de fuera se había trasladado para disfrutar de esos días, incluso el *bed & breakfast* de Moira estaba lleno, así como una pequeña zona rural que todos

los años habilitaban para que los visitantes colocaran tiendas de campaña y pudieran asistir.

Leslie solo llevaba en pie media hora cuando llamaron al timbre; dejó el café y fue a abrir, encontrándose con que el triunvirato pelirrojo estaba en su puerta, todas cargadas con bolsas.

—¿Qué hacéis aquí tan temprano?
—preguntó boquiabierta.

—Hay que prepararse. Los campeonatos empiezan pronto— explicó Karen, mientras todas entraban sin esperar a ser invitadas—. Tómate el café y espabila, que tenemos que ser puntuales y después llega la familia de Shane.

—¿Puntuales por qué motivo? —

Leslie las siguió a su habitación, sin entender nada—. ¿Y qué es eso de prepararme?

—Dijimos que te ayudaríamos a captar la atención de Evan, ¿recuerdas? Pues qué mejor forma que vestirte con el uniforme tradicional escocés. Nosotras nos lo ponemos todos los años — Davina le guiñó un ojo, dejando todo lo que llevaban sobre la cama.

Leslie las observó boquiabierta, empezando a ponerse nerviosa.

—No te preocupes, todo el mundo va vestido igual —repuso Vika, aproximándose a ella para echarle un vistazo—. ¿Qué talla tienes?

—Una treinta y seis.

—Y una mierda —Karen abrió otra

bolsa— Ya no.

—¿Cómo dices?

—Te digo que a lo mejor cuando llegaste la tenías, pero que ya no.

La morena puso cara ofendida, negando con la cabeza con énfasis. ¿Cómo iba a engordar ella, con todo el apio que comía?

Aunque claro... le estaba viniendo a la cabeza que ya no comía tanto apio. Sin apenas darse cuenta, siempre pasaba al pub y al final terminaba por pedir cosas deliciosas que ni eran vegetarianas, ni mucho menos bajas en calorías. Hasta se acordó de que el día anterior se había tirado toda la mañana comiendo galletas de chocolate en el despacho... ¡demonios!

Abrió la boca para decir algo, pero Karen le lanzó una falda escocesa a cuadros azul marino y verde oscuro a la cara.

—Toma, inténtalo —dijo—. Pero no la rompas, que solo tengo dos.

Leslie la cogió, un poco sulfurada.

—Tranquila —Davina se acercó a toda prisa para ayudarla—. No hagas caso a esas dos flacuchas. Yo te echo una mano, si no te vale te presto una de las mías. De algo me tiene que servir ser la más redondita.

Y la sonrisa que le lanzó calmó a Leslie, que se dejó poner la falda. Sin embargo, Karen tenía razón y a pesar de subirla hasta arriba, cuando llegó el momento de cerrar la cremallera se dio

cuenta de que iba a ser imposible, al menos si pretendía respirar llevándola puesta.

—Coge aire —le instó Davina—. ¡Y mete un poquito la tripa!

Vika y Karen las contemplaban, con los brazos cruzados y soltando risitas al ver el rostro colorado de Davina tratando de subir la cremallera.

—¡Vale, está bien, es pequeña! — Leslie ya se había hartado—. ¿Y qué?

—No pasa nada —sonrió Karen, empezando a sacar las camisas—. Eso es la felicidad, *sassenach*. Siempre se dice que cuando alguien se relaja y empieza a disfrutar coge kilos. Davina, déjale una de tus faldas.

Se aproximó con la blusa, divertida

al ver la expresión enfurruñada de Leslie. La morena se observó en el espejo con gesto crítico, ¡si estaba estupenda! Incluso empezaba a acostumbrarse a ver su cabello revuelto... un día incluso lo había dejado en su forma natural después de lavarlo, y las ondas le gustaron. Si lo llevara así, los efectos de la lluvia no serían tan visibles.

En cierto modo sería un gran alivio no tener que estar pendiente de usar las planchas cada dos por tres, o de visitar las peluquería caseras cada semana.

Pero, ¿qué estaba pensando? Aquello era una idiotez...

—A ver la camisa —Karen le tendió una—. Creo que te irá bien.

Unos minutos después, Leslie giró delante del espejo: la camisa le estaba un pelín justa, pero podía ponérsela sin problemas. La falda de Davina le encajaba como un guante, pero al darse la vuelta soltó una exclamación.

—¡Por dios! ¿Habéis visto la largura de esta falda?

Las tres la contemplaron, y finalmente Karen asintió.

—Sí, tienes razón, te la subiremos un poco más.

—¡No! ¡Me refería a que es demasiado corta! —exclamó la inglesa—. Si pretendéis que me pasee así por el pueblo en un campeonato de deportes terminaré revelando más de lo necesario.

Ellas empezaron a reírse al mismo tiempo.

—Qué inglesa eres —Vika se desternillaba a la vez que se ponía su propia ropa.

—Las faldas son así —Karen terminó con el problema de manera tajante—. Estás muy guapa, alcaldesa. Y ahora, en marcha.

El tono no admitía réplica, de forma que Leslie las siguió sin estar del todo convencida. Seguro que terminaba enseñando la ropa interior en algún momento del día, lo venía venir... en ese tipo de celebraciones pasaba de todo. Bueno, iría, desempeñaría su labor, y después correría a casa a ponerse unos vaqueros o algo cómodo.

¿Algo cómodo? Pero, ¿qué le estaba pasando? A ese ritmo, en un mes iría por ahí en chándal y con el pelo revuelto... ¡no podía seguir así!

Siguió a las chicas, que vestidas igual parecían un grupo de trillizas. Estaban tan monas que de pronto se dio cuenta del gran cariño que les había cogido en poco tiempo. Y no eran las únicas, ¿qué puñetas había en aquel pueblo? Seguro que echaban algo en el agua, una poción secreta que hacía ganar kilos y olvidar el pelo encrespado, además del ingrediente revolucionador de hormonas.

Mientras Karen ayudaba a Leslie a integrarse, Shane había ido con su coche

al aeropuerto de Inverness para recoger a su familia. Era imposible que todos se metieran dentro para el regreso, así que había alquilado otro vehículo por teléfono con unos días de antelación, de ese modo no habría problemas y podrían desplazarse donde quisieran, aunque fuera por turnos.

El avión aterrizó puntual, y pronto tuvo a su madre encima cual edredón nórdico, dándole uno de esos abrazos sentidos que solo podían surgir del amor materno más profundo.

—¡Lo que te echamos de menos! — dijo Erin, entre estrujón y estrujón.

—Pero si hace diez años que vivo fuera...

—¡Es igual, ya sabes cómo somos,

siempre te llevamos en el corazón!

—No seas exagerada —intervino Cieran, el padre, apartándola con suavidad—. Deja que los demás le estrujemos un poco también.

De ese modo, Shane tuvo que soportar un montón de abrazos; tras su madre y su padre, aparecieron sus cinco hermanas : su melliza Orla, y Siobhan, Maud, Imogen y Sierra, todas una variación familiar de cabello castaño y ojos azules con edades comprendidas entre los veintinueve y los treinta y cinco.

—¿Nos echas de menos? —preguntó Siobhan, una vez se distribuyeron en los coches.

—Para nada. Estoy rodeado de

mujeres en el trabajo, es como estar en casa.

Orla, quien era un calco exacto de Shane en formato femenino, le apretó el brazo con una sonrisa desde el asiento del copiloto.

—¿Qué tal te apañas aquí? ¿Es aburrido?

—No demasiado...

Maud miró con fastidio la llovizna.

—Desde luego, para unos días que venimos y tiene que ponerse a llover.

—No ha dejado de llover en lo que lleva de año —comentó Shane—. ¿Por qué protestas? Ya deberías estar acostumbrada al mal tiempo.

—¿Hay chicos guapos? —volvió a preguntar Siobahn.

Para cuando Shane aparcó delante de su casa ya tenía ganas de perderlas de vista un rato. Esos días se le iban a hacer eternos... el coche de sus padres que viajaba siguiéndole aparcó justo detrás del suyo.

—¿Aquí vives? —preguntó Sierra, mirándolo todo con curiosidad.

—¿Esto es todo el pueblo? —esa fue Maud, con el ceño fruncido—. ¡Pero si aquí no hay nada que hacer, es enano! Nos vamos a aburrir lo que no está escrito.

—No empieces —Cieran le lanzó una mirada de advertencia.

—A ver, ¡atención! —Shane interrumpió las cinco charlas unilaterales que se habían organizado

entre los miembros de su familia—. Por partes: metemos las maletas en mi casa y después os llevo por ahí, a ver el sitio y a los campeonatos, ¿os parece?

—Vale, ¿todo el equipaje o cómo...?— preguntó Erin.

—Repartíos como queráis, en mi casa hay dos cuartos libres, el resto a casa de Karen. Tengo sus llaves, así que en cuanto lo tengáis claro nos movilizamos.

Y se apoyó en su coche, cruzado de brazos y dispuesto a esperar. En su casa siempre se montaban unos líos de espanto en ese tipo de situaciones, incluido cuando solo quedaban cuatro galletas para cinco hermanos o si tenían que hacer equipos para limpiar, el caso

era discutir.

—Yo no quiero estar en la misma casa que vosotros —dijo Maud, dirigiéndose a sus padres.

—Imogen y yo compartiremos cuarto —repuso Siobhan—. Sierra, ¿por qué no duermes con Maud y listo?

—¿Y por qué no duermes tú con ella, y yo con Imogen?

—Eso, eso, ¡venga! —protestaba Maud—. ¡Desde que ronco nadie quiere dormir conmigo!

Orla fue hasta donde estaba su hermano y se apoyó a su lado con una sonrisa.

—Yo me quedo en tu casa, ¿vale?

—¿Crees que se pondrán de acuerdo en este siglo?

—Bah, ya sabes cómo son. A veces me cuesta creer que tú y yo seamos los pequeños —Orla soltó una risita mientras sus hermanas seguían discutiendo a gritos.

—¡Ya está bien! —chilló Erin, haciendo que se callaran—. Vuestro padre, Orla y yo dormiremos en casa de Shane. Vosotras cuatro a casa de su amiga, pero por favor, no la martiricéis. Queremos que Shane siga manteniendo su amistad, ¿entendido?

Las cuatro se quedaron murmurando, para acabar por afirmar con la cabeza. Shane les dejó las llaves, indicándoles donde debían depositar las maletas, y después acompañó al resto a su casa.

—Qué chulada —comentó Orla—.

Es enorme. Normal que no eches de menos tu piso en Londres.

Una vez instalados, salieron fuera y ahí se reunieron con las cuatro hermanas, que se frotaban las manos emocionadas.

—¡Vamos a ver hombres con falda!

—Y haciendo el bruto, ¡bien!

—Shane, ya puedes ir presentándonos a algún amigo guapo —dijo Sierra.

—Tú ya estás casada —objetó Maud.

—Pero puedo mirar, ¿no?

Leslie miraba cómo varios escoceses calentaban en la zona de competición; giraban sobre sí mismos

para coger impulso, y pensó que se parecía bastante al lanzamiento de peso normal.

—¿Ves? —exclamó Vika, sobresaltándola—. ¡Si es que es imposible!

—¿Cuál? ¿El qué?

—¡Verles nada! Es porque llevan el *sporrán* colgando.

—Creo que no me hacía falta saber esa palabra en gaélico, gracias.

Karen se echó a reír, señalando a uno de los que estaba justo frente a ellas.

—Malpensada, que se refiere a eso —dijo.

—¿La riñonera?

—Que no te oigan llamarlo así, por

Dios. Pero sí, tiene ese uso. Y aparte, como pesa un poco y lo llevan delante, evita que se levante el *kilt*. —De pronto la pegó un codazo—. Chist, atenta, que viene Evan. ¿Lista?

Leslie afirmó, aunque no tenía muy claro qué tenía que hacer, aparte de llevar la ropa que le habían puesto e intentar ignorarlo como siempre.

Pero es que estaba tan atractivo... se acercaba a ellas con esa sonrisa sarcástica suya que la ponía nerviosa, el pelo revuelto, y el puñetero *kilt* que...

¡Zas! Otro codazo, este de parte de Davina. No, si al final estaba viendo que aquello de tener amigas era peligroso y todo. Pero al menos hizo efecto, porque recompuso su expresión a una que

esperaba fuera de indiferencia y no de atontamiento, como suponía que estaba hasta entonces.

Evan apenas si la miró, saludando a todas con la misma sonrisa, lo que le dio deseos de abofetearlo. Tanta preparación para eso... Si ya sabía ella que una faldita no iba a cambiar las cosas.

—Bueno, alcaldesa —dijo él, mirándola por fin—. ¿Preparada?

—¿Preparada para qué?

—Para el lanzamiento.

—¿De qué estás hablando?

—Tienes que iniciar cada competición, *lassie*.

Le guiñó un ojo. Leslie supuso que le estaba tomando el pelo, pero cuando

se giró hacia Karen buscando ayuda, vio que esta apartaba la vista con cara de culpabilidad. La fulminó con la mirada, pero escuchó su nombre por los altavoces y supo que ya no tenía escapatoria: la gente la miraba, aplaudiendo.

Notó cómo Evan apoyaba una mano en su cintura, empujándola levemente hacia la zona de lanzamiento.

—Vamos, te acompañaré.

Leslie se dejó llevar, sin fiarse un pelo. Con lo que le gustaba al chico bromear, a saber qué iba a liar.

Evan la dejó junto a Connor, que era quien estaba con un micrófono anunciando las actividades, y se apartó un par de pasos. Le estaba costando

horrores mantenerse impasible, porque en cuanto la había visto con aquella ropa... le había faltado un pelo para arrastrarla fuera de la vista y hacerle lo que llevaba semanas pensando. Estaba seguro de que no sabía lo que estaba logrando; si es que hasta que le mirara con esa impasibilidad suya tan inglesa lo provocaba. Quizá ya había llegado la hora de dejarse de jueguecitos, porque estaba cansado de pretender que la ignoraba. Tragó saliva cuando Leslie se inclinó para coger la bola metálica, y al ver que Connor se acercaba para ayudarla, se adelantó antes de que la tocara. Vale, era un ataque de celos en toda regla, pero daba igual si se le notaba: ni loco iba a dejar que Connor u

otro cualquiera se ofreciera a *enseñarle* cómo hacerlo.

—Ya te ayudo yo —dijo, mirando a Connor de una forma que hizo al chico retroceder.

La rodeó con los brazos para que sujetara la bola. Leslie se tensó unos segundos, pero cuando se dio cuenta de que realmente la estaba ayudando a no quedar en ridículo, se relajó y permitió que moviera sus brazos para lanzar.

Suspiró aliviada al ver que la gente aplaudía, a pesar de que la bola no había llegado muy lejos.

—No te preocupes —susurró él, en su oído—. Estaré cerca para ayudarte. No creo que puedas levantar un tronco tampoco.

Leslie lo miró asustada. ¿Pero también iba a tener que levantar un tronco? ¿Estaban todos locos? Pero él ya se alejaba hacia el público, así que regresó con las chicas: necesitaba una cerveza.

Estaban pidiéndola cuando de pronto escucharon follón y se giraron al mismo tiempo.

—¡Madre mía! —exclamó Karen—. El clan irlandés.

—¡Si parecen todas iguales! —Davina sonreía—. ¡Qué gracioso!

Shane estaba preocupado ante la idea de presentar a su familia, pero pronto descubrió que no tenía motivos: sus padres sabían comportarse en público, y estrecharon manos a las

pelirrojas mostrando sonrisas encantadoras. No tanto sus hermanas, distraídas examinando cualquier chico con falda que se les cruzaba por delante.

Y hablando de faldas, solo había dedicado una mirada breve a su pelirroja, pero parecía complicado no distraerse con aquella escasez de tela... estaba tan despistado que ni siquiera había reparado en que su jefa también iba vestida así hasta que la ejecutiva se acercó para saludarlo.

—¡Shane! —le dijo, haciendo que pegara un bote y se girara hacia ella.

—Hola, jefa. Ni te había reconocido.

—Ya veo, ya... ¿es tu familia? ¿No piensas presentármelos?

—¿Qué? Si nunca te ha interesado mi...

Ella le pegó en el brazo como si estuviera diciendo tonterías, así que se la llevó directamente hacia sus padres para que se quedara contenta.

—Mamá, papá, ella es Leslie — dijo.

—¿Tu jefa? —Cieran la examinó con ojo crítico—. ¿La que te lleva esclavizando seis años?

Leslie casi escupió su cerveza al escuchar aquello. Lanzó una mirada de reproche al chico, pero cuando iba a replicar se dio cuenta de que no podía decir nada porque era la realidad. Habían sido muchos años, y en todos ellos había abusado bastante de su

puesto; siempre había pensado que no era para tanto, pero la verdad era que había tenido que firmar por escrito que no lo molestaría fuera de horario, y eso era revelador, al igual que el hecho de que una familia que no la conocía hiciera aquel comentario.

—Mamá... —empezó Shane, negando con la cabeza.

—No pasa nada. Tiene razón —repuso Leslie, tragándose sus pensamientos—. Pero ahora te dejo tranquilo más a menudo, ¿verdad?

—Verdad —corroboró él—. Hoy por hoy, si tuviera que darte puntos de antipatía serían... unos seis.

Sus padres los miraron sin comprender, pero Leslie recordó el

viaje en avión y lo que le había dicho Shane sobre su antipatía. Boquiabierta, pensó en qué habría sucedido para bajar la mitad de puntos, ¿se estaría agilipollando?

—Ha sido un placer saludaros — balbuceó, estrechando sus manos—. Esto... nos veremos durante los campeonatos.

Cieran y Erin la vieron marchar, extrañados.

—Es un poco rara, ¿no? — preguntaron.

—¿Rara? ¡Rara era antes! Oye, Siobhan, ¡Siobahn! —llamó a su hermana veloz al ver que esta andaba tonteando en uno de los puestos de bebidas con Connor—. Oye, voy a

sacarla de ahí, que Connor no es la mejor influencia del mundo... — entonces advirtió que Maud flirteaba descaradamente en otro puesto con Murtagh, mientras Vika la miraba con el ceño fruncido—. ¡Maud! Ahora vuelvo. —Y se marchó hacia ellas, temiendo que Vika acabara tirando de los pelos a su hermana.

Sus padres se cruzaron de brazos con una sonrisa, justo en el momento en que Orla se reunía con ellos después de haber estado hablando un rato con el triunvirato pelirrojo.

—¿Por qué no vais a hablar un rato con ellas? —les comentó—. Creo que la de en medio es la que le hace tilín.

—Vamos allá —Erin agarró a

Cieran del brazo de forma resuelta.

El marido se dejó arrastrar, rogando primero porque la intuición de Orla fuera cierta, y segundo, porque su mujer no sometiera a la pobre afortunada a uno de sus extensos interrogatorios, algo que era una tradición en su hogar cuando aparecía una posible *nuera*.

Erin llegó hasta el grupo, mientras Cieran parpadeaba... parecía que se habían movido un poco, pero como todas eran del mismo estilo de pronto ya no sabía quién era *la de en medio*. Fue a tocar el brazo de su mujer, pero esta ya estaba embalada hablando con una de las tres con entusiasmo.

Cieran se frotó la frente, pero entonces una mujer a la que no se le

entendía nada empezó a darle conversación y tuvo que prestar atención.

Mientras, Shane regresaba con sus dos hermanas casi a rastras.

—¿Por qué eres tan aguafiestas? —decía Siobhan, renegando—. ¡Los escoceses son la caña! Enormes y brutos, justo lo que necesitamos.

—Pero, ¿es que ya no sales con Declan?

—No sé qué tiene que ver eso con nada. Declan está en Dublín y yo aquí, no hace falta mencionar a los novios —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Sea como sea, no montéis follón que os recuerdo que yo tengo que vivir

aquí y esos son mis amigos.

Sin embargo, antes de lograr llegar hacia donde había dejado a sus padres, las dos lograron escaparse de su vigilancia. Las buscó con la mirada sin suerte, incluso acababa de localizar a Imogen, quien charlaba en un grupo compuesto por unos nueve tíos que se reían sin parar de las cosas que ella decía, o al menos simulaban hacerlo.

Se aproximó con un resoplido para conseguir una cerveza, y al menos Karen y Davina estaban allí.

—¿Y esa cara? —quiso saber Davina al verlo.

—¡Nada! Es imposible controlar a mis hermanas. Andan por ahí como mariposas, y lo mejor es que todas están

emparejadas, pero les encanta el flirteo.

Le pusieron una botella, que él cogió.

—¿Y mis padres, también han desaparecido?

—Allí están —señaló Karen con una carcajada—. Tu madre lleva hablando con Vika más de media hora, parece que le ha caído bien.

De hecho, Vika había pedido ayuda muda un par de veces haciendo gestos en su dirección, pero sus dos amigas se habían encogido de hombros con caras inocentes.

Shane miró a su madre, imaginándose que se traía entre manos uno de sus famosos interrogatorios pre-novia, y le entró la risa. Lo lamentaba

por Vika, pero se alegraba por él.

Tras pasar el día entre prueba y prueba, Evan estaba al borde de un ataque de nervios. No podía más, ver a Leslie sonriendo aquí y allá, con la faldita aquella que por momentos le parecía demasiado corta, iba a acabar con él.

Tras entregar otro premio, se fue a tomar un par de pintas a ver si se tranquilizaba. Pero el primer sorbo se le atragantó cuando Murtagh le pegó uno de sus manotazos en el hombro.

—¿Dónde vas tan rápido, *laird*? — preguntó—. ¿No sabes que las prisas no son buenas?

—¿Qué?

—Sí, hombre, ya sabes —le dijo Connor, con otro manotazo en el otro hombro—. No corras tanto, a ver si vas a llegar demasiado pronto.

Y se empezaron a reír a carcajadas.

Evan les miró alternativamente. No podía ser. Pero tanto cachondeo ya no era normal, y si añadía las frasecitas de las chicas...

—No sé de qué estáis hablando, pero ya vale la tontería, ¿no?

—Sí, claro, enseguida acabamos, como a ti te gusta.

—¡Pero queréis dejarlo ya! —Les señaló con el dedo, furioso—. No sé qué cojones pensáis que habéis oído, pero...

—Nada, nada, solo rumores, ya

sabes —dijo Connor, sin poder aguantar la risa.

—¿Y qué se supone que habéis oído?

—Que llegas rápido a... tierra inglesa.

Les entró tal ataque de risa que casi les lloraban hasta los ojos. Evan se bebió la cerveza de un trago, dejando la jarra con tanta fuerza sobre la barra que no la rompió de milagro.

Se acabó. Aquello ya era la gota que colmaba el vaso.

—Os podéis ir a tomar por...

Pero ellos estaban apoyados el uno en el otro partiéndose literalmente de risa, y no lo escuchaban, así que se marchó con paso decidido a terminar

con aquello de una vez por todas.

Por fin, vio que las chicas estaban lejos de ella; aprovechó que Leslie estaba sola por una vez y la alcanzó, cogiéndola del brazo para que anduviera con él.

—Ven conmigo —dijo, ante su mirada de sorpresa.

Leslie miró a todos lados en busca de ayuda, pero nadie les estaba prestando atención y para cuando se dio cuenta, Evan la había arrastrado lejos de la multitud y la llevaba hacia unos edificios de madera aislados de la zona del campeonato. Lo único que había cerca era unas cuantas cabras y ovejas (lanudas, pero supuso que como todas las ovejas normales).

Evan abrió una puerta de madera de un cobertizo, tiró de ella hacia el interior y trancó la salida con una madera.

—¿Pero qué estás...? —intentó protestar ella.

—¿Tú crees que lo que estás haciendo es normal? —casi gritó, señalándola con el dedo con expresión furibunda—. Pasearte así como si nada.

—¿Qué? —Se miró, y luego a él—. Pero si tú llevas falda todo el día y...

—Es un *kilt*, no una falda. Y no es eso, maldita sea. —Se acercó a ella, con ojos chispeantes—. ¿Tú sabes lo que me pone verte vestida así, con mis colores?

La cogió por las caderas, arrimándola a su cuerpo.

—Pero... pero... —tartamudeó Leslie—. Todas las chicas van así.

—Pero no a todas les queda igual. —La elevó para apoyarla en la pared, y ella le rodeó la cintura con sus piernas por instinto—. La otra vez lo hicimos a tu manera. Ahora va a ser a la mía.

—Evan... —Él ya la estaba besando el cuello, haciéndola estremecer—. No sé si es buena idea...

Notó que la sujetaba solo con una mano, mientras con la otra buscaba en el *sporran* y la sacaba llena de paquetitos para mostrárselos.

—Vengo preparado —dijo, contra sus labios—. Llevo con ellos a cuantas semanas, así que no tienes excusa. Dime que estás de acuerdo, Leslie. A mi

manera. Te vas a estar calladita, y lo único que vas a emitir son los gritos de placer que te voy a provocar.

Leslie estuvo a punto de soltarle un *qué más quisieras*, pero el tono en que se lo había dicho le dejó la garganta seca y solo pudo afirmar con la cabeza. Algo le decía que aquello iba a ser diferente a su primer encuentro.

Satisfecho por su respuesta, Evan regresó a su cuello, pero esa vez con aquellos mordisquitos que le encantaban. Evan le mordió el lóbulo de una oreja, para después llegar a sus labios y pasar la lengua por ellos antes de introducísela en la boca. Leslie le abrazó gimiendo; cuando la besaba así... Dios, le hacía perder la noción del

tiempo y de todo lo que la rodeaba. Evan dejó su boca para bajar por su cuello hasta enterrar la cabeza entre sus pechos. Le desabrochó con los dientes los botones de la camisa para poder acceder a ellos; de nuevo la sostuvo solo con una mano, mientras con la otra le soltaba el sujetador para acceder a los pezones. Se metió uno en la boca, succionando, a la vez que acariciaba el otro con la palma de la mano.

Leslie intentó quitarle la camiseta, pero estaban demasiado pegados, con su sujetador en el medio, y no podía moverse bien. Evan se apartó unos milímetros.

—Voy a dejarte en el suelo —avisó, con voz ronca.

Leslie afirmó de nuevo, temiendo perder el equilibrio. Pero Evan la dejó con la espalda apoyada en la pared, así que tenía ayuda. Y tampoco se paró a pensarlo, se enredaron en un lío de manos y ropa mientras ella le quitaba la parte de arriba del tartán y la camiseta, y Evan se deshacía de su camisa y sujetador. Se quedaron mirándose unos segundos a los ojos, ambos con la respiración agitada. Leslie le acarició el pecho, deleitándose al notar esos músculos duros que la vez anterior no se había parado a disfrutar. Bajó las manos hasta la falda (no, *kilt*) y al meterlas por la cintura, se quedó quieta.

—No llevas nada debajo —jadeó.

—No —confirmó él, empezando a

desabrocharse el *sporrán* y el cinturón —. Dejémoslo en que en invierno soy un poquito menos escocés que en verano. —Le guiñó un ojo—. Y no quiero pillar una neumonía.

Dejó el *sporrán* caer al suelo con el cinturón, y se abrió el *kilt* en un movimiento demasiado lento para el gusto de Leslie, que empezaba a pensar que se caería redonda al suelo si no fuera por la pared de detrás.

Como si tuviera todo el tiempo del mundo, Evan retrocedió un par de pasos y terminó de quitarse el *kilt*. Leslie tragó saliva, mientras le observaba extenderlo sobre la paja. Madre mía, menudo cuerpazo...

«Ay, Dios, que me va a tirar ahí»,

pensó. «Yo, en un pajar».

Pero la idea, que meses atrás le habría parecido poco menos que cavernícola, en aquel momento no hizo sino excitarla aún más.

Sin embargo, Evan regresó junto a ella para besarla de nuevo, apretándola contra la pared. Bajó las manos hasta su falda, hasta llegar a la tela de su ropa interior... y romperla sin más miramientos. Leslie ni protestó, ya le daba todo igual, porque al momento tenía sus dedos tocándole entre las piernas... y sabía muy bien dónde tocar, desde luego. Tenerlo desnudo mientras ella seguía con la falda no ayudaba a mantener la cordura, tampoco. Elevó una pierna para atraerlo hacia ella, mientras

enredaba las manos en su pelo.

—Evan... ponte...

—Shhh. —Le mordió el labio inferior—. ¿No habíamos quedado en que ibas a estar calladita?

—Pero quiero...

—Lo sé. —Le cogió la cara para que lo mirara a los ojos, oscurecidos de deseo—. Y enseguida, *lassie*. Pero antes quiero que grites por mí, ya te lo he dicho.

Leslie no había gritado nunca ni tenía intenciones de hacerlo, pero tampoco lo pudo pensar mucho porque Evan siguió moviendo los dedos mientras volvía a su ataque en el cuello, encontrando puntos sensibles tras su oreja, en su clavícula, produciéndole

unos ramalazos como corrientes eléctricas que nunca había sentido antes. Y se dio cuenta de que estaba gimiendo, a punto de gritar, y para evitarlo le mordió el hombro, ahogando el sonido en su piel.

Notó cómo Evan acariciaba su pelo, y enrojeció al levantar cabeza y ver la marca en su hombro. Evan la besó en una oreja.

—¿Preparada para otro asalto? —susurró. Leslie le miró aún temblando—. No me diste tiempo la otra vez, *lassie*. Tenía pensado unas cuantas cosas más. Así que tengo que resarcirme.

Tiró de ella para llevarla entre besos hasta la manta. La tumbó con

cuidado y siguió con sus labios por su pecho y estómago, bajando hasta la falda para desabrochársela y echarla a un lado.

Le cogió una pierna para levantar el muslo, y poder dejar en el interior unos cuantos de aquellos mordisquitos. Pero cuando Leslie pensaba que iba a seguir, la soltó e hizo lo mismo en el otro. Estaba tan tensa y excitada que cuando por fin hizo mismo entre ellos dio un bote, y Evan la retuvo con el brazo, cruzándolo sobre su estómago para que no se moviera. Y siguió, sin prestar atención a cómo ella se retorció y alargaba las manos intentando que se pusiera sobre su cuerpo.

Leslie estaba a punto de volverse

loca. ¿Es que aquel hombre quería acabar con ella? Le deseaba, ¿por qué no se tumbaba sobre ella y...? Gimió cerrando los ojos.

—Evan... —murmuró.

Pero él siguió hasta que de nuevo logró que se estremeciera de pies a cabeza.

La miró con una sonrisa, mientras subía para estirarse sobre ella y acariciarle las mejillas con los pulgares. Leslie suspiró, enredando las manos en su pelo.

—¿Estás bien? —preguntó él, rozando los labios con los suyos—. ¿Quieres más?

—Sabes lo que quiero...

—Dímelo.

—Evan... —Él se acomodó entre sus piernas, pero no se movió, lo que le dio a ella ganas de matarlo—. Te juro que como no... como no...

—¿Como no qué?

Leslie le tiró del pelo, besándole con fuerza mientras intentaba atraerlo con sus piernas, con las que le había rodeado, pero Evan sonrió contra sus labios sin moverse.

—Dímelo —susurró.

Leslie estaba tan roja que pensaba que iba a explotar. Pero lo deseaba como nunca había deseado a nadie, ya se había encargado el muy maldito de eso. Y estaba en un pajar, por Dios, a plena luz del día. No es que le quedara ya mucho más por lo que sentir vergüenza.

—Te quiero dentro de mí —
murmuró, en su oído.

Y entonces sí gritó cuando él, de un solo movimiento, entró en ella con un gruñido. Leslie se perdió del todo. Se arqueó hacia él, como si quisiera juntar sus cuerpos en cada milímetro de piel. Notaba sus manos acariciándola, su boca besándola y mosdisqueando su cuello... parecía estar en todas parte, todo su cuerpo vibraba bajo él, pidiendo más y más... Lo abrazó con fuerza, siguiendo sus movimientos casi con desesperación. Pero cuando estaba a punto de explotar de nuevo, él empezó a moverse más despacio, enloqueciéndola más aún.

—No te pares —suplicó.

—No podría aunque quisiera.

La besó, acelerando sus movimientos de nuevo. Habría seguido torturándola un poco más, pero ya estaba llegando a su límite y necesitaba enterrarse en ella. Capturó sus gritos con su boca, notando cómo se tensaba alrededor de él, y no esperó más para dejarse llevar.

Se quedó unos segundos sobre ella, sin aliento. Su cuerpo temblaba ligeramente por la intensidad de lo que había sentido, había sido incluso mejor de lo que había imaginado. La besó con una sonrisa, mientras se echaba a un lado y le apartaba un mechón de pelo del rostro.

—¿Cansada? —preguntó.

Leslie levantó la vista, con la respiración aún agitada. Su cuerpo había empezado a relajarse, y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Te burlas de mí? —contestó, sin saber qué esperar.

—Te doy un minuto, y seguimos.

Leslie abrió los ojos desmesuradamente. ¿Estaba loco? ¡Que a ese paso no iba a poder andar! El solo pensamiento la hizo enrojecer de nuevo. Estaba pensando qué contestar cuando lo vio coger otro de aquellos paquetitos... y su cuerpo traidor se excitó de nuevo cuando Evan deslizó un dedo por su rostro, bajando desde la frente hasta la nariz y la barbilla, y descendiendo en una suave caricia hasta el ombligo y más

abajo.

—Voy a tener agujetas una semana
—fue todo lo que se le ocurrió decir.

—Eso pretendo.

La abrazó mientras se tumbaba y la colocaba sobre él, con sus piernas a los lados. Leslie apoyó las manos en su pecho para sentarse, y gimió cuando Evan la cogió por las caderas para guiarla e introducirse de nuevo en su interior. Leslie echó la cabeza hacia atrás, empezando a moverse. Pensaba que ya había llegado a su límite, pero estaba claro que Evan había despertado algo en ella que no sabía que existía. Parecía no tener suficiente de él. Lo oyó gemir, y sonrió al pensar que ahora tenía en sus manos el poder de torturarle

como él había hecho antes. Así que se lo tomó con calma, cambiando de ritmo o inclinándose según le veía cambiar de expresión. Hasta que llegó un momento en que Evan se sentó estrechándola con sus brazos para controlar sus contoneos, y juntos llegaron al final.

Se quedaron abrazados mientras recuperaban el aliento. Entonces oyeron unas gaitas a lo lejos.

—Creo que está acabando el concurso —comentó Evan—. Me estarán buscando para la entrega de premios.

Leslie lo miró confusa. ¿Concurso? ¿Ya había terminado el concurso de gaitas? Pero si cuando habían ido allí no había empezado, y duraba al menos una

hora... ¿Tanto tiempo llevaban allí metidos?

Se separó, consciente entonces de su desnudez y de dónde se encontraban.

—Voy a... Voy a vestirme —dijo, mirando alrededor—. Si encuentro todo, claro.

Evan se echó a reír.

—No cuentes con la ropa interior.

Le señaló los restos de la misma. Leslie la cogió para guardarla en el bolso, pensando en cómo iba a andar por ahí sin nada... Terminó de vestirse y se atusó el pelo, aunque estaba segura de que lo tendría hecho un Cristo. Miró de reojo a Evan, que estaba abrochándose el cinturón y colocándose el tartán sobre el hombro.

—Pues... —empezó, sin saber qué decir—. Me vuelvo a la feria.

—Asegúrate de dejarme bien.

Leslie palideció. Se fue hacia la puerta antes de que él le viera la cara, aquella frase le había dolido porque daba a entender que solo se había acostado con ella para demostrar algo. Lo cual debiera darle igual, ¿no? Se trataba de solo sexo, y por Dios, menudo sexo... pero algo extraño le ocurría porque quería más. No sabía qué, pero sentía que le faltaba algo.

Intentó levantar la madera que trancaba la puerta, pero se clavó una astilla en el dedo y la soltó maldiciendo. En un segundo, Evan estaba a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó,

mirándola preocupado.

—Sí, es solo una estúpida astilla.

Evan le cogió la mano para examinar su dedo, y se lo llevó a la boca. Leslie notó que le temblaban las piernas. Maldito fuera, estaba con todos los sentidos a flor de piel después de la experiencia. Intentó apartar la mano, pero Evan la retuvo unos segundos más; después la tocó con cuidado, y la astilla salió sin hacer daño.

—Hecho.

La miró con expresión triunfante, pero frunció el ceño al ver su expresión. Parecía incómoda, lo cual le mosqueó. Después de todo lo que había pasado aquella tarde, ¿le iba a venir de nuevo con el cuento de cada uno por su lado?

—Si quieres aclarar puntos otra vez, olvídalo —dijo, molesto—. Ya me quedó claro la primera vez.

—No es eso, yo... —Apretó los labios, indecisa—. No iba a... Quiero decir, es que... —se puso a la defensiva—. Bueno, tú tampoco quieres nada conmigo, ¿no? Esto ha sido por tu orgullo herido.

Le sostuvo la mirada, desafiante. Evan estaba alucinado, ¿es que esa mujer no sabía captar cuándo hablaba en broma? Porque eso era lo que había hecho cuando le había dicho que le dejara bien: bromear. Pero estaba claro que ella se lo había tomado en serio.

Entrecerró los ojos, intentando leer su rostro, pero la chica era difícil de

descifrar. Aun así, decidió probar. No perdía nada por intentarlo, el *no* ya lo tenía.

—Leslie, estás equivocada. —Le quitó un trozo de paja del pelo, acercándose a ella—. Quizá necesites un demostración un poco más larga de cuánto me gustas.

Solo de pensarlo, la chica se estremeció de placer. Evan la cogió por la cintura para atraerla hacia él, dejando sus labios a pocos milímetros de su boca.

—Para que quede claro, me gustaría poder repetirlo muchas veces más —susurró—. En tu casa, en la mía... hasta en el almacén del pub. Donde sea.

—Pero es que... es que yo... no

estoy acostumbrada a salir con nadie en plan serio. Siempre me sale mal.

—Pues no saldremos. Quedaremos para cenar, comer, ver alguna película... no sé, incluso dar algún paseo. Y después tendremos sexo desenfrenado.

—Creo que eso es lo que se denomina salir.

—Llámalo como quieras. —La besó, apoyándola contra la puerta—. Pero eso sí, a mi manera.

—¿Cómo?

Gimió cuando él la besó en el cuello, mientras levantaba su falda y metía la mano entre sus piernas. Estaba tan sensible que casi tuvo otro orgasmo solo con rozarla.

—Nada de listas.

—¿Listas? —Le clavó los dedos en los hombros, sin poder pensar al notar los suyos acariciándola—. Evan...

—Nada de normas. Como ahora. Podré besarte cuando quiera, morderte, romperte el camisón... —Leslie jadeó solo de imaginarlo—. Y sobre todo, quiero verte por la mañana. Quiero dormir contigo y ver cómo despiertas, y hacerte el amor recién levantada.

Leslie negó con la cabeza, mientras su cuerpo se sacudía de nuevo, dejándola más agotada aún. Evan la sostuvo entre sus brazos, sonriendo mientras la besaba.

—Yo también me levanto con el pelo revuelto —bromeó.

Leslie seguía negando con la cabeza.

Sabía que, probablemente, estaba siendo ridícula. Pero era algo que tenía tan grabado en su cabeza que le costaba soltarse. Su madre le había inculcado estar siempre perfecta, en todas las ocasiones. Ella no recordaba haberla visto jamás con un cabello fuera de sitio; estaba segura de que si la viera en aquel momento le daría un ataque al corazón. Y que Evan la viera tal cual se levantaba era algo demasiado... íntimo. Y una pequeñísima pero molesta parte de ella, le recordaba las enseñanzas de su madre sobre que el físico era lo más importante, y, por tanto, no podía dejar que un hombre la viera sin arreglar. ¿Y si descubría que en realidad no le atraía tanto?

—Leslie, vamos —siguió el—. Ni que fuera a echar a correr por verte sin peinar.

Ella lo miró asustada, y Evan parpadeó sorprendido. ¿En serio creía que eso podía ocurrir? ¿Pero qué ideas tenía esa mujer? Con lo segura de sí misma que parecía.

Leslie se dio cuenta de que él no lo entendía.

«Normal», pensó. «Ahora es cuando pensará que estoy chalada.»

—No puedes pensar eso de verdad —dijo Evan.

—Es que yo... —Cogió aire, buscando las palabras—. Mi madre decía que siempre hay que estar perfecta, dar imagen de ser

autosuficiente... No parecer vulnerable.

—¿Y crees que si te veo recién levantada creeré que eres débil? Leslie, eso es, perdona que te lo diga una soberana estupidez. Dame tu bolso.

Leslie se lo dejó, confusa por el cambio de tema. Le vio rebuscar en el interior, hasta sacar un espejo con expresión triunfal.

—Mírate.

Ella obedeció, y abrió los ojos asombrada. Tal y como había imaginado, tenía el pelo revuelto. Su pintalabios había desaparecido, pero sus labios estaban rojos e inflamados por sus besos. Tenía marcas en el cuello, las mejillas encendidas...

—Estás preciosa así, *lassie* —le

dijo, con ternura—. Te brillan los ojos, ¿no lo ves? Por lo que hemos hecho. No por nada artificial. Y sé que por las mañanas estarás igual de preciosa. — Ella abrió la boca, pero Evan la interrumpió—. Aunque tengas ojeras, me dará igual. Porque probablemente te las haya causado yo por no dejarte dormir. —Eso le hizo sonreír, como había pretendido—. ¿Estamos de acuerdo, entonces?

Leslie no estaba convencida del todo, pero por la forma en que la miraba no podía decir que no. Asintió con la cabeza, y Evan la besó, satisfecho. Después se apartó para quitar la madera de la puerta, y le dio un azote.

—Vamos, que lo de dejarme bien

iba en serio.

Le guiñó un ojo y ella por fin se dio cuenta de que le tomaba el pelo. No estaba acostumbrada a esas bromas íntimas, pero le dio una palmada en un hombro.

—Evan...

—Y ten cuidado. Ahora que estamos los dos igual bajo la falda... No te prometo no volver a secuestrarte en cualquier momento.

—No, no, yo voy a ir a casa a ponerme algo, y...

—Ni se te ocurra. —Le besó los dedos de una mano, con otro guiño—. Hazlo por mí.

Leslie no contestó, aunque no pensaba hacer caso... ¿verdad? Lo

observó alejarse con una sonrisa, mientras se arreglaba la falda con rapidez y se alisaba el pelo con las manos, procurando cubrirse el cuello con los mechones.

Salió con las manos sosteniéndose la falda, aunque la tela era pesada y no hacía viento. Karen la vio y le hizo gestos con la mano, así que se acercó pensando qué excusa poner para irse a casa.

—¿Dónde estabas? —preguntó la pelirroja—. ¡Que llevo una hora buscándote!

—Ah, bueno, yo... por ahí, ya sabes.

—No, no sé. —La miró con suspicacia, y le echó mano al pelo con expresión triunfal, para quitarle un trozo

de paja—. ¡No me lo puedo creer! —
bajó la voz—. No me lo puedo creer.
¿Has estado revolcándote en un pajar?
¿Con Evan?

—Shssssshh, por Dios, Karen, que
va a oírte alguien.

Karen la apartó un poco de la gente.

—Ah, no, Leslie. ¡Que habéis estado
una hora! ¿Eso quiere decir que no ha
sido *rápido*?

Leslie enrojeció negando con la
cabeza. Necesitaba unas cuantas
cervezas para poder hablar de ello
abiertamente; Karen le adivinó el
pensamiento, porque la llevó hasta una
de las casetas de bebidas.

—Quiero detalles, no te vas a librar
—insistió.

—Karen, de verdad que no...

—Al menos dime si habéis quedado en algo. Si ha sido solo un polvo o si habrá algo más.

Leslie se quedó callada, con los labios fruncidos. No era experta en relaciones, ya se lo había dejado claro a Evan. Así que no lo tenía muy claro... él le había dicho que quería que salieran, pero ya no sabía ni qué había contestado.

Además, en Londres salir era fácil: cenas, teatro, algún musical... y poco más. Y además, generalmente en grupo y sin muestras de afecto en público. ¿Pero allí? Visto lo visto, lo mismo la cogía Evan delante de todo el mundo en el pub y se la llevaba al almacén... lo cual en

lugar de escandalizarla, le provocó una oleada de calor por todo el cuerpo.

Cogió una cerveza y le dio un par de tragos, mirando hacia el escenario donde Evan se había subido para repartir los premios entre los que tocaban la gaita. Karen siguió su mirada, y movió la cabeza.

—Me queda claro. —Y se echó a reír.

Aunque chispeaba un poco, el ambiente seguía siendo festivo y la música y bailes tenían pinta de no acabar hasta bien entrada la madrugada. Ya se había hecho de noche, y el cielo se empezó a iluminar con fuegos artificiales.

Leslie estaba mirando hacia arriba cuando notó que unas manos le rodeaban la cintura.

—¿Me has echado de menos, *lassie*?
—susurró Evan en su oído, besándola en el cuello.

—Me has asustado.

—Perdona. —La abrazó pegando el pecho a su espalda, y apoyó la barbilla en su cuello—. ¿Estás cansada?

Leslie se tensó, aunque aquella frase también le provocó un estremecimiento por todo su cuerpo.

—Evan, que hay gente alrededor, no puedes pretender...

Él se echó a reír, pero bajó una mano de forma disimulada por su cuerpo hasta la falda, y la metió por debajo

para comprobar que seguía tal y como la había dejado. Leslie le pegó un manotazo en la mano, y Evan volvió a ponerla en su cintura.

—Te juro que ahora mismo te llevaba otra vez al pajar, llevo pensándolo desde el concurso de rodillas —susurró—. Pero estaba pensando en que cenáramos algo juntos, y luego te acerco a casa. Y mañana te hago el desayuno, ¿cómo lo ves?

Leslie apoyó las manos sobre las de él, nerviosa. Notó que Evan se tensaba, y supuso que estaba temiendo que le rechazara. Pero aunque aún tenía reticencias, algo había cambiado en ella aquel día, porque decidió que era hora de dejar de pensar tanto las cosas. Se

dio la vuelta entre sus brazos, y apoyó una mano en su mejilla para ponerse de puntillas y besarle en los labios.

—Me parece buena idea —dijo.

Los ojos de Evan chispearon antes de besarla, y cuando la acercó más a él, Leslie sonrió con malicia.

—¿Eso que noto es el *sporrán* o...?

—Nos vamos.

Y la cogió de la mano para tirar de ella hasta su moto.

A Shane le costó llevarse a su familia a casa, todos parecían felices y contentos con el día que habían pasado y esos fuegos artificiales de despedida, pero estaba agotado. El camino hasta allí no ayudaba demasiado, pero no se le hizo largo porque Karen iba junto a él.

—Tu familia está como una cabra — le comentó ella, mirando hacia atrás donde todos iban un poco dispersos, los padres cogidos de la cintura haciéndose arrumacos, y las hermanas casi todas borrachas y cantando.

—Ya sabes, somos irlandeses, no podemos evitarlo.

—¿Hasta cuándo se quedan?

—Pues mañana me caen veintinueve años y al parecer hay necesidad de celebrarlo, pero creo que al día siguiente escaparán, por suerte para Vika.

Ella se echó a reír al escuchar aquello, aún recordaban como Vika había aparecido agitada después de mucho rato para decirles que Erin no

dejaba de hacerle preguntas como *qué pensaba hacer con su futuro* o *si le gustaban los niños*. Opinaba que estaba como una cabra, y aunque al decirlo puso gesto de disculpa hacia Shane, después salió corriendo para que Erin no volviera a localizarla.

—Me da pena —comentó Shane, aunque la expresión risueña de su cara no decía lo mismo.

—Tranquilo, antes de irme la vi metida en la caseta de *Irn Bru* con Murtagh. Así que seguro que ha terminado bien la noche —la chica se detuvo en frente de su puerta.

—Y Davina ha ganado ese concurso raro de rodillas —añadió él.

—Lo gana todos los años —Karen

sonrió, observando como la familia de Shane les alcanzaba a pesar de caminar tambaleantes—. Bueno, pues espero que paséis la noche lo mejor posible. —Le miró a él—. ¿Tienes palanganas a mano, no?

—Ni loco. Que se ayuden entre ellos. —Shane se hizo a un lado mirando como sus cuatro hermanas pasaban a su lado en dirección a casa de Karen, sin dejar de cantar *Greensleeves* y desentonando bastante, ya puestos—. ¡Eh, vosotras! Intentad dar la menor tabarra posible, ¿entendido?

—Sí, sí —chapurreó Imogen, apoyándose en una de sus hermanas.

—Madre... —Shane miró a Karen—. De verdad, espero que te dejen

dormir. Pueden ser un poquito escandalosas.

—Yo creo que con esa borrachera de nivel veinte caerán en coma, no te preocupes. —Oyeron cómo las chicas entraban a trompicones en la casa de la pelirroja, riendo—. A lo mejor cuando suba me las encuentro dormidas en mi cuarto...

—¿Entiendes ahora por qué temo cada vez que amenazan con visitarme? —Él alzó la mirada al cielo, lo que hizo reír a la chica.

—Oye —Karen consultó el reloj—. Hace rato que hemos pasado de la medianoche, ¿sabes lo que eso significa?

—No te conviertas en calabaza, por

favor...

—Serás bobo... no, significa que ya es tu cumpleaños, así que voy a ser la primera en felicitarte. —Y acto seguido, le dio un abrazo, uno de esos que no dejaban correr el aire y un poco más largos de lo habitual entre amigos. Luego Karen se separó, le besó en la mejilla y le dijo—: Feliz cumpleaños, irlandés. Mañana me paso a verte.

Y se marchó hacia su casa antes de que sus invitadas cerraran la puerta y la dejaran fuera. Shane se quedó inmóvil con la mirada fija en ella y sin saber bien por qué no había aprovechado el momento para... algo. Pero entonces recordó que sus padres y Orla continuaban detrás y se giró,

alegrándose de no haberlo hecho. Qué vergüenza.

Erin miró a su marido.

—Mierda —susurró, para que su hijo no la oyera—. ¡Me equivoqué de pelirroja!

—Eso te pasa por alcahueta —Cieran se echó a reír, imitado por Orla—. Anda, vamos, deja tranquilo a tu hijo y no te metas en sus asuntos.

La mujer le siguió refunfuñando al interior de la casa, mientras Orla agarraba a su hermano de la cintura para entrar con él.

Cuatro puntos

Leslie abrió los ojos, despertando de un sueño muy placentero... para encontrarse con el rostro dormido de Evan a pocos centímetros del suyo.

Su primer instinto fue salir corriendo de la cama para ir a peinarse, pero él tenía un brazo rodeando su cintura y cuando se movió, el chico la sujetó con más fuerza, aunque sin despertarse. Y entonces todas las imágenes del día anterior volvieron a su mente. Al final no habían ido en moto porque primero, Evan se dio cuenta de que no tenía otro casco a mano, y segundo, Leslie se negó en redondo a subirse ahí ante la falta de

ropa interior, no era plan de ir con sus encantos al aire y que la viera todo el mundo. Así que habían regresado en su coche. En cuanto habían entrado por la puerta, Evan la había cogido para apoyarla contra la pared de la entrada, sobre el mueble donde Leslie solía dejar las llaves, que en aquel momento cayeron al suelo olvidadas, con todo lo demás que había sobre la madera.

La había besado de aquella forma que le hacía olvidar todo, y en unos segundos la había penetrado de un solo movimiento. Leslie solo había podido aferrarse a su cuello y gritar de placer... de nuevo, tal y como él le había dicho que haría.

Se movió con cuidado de no

despertarlo, poniéndose de lado para observarlo. Tenía agujetas en lugares que jamás había tenido, y le contempló recordando por qué. Si se paraba a pensarlo, no entendía qué veía en él, a ella siempre le habían gustado los hombres serios, con traje, que se ajustaban a una agenda y con quienes, de tener una relación, sabía que sería sin sorpresas.

Pero con Evan era todo diferente. Aquel humor suyo... bueno, aún tenía que pillarlo del todo, pero le gustaba. Igual que el hecho de que le hubiera demostrado que ser espontáneo podía ser mejor que su forma de planificarlo todo. Por no hablar de esa manera que tenía de mirarla, haciéndola sentir de

una forma especial. Le acarició una mejilla, algo áspera por la barba incipiente. Y sí, demonios, era tan guapo que le daban ganas de comérselo.

Entonces Evan entreabrió los ojos, y durante un segundo Leslie contuvo la respiración. Ahí estaba, iba a verla tal cual era, y... pero él esbozó una sonrisa perezosa y bajó la mano por la curva de su espalda.

—Buenos días, *lassie*. —La atrajo hacia sí para besarla—. ¿Llevas mucho despierta?

—Un poco. —Le vio alargar la mano hacia la mesita—. Pero si estás todavía dormido...

—No te preocupes. —La besó de nuevo colocándose entre sus piernas—.

Hay ciertas partes de mi cuerpo que se despiertan antes que yo.

Y para demostrárselo la penetró despacio, haciéndole el amor de una forma lenta mientras se despertaba del todo.

Un largo y placentero rato después, la miró con una sonrisa.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. Porque yo me comería a una vaca, al final ayer no cenamos.

—Bueno, eso fue culpa tuya, ¿no? Que me atacaste en la entrada sin darme tiempo a nada.

Evan la observó unos segundos, por si aquella frase era un reproche. Aún no tenía muy claro que ella hubiera aceptado su forma de hacer las cosas

todavía. Pero detectó una chispa en sus ojos que antes no había, y le dio un azote antes de levantarse.

—Creo que no te quejaste —le dijo, con un guiño—. Voy a hacer unas tortitas, ¿te apetece?

—Ay, no, Evan, de verdad. —Él la miró extrañado—. Tengo que tener cuidado, he engordado desde que estoy aquí.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Leslie cara de susto y se tapó con las sábanas. Evan se dio cuenta de cómo había sonado, y se acercó de nuevo para sentarse a su lado.

—Leslie, ¿de verdad quieres tener esta conversación otra vez? —preguntó—. ¿Es que no te he demostrado ya de

unas cuantas maneras que me tienes loco?

—Sí, pero es que...

—Vamos a ver si me explico bien, y se te mete en la cabeza. Me gustas ahora incluso más que antes, porque tengo donde agarrar. Y si engordas más, pues vale. Y si no, pues también. Y ahora me voy a hacer un desayuno como Dios manda y te lo vas a comer, porque tenemos que volver al recinto, los campeonatos siguen dentro de una hora. —Le dio un beso y fue hasta la puerta, desde donde la miró—. Ah, y otra cosa: iremos juntos. Y no pienso reprimirme, si quiero besarte delante de todo el mundo, lo haré, ¿está claro?

Leslie se envaró sin poder evitarlo

ante su tono.

—Bueno, Evan, a ver... —empezó.

—Puedes llamarte machista o cavernícola o lo que quieras, pero quiero que todos sepan que estamos juntos.

—Ya solo te falta decir que soy tuya, como si fuera una vaca y me fueras a marcar.

—*Lassie*, lo eres. Pero todavía no te has dado cuenta.

Leslie tiró un cojín hacia la puerta que él estaba cerrando con una sonrisa maliciosa. Bueno, aquello era el colmo. Que ella no era de las que se iban a supeditar a un hombre ni nada parecido, si se pensaba que su relación iba a ser así, lo llevaba claro.

Se metió en la ducha rumiando qué hacer. Porque no quería discutir, no le gustaban esas conversaciones sobre *quién tiene más razón*, y por eso no había tenido muchas relaciones. A la menor complicación, los dejaba. Pero no quería que eso pasara con Evan, cuando apenas si habían empezado algo. Se secó pensativa, y cuando salió dudó si ponerse la falda maldita (o bendita, porque al final había logrado su objetivo). Se decidió por el sí, y bajó con ella a la cocina. Intentó mantener la compostura, pero que Evan siguiera desnudo mientras le servía el desayuno desde luego no ayudaba.

—¿No piensas vestirte? —le preguntó, con más brusquedad de la que

pretendía.

Él alzó una ceja, sorprendido ante su tono. La observó inquisitivo mientras ella bajaba la vista y partía un trozo de tortita.

—Te las he hecho con avena — comentó—. Pensé que lo preferirías a la harina, por eso saben así.

—Gracias.

Ahora se sentía avergonzada por lo que había estado pensando. Vale, el chico tenía sus arrebatos a lo *Braveheart*, pero era él quien le había hecho el desayuno. No al revés. Y encima pensando en sus gustos.

—Leslie, si te molesta algo dímelo —pidió él, acercándose—. No quiero que haya malentendidos estúpidos entre

nosotros, ¿de acuerdo? Si algo no te gusta, dímelo. Y yo haré lo mismo. Si no, no llegaremos a ninguna parte.

—Es que tú... —Movi6 la cabeza —. ¿No crees que somos muy diferentes, Evan?

—SÍ. ¿Y qué? Eso es lo divertido. Si fuéramos iguales, ¿no crees que nos aburriríamos?

—Pero lo que has dicho antes...

—¿El qué, exactamente?

—Lo de ser machista.

—¿Crees que lo soy? Si lo llego a saber, te mando hacerme el desayuno, la comida, que me traigas unas zapatillas... ah, y te prohíbo trabajar, por supuesto. Y llevar falda, ya puestos, que seguro que vas provocando a todos por ahí.

Pero yo sí la seguiré llevando, eso que te quede claro.

Leslie suspiró, estaba siendo ridícula y él se lo acababa de demostrar. Evan se acercó y le cogió la barbilla, elevando su rostro para que le mirara.

—¿Todo claro? —preguntó.

—Sí, todo claro. Y ahora ve a vestirme, que me estás poniendo nerviosa.

—¿Te das cuenta de que si fuera al revés, y yo pensara que me estás provocando, dirías que soy un machista?

—Pues vale, soy una feminista. Pero vístete, o...

—¿O qué?

—O...

Se humedeció los labios y se subió

sobre la encimera, estirando las piernas para atraerlo. Y Evan no le preguntó cuál era la otra opción.

Shane estaba poco menos que estupefacto. Entre vigilar a sus hermanas, evitar que su madre se quedara a solas con ninguna de las pelirrojas de nuevo e intentar enterarse de algo del campeonato, apenas si había prestado atención a su jefa. Y ver a Leslie entregar un premio junto con Evan, y que luego este la besara delante de todo el mundo como si no hubiera un mañana... en fin, no era algo que se veía todos los días. Estaba tan sorprendido que no se dio cuenta de que Karen estaba a su lado hasta que esta le dio un

codazo.

—Parece que hubieras visto un fantasma —le dijo.

—¿Qué le habéis hecho a mi jefa y dónde la tenéis secuestrada? —preguntó.

—Mira que eres tonto. ¡Si tú les organizaste la primera cita!

—Ya. Pero ni de lejos pensaba que los vería así.

—Ya ves. Es lo que se denomina *el poder de una falda*.

Él la miró con suspicacia.

—Es decir, que sí habéis tenido algo que ver.

—No subestimes el poder del triunvirato. —Le dio un empujoncito al ver que enrojecía—. Tranquilo, no eres el primero que nos llama así. Pero

bueno, que lo que yo venía a decirte es que esta noche hay fiesta en el pub, para celebrar tu cumpleaños.

—¿Qué? No, no, que no me van las multitudes, Karen.

—Pues se siente, he hablado con tu madre y le ha parecido buena idea, así que... estate allí a las nueve o iremos a buscarte.

Y se alejó dejándole preocupado por aquel *he hablado con tu madre*. Pero no pudo dedicar ni dos segundos al tema, porque visualizó a su hermana Siobhan en la zona de tiro, con un escocés abrazándola por detrás mientras supuestamente le *enseñaba* cómo lanzar, así que se dirigió resuelto hacia allí.

Antes de que se diera cuenta, los

juegos terminaron. Pensó en intentar escaparse a su casa, pero Connor y Murtagh le rodearon sin darle opciones.

—Nos ha dicho Karen que te acompañemos al pub —comentó Connor—. Por si te perdías.

—Qué acoso, por Dios. Podéis dejarme espacio, sé llegar solito.

Así que no le quedó más remedio que dejarse llevar. En cuanto atravesaron la puerta, se encontró con que el pub estaba lleno por toda la gente del pueblo. Su familia estaba en el centro, esperándole, y sus padres tenían dos tartas llenas de velas.

Su hermana Orla se colocó a su lado, mientras escuchaba cantar el *Cumpleaños feliz* sin entender ni una

palabra; no, si al final, tendría que aprender gaélico.

—Me encanta este pueblo —susurró su hermana—. Se parece al nuestro, la gente es tan acogedora...

Shane no pudo sino admitir que era cierto. Vale, tenían sus momentos malos, pero le trataban como uno más. Mientras esperaba que terminara la canción, recorrió el lugar con la vista. Connor y Murtagh cantaban a pleno pulmón, cada uno ya con una pinta de cerveza en la mano. Su jefa, irreconocible con aquella sonrisa de felicidad en la cara, estaba apoyada en el pecho de Evan, que la abrazaba por detrás como si fuera lo más natural del mundo. Y el triunvirato pelirrojo... Vika y Davina le estaban

lanzando besos, y su pelirroja... (¿en qué momento había empezado a pensar en ella así?) le miraba con una sonrisa que le derretía por dentro. Y le hizo maldecir la amistad.

Pero sus padres se acercaban con las tartas, así que tuvo que concentrarse en ellos y soplar las velas, con un deseo claro en su mente.

La gente prorrumpió en aplausos, y Karen se acercó con dos paquetes en las manos.

—Esto es para ti —le dijo, entregándole uno—. De parte de todos.

Le dio el otro a Orla, que se lo agradeció con un beso en la mejilla. Shane abrió el paquete a la vez que su hermana... y se quedó mirando el

interior con incredulidad.

Orla sacó la falda escocesa y se la puso sobre la ropa, dando vueltas.

—Me encanta, muchas gracias. Shane, saca el tuyo, venga.

Él no tuvo más remedio que obedecer. Y sí, no se había equivocado: era un *kilt*. Con su cinturón, su *sporrán*, vamos, el equipo completo. Le dieron ganas de matar a Karen, porque cuando la miró se dio cuenta de que estaba reprimiendo la risa. No se pondría una falda ni loco, aunque entendía que ellos lo hicieran y que aquel gesto, entregarle e l *kilt* con los colores del clan McKinley, era otro símbolo de su aceptación. A ver cómo salía de esa sin quedar mal.

—¿No vas a probártelo? —preguntó Karen.

—¡Que se lo ponga, que se lo ponga! —empezaron a corear sus dos supuestos amigos escoceses.

Shane levantó un brazo y lo agitó, intentando que se calmaran los ánimos.

—¡Vale, de acuerdo! —gritó—. Agradezco infinitamente el regalo. Y me lo pondré... —hubo un grito general de alegría—... el día que deje de llover.

Y entonces el suspiro de todas las voces fue de desilusión. Evan besó a Leslie en el cuello para después soltarla y acercarse a él. Le dio uno de aquellos manotazos que debían ser marca registrada de su clan, y le apretó el hombro.

—Reto aceptado —dijo, antes de girarse hacia la gente—. ¡Vamos, una ronda a cargo de la casa para celebrarlo!

Y la cerveza corrió como si fuera un río, haciendo olvidar a todos que, al final, el irlandés no se había puesto el *kilt*.

* * *

Un día después, Shane llevó a parte de su familia al aeropuerto mientras la otra parte conducía en el coche de alquiler. Karen, Vika y Davina se despidieron de ellos deseándoles buen viaje, y después se marcharon al pub a tomarse algo.

—¿Llamamos a la jefa? —quiso saber Davina, sentándose.

—Le he escrito un *WhatsApp*, pero ni lo ha leído —respondió Karen—. Debe estar muy ocupada, yo que le había traído un regalito...

Las tres se rieron a la vez, siendo todas conscientes de que en la barra solo estaba Owen atendiendo al personal.

—Con tanta felicidad... —murmuró Vika—. Evan y la *sassenach*, quién lo hubiera dicho... desde luego, tu primo es *especialito*.

—Oye, ¿y tú qué tal con Murtagh? —Karen le pegó un golpe en el brazo—. ¡Que el primer día del campeonato os vi al marcharme muy juntitos!

—Ay —Vika asintió—, tuvimos un intercambio. Breve, pero interesante.

—¿Vais a empezar a salir? —
intervino Davina, expectante.

—No, no, he dicho que tuvimos un intercambio. En realidad es un poco bruto, no sé si quiero salir con él en serio, pero para ciertos momentos me sirve. Ya sabéis.

Las dos se miraron.

—Joder, Vika, no hay quien te entienda...

—¿Qué queréis que haga? ¡Me gusta cambiar! —protestó ella, y todas se callaron unos segundos cuando apareció Owen para dejarles la bebida, con un guiño de ojo—. Pero cambiando de tema...

—¿Me ha guiñado el ojo a mí? —la cortó Davina esperanzada.

—No, ha sido general —Vika abortó el intento de llamar la atención de Davina con un gesto tajante con la mano —. Vamos a dejar de hablar de la inexistente vida sentimental de Davina y de la mía, que tampoco existe como tal, y vamos a hablar de la tuya —señaló a Karen.

Ella miró detrás de sí, como buscando a alguien.

—¿Me dices a mí? ¿Qué vida sentimental, perdona?

—No, no disimules. —Vika se cruzó de brazos—. Creo que ya es hora de que nos cuentes la verdad sobre el irlandés y tú, ¿no crees?

Karen se encogió de hombros y miró a Davina en busca de ayuda, pero esta se había aliado con su otra amiga porque también la observaba de forma interrogativa.

—¿Qué verdad? No ha pasado nada.

—Ya, si eso lo sabemos. Pero la pregunta es a qué esperas, porque ambas tenemos claro que te gusta.

—Ah, ¿sí? —preguntó Davina, y en seguida se corrigió—. Sí, claro, es muy obvio.

Karen se cruzó de brazos. Primero, no le gustaba que insinuaran que era *muy obvio* porque a ella se le daba bastante bien disimular, y segundo, no le apetecía mucho hablar del tema. No estaba segura si Vika y Davina eran las adecuadas

para aconsejarla en ese tipo de cuestiones... que no es que a ella le salieran sus relaciones de maravilla, pero al lado de sus amigas era capitán general.

—¿Cuál es el problema, Karen? ¿Inseguridad, timidez? —aventuró Davina—. Porque, si se trata de inseguridad, yo tengo un máster en eso y puedo ayudarte. Tengo una lista de diez frases que debes repetirte todos los días frente al espejo, y...

Vika le dio un codazo para que se callara.

—¡Que no es eso! Déjala que hable.

—Vale. —Karen se inclinó hacia ellas, apoyando los codos en la mesa—. Os lo cuento. Veo dos pegas grandes así

en general. Primera, suponiendo que yo le interese, que aún no lo tengo claro, ¿qué pasa si me lío con él y después sale mal? Ya no lo tendría como amigo.

Sus amigas escucharon sus palabras, asintiendo al mismo tiempo.

—Segundo y más importante, ¿alguien se ha parado a pensar que este chico seguramente se va a marchar dentro de unos meses?

—Pero eso no lo sabemos... —objetó Davina.

—Por eso mismo, no lo sabemos. Y como no lo sabemos, no voy a hacer el idiota.

—Karen, no puedes pretender calcularlo todo. Si te gusta te gusta, independientemente de ciertos detalles

secundarios.

La chica abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Detalles secundarios? Lo que me estás diciendo es que me tire a la piscina con todas las consecuencias sabiendo que el nivel del agua está bajo.

Davina se quedó mirándola mientras pensaba en lo que acababa de escuchar.

—A ver, ¿podemos hablar sin metáforas, por favor? ¡Qué manía os ha entrado!

Vika negó de forma vigorosa.

—Yo no estoy tan segura de que se vaya... mira Leslie, ha empezado a salir con Evan y se la ve feliz siendo alcaldesa, además de que se ha animado a visitar a su padre. No sé tú cómo lo

ves, pero ahora tiene una cosa en la cara que no tenía cuando llegó: felicidad.

Davina asintió, corroborando aquella opinión.

—¿Vosotras creéis que si ahora le surgiera la oportunidad de volver a Londres no la aprovecharía? —quiso saber Karen—. Hablo de Leslie.

Sus dos amigas se pusieron de acuerdo para negar.

—¿Y qué va a pasar cuando Finn despierte? —volvió a preguntar Karen.

—Y esto, ¿qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Pues porque Shane es su ayudante, y si Leslie se va, él se va con ella. —Eso las dejó calladas durante unos segundos—. ¿Entendéis algo de lo que

os digo? —masculló Karen, exasperada.

—Mira, Karen, si de verdad piensas así pues vale, es tu decisión. Pero entonces deja de mirarle como si fuera un *brownie* de chocolate que quieres comerte... ¡que con tanta caidita de ojos me empiezas a gustar a mí también!

Eso hizo reír a Karen, que terminó por pegarle un empujón.

—Bah, tranquila, yo creo que ni se entera.

—Pero porque es como muy despistado —apuntó Davina—. Esas señales son demasiado sutiles, a lo mejor deberías intentar algo más radical.

—Miedo me da lo que vas a decir...
—repuso Karen, desconfiada.

—Iba a decirte que olvides correr las cortinas.

Tanto Vika como Karen se giraron hacia la inocente Davina, que les dedicó una sonrisa.

—¿Insinúas que me dedique a hacer *striptease* en mi cuarto?

—No. Solo que hagas lo que haces siempre, pero con las cortinas abiertas. —Y le guiñó un ojo—. Va a ser casi imposible que no te vea, ya sabes, eso puede sacarte de dudas.

Después de un sorbo de su cerveza, Karen llegó a la conclusión de que sus amigas la veían muy descarada; si no, no entendía aquellas sugerencias. Y hombre, no es que fuera tímida, pero lo de pasearse semidesnuda frente a la

ventana le parecían palabras mayores...

—Tienes que ser sutil pero seductora —aconsejó Vika.

—Liguero y tacones —apoyó Davina, empezando a entusiasmarse.

—No, que igual se cae por la ventana del susto —Vika se empezó a reír—. Deja el aspecto actriz porno mejor, algo más natural.

—O sea, que me pongo un sostén de los feos... —bromeó Karen—. Estáis como cencerros si de verdad pensáis que voy a pasearme en ropa interior delante de su ventana. No le veo el menor sentido a hacer eso.

—Mujer, es lanzar una indirecta. Él sabrá lo que hay y actuará en consecuencia... si no hace nada, es

porque solo eres una amiga y entonces podrás olvidarte.

Karen asintió, aquello ya tenía un poco más de lógica.

—Escuchad, lo haga o no, no le digáis nada de esto a Leslie. No me fio de que no se lo cuente, que llevan un montón de años trabajando juntos. ¿Vale?

Sus dos amigas estaban asintiendo cuando en aquel preciso instante apareció Leslie. Buscó con la mirada su mesa, y al verlas fue a sentarse con una sonrisa que le ocupaba todo el rostro, el cabello despeinado, y las mejillas ruborizadas: era la viva imagen de la felicidad, a pesar de que al sentarse hizo una mueca apenas perceptible.

—¡Hola, chicas! —saludó, mientras le hacía un gesto a Owen para que fuera a tomarle nota.

—¿Y esos pelos? —preguntó Davina, mirándole la melena.

—¿Qué pasa, que con tanto *folleteo* no te ha dado tiempo a pasarte las planchas? —se burló Vika, con una sonrisa malvada.

Leslie se encogió de hombros; en realidad era eso lo que pasaba, y tampoco tenía sentido negarlo porque al parecer ellas lo tenían claro.

—Menudo fin de semanita, ¿eh? ¿De qué habláis?

—Poca cosa —Karen tomó la palabra por si acaso Vika o Davina sentían la necesidad de ignorar su

petición. Abrió su bolso, mirándola—. Te he traído algo. Creo que, por cómo caminas, te va a venir bien.

Leslie la miró de manera interrogativa, pero al entender sus palabras enrojeció un poco. Mira que se lo había dicho a Evan... observó el botecito de pomada, junto a otro de cápsulas de arándanos con los ojos abiertos de par en par.

—Antes y después —informó Karen, pasándole las cápsulas y la pomada—. Te irá bien en la primera fase de la relación. Después de unos meses no lo necesitas. —Y las tres rompieron a reír, atrayendo la atención de todo el local.

Leslie no reaccionaba. No sabía si sentirse molesta porque le dieran

aquellas cosas o reírse con ellas, pero finalmente optó por lo segundo. Al fin y al cabo, que sus amigas se divirtieran a su costa daba rabia, pero no escondía lo más importante: que tenía amigas.

—A esta ronda invito yo— dijo, sintiendo por una vez que su felicidad era completa.

* * *

Leslie colgó el teléfono y se quedó mirándolo pensativa. Cogió su móvil, pero al encender la pantalla vio la foto que Evan le había puesto de fondo de ellos dos juntos unos días atrás... y no llegó a marcar. Tenía que ir a verlo: llamar parecía algo demasiado distante.

Recogió su bolso y salió del despacho.

—Voy a una cosa, vuelvo en un rato —les dijo a Shane y Karen.

Ellos se despidieron distraídos con su pelea diaria sobre canciones, que aquel día estaba especialmente reñida.

Leslie se fue en el Mini hasta el pub. Al final le estaba cogiendo cariño al coche, aunque no se atrevía todavía a alejarse demasiado. Aparcó y se quedó mirando la fachada unos minutos. Las últimas semanas con Evan habían sido increíbles, le parecía que habían estado en alguna especie de burbuja, y temía que lo que iba a decirle lo estropeará todo. En fin, no tenía sentido posponerlo, mejor no esperar más.

Bajó del coche sin coger ningún paraguas, y entró en el pub por la puerta principal. Al ser media mañana, el local estaba vacío. Evan estaba limpiando unas mesas, y al verla entrar se le iluminó la cara con una sonrisa, que pronto se transformó en una de deseo al acercarse para besarla.

—Vaya, alcaldesa —le dijo, con tono malicioso—. ¿Escaqueándote de tus obligaciones?

—Evan...

—Estoy solo. —Le guiñó un ojo—. ¿Bajamos al almacén?

Leslie se vio tentada, pero se obligó a concentrarse en el tema que la había llevado allí y negó con la cabeza. Evan se dio cuenta entonces de lo preocupada

que parecía, y le cogió las manos para apretárselas.

—*Lassie*, ¿estás bien? —preguntó —. ¿Es Finn?

—No, no es eso, yo... ¿podemos sentarnos? Tengo que hablar contigo.

Aquello ya le preocupó más. Evan la llevó hasta una mesa, y se sentó a su lado sin saber qué esperar. Por más que lo pensaba, no se le ocurría qué podía provocar que estuviera tan seria, aquella mañana habían hecho el amor antes de ir a trabajar y ella parecía feliz.

—Leslie, ¿qué ha pasado?

—Es solo... —Se mordió un labio —. Es que no quiero que las cosas cambien entre nosotros.

—¿Y por qué habrían de cambiar?

—Porque yo... porque tú... —Se apartó el pelo de la cara, nerviosa—. Es por el *resort*.

—¿Qué pasa con el *resort*?

—No hemos vuelto a hablar de ello desde que... bueno, desde que estamos... juntos. Y hoy he hablado con mi jefe, ya está todo en marcha. La semana que viene vendrá el arquitecto con el aparejador y un topógrafo, y en cuanto comprueben todo te harán el primer pago, y... y empezarán las obras.

Se quedó esperando, angustiada. Sabía que, aunque Evan había firmado y estaba de acuerdo, en el fondo no le gustaba lo que se iba a hacer allí. Y según pasaban los días, ella lo iba entendiendo mejor.

—¿Y? —replicó Evan, al fin.

Leslie le miró. La expresión de Evan no había cambiado, seguía mirándola preocupado, como si esperara algo más.

—Y nada —contestó—. Pero sé que no te gusta el proyecto, y...

—Leslie, he firmado. No hay más que hablar. Es bueno para el pueblo, es bueno para ti... —Ella movía la cabeza—. ¿Qué te preocupa realmente?

—No quiero que pienses que solo me importa mi *bonus*, yo... Evan, cuando vine solo eran unos terrenos. Pero ahora de verdad que siento que soy parte de esto, y no...

Evan la interrumpió con un beso apasionado que la dejó sin aliento. Cuando al cabo de un par de minutos se

separó, Leslie le miró sin entender.

—Eres mi *lassie*, ya no eres una *sassenach* —le dijo—. Y sé que no dejarías que se hiciera nada para perjudicar a nuestro clan.

Leslie le abrazó, tranquilizada por sus palabras, aunque no por los planes del *resort*. Había cambiado los planos tres veces, pero seguía sin estar convencida. Había algo que se le escapaba, algo que no terminaba de encajar. Pero Evan no la dejó seguir pensando en el tema, porque se levantó cogiéndola de la mano para llevarla hasta el almacén.

* * *

Leslie tuvo que dejar todos sus trajes a un lado, con el ceño fruncido porque ningún pantalón le valía. Al final tuvo que ponerse unos vaqueros que se había comprado con Karen, y decidió acompañarlos con una chaqueta. No era su *look* favorito para una reunión de trabajo, pero esperaba que al ser un recorrido en coche para inspeccionar los terrenos, no importara su aspecto *casual*.

Evan la recorrió con la vista cuando bajó las escaleras y se reunió con él en el salón.

—¿Por qué tardabas tanto? — preguntó, sin ver nada especial en ella.

Llevaba el pelo suelto y ondulado ya que hacía días que no se molestaba en

planchárselo, y el maquillaje apenas se le notaba. Tampoco vio nada especial en su ropa, parecida a lo que llevaba casi todos los días.

—Un conflicto entre el armario y yo —contestó—. Creo que voy a mandar inspeccionar el agua.

—¿Por qué?

Evan no veía la relación entre una cosa y otra.

—Debe tener algún compuesto químico extraño, porque se me ha encogido la ropa desde que he llegado. —Le hizo un gesto al ver su sonrisa divertida—. Y no me digas que he engordado, porque una talla lo entendería, pero dos ya no.

Salió muy digna mientras él se

quedaba mirando sus curvas, más generosas que la primera vez que la había conocido. A veces le parecía que llevara allí toda la vida, y solo hacía nueve meses de su llegada.

La siguió hasta la calle, y sacó unas llaves para abrir el todoterreno que había aparcado frente a la puerta. Estaba claro que no podía llevar a tres personas más a caballo o en su moto, así que le había pedido a Connor su vehículo. Ayudó a Leslie a subir, ya que el todoterreno era bastante alto, y después se dirigió hacia Inverness, donde recogerían a las tres personas que venían a inspeccionar sus tierras.

«No, no son mis terrenos», se corrigió. «Ya no.»

Miró de reojo a Leslie, que estaba revisando la carpeta que llevaba llena de papeles. No le dijo nada, pero apoyó una mano en su muslo mientras conducía con la otra. Leslie se la acarició distraída, repasando cifras y fechas de planificación.

En media hora llegaron al hotel, y recogieron a los tres hombres en la entrada. Leslie los conocía de otros trabajos, así que se los presentó a Evan y regresaron al todoterreno para ir hacia las tierras. Ellos empezaron a tomar notas ya por el camino: sobre los accesos, el tiempo desde el aeropuerto, preguntando por otras rutas...

Evan metió el todoterreno por un camino rural, lo que obligó a todos a

agarrarse mientras daban saltos y trompicones en el interior del vehículo. Tras unas cuantas curvas, el paisaje se volvió familiar para Leslie. Y al girar de nuevo, allí estaba: el castillo en ruinas con el lago de agua transparente al lado, y los campos verde esmeralda alrededor. Apenas si escuchó las exclamaciones de admiración de los hombres, deslumbrada de nuevo por la imagen. La vez anterior no se habían acercado tanto al castillo, pero Evan aparcó junto a la entrada. Los hombres se bajaron y empezaron a hablar entre ellos, tomando medidas y fotos de los alrededores. Evan se apoyó en la puerta del todoterreno, con los brazos cruzados, mientras Leslie y el arquitecto

estudiaban el exterior del castillo. Tras dar un par de vueltas al edificio, regresaron junto a él.

—¿Se puede ver el interior o es peligroso? —preguntó el hombre.

—Podemos entrar, es seguro —contestó él.

Sacó una llave de hierro de su bolsillo, y los tres fueron hasta la enorme puerta de madera que era la entrada principal. Giró la llave, y la puerta se abrió con un ligero chirrido. Los dejó pasar primero, y cuando entró, ambos estaban mirando a su alrededor extrañados.

—Pensaba que estaba en ruinas —dijo Leslie.

—He... Se ha intentado arreglar —

contestó Evan—. Pero solo se consiguió un poco.

El arquitecto empezó a golpear vigas, apuntando cosas en unos planos. Leslie se asomó a un par de puertas; había algunas habitaciones con muros reconstruidos, una chimenea de piedra que parecía nueva... incluso herramientas aquí y allá.

Regresó junto a Evan, mirándole con curiosidad.

—¿Por qué no me lo habías enseñado? —preguntó.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué más da? Lo que está arreglado lo hice yo, los chicos me ayudaron, pero... —Movi6 la cabeza—. Es mucho dinero, no puedo reforzar los

cimientos ni arreglar los tejados.

Leslie tragó saliva. Por mucho que él intentara disimular, había notado la nota de dolor en su voz.

—¿Cuánto costaría arreglarlo?

—Alrededor de medio millón de libras. —Le acarició el pelo, besando su frente—. No pasa nada, *lassie*. Seguro que lo dejan como nuevo.

Ella apretó los labios. No quería mentir y decirle que respetarían su pasado, porque estaba casi segura de que lo tirarían entero para hacer algo nuevo. Utilizando piedras del antiguo, por supuesto, para darle el toque de veracidad... pero no sería lo mismo.

Cuando el arquitecto terminó de examinar todo, salieron a buscar a los

otros dos. Tras subir hasta una colina e inspeccionar el lago, les llevaron de regreso a Inverness.

Evan notó que Leslie estaba muy callada, y cuando llegaron al pub se inclinó hacia ella para besarla.

—Leslie, no le des vueltas, ¿de acuerdo? —Ella asintió, no muy convencida—. ¿Por qué no te quedas esta noche en mi casa?

Leslie titubeó. No era la primera vez que dormía allí, en su apartamento encima del pub, pero no se acordaba si había dejado ropa la última vez.

—Puedes ponerte una camiseta mía —dijo él, como si le leyera el pensamiento—. Y mañana te llevo pronto a tu casa si quieres.

—Vale, pero no me hagas mucha comida, que parece que te gusta cebarme.

—Tranquila, te daré un par de ramas de apio para que te entretengas.

Ella le sacó la lengua antes de bajarse del coche, y Evan la siguió hacia su casa sin poder evitar reírse. Le parecía tan graciosa cuando le salía el ramalazo ese... la alcanzó en las escaleras, y le dio un azote antes de abrir la puerta.

—¿Qué tal si vemos una peli? — preguntó él.

—No sé...

—Que sí, venga, hay una en especial que quiero que veas.

—No me gusta el cine —refunfuñó

Leslie, mientras Evan la llevaba de la mano hacia el sofá.

—Eso es porque no has visto buenas películas. —La sentó—. Estate quietecita y verás.

—Evan...

Hizo un mohín, pero el chico negó con la cabeza. Revisó un mueble lleno de DVDs hasta encontrar el que buscaba, y lo dejó sobre la mesa.

—Voy a hacer palomitas —dijo.

—¿Estás loco? Eso lleva toneladas de grasa y sal, y...

Pero Evan ya se había marchado sin escucharla. Leslie suspiró con resignación y cogió el DVD, mirando la caja por delante y por detrás. Mal iban, el argumento no le llamaba lo más

mínimo. ¿Y de qué año era aquello, por Dios? Volvió a revisar. ¿1986? Madre mía, Evan quería acabar con ella o algo así.

Volvió a mirar la portada. Vale, un tipo vestido de escocés, con el pelo largo, que no le sonaba de nada.

—Eso es una *claymore* —dijo Evan, señalando la carátula.

—¿Claymore? No conozco al actor.

Evan se echó a reír. Dejó un cuenco con palomitas sobre la mesa situada delante del sofá, y señaló de nuevo, esta vez a la espada.

—Es una espada escocesa, nosotros la inventamos para librarnos de los invasores ingleses.

—Pues muy bien. Ahora si lo

preguntan en algún concurso sabré la respuesta.

—Qué graciosa. —Le dio un beso en la nariz—. Verás como te gusta, protestona.

Sacó el disco de la caja y lo metió en el aparato. Una vez hecho, se sentó junto a ella en el sofá y la rodeó con un brazo para atraerla hacia sí.

Leslie no se resistió, acomodándose entre sus brazos, aunque frunció el ceño al mirar la pantalla.

—No me gusta el boxeo —comentó.

—No es de boxeo.

Dos minutos después, la oyó refunfuñar de nuevo.

—No me gustan las peleas de espadas.

Evan elevó los ojos al techo. Cogió un puñado de palomitas y se los acercó a la chica, que las comió reticente.

Leslie masticó sin muchas ganas, pero tuvo que admitir que aquello estaba bueno. Y si lo pensaba bien... bueno, era maíz, ¿no? Quizá hasta fuera ecológico y todo... Se metió otro puñado en la boca, sin apartar la vista de la pantalla. Vaya, un salto temporal. A ella le gustaban las historias lineales, y... parpadeó sorprendida.

—Pero... no entiendo. ¿Ya le han matado? ¿No es el *prot*a?

—Come palomitas, anda.

Leslie siguió comiendo; vale, quizá un poco de demasiada sangre para su gusto... Ah, pues no estaba muerto. ¿Y

eso? Vaya, si al final la cosa se estaba poniendo interesante. Mierda, ¿por qué otro salto temporal? ¡Que quería saber lo que pasaba!

Sin darse cuenta, se estaba terminando el bol.

—¿Traigo más? —preguntó Evan, divertido.

Leslie afirmó, con la boca llena de palomitas. Cuando Evan regresó, se había sentado en el sofá con los tobillos cruzados y se había apropiado del bol sin perderse detalle de lo que ocurría.

—Parece que te está gustando... —comentó Evan.

—Chist. Por Dios, que acaba de decirle a la otra que es inmortal y va y se clava un cuchillo... —Lo miró de

rejo—. Vale, acabo de captar tu chistecito del primer día.

Evan se echó a reír, pero dejó de hacerlo cuando ella le hizo gestos para que se callara. Le cambió el bol y se quedó callado, observándola, sin atreverse siquiera a coger alguna palomita, por cómo las agarraba ella en plan Gollum con *su tesoro*.

Entonces sonaron los acordes que siempre le ponían la piel de gallina. *Who wants to live forever...* La miró. Leslie se había quedado quieta; notó que tragaba con dificultad, y para su asombro, vio cómo una lágrima descendía por su mejilla. Cuando el plano de la *claymore* llenó la pantalla, ella lo miró compungida.

—Y yo que decía que no me gustaba Queen...

Evan le secó la mejilla con el pulgar y la abrazó, acomodándola contra su pecho para terminar de ver la película.

Cuando las últimas palabras de Sean Connery dieron paso a los créditos, Leslie le abrazó con fuerza, sin palabras. Aquella escena final, con esos paisajes tan similares a Kiltarlity...

—¿Podemos ir? —preguntó.

Evan se quedó unos segundos sin saber qué contestar, hasta que dedujo a qué se refería.

—¿Eilean Donan? —preguntó—. ¿Dónde se rodó?

—Sí. —Lo miró—. ¿Está muy lejos?

—Hora y media, más o menos. Ya

veo que no te ha gustado nada.

Como respuesta, Leslie le besó. Evan alargó la mano para apagar la televisión, mientras se reclinaba para que ella acabara tumbada sobre él.

* * *

—Yo digo Lana del Rey. En cuanto a la canción... *Dark paradise*.

—¿Lana del Rey? ¿Esa petarda? —Karen lanzó una mirada a Vika desde su ordenador como si hubiera perdido un tornillo—. No... ¡ya sé! *Sing*, de Travis. Y antes de que pongas cara de asco, es un gran grupo. Y además son escoceses.

Vika se había quedado sin argumentos, y miró a Shane para que la

defendiera, pero él la ignoró, tratando de centrarse en su propio trabajo. El papeleo con el tema de los terrenos había empezado y eso siempre traía bastante estrés hasta que todo terminaba, aunque no era el principal motivo por el que estaba alterado. No sabía si eran las temperaturas veraniegas o sus propias hormonas. Bueno, en realidad la culpa era de Karen, pero no quería echársela a ella porque al final se le iba a notar...

No entendía qué cuernos sucedía pero, o ella se había vuelto muy descuidada, o él estaba peor de lo que imaginaba. Tanto si era una como otra, ya la había visto unas cuantas veces pasearse por su cuarto en sostén... que vale, no era la primera vez, pero podría

tener un poco más de cuidado, ¿no? A veces se cabreaba y cerraba sus cortinas para no ver nada, pero la sensación era un poco como hacer una dieta: todo se quedaba en las buenas intenciones.

Le tenía en un estado de excitación permanente, pero al mismo tiempo se sentía mal porque era su amiga y sabía que no debería estar pensando en ella de esa forma. Ojalá Karen le diera alguna señal.

Pero, ¿por qué se complicaba? Era lo mejor para todos. No tenía sentido encapricharse de una chica si ni siquiera sabía qué iba a ser de su vida dentro de unos meses. Hasta que Finn no despertara no se encontrarían con el dilema sobre la mesa, y de todos modos,

que Leslie pareciera haber encontrado su lugar en Kiltarlity no implicaba que a él le sucediera lo mismo.

Leslie era alcaldesa y tenía su sitio, ¿y él? ¿Qué podía hacer allí? Porque tenía claro que el puesto de ayudante era de Karen, no lo aceptaría aunque Leslie se lo ofreciera. La pelirroja tenía allí su vida y sus amigas, era lo más justo. Tendría que regresar a Londres, buscar otro empleo y, aunque no creía que tuviera problemas para encontrarlo, eso significaba que no tenía sentido echar ningún tipo de *raíz*. Las raíces lo complicaban todo, hasta podían tentarte a hacer cosas que en principio no te planteabas.

Se estaba liando un poco con sus

pensamientos, pero en el fondo tenía claro lo que debía hacer: nada. Cerrar las cortinas (siempre) y no suspirar por alguien con quien el futuro estaba muy borroso, amén de que ella le seguía tratando como un amigo. La única idea de acercamiento que parecía tener era quedarse frita en su hombro comiendo palomitas.

—¡Shane! —el grito de Vika a su lado le hizo pegar un bote.

—Joder, Vika, ¿qué quieres, matarme del susto? —protestó.

—Si es que no me respondes...

—¡Porque estoy intentando trabajar! Y no, no voy a votar a Lana del Rey, lo siento pero siempre me quedo frito con sus canciones.

Vika volvió a su mesa poniendo un puchero y se dejó caer en la silla como una niña pequeña.

—No es justo. Siempre la apoyas a ella —señaló a Karen con la cabeza.

—Porque tiene mejor gusto que tú —Shane necesitaba tomar el aire, de manera que se incorporó—. Voy a buscar bebidas para paliar la falta de aire acondicionado, ¿os traigo algo?

—¡Huy, gracias! —Vika olvidó al momento su *traición*— Coca cola, por favor. Pero nada de *light*, con azúcar —buscó confirmación en Karen, que asintió.

—Entendido —asintió el chico, antes de salir.

Las dos lo vieron desaparecer y se

miraron entre ellas.

—Está un poco susceptible —
murmuró Vika.

—Es que no es muy veraniego, el calor le pone de mal humor. Y eso que aquí tampoco es que haya temperaturas exageradas, pero ya sabes...

—¿Qué tal van los paseos sexys?

—Yo no noto nada diferente. La verdad es que disimulo tanto que ni siquiera sé si me ha pillado alguna vez... qué frustrante es esto, de verdad. Nunca me había pasado tener que controlarme, esto con Graham no me pasaba.

Vika la miró como si le faltara un tornillo, y algo de razón tenía por pensarlo... delante de sus amigas le

quitaba importancia porque ellas eran muy exageradas y no quería que magnificaran el tema, pero estaba un poco rabiosa por la falta de respuesta. Joder con el irlandés, le había salido duro de roer... al momento se obligaba a abandonar esos pensamientos. Uno, no todos los tíos del mundo tenían que sentirse atraídos por ella, y dos, Shane no tenía la culpa de nada. Él estaba en su lugar, comportándose como un buen amigo, y era ella la que pensaba cosas que no debía. Debía acostumbrarse a pensar en él como lo hacía con Connor o Murtagh, es decir, como si fueran unos miserables insectos.

O a lo mejor la solución era empezar a distanciarse, aunque fuera despacio.

Pasar horas con él no ayudaba. Debería ir acortando esos momentos, porque de todos modos en un futuro se encontraría con una partida... que sería un trago amargo, así que tal vez debieran verse menos.

Ojalá pudiera volver atrás, a la época en que se fastidiaban. Todo era mucho más fácil... con esa idea en la cabeza, decidió que había acertado en la actitud a tomar.

Una vez cerrado el ayuntamiento, cuando los dos iban hacia casa en un extraño e incómodo silencio, Shane habló.

—¿Quieres que vayamos a cenar al pub?

—Claro. ¿Pasa algo?

—Necesito hablar de una cosa.

—Vale. Pues vamos... —Karen lo siguió hacia el local, sin saber qué pensar.

Una vez sentados y con Owen habiendo anotado la cena, la pelirroja se cruzó de brazos.

—Cuéntame.

—Hoy me han hecho una oferta de trabajo. Es en Londres, pero...

—¿Qué? —la escocesa se quedó atónita, y le costó unos segundos reaccionar—. Quiero decir... ¿así, sin más?

Shane negó, y permaneció callado mientras Owen les dejaba la comida; este volvió a obsequiarlo con una mirada de desconfianza, algo que ya se

había vuelto costumbre, y los dejó solos.

—No es casualidad —siguió el irlandés mientras ella lo miraba, aún sorprendida—. Hace ya tiempo que lo estoy pensando. Creo que, llegado el momento, Leslie va a quedarse aquí. No me preguntes por qué, hace meses te hubiera dicho que ni loca, pero ahora no la veo marchándose.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Pues que por si acaso estoy mirando otros trabajos...

—Shane, eres su ayudante. No te va a despedir.

—Ya, sé que de normal no lo haría, pero lo más lógico es que sea yo quien se vaya. Tampoco pasa nada, he mirado un par de cosas y hoy me han respondido

de una empresa privada. La oferta es buena.

—No entiendo por qué estamos hablando de esto —lo interrumpió Karen. Le estaba resultando difícil mantener una expresión comprensiva, porque no se sentía de esa manera en absoluto—. ¿No crees que es adelantarte? No sabes qué va a pasar.

—Sí, pero...

—Finn podría no despertar. Leslie quizá quiera quedarse y llevar al alcaldía, o a lo mejor se queda, pero decide seguir con su trabajo de compraventa... o ambas, en cuyo caso yo no podré ayudarla en todo. No sé por qué de pronto has decidido que te tienes que ir.

—Bueno, no es que lo haya decidido, es por estar preparado y... — La miró—. ¿Por qué te cabreas? ¿Te parece mal que busque una solución alternativa por si acaso me despiden?

Ella negó con la cabeza, pero se daba cuenta de que le había salido su carácter escocés.

—¡No!

—Te has enfadado.

—No, no —Karen hizo un esfuerzo por relajar su tono—. Tienes razón, es normal que vayas mirando otras cosas. Es que me has pillado por sorpresa, nada más. Nunca me acuerdo de lo previsor que eres. —Y le sonrió, aunque la sonrisa no le tocó los ojos, y él se dio cuenta.

—No he dicho que vaya a aceptarla ni nada parecido, solo quiero tener un *por si acaso*.

—Ya, pero tú no...

Karen se vio obligada a dejar el tema porque Evan escogió aquel momento para acercarse, irradiando felicidad y buen humor. Apoyó las manos en la mesa y carraspeó.

—¿Os importa si me siento con vosotros un segundo?

Los dos se quedaron en silencio, sorprendidos, pero al final la pelirroja asintió. Evan apartó una silla junto a Shane y se cruzó de brazos, totalmente ajeno al hecho de que acababa de interrumpir una conversación delicada.

—Espero no molestar —comentó.

—No. No, claro —Shane le hizo un gesto para restar importancia, aunque tenía la sensación de que se iba a quedar con las ganas de saber por qué estaba Karen enfadada.

—¿Qué quieres? —Karen no veía necesidad de disimular.

—Se me ha ocurrido que estaría bien llevar a Leslie a visitar el castillo Eilean Donan. Ha visto *Los inmortales* y le ha encantado el paisaje... podríamos ir a pasar el día allí todos juntos, sería más entretenido.

Karen y Shane se miraron, haciendo el esfuerzo por concentrarse en las palabras de Evan.

—Buena idea —dijo Shane, simulando que le interesaba.

—Es que además —siguió Evan, sin notar el tono de ambos—. He pensado que podríamos hacer una especie de excursión. Ir primero a ver el castillo, y después llegar hasta el lago Ness para hacer allí un picnic o algo similar. ¿Qué os parece la idea?

—Bien —respondió Karen, impaciente—. ¿Qué día?

—Tendría que ser un domingo, que vosotros no tengáis que trabajar... porque yo puedo dejar a Owen y a mi madre a cargo del pub, no hay problema. Que vengan Vika y Davina también, así les da un poco el aire, que apenas salen del pueblo.

—Se lo decimos mañana —asintió Shane.

Los dos se callaron, pero Evan seguía sin captar la situación.

—Yo me encargo de llevar la comida, todo cosas que aguanten bien el viaje. Aunque igual lo mejor es buscar allí algún lugar donde comer para no ir cargado... —sonrió—. Dejad que lo organice bien estos días y el domingo nos vamos. A Leslie le va a encantar.

Finalmente se incorporó para regresar a la barra, tras darle un apretón amistoso a Shane. Los dos lo vieron alejarse, y una vez solos de nuevo él se giró hacia la pelirroja, pero antes de que pudiera decir nada, Karen se puso en pie.

—¿Nos vamos?

—Pero si no has comido nada...

—Bah, no importa, no tenía mucha hambre. —Cogió su jersey sin darle tiempo a responder—. Oye, que si quieres quedarte tú sin problema.

—No. —Shane se levantó a toda prisa, no fuera que lo dejara allí tirado con su primo dándole la tabarra sobre castillos que visitar—. Tranquila, yo tampoco tenía hambre.

Y el viaje de vuelta a casa, fue el más raro y silencioso que había tenido nunca con Karen.

* * *

Al final casi necesitan un autobús para la excursión: Murtagh y Connor se apuntaron, más que nada porque Evan le

pidió el todoterreno al segundo, que inmediatamente se había apuntado al viaje. Y Murtagh era el siguiente de la lista con un coche grande, así que allí estaban: Karen y Shane en el asiento trasero del coche, mirando cada uno por una ventanilla, con Vika delante parloteando con Murtagh. Y Davina de copiloto de Connor, con Evan y una entusiasmada Leslie detrás. Había viajado mucho, siempre por su trabajo, y nunca se había parado a mirar los sitios a los que iba, ya que en la mayoría de ellos solo había visto el aeropuerto y el hotel. Y empezaba a darse cuenta de todo lo que se había perdido.

El castillo no le defraudó: en cuanto lo vio aparecer frente a ellos, entendió

por qué lo consideraban el más bonito de toda Escocia. Dejaron los coches en el aparcamiento gratuito, y se pasaron la mañana recorriendo el interior de sus muros.

Después cogieron la carretera hacia Drumnadrochit, a cuyas afueras decidieron realizar el picnic, aprovechando que no llovía por el momento y tenían delante las hermosas vistas del castillo en ruinas de Urquhart y el lago.

Murtagh y Vika desaparecieron con la excusa de ir a buscar algo que nadie entendió. Davina le había explicado a Connor el juego de las canciones y estaban discutiendo con Karen, mientras Shane, aunque estaba junto a ellos,

apenas participaba, medio tumbado sobre la hierba.

Evan apoyó la espalda en una roca, llevando a Leslie consigo para que se sentara entre sus brazos, ambos mirando el paisaje.

—Esto es precioso —dijo ella—. ¿Y qué piensas de lo del monstruo?

—Todos lo hemos visto cuando éramos niños. Luego te haces mayor... y solo ves ramas o troncos flotando. Pero es bonito mientras piensas que es real. Algo así como Papá Noel.

—No sé lo que es eso.

—¿A qué te refieres?

—Mi madre me acompañaba a comprar los regalos, yo siempre supe que no existía. Decía que ese tipo de

fantasías no servían para nada.

—¿Y tú piensas igual? ¿Harías lo mismo con tus hijos?

—Tampoco me había planteado nunca tenerlos.

—A mí me gustaría poder darles una infancia así, ese tipo de cosas son las que la hicieron buena. Porque desde luego seré todo lo contrario a mi padre, y ya que no puedo dejarles Kinley Castle, al menos otras tradiciones sí.

Leslie quiso preguntar por su padre. Nadie hablaba de él en el pueblo, no sabía si estaba muerto o si Nell era divorciada. Parecía que se lo hubiera tragado la tierra.

—Estaba pensando... —siguió Evan, con la mirada desviada hacia el

otro grupito—. Aunque no sé, quizá esté imaginando cosas.

—¿A qué te refieres?

—A que llevo meses fijándome solo en ti y no me entero mucho de lo que ha pasado a mi alrededor. Quiero decir, me da que Murtagh y Vika no se han ido a recoger flores, por ejemplo.

—No, no lo creo —se echó a reír.

—¿Y qué pasa con tus ayudantes?

—¿A qué te refieres?

—A Karen y a Shane. —Ella les miró—. No sé, hay algo... raro.

—Son amigos.

—Ya, pero... fijate en mi prima. Está hablando con Davina, pero no hace más que mirar a Shane cuando él no se da cuenta. Y al revés.

Leslie se quedó un rato observándoles, pensando que Evan estaba diciendo tonterías. Pero al cabo de unos minutos, le pareció que tenía razón. O eso, o el estado de *atontamiento* general que parecían compartir les hacía imaginarse cosas.

—Quizá tengas razón... pero tampoco se me ocurre qué hacer al respecto.

—Algo pensaré.

Murtagh y Vika regresaron sin lo que supuestamente habían ido a buscar, y poco después emprendieron el regreso.

Tres puntos

Leslie estaba sentada, tamborileando con las manos impaciente sobre la mesa del pub. Las chicas llegaban veinte minutos tarde, algo que odiaba. Detestaba la sensación de estar sola en una mesa, como si la gente pudiera verla y burlarse de ella por ese motivo; al menos, Evan andaba por allí repartiendo cervezas, comida y guiños de ojos. Una de las veces que pasó a su lado se dejó caer en la silla que había en frente suyo.

—¿Las chicas llegan tarde? — preguntó, y ella confirmó con un gesto —. Tranquila, estarán buscando el coche, a saber dónde acabó anoche.

Era domingo. Aquel detalle la alivió, eso significaba que en breves minutos entrarían por la puerta, y que pedirían comida para mitigar un poco la borrachera del sábado. Con suerte, quizás habían preparado aquel pastel de carne que...

—Oye —Evan la devolvió al presente de golpe—, he estado pensando en lo que hablamos el otro día durante la excursión.

—Ah, ¿sí? —Leslie no tenía la menor idea de a qué se refería.

—Ajá —él pareció divertido, como si lo adivinara—. Sobre Shane.

—Ah, sí, sí. Claro. ¿Qué has pensado? —lo miró, intrigada.

—Creo que ya va siendo hora de que

le reconozcas a ese chico su enorme paciencia. Y que tengas un detalle con él.

Leslie parpadeó, sorprendida.

—Oye, que le pago todos los meses, ¿eh? —se apresuró a replicar.

—¿Y ese sueldo es suficiente para compensar los años que te lleva soportando? No es por nada, Leslie, pero cuando llegaste aquí tenías pinta de arpía. Y seguro que jamás en tu vida le has dado una palmadita en la espalda.

Ella le escuchaba, todavía atónita. Pues... no, claro, pero es que siempre había creído que lo de las palmaditas en la espalda era un atraso. O sea, ¿agradecerle a tu empleado que hiciera bien su trabajo? ¿Es que estaba el

mundo loco? Era su obligación.

Pero también escuchó esa vocecita que le decía que Evan estaba en lo cierto, y que ahora que el tiempo le había dado otra perspectiva de todo, tenía que admitir que Shane se merecía un monumento por aguantarla. Se puso recta en la silla mientras le venían fogonazos de peticiones absurdas o molestias innecesarias que le había ocasionado, por no hablar de jornadas de trabajo interminables. Y frunció el ceño, mirando al escocés.

—¿Qué sugieres?

—Dale vacaciones.

—¿Qué? No, imposible, ¿cómo voy a hacer eso, quién estaría para... todo?

—Leslie, dale vacaciones.

—Bueno —ella refunfuñó—. Podría hacerlo, supongo. Karen se ocupará de ayudarme.

—No, de eso nada. Dale vacaciones a los dos, que se vayan de viaje.

—¿A los dos? ¿Al mismo tiempo?
—Leslie estaba a punto de entrar en pánico solo de imaginarse llamando para algo sin que nadie respondiera para atender sus necesidades.

Evan se reía sin ninguna vergüenza.

—¿Quieres conservar a Shane contigo? Pues mándalo fuera, lo veo un poco estresado últimamente.

La inglesa aún no se había puesto a pensar en aquel tema. Había dado por hecho que Shane haría lo que le ordenara. Y claro, eso no parecía muy

probable, sobre todo porque le había prometido que solo estarían un año... y poco a poco habían pasado los meses, y el plazo estaba cerca de terminar.

—Bueno, está bien. Supongamos que te doy la razón y les doy vacaciones, ¿cómo eso...?

—Vacaciones y un viaje. Si se van juntos, como mínimo arreglarán sus diferencias, porque el otro día los encontré tirantes... y siendo positivos, a lo mejor dan el paso. El otro, ya sabes.

Leslie digirió aquella idea, y meneó la cabeza.

—O sea, que me quedo sin ellos unos días, y encima tengo que regalarles un viaje... —Miró al techo mientras ponía los ojos en blanco.

—No seas tacaña. Tienes más dinero del que puedes gastar, y estoy convencido de que nunca has tenido un detalle con él.

La joven murmuró algo ininteligible. Claro que no, de hecho jamás se le había pasado por la mente... ni siquiera le dejaba elegir sus vacaciones, debía ausentarse al mismo tiempo que ella porque no quería prescindir de ayudante. Notó que se ruborizada al recordarlo y dio un sorbo a la cerveza para pasar el mal momento.

—Lo pensaré —comentó, ante la mirada de Evan.

—Buena chica. —El joven sonrió justo en el momento en que se abría la puerta—. Mira, ahí viene el triunvirato

pelirrojo. Luego nos vemos. —Y la besó en la mejilla, antes de levantarse.

Las chicas se acercaron saludándole con la cabeza.

—¡Llegáis veinte minutos tarde! — protestó Leslie, al comprobar que no estaban en absoluto apuradas y que venían charlando tan tranquilas.

—Huy. —Karen se dejó caer a su lado—. Pero, ¿en serio lo has notado? Como estás tan atontada con Evan pensaba que solo veías florecillas y unicornios rosas, y que el resto del mundo no te importaba un carajo.

Leslie estuvo a punto de soltar una respuesta ofensiva, pero terminó por desistir. En realidad, Karen llevaba razón, no se enteraba de nada; de no ser

por Evan, ni siquiera se hubiera percatado de lo que supuestamente él *veía* entre la pelirroja y Shane. Se planteó sacar ese tema de conversación, pero después pensó que no parecía el momento adecuado y lo dejó correr. Tendría que pensar en la sugerencia de Evan con calma, consultarlo con la almohada.

* * *

Al día siguiente era lunes, y todos trabajaban en un cómodo y soporífero silencio hasta que oyeron una puerta abrirse acompañado de un taconeo moderado.

—Shane, ven un momento a mi

despacho —ordenó Leslie, para acto seguido darse la vuelta y echar a andar sin comprobar si la seguía.

El chico se levantó, tras intercambiar una mirada con las pelirrojas; ambas se encogieron de hombros, de manera que fue tras ella preguntándose qué habría hecho. Por lo general, cuando Leslie usaba ese tono no solía ser para nada bueno... quizá iba a hablar con él sobre su puesto, tampoco le hubiera sorprendido.

Entró en su despacho y cerró la puerta. Leslie estaba ya sentada en su mesa, ojeando unos papeles que tenía entre las manos.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó él, empezando a impacientarse de que le

tuviera esperando sin motivo aparente —. ¿Toca bronca?

—¿Qué? ¿Por qué piensas eso?

—Yo que sé. Es lo que suele pasar cuando me llamas así al despacho.

—No, no, tranquilo, en absoluto — Leslie puso una sonrisa—. Más bien al revés.

Shane no entendía nada. Empezaba a pensar que su jefa estaba perdiendo la chaveta con aquellos comportamientos cada vez más erráticos.

—¿Cuánto llevas trabajando para mí? ¿Seis años?

—Sí, seis años —«Seis *largos* años», le susurró una vocecilla en su cabeza.

—Empecé a trabajar tan joven... —

murmuró Leslie, como para sí— Apenas había acabado los estudios y ya estaba de becaria con Alan. Mi carrera subió muy deprisa, pero claro, yo pensaba que eso era lo normal. No entendía por qué la gente joven perdía tanto el tiempo en salir de fiesta, o de viaje, o de cenas con sus amigos.

El irlandés se frotó la frente, cada vez más convencido de que no acabaría la mañana sin tener que llamar a un médico. De cuando en cuando, Leslie se tomaba tres copas y entonces disertaba hablando de cosas sin sentido, pero eso era excepcional, y desde luego en ese momento no se veía borracha... trató de concentrarse en su monólogo, los últimos días no le hacía demasiado caso

porque estaba más preocupado por Karen. Seguía distante, y no se le ocurría cómo arreglarlo.

—Tú también eras muy joven cuando te contraté —Leslie lo sacó de sus pensamientos y volvió a prestarle atención.

—Veintitrés años.

—Lo sé. Pero aparentabas dieciocho... pensé que no aguantarías ni una semana. Las secretarias no me duraban ni un mes.

—Eso era por ti, Leslie, no por ellas. Las aterrorizabas.

Leslie se quedó unos segundos perpleja, pero acabó por afirmar con la cabeza. No le quedaba otra que admitirlo, al menos ahora si echaba la

vista atrás se daba cuenta de su actitud: siempre gritando a sus ayudantes, exigiéndoles cosas a veces imposibles, con ese carácter seco que la había caracterizado tantos años...

—¿Hablaban de mí? —preguntó, sin estar segura de querer conocer la respuesta.

—Claro que hablaban de ti. Y antes de irnos aún lo hacían. ¿Por qué crees que acabé siendo yo tu ayudante? Me pasaron de la planta de arriba, de oficinas. Nadie quería trabajar contigo, las chicas se iban llorando a casa.

—¿Y por qué tu no?

Shane se encogió de hombros.

—No pienso decírtelo.

—Pues quiero saberlo. Te prometo

que no habrá repercusiones. —Le miró, desafiante.

—Muy bien. Aguantaba trabajar para ti porque me dabas pena. —Vio cómo su jefa abría los ojos de par en par, anonadada—. ¿Qué? Tú has preguntado. Han sido seis años, Leslie, de broncas cuando te salían mal las cosas. O de llamarme en mitad de la noche para una tontería de las tuyas, o de hacerme coger un vuelo de regreso de Dublín solo porque necesitabas que te reservara un billete de avión y a ti no te apetecía hacerlo. Tengo paciencia, y cuando notaba que se me acababa, pensaba: Pobrecilla. En realidad no tiene nada. Y así es como he conseguido soportarte todos estos años.

A Leslie casi se le había olvidado el fin de hacer ir a Shane a su despacho, que era recompensarlo de una vez por todas. Escuchar aquellas palabras dolía, sobre todo porque todas y cada una de ellas eran ciertas, y sí, había hecho esas cosas.

—Pero ya no —trató de recuperar la postura y defenderse.

—La verdad que ahora no tengo queja alguna, ya pareces casi humana —Shane le sonrió, en parte para paliar un poco su comentario anterior—. ¿A qué viene esto, Leslie? ¿Estás haciendo limpieza de conciencia o algo así?

Ella afirmó vagamente, aún confundida.

—Yo... bueno, te he hecho venir

porque... sé que he sido una jefa demasiado... bueno, no sé cómo explicarlo, la verdad.

—Un coñazo.

—Vale, un coñazo —admitió la morena a regañadientes—. Sé que soy dura, que no le caigo bien a la gente. Como ya has señalado, he hecho llorar a un montón de personas que trabajaban para mí, y pensaba que así era como debía ser, una jefa dura pero justa. Pero aun siendo de esa forma, eso no me impide reconocer que tú eres bueno.

Shane estuvo a punto de caerse de la silla; suerte que esta tenía todos los tornillos. Se quedó mirando a Leslie como si le faltara un tornillo, porque ni una sola vez desde que se había puesto a

sus órdenes había escuchado un solo cumplido salir por su boca, y menos dirigido a él.

—No podría haber conseguido nada sin tu ayuda, eres mi mano derecha. Y no solo porque me has traído semillas de calabaza orgánicas un sábado a las dos de la madrugada porque tenía antojo y no paré hasta localizarte —sonrió.

—Ya, eso fue una putada, en realidad...

—Muchas veces amenazo con despedirte, pero en realidad nunca lo haría.

—Porque nadie más quiere trabajar para ti... bueno, ahora seguro que sí. Aunque no tengo muy claro que si vuelves a Londres no recuperes tu

antigua forma de ser.

Aquel *si vuelves a Londres* dejó a Leslie pensativa unos segundos. En ese mismo instante, la idea de regresar se le hacía muy, muy lejana. No concebía abandonar Kiltarlity, y mucho menos a Evan, pero el día menos pensado iba a recibir una llamada que le haría tener que abordar ese tema, y le asustaba.

—¿Ha acabado ya este momento entre jefa y esclavo? —el tono de broma de Shane la hizo regresar a la realidad.

—No. Te he hecho venir para dejarte claro que aprecio tu trabajo y tu esfuerzo, pero eso son solo palabras, y deberían ir acompañadas de hechos, así que... —Cogió un sobre y se lo tendió—. Esto es para ti.

—Vaya. Espero que sea una prima generosa —Shane lo aceptó.

—Tampoco te pases, que aún te quedan puntos que mejorar...

—¿Qué es esto? ¿Un viaje? —preguntó el chico, sorprendido, mientras miraba el interior del sobre.

—Sí, para dos.

—¿Dos? —repitió él, creyendo haberla oído mal.

—Eso es, es un viaje para dos personas. Te hubiera regalado uno solo, ya sabes que no me gusta tirar el dinero, pero lo cierto es que viajar solo es aburrido, a menos que tengas alma nómada... con quien vayas ya es cosa tuya. Aunque imagino que te irás con Karen —sugirió, como si fuera lo más

natural del mundo.

—¿Que me lleve a Karen? —Shane cada vez estaba más sorprendido, mirando a su jefa como si fuera la primera vez en su vida que la veía.

Leslie quitó importancia con un gesto.

—Hombre, tú sabrás. A falta de novia tienes a tu amiga, pero también podrías llevarte a Vika. —Y sonrió al ver su reacción—. Como si quieres ir solo, no es asunto mío, pero que sepas que es decisión tuya.

—Puede que no sea mala idea... —dijo él, pensativo—. Lleva días que está como enfadada y no sé si es cosa mía o qué. Pueden ocurrir dos cosas, que le parezca bien o que me lo tire a la

cabeza, ¿crees que debo arriesgarme?
Que Karen es muy escocesa.

Ella frunció los labios, pensando en lo surrealista de la situación. Si hacía meses le hubieran dicho que estaría sentada en un despacho intercambiando impresiones sentimentales con su ayudante personal, se hubiera reído de manera sarcástica.

—Eso es cosa tuya, no mía. Yo solo te pongo los medios para que te tomes un descanso —sonrió divertida—. Te doy una semana de vacaciones, y un viaje para dos con todos los gastos pagados, pero oye, si al final Karen va contigo que me avise.

—¿Qué vas a hacer sin ninguno de nosotros? —Shane se levantó, sin

acabar de creerse del todo lo que estaba pasando—. Leslie, que nunca has estado sola.

—Podré apañarme. —La morena le guiñó un ojo intentando aparentar seguridad, aunque no las tenía todas consigo y que Shane le remarcara ese hecho le producía temblores.

—Vale, vale. Nunca pensé que diría esto, pero... gracias.

—De nada. Diviértete.

Cuando el irlandés hubo salido, Leslie empezó a dar vueltas en su silla mirando al techo. Pues esperaba que Evan tuviera razón en sus apreciaciones, realmente estaba considerando la idea de quedarse a vivir en Kiltarlity, y si eso ocurría su intención era que Shane

se quedara con ella. Lo cual sería mucho más sencillo si tenía un interés amoroso viviendo allí.

Pero lo primero era lo primero, y ella debía seguir trabajando, así que hizo un esfuerzo por que su mente no divagara para poder concentrarse.

Shane regresó a su mesa, aún estupefacto. Nunca habría esperado algo así de Leslie, ya que le agradeciera su trabajo era de impresión, pero, ¿un viaje de regalo? Por Dios, si todos los años renegaba cuando le tocaba darle vacaciones. Estaba tan desconocida que asustaba. Vika y Karen le miraron inquisitivas; ambas habían estado atentas por si escuchaban gritos, y al no darse estos estaban intrigadas.

—¿Ha sido muy dura? —preguntó la primera.

—Me ha dejado de piedra —replicó Shane sin mentir.

—Pobrecito. —Vika le miró con simpatía—. Tendrá mal día.

Shane volvió al trabajo, siendo consciente de que en circunstancias normales Karen ya habría estado en su mesa cotilleando sobre el motivo de haberlo llamado. Lo que reforzaba su idea de que estaba rara con él, a pesar de comportarse más o menos normal. La conocía ya bien, y a esas alturas no podía engañarle, así que decidió que pensaría en la sugerencia de Leslie de llevársela de vacaciones. Total, el *no* ya lo tenía...

Se marchó a la hora de salir, dando vueltas al asunto y dejando al triunvirato pelirrojo encargado de cerrar. Vika apagó su ordenador y desvió la mirada hacia su amiga, que estaba haciendo lo mismo en su sitio.

—¿Por qué estás tan borde? — preguntó.

—¿Qué?

—Pues eso, que estás borde. Pobre irlandés.

—Ya estamos con *pobre irlandés*, ¿algún día me darás la razón a mí? — protestó Karen, levantándose de su silla.

—Eres una borde —dictaminó Vika con aplomo—. El chico recurrió a ti como amiga para contarte lo del trabajo, y tú reaccionaste como una novia.

—¿Qué? —repitió Karen, parpadeando—. No, eso no es cierto. Es solo... ¡no pienso apoyarle en que se busque otro trabajo! Llámame egoísta si quieres. Y además, tú misma me dijiste que no lo mirara como si fuera un *brownie*, ¿no? Pues eso hago.

Davina entró justo a tiempo de escuchar la última frase.

—¿*Brownie*? ¿Dónde? —preguntó, sonriendo—. Porque tengo un hambre...

—Karen, más vale que te aclares. O te comes el *brownie* o lo dejas en el plato, pero hagas lo que hagas, no lo estrujes.

—No es buena idea dejar un *brownie* en el plato —comentó Davina—. Ya sabes, esos pasteles no duran sin

que alguien se los coma. —Sus dos amigas se giraron hacia ella—. ¿Qué? Una vez olvidé mis donuts en el mostrador mientras iba un segundo al baño, ¡y al volver no estaban! Os juro que no vi a nadie entrar, ¡y solo eran donuts!

Karen sacudió la cabeza, poco convencida.

—Pero, ¿y el *brownie*? —insistió Davina, mirando a su alrededor.

—Davina, en serio, las metáforas no son lo tuyo, ¿eh? —Vika suspiró, exasperada—. Anda, vámonos al pub. Necesitamos una pinta.

—Yo quiero un *brownie*... —murmuró Davina, siguiéndolas.

Tras unas horas, Shane decidió finalmente que aceptaría el regalo de su jefa, y que intentaría que Karen le acompañara. A lo mejor así su relación dejaba de enfriarse, porque ese tema le preocupaba; no sabía dónde había metido la pata y le daba igual, solo quería arreglarlo. Temía un poco su reacción, pero eso no lo iba a disuadir de intentarlo.

No comentó nada en la oficina, pero una vez estuvo en su casa y se hubo desecho de la ropa de trabajo, se puso algo más cómodo y cogió el móvil para usar el *WhatsApp*, escribiéndole un mensaje a Karen.

«¿Me acerco a tu casa y hablamos un momento?»

Ella tardó cinco interminables minutos en responder con un:

«*Bueno.*»

Shane decidió ignorar aquel poco entusiasmo. Cerró la puerta y cruzó hasta el porche de la pelirroja, que acababa de abrir la puerta; se hizo a un lado para dejarle entrar, mirándolo de reojo como si desconfiara.

—¿Cómo estás? ¿Aún enfadada? — Ella se encogió de hombros—. Si crees que voy a dejar que te escaquees sin más lo llevas claro. Somos amigos y los amigos hablan los problemas, así que aquí estoy. Cuéntame que pasa.

—Pues eso mismo... que como somos amigos, me molesta la idea de que te busques trabajo fuera de aquí. —

Karen se cruzó de brazos—. ¡Y no sonrías!

—Perdón... pero tienes que entenderlo.

—Lo entiendo. Pero no me gusta, y a estas alturas de mi vida no voy a ponerme a fingir... tú tienes derecho a irte, y yo a estar molesta con esa situación —Karen sabía que estaba siendo cabezota, pero también que era cierto lo que decía.

—Vale —repuso él—, pues te propongo una cosa... hoy Leslie me ha dado una sorpresa, algo que no esperaba para nada. Fíjate que hasta dudo de que haya sido idea suya, pero en fin. Me ha dado vacaciones con un viaje de regalo, y puedo llevarme a alguien conmigo.

Ella le miraba sin entender nada. ¿De qué puñetas le hablaba, le decía que le iba a echar de menos con otras palabras y Shane le hablaba de irse de vacaciones? Le entraron ganas de pegarle un puñetazo, pero se contuvo.

—Me estoy refiriendo a ti —aclaró el chico, al ver que la escocesa no decía nada.

—¿Que me vaya de viaje contigo?

—Sí. Venga, sabes que nos divertiremos. Podremos hablar con calma de lo que sea, y Karen... cuando llegue el problema que te preocupa, ya lo solucionaremos. No tiene sentido adelantarse.

Observó cómo Karen consideraba la oferta unos segundos, pero en realidad

tenía la sensación de que diría que sí.

—Oye —dijo la pelirroja al cabo de un rato—, Leslie se va a morir sin ninguno de los dos.

Y después de varios días, por fin parecía que volvía la paz entre ellos.

* * *

Karen miró el paquete que le había dado Leslie el día anterior envuelto en papel marrón, y lo abrió con curiosidad, aunque ella había insistido en que lo hiciera una vez en su destino. Era una caja de preservativos, con una nota que decía:

«Espero no ser la única que esté viendo unicornios rosas.»

Sacudió la cabeza con una sonrisa. No, si al final iba ser más transparente de lo que pensaba... aunque no tenía nada claro que fuera a utilizarlos, los guardó entre la ropa.

Cogió la maleta y bajó a la calle, donde Shane ya estaba esperándola junto a un taxi que habían pedido a Inverness.

El conductor cogió su maleta, y tras guardarla emprendieron el camino.

—¿Vas a decirme dónde vamos? — preguntó ella.

—De momento, a Inverness a coger un autobús —contestó Shane, con una sonrisa misteriosa.

Karen hizo un mohín, pero desde que aceptara acompañarle unos días atrás, no había parado de preguntar dónde era

el viaje que Leslie le había regalado, y el irlandés no soltaba prenda. Ocupó el asiento del copiloto muerta de curiosidad, pero estaba claro que Shane no iba a dar ni una pista.

Una vez en Inverness, el taxi los dejó junto a la estación de autobuses, pero Shane se las apañó para subirla en uno sin que ella lograra ver lo que ponía en su parte frontal, así que se dedicó a mirar con interés por la ventanilla intentando averiguar hacia dónde se dirigían.

Tras un par de horas de camino, lo miró con una sonrisa.

—Ya sé dónde vamos —dijo.

—Ah, ¿sí?

—Esta carretera va dirección a la

isla de Skye, ¿a que sí? —Shane afirmó con la cabeza, esperando que le gustara el destino—. Estuve una vez de pequeña... pero no me acuerdo.

—¿Entonces te parece bien?

—Estoy deseando llegar. —Dio un par de palmaditas de entusiasmo—. ¿No estás emocionado? ¡Vamos a ver ballenas! Tenemos que buscar alguna excursión, y...

—No, no hace falta. —Sacó el sobre de su mochila y se lo entregó—. Leslie nos lo ha organizado todo: hotel, excursiones en barco... Está todo ahí.

—¿En serio? —Revisó los papeles—. ¡Y tú siempre diciendo que era una seca!

—Es el aire de las tierras altas, que

le ha afectado el cerebro. Eso, y tu primo. Que no sé qué le ha hecho ni quiero saberlo.

—Cuando volvamos habrá que darle las gracias. —Miró el reloj—. Qué guay, llegamos para comer y esta noche ballenas. A ver si no llueve mucho...

Y miró por la ventana preocupada, ya que estaba comenzando a chispear. Shane no la contradijo, porque estaba seguro de que iba a llover: no había dejado de hacerlo ni un solo día desde que llegaran allí. Y menos mal, que después de su órdago en el pub la gente parecía estar esperando a que el cielo despejara cinco minutos para lanzarle indirectas.

Poco después llegaron a un pequeño

pueblo en la costa. El hotel estaba cerca de la parada, así que fueron a dejar las maletas antes de ir a comer. Les dieron habitaciones pegadas la una a la otra, a lo cual Karen comentó *vaya, al ladito como en casa*. Lo cual le hizo recordar a Shane esas veces que la muy distraída se había dejado las cortinas medio abiertas... y tuvo que concentrarse en deshacer la maleta para que su mente no desvariara.

Después de comer dieron un paseo por el pueblo para ver los acantilados, y tras una cena ligera, se presentaron en el puerto, donde ya había una cola de turistas esperando subir al barco.

—¿Viaje de novios? —preguntó el que les cogió los pases.

—¿Perdón? —replicó Shane.

—Felicidades, les va a encantar. Es la excursión favorita de los recién casados.

—No, si nosotros...

—Venga, vamos —le interrumpió Karen, tirando de su brazo.

Shane se dejó llevar, mirando al resto de parejas que había alrededor: todas haciéndose arrumacos y carantoñas, y estuvo a punto de darse media vuelta. Tanto amor en el aire le estaba poniendo nervioso.

Un marinero se acercó y les entregó un par de impermeables, dándole las instrucciones de seguridad necesarias para el viaje. Después el barco se puso en marcha, y buscaron un hueco en la

barandilla desde el que poder ver el océano.

Tras internarse unas cuantas millas mar adentro, el barco se detuvo, y escucharon cómo uno de los marineros avisaba de que se acercaba un cetáceo por su lado. Karen se asomó a la barandilla, entusiasmada, y Shane la cogió por la cintura temiendo que se cayera de la emoción. Escucharon el sonido del agua salpicar, mientras el resto de turistas les rodeaban. Entonces vieron una aleta, seguida del cuerpo enorme de una ballena, que se hundió de nuevo bajo el agua.

Karen miró a Shane con ojos chispeantes de alegría.

—¿La has visto? —preguntó—. ¡Es

preciosa!

Pero Shane no estaba mirando al mar, sino a ella. Karen se quedó quieta, notando algo diferente en su mirada, algo como si quisiera... Se humedeció los labios, nerviosa, mientras él se inclinaba hacia ella... y de pronto oyeron un estrépito y una enorme ola les mojó de la cabeza a los pies, obligándoles a separarse. La gente estaba aplaudiendo, y entonces se dieron cuenta de que una ballena acababa de saltar junto a ellos, empapando a todos los presentes. Se miraron de nuevo, pero no se acercaron, era como si el extraño momento ya hubiera pasado y de nuevo, eran solo dos amigos. La excursión duró un rato más, durante el cual lo único que

lograron fue mojarse más del agua de mar y lluvia, además de ver otro par de ballenas... pero ambos parecían tener la mente en otro lugar.

Tras darse una ducha para quitarse la sal y, de paso, intentar relajarse, Shane se colocó la toalla alrededor de la cintura y se sentó en la cama, sin poder quitarse de la cabeza lo que había pasado.

Si no hubieran recibido aquel jarro de agua fría, nada metafórico, la habría besado. Y no estaba seguro de qué habría pasado después. Conociendo a Karen, lo mismo le daba una bofetada que le dedicaba una de esas sonrisas que le volvían loco mientras le rechazaba amablemente recordándole que eran

amigos.

Se pasó una mano por el pelo mojado, con el ceño fruncido al darse cuenta de lo que había pensado. Y sí, maldita sea... se había vuelto loco por ella.

«Mierda», pensó.

Se dejó caer en la cama con las manos en cara, pensando en el lío en que se había metido. Porque estaba claro que amigos eran. Esa línea ya estaba cruzada, a ver cómo seguía uno siendo amigo de una chica a la que quería hacer el amor durante horas.

Aquel pensamiento lo pilló de nuevo desprevenido, y bajó la mirada a la toalla. Genial. Ahora tendría que darse otra ducha, y esta bien fría. O eso, o

salía a la calle a correr bajo la lluvia hasta agotarse físicamente.

Su mirada se desvió hacia su móvil... siempre se enviaban un mensaje de buenas noches. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Se lo enviaba, como si no hubiera pasado nada? ¿Esperaba a que lo enviara ella? Mira que sabía que instalar aquella aplicación del demonio solo iba a traerle problemas...

Se levantó y lo cogió, para quedarse con él entre las manos como si en la pantalla fuera a aparecer la solución por arte de magia.

Karen se sentó en la cama con el móvil en la mano. Se ajustó el albornoz,

dejó el aparato sobre la colcha y empezó a cepillarse el pelo sin dejar de mirarlo.

¿Qué se suponía que debía hacer?

Le había parecido que Shane iba a besarla, antes de quedar empapados de pies a cabeza. Y por Dios que había querido que lo hiciera. Vale que ella era la primera que defendía la amistad entre un hombre y una mujer sin sexo de por medio, pero ya estaba cansada de estar en esa línea. No sabía si Shane por fin había captado sus indirectas, si había sido el ambiente romántico, la intimidad de esos días solos o qué. Pero ya había llegado a su límite: necesitaba saber si iban a seguir en modo *amigo* para siempre o si él quería dar el siguiente

paso y no era todo producto de su imaginación, o, peor aún, si no estaba proyectando su deseo en él.

«Menudo lío», pensó.

Cogió el móvil indecisa. Siempre se daban las buenas noches... si no decía nada, podía parecerle extraño. Pero si lo del *cuasibeso* había sido solo producto de su imaginación, a lo mejor él estaba incómodo y prefería mantener las distancias.

Resopló fastidiada. Al cuerno, un mensajito no hacía mal a nadie.

«*Buenas noches, Shane.*»

Shane había pulsado la tecla de enviar justo en el momento en que le llegó el mensaje de Karen. Parecía que

se habían puesto de acuerdo. Se sentó en el borde de la cama mirando las letras, pero no había más que sacar de ahí que un mensaje neutro.

Tras pensárselo unos segundos, tecleó de nuevo.

«¿Estás ya en la cama?»

«Todavía no, ¿y tú?»

«No, acabo de salir de la ducha.»

Karen no sabía si el mensaje iba con segundas, pero su imaginación ya estaba haciendo de las suyas. Se mordió el labio, y contestó:

«Yo también.»

A Shane casi se le cayó el móvil, con la imagen de Karen desnuda y mojada inundando su mente.

«Ten cuidado no cojas frío», le

contestó. «Joder, parezco su madre», pensó. Pero ya no podía borrarlo.

Karen parpadeó al leerlo. ¿Ahora le hablaba como si fuera su madre? Pues sí que iba apañada. Que no quería despertar en él ningún instinto paterno filial, ni de protección, ni nada.

«*Tranquilo. Ya me he secado.*» Dudó unos segundos. «*Con mucho cuidado.*»

A Shane se le secó la garganta. ¿Eso iba con segundas? Y entonces su móvil vibró de nuevo.

«¿*Y tú?*»

«*A medias. Todavía estoy con la toalla.*» Titubeó. «¿*Y tú?*»

Karen notó que su corazón se aceleraba. ¿Sabía él lo que estaba

pensando al imaginárselo solo con una toalla? Se quedó unos segundos pensando qué contestar. Claro, el mensajito cambiaba según cómo lo leyera. Si lo leía con entonación neutra, era una información sin más, como si le dijera que estaba viendo un partido de fútbol; pero si lo leía con tono insinuante... ¿Querría Shane jugar? Porque ella sí.

A la porra. No iba a quedarse con la duda. Dejó el cepillo y cogió el móvil con las dos manos.

«*Con un albornoz.*» Esperó un par de segundos. «*Nada más.*»

Shane casi aplastó el móvil entre los dedos del impacto.

«Vale, Shane, relax. Piensa lo que

vas a poner, no vaya a ser que te esté tomando el pelo.»

Porque eso de que los mensajitos de marras no tuvieran entonación no ayudaba. Al cuerno. Que se riera de él al día siguiente si quería, mejor salir de dudas.

«¿Vas a dormir con él puesto?»

«No, creo que dormiré sin nada. ¿Y tú?»

«Tampoco.»

«¿Sigues mojado o ya te has secado?»

Shane se miró. El pelo le goteaba, y su pecho seguía húmedo de la ducha.

«Sigo mojado. ¿Y tú?»

«Solo el pelo. ¿Por qué no te quitas la toalla y te secas?»

«¿Eso quieres?»

«Sí. Yo me voy a dar crema. Así que me he quitado el albornoz.»

¡La madre que la parió! Shane estaba al borde de la taquicardia. Por no hablar de su toalla, que ya se había convertido en una tienda de campaña en toda regla. Se levantó, pero se quedó parado en la puerta. A ver si Karen solo estaba jugando y le cerraba la puerta en las narices... le iba a dar algo, tuvo que reescribir varias veces el mensaje de respuesta para hacerlo legible.

«¿Necesitas ayuda con la crema?»

Aguantó la respiración mientras esperaba su respuesta.

«Sí.»

Shane nunca hubiera imaginado que

una sola palabra y encima de una sílaba, podría causar esos estragos en su cuerpo. Sin pensárselo más, salió como una exhalación del cuarto, y al llegar a la puerta contigua se encontró con que estaba abierta.

Tragó saliva y la empujó sin llegar a entrar; sus ojos se oscurecieron al ver el interior. Karen estaba sobre la cama, desnuda. Se había colocado bocabajo y tenía las piernas cruzadas, mientras se apoyaba en los codos y le mostraba un bote de crema hidratante. La postura no le dejaba ver nada, pero era lo más sexy e insinuante que Shane había visto jamás.

Ella se humedeció los labios, nerviosa. A ver si se había pasado de

directa... Que Shane para algunas cosas era muy serio, y tampoco quería espantarle por mostrarse demasiado lanzada.

Pero entonces él cerró la puerta, sin dejar de mirarla, y Karen sonrió. Si lo que se adivinaba bajo la toalla era indicativo de algo, era de que el chico no iba a darse media vuelta.

Shane se acercó despacio, como si temiera que en cualquier momento ella fuera a desaparecer. Cuando llegó a su altura, Karen señaló su toalla con el bote.

—Me parece que estoy en desventaja —le dijo.

Shane soltó el nudo y la dejó caer al suelo, endureciéndose aún más al ver

cómo los ojos de Karen se oscurecían al mirarle. Se inclinó hacia ella, manteniéndole la mirada, pero cuando parecía que estaba a punto de besarla, le cogió el bote de crema.

—Creo que necesitabas ayuda con esto —dijo, con voz ronca.

Karen se obligó a mantenerse quieta: ella había iniciado aquel juego, así que le seguiría la corriente. Se echó el pelo aún mojado a un lado para darle mejor acceso a su espalda, mientras notaba cómo Shane se subía a la cama y se arrodillaba sobre ella, sin llegar a tocarla.

—¿Estás cómoda? —preguntó.

Karen cogió la almohada para apoyar la cabeza en ella, abrazándola.

De pronto notó algo frío en la espalda, y al momento un ligero roce cuando Shane se inclinó para susurrar en su oído.

—¿Está fría? —preguntó.

—Sí. —Carraspeó para aclararse la garganta—. Un poco.

—Tranquila, ahora la caliente.

Depositó un ligero beso en su nuca que le hizo estremecerse de pies a cabeza, para después incorporarse y comenzar a extender la crema por su espalda con gestos suaves en forma de caricias. Se echó más en las manos para templarla antes de esparcirla por sus hombros y cuello; bajó por la espalda, llegando con las manos por los lados a rozar sus senos... pero continuó bajando hasta la zona dorsal. Ahí se apartó unos

segundos, mientras cogía un poco más de crema. Siguió bajando, masajeando sus nalgas, y cuando llegó a los muslos se los separó un poco.

Karen aguantó la respiración, le estaba costando horrores no moverse, pero también estaba disfrutando con la sensación de expectación tan intensa que Shane estaba creando. Se quedó quieta mientras notaba aquellas manos deslizarse por sus muslos... pero de nuevo el muy maldito no hizo lo que estaba esperando; se limitó a rozar ligeramente la zona que latía esperando sus caricias, para continuar con su meticuloso masaje por las piernas. Si aquello seguía así, tenía dos opciones: matarlo o tirarse encima de él.

Entonces oyó un golpe, y por el rabillo del ojo vio que el bote de crema había caído al suelo. De nuevo se obligó a mantenerse inmóvil. Sintió cómo el colchón se hundía en diferentes zonas mientras Shane se movía sobre ella, colocando las manos a ambos lados de su cabeza, pero sin que sus cuerpos se tocaran. Podía sentir el calor que desprendía su cuerpo, lo cual era incluso peor. Se estremeció de nuevo cuando Shane la besó en la nuca, pero esta vez siguió con un reguero de besos por la línea de su espalda, hasta llegar otra vez a la zona dorsal, donde se detuvo para hacer el mismo camino de vuelta. Entonces se estiró sobre su cuerpo, sin llegar a apoyarse del todo

para no aplastarla, con el pecho tocando su espalda y una pierna entre las suyas, de manera que Karen pudo notar sobre ella lo excitado que estaba. Intentó moverse, pero Shane la besó en el lóbulo mientras acariciaba la zona lateral del cuerpo con una mano.

—Quieta —susurró.

Karen movió la cabeza para intentar besarlo, pero Shane la esquivó con una sonrisa traviesa. Y otra vez tenía deseos de matarlo... Cerró los ojos gimiendo. Shane había deslizado la mano entre sus piernas, buscando su punto más sensible... y no tardó en encontrarlo, haciendo que se retorciera bajo él.

Shane se acomodó sin parar de acariciarla. Con la otra mano la ayudó a

girar la cabeza hacia él, para aproximarse a sus labios entreabiertos.

—Mírame —pidió.

—Shane...

—Mírame.

Y Karen lo hizo, perdiéndose en el azul intenso de sus ojos. Intentó besarlo de nuevo, pero él la sujetó para que no se moviera, quería que siguiera mirándole mientras la tocaba sin cesar.

Karen apretó la almohada con las manos, sintiendo que perdía el control de su cuerpo. Estaba al límite, no podía más, y se moría por sentir sus labios y tenerle dentro... pero Shane no le permitía moverse, así que no pudo sino rendirse a las oleadas de placer que recorrieron su cuerpo dejándola sin

aliento.

Shane esperó a que dejara de estremecerse para acariciar su labio inferior con el pulgar.

—Te comería a besos ahora mismo —murmuró.

«Pues ya estás tardando», pensó ella. Pero en su lugar, solo pudo decir su nombre otra vez: se había quedado sin aliento y sin voz, parecía.

Él pareció leerle el pensamiento, porque recorrió la cara con su mirada, delineando su rostro con un dedo como si estuviera aprendiéndose sus rasgos, y se acercó para rozar sus labios con la punta de la lengua.

Karen suspiró temblando mientras esperaba, y cuando por fin la besó, fue

como si nunca lo hubieran hecho antes. Era dulce y salvaje al mismo tiempo, nunca había tenido aquella sensación, como si estuviera muerta de sed y solo él pudiera aplacar esa necesidad. Se movió para poder abrazarle, y Shane la dejó hacer; sin separar sus labios la ayudó a ponerse bocarriba, mientras la abrazaba y ella le rodeaba con sus brazos para no dejarle escapar. Ahora que por fin la estaba besando, no iba a dejarle ir tan fácilmente.

Shane se tumbó encima, acariciándole los muslos para rodearse con sus piernas. Separó un poco sus labios, apoyando la frente sobre la de ella.

—Karen... no he traído nada. Joder,

si es que ni he cogido la llave de mi habitación... Y a saber dónde habrá una farmacia a estas horas y en este pueblo perdido.

A ella le entró la risa ante su tono de desesperación. Le cogió la cara entre las manos para que la mirara, y le dio un fuerte beso.

—Tengo una caja en la mesilla —informó.

—¿Y eso? —Estaba sorprendido—. ¿Venías preparada de Kiltarlity?

—Me obligó Leslie a traerla. —Le acarició el pelo—. Ya sabes, es muy organizada, ella.

—Pero tú... ¿sabías que esto podía ocurrir?

—Los hombres estáis ciegos. Ahora

cállate de una vez, por Dios, y sigue con lo que estabas haciendo.

Shane decidió hacer caso: ya aclararía ese tema más tarde. Porque ya era bastante que hubiera estado ciego, como ella decía, pero que su jefa, ¡su propia jefa!, le hubiera comprado aquello... parecía el mundo al revés.

—Retiro todo lo que me haya quejado de ella alguna vez —replicó, alargando la mano hacia el cajón.

Se las arregló para sacarla y agenciarse un paquetito sin apartarse demasiado de ella. Al verlo, la miró con las cejas levantadas.

—¿No me vas a hacer el chistecito? —preguntó.

—Creo recordar que le dijiste a

Connor que los irlandeses no usabais camisetas XL, pero que sí las usabais mejor.

—¿Y cómo lo estoy haciendo de momento?

Lo abrió con agilidad, sorprendiendo de nuevo a Karen, aunque procuraba mantenerse impasible.

—Digamos que pasable —contestó, encogiéndose de hombros.

—Ah, ¿sí? —Volvió a la postura anterior, besándola hasta dejarla sin aliento—. Creo que tendré que seguir esforzándome...

Y entonces entró en ella. Karen gimió, rodeándole con sus piernas, y le miró al ver que se quedaba quieto.

—Shane... —jadeó.

—No me canso de mirarte. —Se movió contra ella, arrancándole otro gemido—. No sabes lo que me haces cuando me miras así.

La besó con ansia, como si quisiera devorarla. Karen se sorprendió, después de lo calmado que había estado hasta entonces no esperaba algo así. Pero su cuerpo reaccionó al momento, adaptándose a sus movimientos. Le devolvió el beso con la misma fiereza, atrapando su lengua en la boca, mordiéndole el labio inferior... no supo en qué momento perdió el control, pero si hubiera caído un meteorito sobre ellos, no se habría dado cuenta. Solo era consciente de él y de lo que le estaba haciendo sentir, de su forma de

acariciarla y besarla, de los movimientos de sus caderas sobre ella... y cuando todo explotó a su alrededor, hubiera jurado que había visto hasta fuegos artificiales. Nunca había sentido nada tan intenso.

Shane se tumbó junto a ella, tragando saliva mientras intentaba recuperar el aliento. Al notar su respiración agitada, le acarició el pelo preocupado.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Estás de broma? No puedo ni respirar.

—Por eso lo digo. —Bajó la mano a su pecho, para sentir los latidos de su corazón—. Karen, dime por favor que estás bien.

Ella se enterneció. Puso su mano

sobre la de él, acariciándole la mejilla.

—Ha sido genial, Shane, pero si me diera un ataque al corazón como consecuencia de esto, tu ego explotaría. Y no es plan.

—Karen...

—Puedes estar tranquilo, que mi corazón puede aguantar esto y mucho más. Así que más te vale tomar nota y repetirlo unas cuantas veces.

Shane respiró aliviado, y la atrajo hacia sí para que se acomodara en su pecho. Karen se dejó abrazar, apretándose contra su cuerpo con una sonrisa. Que él se preocupara así por ella... aquello valía más que cualquier otra cosa.

Evan estaba tomando un café en el salón de Leslie cuando ella entró con una caja que parecía de zapatos en las manos. Él la miró levantando una ceja.

—¿No ibas a cambiarte de ropa para ir a comer al pub? —preguntó.

—No, es que... quería enseñarte algo.

Apretó la caja contra su pecho. Evan dejó el café, y se movió en el sofá para hacerle hueco. Leslie se sentó a su lado, y le mostró la parte superior de la caja.

—¿La habías visto antes? —preguntó.

Evan negó con la cabeza. Reconocía a Finn, además de haber visto muchas

fotos de él de joven, el hombre había envejecido bien. Y supuso que la niña era ella, aunque solo hubiera visto la foto del despacho, cuando era aún un bebé.

—¿Eres tú? —preguntó, al ver que no hablaba.

—Sí. —Abrió la caja, y le enseñó el resto de fotos—. Yo no recuerdo esto.

—Pareces muy pequeña.

—Sí, pero quiero decir... Mi madre me contó que nunca llegó a conocerme. Y mira.

Le mostró las cartas, resumiendo lo que había leído en ellas. Evan las miró por encima, así como las fotos, pero no dijo nada. Para él estaba claro que su madre se había preocupado muy mucho

de que ellos no tuvieran contacto alguno, pero tampoco había conocido a la mujer y quería hablar mal de ella delante de Leslie. Al fin y al cabo, era su madre.

—¿Qué... qué piensas? —preguntó Leslie.

—*Lassie*, yo solo... Mira, yo conozco a Finn. Es un buen hombre, y por la forma en que siempre ha hablado de ti, todos tenemos claro que te quiere. Pero nunca nos ha dicho a nadie por qué no iba a verte, o por qué no venías tú.

Ella volvió a mirar las cartas, indecisa.

—Es que esto... Evan, parece que en realidad mi madre se lo prohibió o algo así. Pero no entiendo por qué me mentiría. Solo nos teníamos la una a la

otra.

—No sé qué decirte, Leslie. ¿Es por esto que vas a verlo?

—Sí, desde el día que lo encontré. Tengo muchas preguntas que hacer... pero me da miedo que despierte, por lo que pueda responder. —Bajó la vista—. Por lo que pueda averiguar sobre lo que ocurrió.

—Ven aquí. —La besó y la estrechó contra su pecho—. Estoy aquí, *lassie*. Si quieres te acompaño a verlo, para que no estés sola.

—¿No te importa?

—Claro que no. ¿Quieres que vayamos hoy? —Leslie afirmó con la cabeza—. De acuerdo. Pues déjame llamar a Owen, y nos vamos a comer a

Inverness.

—Gracias, Evan.

Le dio un beso en la mejilla y recogió los papeles dentro de la caja, para ir a cambiarse.

Después se fueron a Inverness y, al terminar de comer, se dirigieron al hospital. Entraron en la habitación de Finn... y de nuevo estaba Nell allí. Al verles, se apresuró a levantarse de la silla que ocupaba junto a la cama.

—Hola, mamá —saludó Evan.

—Hola, cariño. Hola, Leslie, yo no... no os esperaba. Pero en fin, ya me iba.

Recogió su chaqueta, y al pasar junto a ellos le dio un beso a Evan en la mejilla.

—Puedes quedarte si quieres —dijo Leslie.

—No, si en realidad tengo cosas que hacer, y... Nos vemos luego.

Salió de la habitación, no sin antes lanzar una mirada de soslayo al rostro dormido de Finn.

Leslie se acercó a la cama, aunque no llegó a tocarle. Miró a Evan, que se había sentado en la silla que ocupara su madre al llegar.

—Evan, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro.

—Tú me dijiste... que mi padre no tenía novias.

—No que yo sepa.

—Pero... —Ladeó la cabeza, indecisa—. No sé cómo decirlo, pero...

—Ya. —Suspiró—. Mi madre pasa mucho tiempo aquí con él.

—¿Son...?

—No. —Negó con la cabeza—. Creo que hace años hubo algo, he oído algún rumor en el pueblo, pero... No sé qué ocurrió entre tu padre y mi madre. Lo que sí sé, es que mi madre le quiere.

—¿Y él?

—No lo sé. Nunca ha intentado nada, ni siquiera cuando... —Apretó los labios—. Ni si siquiera cuando mi padre desapareció.

Leslie se quedó indecisa. Evan mencionaba muy pocas veces a su padre, y siempre en aquellos términos tan ambiguos... Pero ya no era como al principio, se suponía que había algo

entre ellos, y lo conocía mejor. Y lo que reflejaban sus ojos era dolor.

Se acercó y se acuclilló frente a él, acariciándole una mejilla.

—Probablemente me digas que no es de mi incumbencia —dijo—. Pero puedes contármelo.

Evan no tuvo que preguntar a qué se refería. Sabía que no había sido claro con lo de su padre y estaba seguro de que nadie se lo había contado. Suspiró y apoyó los brazos en las rodillas, mirando al suelo.

—Mi padre era un cabrón —dijo—. Pegaba a mi madre, se emborrachaba, la engañaba, se jugaba nuestro dinero y el del clan... no era lo que se dice un ejemplo a seguir. Mi madre lo aguantaba

por mí, porque como él era el *laird* la amenazaba con que si lo dejaba, se quedaría conmigo y ella nunca podría volver a verme.

—Pero eso es...

—Horrible, sí. Pero él sabía disimular fuera, ¿sabes? No le dejaba marcas, no montaba líos en Kiltarlity, sino en otros pueblos. Así que mi madre aguantó. Hasta que cumplí dieciocho años. —Suspiró, echándose hacia atrás—. No esperé ni un día. Le di una paliza que no creo que haya olvidado todavía. Lo llevé ante el consejo del clan y presenté mis alegatos. No me costó ganar la votación, ya sospechaban algo por el dinero que desaparecía del pueblo. Es culpa suya que Kinley

Castle... esté así. En fin, le quité su título de *laird*. Y mi primera orden como tal, fue expulsarlo del clan.

—¿Expulsarlo?

—Sí. Mi padre fue desterrado de nuestras tierras. Si pisa suelo escocés, sea donde sea, los otros clanes nos avisarán. Y créeme, no saldrá tan bien parado.

—Pero eso, ¿se puede hacer? ¿Es legal?

—Para algunas cosas seguimos manteniendo nuestras costumbres ancestrales, *lassie*. —Se encogió de hombros—. En fin, ese es el gran secreto.

Leslie le acarició el pelo, y sonrió intentando aliviar la tensión del

momento.

—Bueno, lo que eres tú, estás lleno —comentó—. No me dijiste que eras el *laird*, ni que tú cocinabas... cualquier día descubro que eres inmortal de verdad.

Evan la miró sin poder creer que por fin hubiera hecho una broma, pero Leslie estaba seria como siempre... aunque con un brillo divertido en los ojos. La atrajo hacia sí y la besó, aliviado. No sabía qué había esperado de ella cuando se lo contara, quizá censura por ceñirse por leyes arcaicas y no acudir a la policía... pero parecía que ella lo había entendido.

Para un escocés, no había peor castigo que el destierro.

* * *

Unos días después, el vehículo negro se detuvo frente a la calle de Karen. El vuelo de regreso les había coincidido tarde, así que en lugar de autobús habían tenido que coger un taxi a la salida del aeropuerto. Obviamente daba igual, puesto que esa semana que habían pasado juntos era de las que no se olvidaban con facilidad.

En ningún momento Karen y Shane habían hablado de qué iba a pasar a partir de aquel momento, pero tampoco parecían tener ganas de sacar el tema. Ambos tenían claros sus sentimientos, y sin embargo, resultaba complicado

expresarlos en voz alta.

Shane sentía que era pronto para ponerse serio, aunque en realidad aquello ya era serio. O al menos por la parte que le tocaba. Miró la puerta de su casa de reojo, sin saber bien qué decir o cómo despedirse; ella estaba pagando al taxista después de que este sacara las maletas.

Una vez desaparecido el automóvil, la pelirroja dio dos pasos hacia él.

—¿Y ahora qué? —preguntó Shane, directo.

Karen le lanzó una mirada que lo puso nervioso.

—Quiero decir... a partir de ahora, ¿cómo quieres...? Me refiero a... no sé, ¿prefieres que sigamos siendo amigos,

o...? —Shane se daba perfecta cuenta que debía sonar como un imbécil.

Pero ella le hizo callar poniendo un dedo sobre sus labios, sin dejar de sonreír.

—Lo que creo —dijo—, es que ya hablaremos de esto mañana. Y que ahora deberíamos meternos en la cama, si te parece.

—Bien —dijo el irlandés, aliviado porque a todas luces Karen lo había llevado mejor que él.

Y se dejó arrastrar dentro de la casa de la pelirroja, sabiendo de sobra que esa noche, como las últimas, no dormiría demasiado.

OTOÑO

Del 22 de septiembre al 20 de
diciembre

30 días de lluvia

5 días de tormenta

5 días de lloviznas

5 días nublados con lluvias
intermitentes

5 días con niebla, lluvia y tormentas

Dos puntos

—Te digo yo que Taylor Swift no vale nada —decía Karen.

—Pues ya me puedes ir dando algún motivo. Porque me encanta *Red*.

—No sé por qué os empeñáis en sacar todos los días el mismo tema —dijo Shane, sin apartar la mirada de su pantalla—. ¿No se os ocurren más juegos?

—Pero si tú casi nunca opinas —replicó Vika—, ¿qué más te da?

—No opino porque no hay discusión posible. Si entro, ganaría siempre con U2. Y no quiero dejaros en ridículo.

—Solo porque sea un grupo irlandés

no quiere decir...

—Buenas tardes —interrumpió Leslie, pasando junto a ellos. Había estado fuera con Evan aquella mañana, y aún no les había visto—. ¿Qué tal las vacaciones, chicos?

—Ah, bien, bien —contestó Shane, evitando mirar a Karen, que afirmaba con la cabeza, ruborizada—. ¿Y tú por aquí?

—He sobrevivido, no me preguntéis cómo. —Se dirigió hacia su despacho, pero antes de entrar les miró—. Y chicos... siento decirlo, pero os equivocáis todos. Ninguno supera a Queen.

Y se metió dentro dejándoles con la boca abierta.

Leslie se sentó con una sonrisa. Estaba deseando que llegara el sábado para irse de cena con las chicas y que Karen las pusiera al día, porque no le había pasado desapercibido que algo había cambiado en el ambiente. No, si al final Evan tenía razón. Encendió el ordenador, y se encontró con un par de mails de Alan y otros tantos del arquitecto y el constructor.

Entonces sonó su móvil, y comprobó en la pantalla que era su jefe. Había estado dándole largas, pero ya se le había acabado el tiempo, estaba claro. Pulsó el botón para contestar e inspiró profundamente.

—Hola, Alan —saludó.

—Hombre, si estás viva. ¡Que llevas

una semana sin contestar mis *mails*!

—Lo sé, perdona. Es que he estado muy ocupada.

—Espero que con los permisos de construcción. Pensaba que al ser tú la alcaldesa se tramitaría todo mucho más rápido, pero veo que la burocracia es igual en todos lados.

—Es que... Alan, no sé si este lugar es el más indicado para lo que quieres construir.

—¿Qué? Leslie, ya no hay marcha atrás. Los inversores han puesto el dinero, ya se ha hecho el primer pago. ¿Hay algún problema que no me hayas contado?

—No, no es eso.

—Entonces agiliza el papeleo,

habría que empezar las obras en un mes. Y si no lo hacemos, no cumpliremos las fechas y eso ya sabes que no es negociable.

—Te llamaré.

Colgó mordiéndose el labio. Ella había parado los permisos, aunque sabía que era solo retrasar lo inevitable. Alan tenía razón, ya habían pagado, los inversores estaban esperando que se cumplieran los plazos. Y retirar el proyecto implicaba mucho tiempo y dinero. Pero para ella, todo había cambiado. Su prioridad no era el *bonus*, ni cambiar su apartamento de lujo por un ático aún mejor. Era que Evan fuera feliz.

Se recostó en la silla, inquieta. ¿Era

eso estar enamorada? Porque entonces, lo estaba hasta las trancas. No se había parado a analizar lo que estaba sintiendo con Evan, era todo demasiado novedoso y extraño para ella. Con él se sentía una persona diferente, feliz y despreocupada. Y le gustaba. Miró el móvil, al fondo de pantalla de ambos juntos. ¿Y si él no sentía lo mismo? Quizá solo era una novedad en comparación con el resto de chicas con las que había estado, y se aburriría pronto de ella. No tenía ni idea, no habían hablado del futuro en ningún momento.

Pero no pudo pensar más en ello, porque ese futuro que tanto temía apareció de pronto antes sus ojos en

forma de llamada: era el hospital.

Cuando colgó, su pulso temblaba. Salió del despacho con la mirada perdida, sin tener muy claro qué hacer.

—¿Leslie? —La voz de Shane le llegó como lejana—. Leslie, ¿estás bien?

—¿Qué?

—Estás pálida —dijo Karen, acercándose a ella—. Vika, trae un poco de agua.

Shane se levantó también, y entre los dos llevaron a Leslie a una silla. Ella se dejó hacer; aceptó el vaso y bebió un poco, mientras ellos se miraban preocupados.

—¿Leslie? —insistió Karen.

—Tengo que ir a Inverness —musitó

ella.

—¿Qué ha pasado?

—Finn... mi padre. —Levantó la vista—. Ha despertado. Le han dicho que estoy aquí, y... y ha preguntado por mí.

—Vika, llama a Evan —pidió Karen—. Dile que venga para acá ahora mismo. —Vika corrió al teléfono—. Tranquila, Evan irá contigo.

—Pero yo... —Miró a sus ayudantes alternativamente—. Nunca le he visto. Quiero decir, nunca he hablado con él. Que yo recuerde, al menos. Porque era muy pequeña, y... mi madre... pero las fotos con él... no sé qué decirle.

Ellos no estaban entendiendo la mitad de lo que les decía. Karen le

acarició un brazo, sin saber que palabras usar para tranquilizarla.

—Escucha, Evan está de camino — le explicó—. ¿Vamos a esperarlo fuera? Así te dará el aire, seguro que te viene bien.

Shane fue a buscar su bolso, y bajaron los tres con ella. Vika le explicó a Davina lo que ocurría, y ella también los acompañó a la entrada. Menos de cinco minutos después, Evan estaba aparando su moto en la entrada. Se quitó el casco y se acercó con rapidez, mirando a Leslie preocupado. La abrazó besándola en la cabeza.

—¿Qué le han dicho exactamente? —preguntó, mirando a Shane.

—No nos lo ha contado, solo que ha

despertado y quiere verla. —Le tendió su bolso—. Ahí están las llaves de su coche.

—Iré con ella. Os llamaré cuando sepamos algo, ¿de acuerdo?

La llevó hasta el coche y abrió la puerta para que ocupara el asiento del copiloto. Después se fue al lado del conductor, y arrancó.

—No tardaremos, no te preocupes.

Leslie no le miró, sumida en sus pensamientos. Evan condujo hasta Inverness en silencio; no tenía ni idea de qué podría decirle Finn, así que tampoco podía decirle que todo iría bien si no estaba seguro. No creía que ella agradeciera esas palabras vacías.

Metió el coche en el aparcamiento y

apagó el motor, girándose hacia ella para acariciarle una mejilla.

—Entraré contigo —le dijo—. Leslie, no estás sola. Sea lo que sea lo que Finn te cuente... no importa. Es el pasado, ya no importa.

Leslie lo miró. Meses atrás, ni en sus sueños más extraños habría imaginado encontrarse en una situación así. Siempre había sido independiente, se las había arreglado sola, nunca había tenido miedo de enfrentarse a nada. Pero en aquel momento, le aterraba entrar en esa habitación. Y solo que Evan estuviera con ella le daba ánimos para hacerlo. Debería estar asustada de necesitar a alguien como se dio cuenta que necesitaba a Evan, pero en cambio,

era un sentimiento tranquilizador. Le apretó una mano, agradecida.

—Tarde o temprano tenía que ocurrir —dijo—. Gracias por venir conmigo.

—No digas tonterías, para eso estoy: para lo bueno y lo malo.

Le dio un beso para animarla y se bajó del coche. Leslie inspiró profundamente, y le siguió. Evan le cogió la mano y así fueron hasta la habitación de Finn. Cuando entraron, se encontraron con un médico y una enfermera en el interior.

El doctor sonrió al ver a Leslie, ya había hablado con ella varias veces, y se acercó para darles las buenas noticias. Pero ella no le escuchaba, solo

podía mirar al hombre que la observaba desde la cama con unos ojos idénticos a los suyos.

La enfermera le estaba tomando la tensión, pero Finn tampoco le estaba haciendo caso: solo podía mirar a Leslie. Su pequeña, su *bonnie lassie*... cuando el médico le había dicho que había estado visitándolo, le había costado creerlo. Pero ahí estaba, treinta años después... y era aún más guapa de lo que se había imaginado.

—¿Finn? —dijo Evan.

El hombre desvió la vista de su hija... para darse cuenta de que no estaba sola, sino con su *laird*, con quien iba de la mano. Si ya averiguar que había estado en coma varios meses y

que Leslie estaba allí había resultado increíble, verla de la mano con Evan era algo aún más inesperado.

—*Laird*... —contestó.

—Les dejaremos solos —comunicó el médico, sin que ninguno hiciera mucho caso.

Él y la enfermera salieron de la habitación, donde el silencio reinó durante unos segundos.

—No tienes mal aspecto —dijo Evan, intentando iniciar alguna conversación.

—Me han dicho que me harán más pruebas, y que necesitaré rehabilitación en la pierna. Pero espero irme a casa pronto.

—Yo he... —empezó Leslie. Tragó

saliva, buscando las palabras—. He estado viviendo allí. Pero me iré esta misma noche.

Finn la miraba sorprendido. Sacudió la cabeza, lo que le ocasionó un ligero mareo.

—Es también tu casa —contestó, con voz suave—. Siempre lo ha sido. ¿Quién te avisó de... bueno, de mi accidente?

—Karen. Me llamó para que ocupara tu lugar.

—¿En serio? —Frunció el ceño, hasta que su rostro se iluminó con comprensión y miró a Evan—. Madre mía, ¿utilizasteis esa ley absurda?

Evan se encogió de hombros.

—Algo había que hacer. —Leslie lo

miró, acusadora—. No, *lassie*, no me mires así, no fue idea mía. Te lo hubiera contado. Salió en el consejo, se votó y se aceptó.

—Y entonces, ¿viniste sin más? — siguió preguntando Finn, atónito.

—No, en realidad vine con mi ayudante, era una oportunidad de... — Se mordió un labio—. Tenía que mirar unos terrenos, y...

—He vendido Kinley Castle a su empresa —explicó Evan—. Harán un *resort* de golf.

Finn iba de sorpresa en sorpresa. Sabía lo que Evan sentía por esas tierras, ¿y las había vendido? Pues sí que se había perdido cosas aquellos meses en coma...

—Necesito preguntarte una cosa — dijo Leslie, armándose de valor—. Y necesito que seas sincero.

—Adelante.

—Quiero la verdad. Encontré una caja en tu casa con... —Él hizo un gesto de tristeza—. Ya sabes con qué. Y no lo entiendo. ¿Por qué no fuiste a verme? Yo creía que nunca te había conocido, pero en esas fotos... estoy contigo.

—Leslie, yo... —Miró a Evan en busca de ayuda, pero el chico se encogió de hombros—. Tu madre ya no está para defenderse, no me parece bien hablar mal de los muertos.

—Dime la verdad.

Finn suspiró. Se frotó la frente, que le dolía cada vez más. Acababan de

darle algo para el dolor, pero parecía que no estaba haciendo efecto. O quizá era el cúmulo de sorpresas, una tras otra.

—Supongo que debería empezar por el principio.

—Eso estaría bien, sí.

—Tu madre y yo nos conocimos un verano. Ella había venido con unas amigas de vacaciones, y yo acababa de... —miró a Evan, para apartar la vista al segundo—. Tuve un desengaño amoroso, y supongo que andaba buscando cómo olvidarme de ella. Tu madre andaba buscando aventura, y... así fue como nos... dejémoslo en conocimos. A las pocas semanas se marchó, quedamos en que había sido una

aventura de verano y nada más. Pero un par de meses después me llamó porque supo que estaba embarazada. Fui a Londres a verla. Ella me dijo que no necesitaba nada de mí, que en realidad solo quería... —Evitó mirarla—. Que lo que buscaba era tener un hijo, nada más. Me imagino que si hubiera sido ahora, habría acudido a un banco de semen.

—¿Y por qué te llamó?

—Me dijo que le parecía justo, pero que no se imaginaba que yo me preocuparía por ti. Y durante un par de años me dejó formar parte de tu vida, incluso te trajo para que conocieras tus orígenes. Pero cuando le pedí la custodia compartida, para asegurarme tener unas visitas fijas y unas semanas al

año contigo... me dijo que no.

—¿Y ya está? ¿Se negó, y tú no insististe?

—No, lo hice. Y me llevó a juicio. Consiguió una orden de alejamiento, no podía acercarme a ti hasta que fueras mayor de edad.

—Eso no... Eso no puede ser verdad.

—En el armario donde estaba esa caja, en la baldas de arriba, hay unas carpetas con papeles. Verás los informes que presentó, en los que me acusaba de maltrato. Y las sentencias judiciales. No te miento.

Leslie movía la cabeza, sin poder asimilar que su madre había sido capaz de algo así. Le había mentado toda su

vida, nada de lo que había dicho era cierto. Finn se pasó una mano por el pelo, nervioso.

—Hij... Leslie, tu madre te quería solo para ella. Y estoy seguro de que en el fondo pensaba que era lo mejor para ti, y...

—¿Lo mejor para mí? —Se frotó los ojos, furiosa—. ¿Dejarme sin padre? ¿Ocultarme tus cartas? ¿Mentirme con respecto a ti? No puedo... —Miró a Evan, angustiada—. Tengo que irme, no puedo...

Salió corriendo de la habitación. Evan lanzó a Finn una mirada de disculpa, antes de salir tras ella y alcanzarla en el pasillo. La abrazó mientras la chica lloraba desconsolada

contra su pecho.

—Tranquila —le dijo—. Leslie, está bien. No pasa nada.

—No puedo asimilarlo, Evan. Toda mi vida es una mentira.

—Leslie...

—Sácame de aquí, por favor. No puedo respirar.

Evan le rodeó los hombros con un brazo y la llevó hasta la calle, a una esquina bajo un tejado para no mojarse. Continuó abrazándola, hasta que poco a poco Leslie se fue calmando.

—Llévame a mi... a su casa —pidió ella, al cabo de un rato.

—¿Estás segura? Podemos ir a la mía, si quieres.

—No, tengo que buscar esos

papeles, verlo... todo.

—Está bien.

Evan no quería que sufriera, le dolía verla así, pero entendía que necesitara comprobar que lo que Finn les había dicho era verdad.

Fueron hasta el coche, y el trayecto hasta Kiltarlity lo realizaron en completo silencio. Cuando llegaron a la casa de Finn, Leslie le llevó hasta la habitación de su padre, y le enseñó dónde estaba la caja guardada.

—No busqué más —le dijo—. Supongo... que una parte de mí temía lo que pudiera encontrar.

Evan miró en las baldas superiores, donde ella no llegaba, hasta localizar las carpetas a las que Finn había hecho

referencia. Bajaron con ellas al salón, y entre los dos empezaron a mirar los papeles que había dentro. Cartas de abogados, sentencias de jueces... incluso un certificado de paternidad. Leslie lo leía todo como si fuera una película, algo ajeno a ella, porque parecía una realidad paralela que no encajaba con la suya. Pero ahí estaba todo: Finn no había mentido.

Evan se quedó esperando mientras ella releía las sentencias, hasta que por fin Leslie dejó los papeles a un lado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—No lo sé, yo...

Entonces sonó su teléfono móvil. Lo cogió de su bolso, y vio que tenía unos cuantos mensajes de Alan y que se

trataba de nuevo de él. Hablar con su jefe era lo último que le apetecía en aquel momento, y le dio al botón de rechazar llamada.

—¿Era del ayuntamiento? — preguntó Evan.

—No, es... Alan, mi jefe. Sobre el proyecto.

—Voy a prepararte un té, ¿de acuerdo? Llámalo o seguro que seguirá insistiendo, y además, quizá te distraiga de... —Hizo un gesto hacia los papeles—. Todo esto. —Le dio un beso y la miró a los ojos—. Estoy contigo, *lassie*.

Le apretó una mano y se marchó a la cocina, con Leslie observándole agradecida. Nunca hubiera creído que alguien pudiera preocuparse por ella de

esa manera. Y entonces miró el móvil de nuevo. No podía seguir adelante con el *resort*, no podía hacer eso a Evan. Le dio al botón de rellamada y se fue hacia la ventana mientras esperaba, contemplando la lluvia.

—¡Ya era hora! —casi gritó Alan al otro lado de la línea—. Leslie, tengo a los accionistas detrás, te dije antes que...

—Alan, dame unas semanas.

—¿Para qué?

—Iré a Londres, tengo que... tengo un asunto personal. Y me reuniré contigo para explicártelo, pero quiero intentar recuperar las tierras.

—Eso es imposible.

—Si consigo otro lugar, igual o

mejor, y les devolvemos la inversión...

—Leslie, no puedes hacer eso. La compañía ya se ha comprometido.

—Déjame intentarlo.

—No lo sé—suspiró impaciente—.

¿Cuándo vas a venir?

—Estaré allí mañana. —Se dio la vuelta al oír a Evan regresar—. Te llamo en cuanto llegue.

Colgó el teléfono, mientras Evan se acercaba y le entregaba una taza humeante.

—¿Tienes que irte? —preguntó.

—Sí, tengo que ir a Londres. Alan me reclama, y de paso... iré a hablar con el abogado, el de mi madre, necesito que me lo diga él, tiene que saberlo todo. Y... y después...

—¿Quieres que te acompañe?

A Leslie se le llenaron los ojos de lágrimas. No quería otra cosa que estar junto a él, pero aquello era algo entre su madre y ella, algo que tenía que arreglar por sí misma. Y por otro lado, no quería que supiera nada de su intento de cambiar el proyecto. No quería crear falsas expectativas y que luego saliera mal.

—Yo... necesito tiempo, Evan. Necesito estar sola para... asimilar todo esto, y...

—No pasa nada. —La abrazó—. Lo entiendo.

—¿No te importa?

—Leslie, yo estaré aquí esperándote. Tómate el tiempo que

necesites. —La separó para mirar sus ojos antes de besarla—. Iré a verte, no te preocupes por mí.

—Tengo que hablar con Shane... Pero antes voy a hacer las maletas, yo... no puedo dormir hoy aquí.

—Te ayudaré, no te preocupes.

Leslie dejó el té intacto, y subieron a su habitación para recoger sus cosas. Cuando Evan vio la cantidad ingente de ropa y zapatos que había llevado, empezó a dudar si cabría todo en las maletas.

—¿Todo esto habías traído? —preguntó.

—Sí, y encima ya no me vale ni la mitad. —Suspiró fastidiada—. Tendré que comprar ropa en Londres.

Entre los dos consiguieron meter todo y bajarlo al coche.

Evan la llevó hasta el pub. Le dolía verla así, ojalá pudiera hacer algo para cambiar su pasado pero no podía, y entendía que necesitara tiempo para asumirlo. Leslie tenía que hacer las paces con su madre, recomponer las piezas de su vida para poder continuar. Y él no podía hacer otra cosa que apoyarla, aunque eso significara apartarse de su lado por un tiempo.

Subió las maletas hasta su apartamento, y las dejó en la entrada. Leslie cogió una pequeña donde llevaba las cosas imprescindibles para llevarla a la habitación.

—Voy a bajar al pub a echar un

vistazo —dijo Evan—. No tardaré.

—Estoy bien, tómate el tiempo que necesites. —Cogió su móvil—. Voy a llamar para coger los vuelos y a Shane para que se venga conmigo a ayudarme con lo de Alan.

—Llámame si necesitas algo.

Se acercó para besarla, y la dejó sola mientras Leslie marcaba el número de su ayudante.

Karen y Shane estaban en la cocina cuando el móvil del chico comenzó a sonar; la idea era preparar la cena, pero sin darse cuenta habían empezado con un tonto que tenía toda la pinta de terminar en sexo, y que se vio interrumpido de repente con la melodía del teléfono.

—¿Tienes que contestar? —protestó ella, sin soltarlo de la camisa.

—Seguro que es Leslie, a lo mejor sobre Finn... —Karen cedió, dejándolo ir, y Shane cogió su móvil—. Sí que es ella. ¿Leslie? Sí, hola.

Karen se bajó de la encimera y se abrochó los botones de la camisa, mirándole de reojo. Vio cómo la expresión de su cara cambiaba según escuchaba la voz que hablaba del otro lado, y eso la inquietó. Estaba claro que no eran buenas noticias, esperaba que Finn estuviera bien.

Se aproximó despacio mientras él continuaba a la escucha.

—¿Así, de repente? —dijo Shane, con voz de sorpresa, y comenzó a negar

con la cabeza—. Pero Leslie, ¿tú crees...? ¿Mañana?

La pelirroja llegó hasta donde se encontraba el irlandés, y le miró alzando la ceja.

—Ya. Sí, sí, te he oído, a las tres. Pero escucha, no entiendo... —Se quedó callado mientras Leslie hablaba—. Vale, comprendo que... —Ella volvió a hablar—. ¿Pero no puedes esperar un día? Vale, vale. Adiós. —Y cortó, dejando el teléfono sobre la encimera.

—¿A las tres qué? —preguntó Karen.

Quizá fuera una reunión o alguna cosa del trabajo, pero... no era eso lo que veía en la cara de Shane, y tuvo un mal presentimiento. Que se agudizó

cuando notó que el chico no parecía dar con las palabras para responder.

—¿Qué pasa? —insistió, cruzándose de brazos.

—Pues que volvemos a Londres. Leslie ha decidido que ya es hora, no sé qué le ha pasado con Finn y no quiere quedarse. —Y le costó pronunciar cada palabra, al igual que le costaba sostener su mirada.

Ella lo miró como si no comprendiera.

—¿Qué?

—Parece ser que además tenemos trabajo allí, y Leslie ha tomado la decisión. Ya tiene los billetes, el avión sale de Inverness mañana a las tres.

—Quieres decir... ¿Que te vas?

En realidad no sabía por qué lo preguntaba, Shane había sido claro en su información, pero por algún motivo sentía la necesidad de oírse lo decir. Porque no se podía creer que tomara la decisión de regresar a Londres después de lo que había pasado entre ellos.

—Yo... eso parece, pero...

Karen se cruzó de brazos, esperando, pero él tampoco sabía bien qué decir. Trabajaba para Leslie, tenía un contrato que no podía romper, y estaba avisado de que regresarían a Londres... todo tenía sentido en la teoría, y sin embargo, en la práctica era al revés.

—¿Tú quieres volver? —le preguntó ella, sin andarse por las ramas.

Ya veía cómo sus ojos echaban chispas... no deseaba verla cabreada, el ramalazo escocés de Karen dejaba el suyo irlandés a la altura del betún. Aunque la comprendía: él aún estaba en shock digiriendo la noticia.

—Qué tonta, ¡claro que quieres volver! —continuó ella, sin dejarle contestar—. Por eso te buscaste un trabajito por si acaso, y seguro que no les escribiste para rechazarlo, ¿verdad?

—No, pero eso es porque se me olv...

—¿Sabes lo que más me molesta de todo esto? Que me tomen por imbécil. —La pelirroja fue hasta la cocina para recuperar su cazadora—. Todo ese rollo de ser mi amigo, diciéndome que

Graham era un capullo... ¡si querías acostarte conmigo haberlo dejado claro desde el principio! No tiene por qué ir mal si ambas partes saben lo que hay.

—Karen... —empezó Shane, viendo cómo el asunto se le escapaba de las manos.

—¿Qué?

—No es tan sencillo, tengo un contrato que tengo que respetar, un piso allí... —según lo iba diciendo, notaba lo poco que parecían importar esas cosas.

—Llevas seis años siguiendo a Leslie, pero no tienes que hacer todo lo que te diga. Eres un ente independiente, ¿sabes?

—Por favor, Karen, ¿podemos

hablar con tranquilidad de esto?

—No, no hace falta. Si está muy claro. Te dice que tienes que irte y no has dudado ni un segundo en aceptar... creo que ya está todo dicho. —La pelirroja sacudió la cabeza—. Deja la llave en el buzón cuando salgas.

Shane no quería que se marchara, pero estaba demasiado enfadada para razonar con ella. Si insistía, no podría asegurar que no le arrojara algo a la cabeza, cosa que prefería evitar. En su lugar, se quedó dándole vueltas al tema... trató de concentrarse en hacer la maleta pese a que Leslie le había dicho que por la mañana no fuera a trabajar para poder recoger sus cosas en condiciones, y eso aún le puso de peor

humor. ¿A qué vendría esa estampida repentina? ¿Por qué Leslie no le había preguntado si quería ir con ella o prefería quedarse? Vale que al llegar le había hecho prometer que no estaría allí más de un año, pero las cosas habían cambiado. Estaba Karen, se había adaptado, le gustaba el lugar, tenía amigos... bueno, en Londres también estaba adaptado y tenía amigos, pero allí no tendría a Karen. ¿Cómo se suponía que la iba a olvidar, si estaba en esa fase en la que cada segundo de sus pensamientos iban dedicados a ella?

Se acostó pronto pensando en dormirse, y descubrió que estaba muy equivocado. No hacía más que dar vueltas a la cabeza. Ya le había costado

apagar la luz sin mandar su *Whatsapp* de buenas noches a la pelirroja, y ella tampoco había dado señales de vida, pero una vez apagó la luz, su cerebro permaneció encendido.

¿Había alguna manera de arreglar la situación? ¿Realmente se había planteado dejar Londres para siempre? No, no lo había hecho, pero tampoco había sido necesario. Kiltarlity le había abierto los brazos y se había dejado abrazar, no había tenido tiempo de pensar ni en lo que quedaba atrás, ni en nada. Aquella situación era desconocida para él, no sabía qué hacer... de manera que agarró el móvil y llamó a su madre.

* * *

Evan a duras penas consiguió meter todas las maletas en el mini coche de Leslie. Después se acercó a ella y le frotó los brazos, como para darle calor. Le besó la frente con cariño.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe al aeropuerto?—preguntó.

—No, prefiero así, de verdad.

—Llámame cuando llegues, ¿de acuerdo?

—Sí. —Le miro—. Evan, yo... no sé cuánto tiempo tardaré en...

—No te preocupes. Hablaremos todos los días, y en cuanto hables con el abogado y arregles las cosas con tu jefe, me avisas y voy a verte.

Leslie afirmó, rodeándole el cuello

con los brazos para poder besarle. Nunca le habían gustado las despedidas largas, por eso prefería también decirle adiós allí. Así que tras un largo beso que a punto estuvo de hacerle cambiar de opinión, se subió en el coche y se alejó procurando no mirar por el retrovisor.

Vika consultó su reloj, viendo que eran casi las dos. Karen había llegado por la mañana con una cara que asustaba al mismísimo diablo, y no se había atrevido a preguntar. Leslie había llamado por teléfono a primera hora para informar de su partida, así que imaginaba el motivo, pero conocía bien a su amiga y no quería que su cuello

peligrara. De modo que respetó su silencio mientras Karen tecleaba en el ordenador como si en realidad quisiera estamparlo contra la pared. La escocesa no había pegado ojo en toda la noche... primero había estado furiosa, pero poco a poco, esa sensación se fue desvaneciendo para dejar expuesto lo que sentía en realidad: que se había enamorado como una idiota, y él había decidido marcharse. Prefería volver a su vida en Londres, ella no era lo bastante importante como para cambiar eso.

Aunque cierto era, que no le había dejado abrir la boca...

A lo mejor solo eran unos días. Ni siquiera sabía lo que había sucedido a Leslie para tomar esa decisión tan

precipitada. ¿Por qué no lo había dejado explicarse?

Su maldito carácter ya le había traído problemas en otras ocasiones. Y si, y si... se había pasado así toda la noche, y deseando que su móvil zumbara avisando de la llegada de un *Whatsapp*. Pero no tenía por qué mandárselo, si había dejado claro que no quería saber nada.

—¡Karen! —gritó Vika en su cara, sobresaltándola.

Salió de sus pensamientos, descubriendo que Davina también estaba allí.

—¿Qué? —protestó molesta.

—Si es que te he preguntado dos veces si querías ir a comer y nada —se

excusó su amiga.

—Karen, ¿qué te pasa? Tienes muy mala cara... —Davina se sentó a su lado y la rodeó con el brazo de manera cariñosa.

Karen la miró con ganas de darle un puñetazo, a lo que Davina se apartó unos milímetros por si acaso.

—Vale, eso no ayuda... perdón.

—¿No piensas contarnos por qué estás así? —preguntó Vika, sentándose en el otro lado, solo por si a Karen se le ocurría la idea de huir.

Ella tenía el ceño cada vez más fruncido, y cara de que su cabreo aumentara por segundos, pero de pronto empezó a llorar, dejándolas pasmadas. Intercambiaron una mirada de

preocupación, nunca habían visto a su amiga de esa manera.

—Karen... —Vika le frotó el brazo derecho, tratando de calmarla—. Tranquila, cálmate. ¿Esto es por el *brownie*?

Ella afirmó, mientras Davina las contemplaba con curiosidad, tratando de deducir si se referían en serio al pastel, o de nuevo andaban con las dichas metáforas.

—Cuéntanos qué ha pasado.

Karen empezó a explicar algo como que el *brownie* había decidido que el armario de su casa no era el lugar donde quería ser guardado, lo que confundió todavía más a Davina.

—¿Quieres decir que el *brownie*

prefiere otro armario? —quiso saber Vika.

—No, solo que su armario está en otro lugar. Lejos.

—Pero qué armario, qué decís... —protestó Davina—. ¡Los *brownies* no hablan!

—Cállate. —Vika la miró con fijeza, y volvió de nuevo su atención a Karen—. No entiendo nada, Karen, ¿quieres por favor ser más clara? ¿Leslie se ha llevado el *brownie* a Londres y tú estás enfadada porque no se ha quedado contigo?

Ella afirmó de nuevo, apartando las lágrimas de su cara.

—¿Y te ha explicado el motivo?

—No. —Sus dos amigas la miraron

unos segundos, hasta que al fin Karen se encogió de hombros, exasperada—. Vale, quizá me cabreeé y no lo dejé explicarse demasiado...

—Mira. —Vika hizo que la mirara—. Soy tu amiga y te quiero, eres muy buena tía, pero cuando sacas tu carácter no hay quien te aguante. Pobre *brownie*.

—¿Pobre *brownie*? ¿Y qué hay de mí? Porque soy yo la que está aquí llorando mientras él se larga como si nada.

—No creo que se haya ido como si nada. Debe estar hecho... migas —carraspeó Vika, lanzando una mirada desdeñosa a Davina—. Se notaba que quería estar en tu armario.

—¿En serio?

Vika asintió.

—Sí, Karen. Así que piensa bien si las últimas palabras que tuviste con él son las que de verdad querías decirle...

La pelirroja la estudió con sus ojos azules, sin saber si tomar en serio a Vika o no. Aquellas palabras tan sabias no eran propias de su amiga, pero no le quedaba otra que darle la razón. No podía permitir que Shane se fuera, no sin que ella intentara evitarlo, así que se incorporó de golpe haciendo que las dos pegaran un bote.

—Déjame tu coche —pidió, mirando a Vika.

—Está bien. Pero no corras. —Su amiga le dio las llaves con afecto—. Vamos, ¡vete y no vuelvas sin el

brownie!

—Y oye, ya que vas a pasar por la pastelería, podrías traerme un suizo de... —empezó Davina, pero se calló al sentir un codazo—. ¿Qué?

Karen se perdió el resto de aquella interesante charla, ocupada como estaba en buscar el coche de Vika y consultar la hora al mismo tiempo. ¡Mierda, andaba muy, muy justa! Tenía media hora hasta Inverness, pero si se saltaba todos los semáforos y no encontraba ovejas descarriadas en medio de la carretera, serían veinte minutos, y quizá aún no hubieran embarcado...

Mientras estaban en la cola para recoger los billetes y pasar a la sala de

embarque, Shane continuaba nervioso. Aún allí, a solo unos pasos de meterse en el avión, tenía la sensación de que se estaba equivocando. Leslie le pegó en el brazo para que se estuviera quieto.

—Me lo vas a contagiar —
refunfuñó, tratando de concentrarse en el periódico.

—Lo siento.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Quieres contarme por qué nos vamos a Londres de esta manera tan precipitada? ¿Qué está pasando?

Ella le estudió unos segundos, notando su inquietud, y resopló.

—Mi situación personal se ha complicado un poco, y necesitaba poner algo de espacio. He descubierto ciertas

cosas relacionadas con mi madre que me han... en fin, que tengo que volver a Londres y hablar con mi abogado.

—Y algo más, ¿no? No creo que me necesites solo para eso.

—Sí, hay más. Quiero hablar con Alan, tengo que lograr hacer que cambie de opinión respecto a construir el *resort* en la propiedad de Evan. —Shane se quedó perplejo—. ¡No pongas esa cara como si vieras un fantasma! Esas tierras son su legado, son importantes...

Shane ladeó la cabeza.

—Pues nunca te había importado nada el valor sentimental de las cosas. ¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. No tengo claro si voy a poder convencerlo... tendré que dar

algo a cambio, pero aún no sé el qué. Por eso te necesito también. Vamos allí por tiempo indefinido. —Fue el turno de Leslie de observar a su ayudante con atención—. ¿Por qué me preguntas esto?

—Hombre, ya que voy y vengo como un zarandillo, lo menos que puedes hacer es darme la información.

—¿Cómo habéis quedado Karen y tú?

—Se pensó que le había estado tomando el pelo y me mandó a la mierda. —Leslie alzó la ceja, como si no lo creyera—. Más o menos.

—Pero, ¿qué le dijiste?

—Lo que sabía. O sea, nada.

—Shane... lo siento, no me di cuenta de explicártelo por teléfono. No sé, di

por hecho que vendrías conmigo y estaba tan alterada... —su tono fue de disculpa.

Shane afirmó con la cabeza, quedándose otra vez pensativo. De manera que tiempo indefinido en Londres. Aquello no pintaba demasiado bien, porque podía alargarse; todo parecía depender de si a Alan le apetecía ser convencido para renunciar a las tierras del escocés.

¿Y por qué él debía planificar su vida en base a los deseos de Leslie? Comprendía que su jefa se movía con un motivo noble, pero no veía por qué tenía que afectar a su vida.

Lo peor que le podía pasar era quedarse sin su trabajo, y eso no parecía

tan importante. O al menos, no tanto como para perder a Karen.

En aquel momento su cerebro hizo *clic*, y Shane dejó de avanzar en la cola.

—No voy —soltó, mirando a Leslie.

—¿Qué?

—Que me quedo aquí. No quiero irme.

—Pero Shane, volveremos. Es algo temporal —trató de explicar Leslie, contrariada.

—Eso está por ver. —El irlandés sacudió la cabeza, negando—. Además, para entonces podría ser tarde. Ambos conocemos a Karen.

Leslie vio la determinación en sus ojos, y supo que nada de lo que dijera lo iba a convencer para que cambiara de

opinión. Y no pensaba insistir, podía comprender cómo se sentía... a ella misma le había costado un mundo dejar a Evan.

—¿Cómo voy a apañarme sin ti? — preguntó, con un tono más próximo al afecto que al enfado.

—Seguro que lo haces genial, eres buena en el trabajo y convencerás a Alan. —Shane le dio unas palmaditas de ánimo mientras sacaba los papeles de reserva de vuelo—. Y con esto ya tienes experiencia de cuando vinimos. Lo entregas en el mostrador y ella te dará el billete. Y al llegar, tienes que ir a por tus maletas. Sola.

—Lo sé, lo sé. Puedo hacerlo, no se me caerán los anillos... además, he

solicitado un servicio especial y me las enviarán a casa, así que solo llevo una. —Le dio unos golpecitos a la maleta, sonriendo—. ¡Algo he mejorado! ¿Cuántos puntos de antipatía me darías ahora?

El chico se quedó pensativo unos segundos, y después sonrió.

—Dos.

—¿Y qué tengo que hacer para llegar al uno?

—Volver de Londres, y hacer que recupere mi empleo. —Shane le guiñó un ojo.

Leslie asintió al escuchar sus palabras, y luego cogió aire mirando la fila; coger aquel avión era igual a incertidumbre. Asegurar a Shane que

volverían era como repetírselo a sí misma, manifestar su deseo en voz alta. Pero no sabía lo que iba a ocurrir, y producía una sensación de miedo avanzar de aquella manera... trató de desechar esos pensamientos, porque debía concentrarse en despedirse de Shane.

Le dio un abrazo, algo que no había hecho nunca, y se separó.

—Estaremos en contacto — prometió, deseando que no sonara como una amenaza.

Shane se encogió de hombros, y vio cómo se alejaba siguiendo la fila. Esperaba que fuera capaz de hacer todos los trámites sola, tal como era antes hubiera sido impensable, pero ahora...

parecía capaz de desenvolverse sin un criado que fuera por delante colocándole la alfombra roja. De lo cual se alegraba, por cierto, la libertad que sentía era maravillosa. Se frotó el cuello, regresando al mostrador de coches de alquiler.

—¿Otra vez usted? —preguntó el dependiente, que tan solo hacía un par de horas le había atendido para devolver el otro vehículo.

—Sí, otra vez yo. Resulta que necesito otro coche de alquiler.

—¿Pero no se iba de vuelta a Londres?

—Bueno, pues ahora no me voy, y quiero un coche.

—¿Quiere usted el mismo que ha

dejado hace un rato? —El dependiente pareció pasmado cuando vio a Shane asentir—. De acuerdo. Espere aquí, y le daré el formulario. Qué mundo tan raro este en el que vivimos.

Y se alejó para buscar la documentación mientras Shane se apoyaba en el mostrador, dispuesto a esperar.

Karen llegó al aeropuerto como una exhalación, tras haber excedido la velocidad y saltarse un montón de semáforos, además de un par de señales de stop y esquivar tres vacas lanudas y un rebaño de ovejas. Suerte tenía de no haber sido vista por ningún policía, porque con aquella lista de infracciones

seguro que le retiraban el carnet de por vida. Pero le daba igual, ahora toda su concentración estaba puesta en localizar la puerta de embarque del vuelo a Londres, y llegar a tiempo para evitar aquel desastre.

Buscó en la pantalla hasta localizarlo, y en cuanto vislumbró que era la puerta cinco se encaminó hacia allí, casi con la misma velocidad que había usado al conducir. Cuando llegó jadeando y temiendo otro infarto, se encontró con una cola que avanzaba como aquellos engendros de la película del ciempiés humano: lenta y torpe, que hacían hasta que pareciera difícil esperar en fila. Echó un vistazo por si encontraba a Shane, pero a primera vista

no lo vio, así que le pegó un golpe al hombre que tenía delante.

—Oiga —dijo, cuando este se giró—. ¿Me hace un favor, que desde aquí no alcanzo a ver toda la fila? ¿Me dice si ve una pareja joven, ella vestida de ejecutiva con un maletín, él de pelo castaño con unos preciosos ojos azules?

El hombre la miró asombrado.

—Es para hoy —gruñó Karen, a lo que el señor empezó a escrutar la cola.

—No veo a nadie de esas características —explicó, tras un primer barrido.

—¡Pues tienen que estar! Esfuércese un poco, hombre...

Él resopló, pero hizo otro intento. Como seguía sin localizar a la pareja

que la pelirroja buscaba, giró la cabeza y le dijo:

—Espera, voy a ver si los que están ahí delante ven el comienzo de la fila, ¿vale?

—¡Sí! ¡Sí, por favor! Pero rápido, antes de que entren al avión.

El hombre eligió a una señora mayor que estaba unas cinco personas por delante de él, y empezó a hacer gestos hasta que le prestó atención.

—¡Señora! ¡Buscamos a dos personas pero desde aquí no vemos bien la cola! ¿Nos echa una mano?

—¡Claro! ¿Qué tengo que buscar?

—¡Una pareja! ¡Ella, traje de ejecutiva y maletín! ¡Él, pelo castaño y unos preciosos ojos azules!

Karen le pegó un codazo, mientras la mujer decía:

—Si de verdad tiene esos ojos, me lo quedo yo...

Ambos vieron cómo se estiraba, estudiando las personas que había ante ella, afanándose por encontrar el tesoro. Pero la mujer no era muy alta, y seguía estando muy al final de la cola, así que los miró como disculpándose.

—¡Lo siento, nadie con traje de ejecutiva ni ojos bonitos! ¿Quiere que pregunte a los que están delante de mí?

Karen miró alrededor, pensando que iba a morir de un momento a otro. Menos mal que el agobio que sentía al pensar en perder a Shane no le dejaba sentir vergüenza, o al menos de

momento, porque no era para menos... y ahora unas quince personas de la cola la estaban mirando como si estuviera loca.

—¡Oiga! —oyeron vociferar a la mujer, y los dos se miraron—. ¡Por aquí atrás necesitamos un poco de ayuda! ¡Tenemos una pelirroja que busca a alguien que está guardando fila, pero no llegamos a ver bien! ¿Quién nos ayuda?

—¿Igual que en *Cocodrilo Dundee*? —intervino una voz adolescente.

—¿Qué necesita? —respondió una voz masculina grave, que provenía de algún punto situado de la mitad de la cola hacia delante.

—¡Ejecutiva morena y chico de ojos azules con maletín!

—¡Ahora mismo echo un vistazo,

señora! ¡Dígale a la chica pelirroja que esté tranquila!

—¡Dice que estés tranquila, que ahora mismo lo comprueba! —vociferó la mujer.

Karen meneó la cabeza.

—En realidad el maletín es de ella... madre mía, madre mía. —El hombre le dio una palmadita para tranquilizarla—. Perdón, es que estoy de los nervios... anoche discutí con él, bueno, más bien discutí yo sola, le dije que se largara pero en realidad no quiero que se vaya...

El hombre asintió con expresión comprensiva, y se giró hacia la cola.

—¿Pueden darse un poco de prisa? ¡La chica está enamorada y no puede

permitir que el de los ojos azules suba al avión! —Se giró de nuevo hacia ella—. Pero, ¿y entonces quién es la ejecutiva del maletín?

—Ah, su jefa.

—Menos mal, ya empezaba a pensar que era su amante.

—No, no —corrigió Karen veloz, y entonces oyeron follón—. ¿Qué, qué pasa?

Y ambos se callaron para escuchar un murmullo, hasta que la mujer empezó a gritar otra vez con voz potente.

—¡Creemos que hay una mujer vestida con traje y maletín, pero está sola!

—No, entonces no es esa... busquen otra.

—¡Buscad otra! ¡No es esa, repito, buscad otra! —chilló la señora, haciendo aspavientos con las manos para motivar al personal.

Otra vez transcurrieron unos minutos, mientras toda la cola se revolvía buscando y pegando gritos; finalmente, la voz grave de hombre que había respondido la tercera vez se abrió paso por entre el follón.

—¡Lo sentimos, no vemos a nadie que encaje con esa descripción! ¡Dile a la chica pelirroja que lamentamos no haber podido ayudar más!

La mujer afirmó, y se giró hacia ellos con cara de pena.

—¡Parece ser que no hay nadie que se ajuste a ese perfil! ¡Muchos hombres

de pelo castaño sin ojos azules, y una ejecutiva con maletín pero sola! ¡Deben haber subido ya al avión! —Y esperó para cerciorarse de que la habían comprendido—. ¿Te encuentras bien, cariño?

Karen alzó una ceja.

—¡No te preocupes, todo se arreglará! —la voz de la mujer se perdió entre el ruido de la cola al avanzar.

—Lo siento, chiquilla. —El hombre la observó de forma afectuosa—. ¿Estás bien?

—Bueno. Lo he intentado...

—Seguro que puedes disculparte por teléfono. —Y con una sonrisa siguió a las personas que tenía delante, dirección

al mostrador.

Karen no podía creer que aquello no se le hubiera ocurrido antes. ¡El *WhatsApp*! La mitad de su relación se había desarrollado por ese medio, ¡y algo tan simple se le había pasado!

Si ya estaba en el avión quizá lo había apagado, pero siempre existía la posibilidad de que no lo hiciera hasta que lo ordenaran las azafatas. Abrió su bolso para cogerlo, con tanto ímpetu que el móvil salió volando por los aires; ante su mirada incrédula, lo vio bajar con la misma intensidad y estrellarse contra el suelo.

«¡Mierda!», pensó, empezando a cabrearse al ver los pedazos rotos.

¿Qué más podía pasarle? Se agachó

y empezó a recoger las piezas, maldiciendo su mala suerte.

Por su parte, Shane estaba sentado en la cafetería leyendo un periódico mientras tomaba un café con tranquilidad. Al final le habían dicho en la agencia que tardarían una media hora en darle el coche, así que para no estar de pie en plan acosador delante del pobre trabajador, había decidido intentar distraerse. Sacó el móvil un par de veces, pensando en si enviarle algún mensaje a Karen o no... pero como no estaba seguro de que fuera a contestar, decidió que lo mejor era esperar y presentarse directamente en el ayuntamiento. Así la chica no podría escaquearse y escucharía lo que tenía

que decir... que aún no tenía muy claro qué palabras usar, pero ya se le ocurriría.

Dio un sorbo al café y pasó la página. Estaba leyendo una noticia local sobre unos niños que habían decidido gastar una broma a un pastor, y este se había encontrado una de sus vacas con el pelo teñido de colores y el flequillo de punta, cuando oyó voces provenientes de una de las filas. Levantó la vista sin mucho interés, hasta que vio que se trataba de la cola de embarque en la que él debería estar. Lo primero que pensó fue que Leslie estaría discutiendo con alguna azafata; la chica había mejorado mucho, sí, pero era la primera vez que montaba en avión sola y a saber si no

estaría pidiendo alguna cosa imposible...

Pero no. Cuando examinó la fila, no la vio por ningún lado, debía estar ya en el avión. Y entonces distinguió una cabellera pelirroja que le resultaba familiar. Se frotó los ojos, no fuera a estar teniendo visiones. Sin embargo, cuando los abrió de nuevo, allí seguía Karen: golpeando a un hombre el brazo con insistencia mientras la gente de la fila se removía y gritaba entre ellos. Estaba tan estupefacto que se quedó observando las idas y venidas, hasta que ella abrió su bolso y vio salir algo volando, hasta caer al suelo y dividirse en pequeños trozos.

Sin darse cuenta, empezó a sonreír

de forma tonta. Karen solo podía estar allí por una razón: él. Así que se levantó y se acercó hasta ella, que estaba de rodillas en el suelo buscando piezas.

—¿Puede ayudarte en algo? — preguntó.

—No, gracias —fue la brusca respuesta.

De pronto se quedó quieta, mirando aquellos zapatos, aquel pantalón... siguió subiendo la vista hasta encontrarse con la mirada divertida de Shane, que la observaba con las manos en los bolsillos como si no tuviera otra cosa que hacer.

Se levantó lo más digna que pudo, y se cruzó de brazos con gesto hosco.

—No sé a qué viene esa miradita de

cachondeo —dijo—. ¿No deberías estar en el avión?

—Sí, debería. ¿Y tú? ¿No deberías estar trabajando en el ayuntamiento?

—Pues también.

—Bien, ahora que hemos establecido dónde deberíamos estar cada uno, y dónde estamos en realidad, ¿quieres explicarme a qué has venido?

—A lo mejor tú deberías explicarme por qué no has subido a ese avión en el que tenías tantas ganas de irte ayer.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes un ramalazo de genio un poquito excesivo?

Karen abrió la boca para protestar, pero se calló al ver que tenía razón, y que su comportamiento no estaba siendo

tampoco el más amable del mundo. A lo mejor tenía que haber empezado por decirle que no quería que se fuera... pero cuando fue a hablar de nuevo, se encontró con Shane tirando de ella hacia su pecho y besándola hasta que la dejó sin respiración. Le cogió por el cuello, correspondiéndole, hasta que oyeron aplausos y vítores provenientes de la cola y se separaron un poco, ambos enrojeciendo.

Karen hizo un gesto de saludo hacia ellos.

—Parece que has hecho unos cuantos amigos —comentó Shane.

—Sí, bueno, es que no os encontraba.

—Leslie ha subido de las primeras.

—¿Y no le ha importado que te quedaras?

—Lo ha entendido. Supongo que se ha dado cuenta de que me he enamorado de ti. —Le acarició una mejilla, sonriendo ante su cara de sorpresa—. ¿Por qué otra razón iba a quedarme, Karen?

—Es que yo... no esperaba que tú...

—Estaría bien que dijeras *yo también*, porque deduzco que es por eso que has venido a buscarme. No creo que fuera para decirme quién es el mejor cantante y decir la última palabra. Ah, no, espera, que eso ya lo hiciste ayer.

Karen le pegó en un hombro, ruborizada.

—Sí, tienes razón.

—¿Vas a admitir que James Morrison es el mejor? ¡No me lo puedo creer!

—No seas tonto, me refiero a que debí dejarte hablar ayer. —Él se quedó esperando—. ¿Qué?

—¿Y? ¿Nada más?

—Sí, vale, yo también te quiero.

De nuevo sonidos de aplausos, lo que les hizo darse cuenta de que uno, estaban hablando más alto de lo que pensaban, y dos, la cola se había acercado a ellos para enterarse de todo y las azafatas estaban intentando que se reorganizaran para embarcar de una vez.

—Creo que será mejor que nos vayamos —dijo Karen.

—Sí, espera. Tengo que cancelar el

coche de alquiler, con ese tuyo que no usas nunca nos arreglaremos, ¿no?

—Claro.

Le acompañó hasta las oficinas, donde el empleado, al verlos llegar, sacó los papeles y unas llaves.

—Ya tiene listo su coche —dijo.

—Gracias, pero venía a cancelarlo.

—¿Está seguro?

—Sí, perdón por las molestias, pero al final no me hace falta.

El chico no pareció muy contento, pero murmuró una despedida y Shane cogió a Karen de la mano para dirigirse a la salida.

—¿Dónde has aparcado? —preguntó.

—He venido con el de Vika, lo he...

Llegaron a la puerta, y Shane la miró interrogativamente.

—¿Lo has...? —la animó a seguir.

—Ay, que lo dejé aquí...

Señaló el lugar. Justo en unas líneas amarillas cruzadas, junto a una señal clara de una grúa. Shane suspiró.

—Pues nada, vamos a alquilar de nuevo el otro, a ver si no nos manda el hombre a la porra.

—Y de vuelta tenemos que pasar por una pastelería. Tengo que llevarle un suizo a Davina... no preguntes — terminó, al ver que él iba a decir algo—. Y aún tienes que contarme qué ha pasado para que Leslie tuviera que irse corriendo.

—Bueno, pues por un lado está el

tema de Finn... —Empezaron a caminar de vuelta a la oficina de alquiler de coches—. Va a hablar con el abogado de su madre, estaba muy afectada. Y por otro, y esto no puedes contarlo, quiere recuperar las tierras. Y necesita encontrar la forma para que den marcha atrás en el proyecto. Supongo que si encuentra otro sitio idóneo y devuelve el dinero...

—Pero Shane, para eso necesitará ayuda.

—Sí, por eso en Londres...

—No, no me estás entendiendo. Pobrecita, entre lo de su padre y esto... no puedes dejarla sola, ¿cómo se te ha ocurrido?

Shane se detuvo para mirarla.

—¿Porque, te recuerdo, te quiero y no puedo vivir en Londres si eso significa perderte?

—Sí, ya, eso lo entiendo. —Le dio un beso para que dejara de fruncir el ceño—. Lo que digo es que tienes que llamarla, para que sepa que puede seguir contando contigo, y la ayudaremos a que logre su objetivo. Tiene que estar sintiéndose muy sola. Venga, vamos a por el coche y luego la llamamos.

Shane suspiró resignado y llegaron a la ventanilla, donde el chico los miró incrédulo. Y al escuchar la petición de un coche, estuvo a punto de ponerse a mirar a su alrededor por si había cámaras ocultas.

Un punto

Leslie salió del despacho del abogado y se fue directa al cementerio donde estaba enterrada su madre. Se abrazó a sí misma mirando la tumba de mármol blanco importado de Egipto. Por supuesto, su madre había dejado dicho que quería lo mejor.

¿Qué se suponía que debía hacer ahora? Toda su vida había odiado a su padre, y querido a su madre. Y ahora que sabía la verdad, sentía que tenía que ser al revés. Pero todos aquellos años no se podían cambiar de la noche a la mañana. Con su madre ya no podía hacer nada, excepto pasar página. Pero con

Finn... ¿cómo se disculpaba una persona por toda una vida de odio infundado? Necesitaba tiempo para acostumbrarse a todo aquello.

Dedicó una última mirada al nombre grabado en la lápida, y se marchó a su oficina. Tenía que encargarse del otro asunto que le preocupaba, y ya iba con el tiempo justo para su reunión con Alan.

Para cuando por salió de la oficina, eran las nueve de la noche. Se metió en un taxi, agotada, y miró su móvil, con varios mensajes y llamadas de Evan. Había prometido llamarlo tras hablar con el abogado, y se le había olvidado por completo. Le devolvió la llamada, pero le saltó el buzón de voz. No le

extrañó, a aquellas horas estaría ocupado en el pub.

Decidió llamar más tarde, pero cuando llegó a su piso, se quedó dormida en el momento en que se recostó en el sofá. Y de nuevo no escuchó su móvil cuando Evan la llamó.

Por la mañana, nada más entrar en su despacho recibió una llamada de Alan. Había pensado en telefonar a Evan lo primero después de ver sus perdidas, de manera que lo que menos le apetecía era batallar otra vez con su jefe... la tarde anterior, Alan había puesto unas cuantas pegas a su sugerencia, y Leslie empezaba a desesperarse pensando que su idea saldría mal.

—Buenos días, Alan —saludó, cortés pero un poco fría.

—Ven a mi despacho, ya.

El tono no dejaba lugar a dudas. Leslie se levantó, preparándose para lo peor. Notaba a su jefe cambiado... demasiado autoritario y exigente, pretendiendo que se quedara horas y horas tras su horario, ¿no comprendía que tenía vida después del trabajo?

Cuando llegó al despacho, tocó con suavidad en la puerta antes de entrar. Alan ya estaba sentado en su mesa, con varias carpetas de expedientes que al parecer se había dedicado a estudiar. La observó cuando se sentó frente a él.

—De acuerdo —dijo, sin andarse con prolegómenos innecesarios—.

¿Quieres que retiremos la inversión de Kiltarlity? Consígueme lo mismo en Irlanda. Vete allí y busca algo exacto, no me vale cualquier *tierrucha* de tres al cuarto... nada de patatales cutres, quiero lo mismo que me pides que deje escapar.

Ella sintió un sudor frío recorrer su cuerpo. ¿Irlanda? Oh, no, no... no podía mudarse en aquel momento, y buscar tierras era un trabajo de cierto tiempo... sin embargo, era lo que le había pedido a Alan, dispuesta a todo para que Evan recuperara su terreno. Cuando había tenido aquella idea y se la había comentado por teléfono a su jefe, aún tenía a Shane con ella. Pero ahora estaba sola, y de pronto todo se le antojó cuesta

arriba. Se pasó la mano por la cara para apartar una fina capa de sudor.

—¿Irme a Irlanda? —balbuceó.

—Esa era tu propuesta, ¿no? Pues la acepto. Si me traes algo que me sirva, los inversores no protestarán demasiado. —Se encogió de hombros—. Hablarás con ellos tú misma, de todas formas. Ahí tienes tu oportunidad, Leslie. Así que ponte en marcha y no hagas que me arrepienta de haber aceptado.

Aturdida, Leslie comprendió que aquella era la frase de despedida. Se incorporó como en un sueño y salió del despacho, dando vueltas a la cabeza.

A su parte psicológica, todavía frágil, se le unía una nueva

preocupación. No sabía qué hacer para poder solucionar todo, sentía demasiado peso sobre su espalda... si pudiera recurrir a alguien sería más sencillo, pero, ¿a quién? Desde su regreso, no había conseguido que le enviaran una nueva ayudante, y al final Alan había terminado por decirle que, o bien la buscara ella misma, o bien hiciera su trabajo sola. Así que estaba muy estresada porque tenía que hacer absolutamente todo. Si pudiera retroceder en el tiempo al día del aeropuerto en Inverness sabiendo lo que sabía, hubiera obligado a Shane a subir con ella, aunque fuera arrastrándolo del cuello.

De pronto se despejó: ¡Shane! Qué

tonta era, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Karen la había telefoneado el mismo día que se marchó para decirle que contara con ellos para cualquier cosa que necesitara.

No sabía si mandar a Shane a Irlanda entraba en esa categoría, y menos si a Karen le parecería bien, pero no perdía nada por intentarlo, así que descolgó el teléfono y llamó al irlandés. Este le cogió tres timbrazos después.

—Hola, jefa —saludó—. ¿Qué tal por Londres?

—Bueno... —respondió, poco convencida—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Me aburro. Finn está a punto de volver al trabajo, y Karen anda tratando de ponerle al día de lo que ha pasado

durante todo este tiempo. Yo por ahora me he tomado unas semanas de descanso, luego veré qué busco.

—Ya que dices eso... —empezó Leslie, carraspeando—. Podría tener un trabajillo para ti.

—¿Un *trabajillo*, con diminutivo y todo?

—Me harías un gran favor si te encargaras de hacer esto. Parece que Alan ha decidido aceptar el cambio, pero tengo que encontrarle algo en Irlanda para que sustituyan la inversión.

Shane guardó silencio unos segundos.

—Entiendo, ¿quieres que me encargue yo?

—Sí, ya sé que es permanecer un

tiempo viajando, pero...

—Bueno, no tiene por qué si conoces Irlanda, y da la casualidad de que yo la conozco. ¿Cuándo querías emp...?

—Ya.

—¿Ya? Leslie, tienes que dejar de hacer esto, en serio. La gente necesita tiempo para organizarse, por si no lo sabes.

Ella miró al techo, mordiéndose el labio.

—Deja que piense y te digo algo esta noche —prometió Shane, antes de colgar.

Leslie dejó el auricular con un suspiro. Shane tenía razón, pero esperaba que pudiera (y quisiera)

ayudarla. Miró el reloj, y cogió el teléfono de nuevo para marcar el número de Evan. Tantas emociones la debían haber puesto muy sensible, porque cuando oyó su voz estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Leslie? —preguntó él, al ver que no hablaba—. ¿Estás bien, *lassie*?

—Sí, sí, estoy bien. —Cogió aire para calmarse—. Es que son demasiadas cosas, supongo.

—¿Por el abogado?

—Tenía que haberte llamado ayer, pero se complicó el tema y con la oficina... No sé qué se piensa Alan, de verdad. ¿Es que no tiene vida fuera de aquí? —Evan se echó a reír—. No le veo la gracia.

—¿No te recuerda a alguien?

—Sí, vale —refunfuñó—. Puede que yo fuera así antes. Pero ya no. Y no quiero estar todo el día aquí metida.

—Bueno, piensa que es algo temporal, hasta que esté el tema encauzado.

—Sí, supongo que sí.

—¿Y qué te contó el abogado?

—Lo mismo que Finn. Parece que mi madre quería tenerme para ella sola. No sé, tengo que hacerme todavía a la idea.

—Lo van a tener ingresado unas semanas por la rehabilitación de la pierna, pero parece que no tendrá secuelas del golpe en la cabeza.

—Supongo que... no sé, hablaré con él en algún momento. —Su móvil pitó

con otra llamada—. Me están llamando, tengo que dejarte.

—Vale, hablamos más tarde. Te echo de menos, ¿sabes?

—Yo también a ti.

Colgó y respondió para coger la otra, mordiéndose el labio al ver que se trataba de uno de los inversores. El hombre la tuvo al teléfono una hora para preguntarle por todo el tema del cambio, y al final Leslie se vio abocada a tener que organizar unas cuantas reuniones para explicar los motivos del cambio y prometer participar en varias fiestas benéficas como imagen de su empresa, algo que antes hacía a menudo pero que en aquel momento no le apetecía lo más mínimo. Tras colgar, echó aún más de

menos a Kiltarlity y su paz. Evan ya debía estar ocupado en el pub, así que llamó a Karen. También echaba de menos a las chicas.

Cuando colgó, se sentía algo mejor. Su conversación con Karen había sido de lo más fructífera, porque poco después, recibió una llamada de Shane.

—Está bien —dijo él—. Envíame la información que preparé antes de que te decidieras por Escocia, y empezaré por ahí.

Leslie sonrió aliviada, y se apresuró a buscar los ficheros.

* * *

—Bueno, ¿cuál es entonces el plan?

— preguntó Karen, una vez sentados en el avión.

Shane miró por la ventana del avión. Según sus cálculos, en menos de hora y media aterrizarían en el aeropuerto de Dublín; una vez allí, alquilarían un coche para viajar hasta Limerick, que era donde había nacido y donde vivía su familia. Karen tenía varios mapas, en los cuales habían hecho una selección preliminar de los lugares que podían visitar para buscar los terrenos que necesitaba Leslie, pero la visita familiar era una sorpresa.

Una sorpresa que, tratándose de Karen, nunca se sabía cómo podía resultar. Así que carraspeó unos segundos y se giró hacia ella.

—Llegamos a Dublín, vamos hasta Limerick, estamos unos días con mi familia, y después hacemos la ruta que hemos decidido ahí —señaló el mapa.

Karen procesó sus palabras con la misma rapidez con que las había pronunciado, y alzó una ceja.

—Espera, ¿acabas de decir *estamos unos días con mi familia*? —Shane afirmó—. ¿Esta información es nueva? ¿Por qué yo no lo sabía?

—Por si acaso decías que no.

—¿Y por qué crees que iba a decir que no?

—Y yo que sé. A lo mejor te daba un ataque de locura y pensabas que era muy pronto para conocer a mi familia —explicó el chico, no sin cierta razón.

—Pero si ya los conozco...

—Ya, pero en serio. En el papel de novia, ya sabes.

—Huy. No me da ningún miedo —Karen hizo una mueca—. Después de que todas tus hermanas vomitaran en mi baño y me desordenaran el piso, creo que tengo cierta ventaja.

Él sonrió sin añadir nada más. Mejor para él. Sabía que sus padres la adorarían al instante, ambos eran de carácter y preferían a la gente similar. Y sus hermanas, poco importaba qué opinaran, ¡si exceptuando a Orla todas eran unas cabezas de chorlito a las que los años no habían hecho madurar!

—Está bien. —Karen desplegó los mapas entre ellos—. Ya que salimos de

Limerick, tengo sitios marcados para visitar ciertos terrenos disponibles en Athlone, Kilkenny, Cork y Wexford. Si en esos sitios no nos convence nada siempre podríamos ir al norte, pero nos ocupará mucho más tiempo. Que no tenemos —remarcó.

Finn, aún ingresado pero ya trabajando desde el hospital, había aceptado prescindir de Karen dos semanas, ni un minuto más. Hasta entonces, Davina y Vika se ocuparían de su trabajo.

—Encontraremos algo, seguro. He hablado con unas cuantas agencias, y creo que Athlone o Kilkenny son las mejores opciones.

—Espero que tengas razón —

murmuró ella.

Leslie la había llamado para contarle su plan, y Karen había respondido ofreciendo su ayuda al momento. Ayuda que consistió en acelerar el proceso de *pensárselo* de Shane, y preparar el viaje a una velocidad de vértigo: investigación *flash* de los mejores lugares con ventas de terrenos que pudieran alojar un resort, y compra de billetes inmediata. Leslie también le había contado que estaba planteándose abandonar a Alan si lograba su propósito y establecer su propio negocio de compraventa en Kiltarlity. Y aunque todo estaba sin concretar, a Karen le parecía una idea estupenda. Sabía que Leslie contaría de

manera inmediata con Shane, y el irlandés no estaba hecho para permanecer en casa de brazos cruzados: necesitaba estar activo. Sin embargo, por expresa petición de la inglesa, prometió guardar silencio hasta que fuera un hecho.

Aterrizaron puntuales, y solo tuvieron que esperar veinte minutos hasta que les trajeron el coche de alquiler. Había un par de horas hasta Limerick, que Karen podría reducir a la mitad de ponerse al volante, pero Shane decidió que conduciría él y así se evitarían problemas en el caso de que algún policía los parara.

Estuvieron tres días en Limerick con la familia de Shane, tiempo suficiente

para que Erin y Cieran conocieran bien a Karen, y le dieran su aprobación; en palabras de Erin, «Karen era una chica con mucha personalidad», lo que convenció a Shane de que aquel genio era del agrado de su familia. Aprovecharon también para visitar la ciudad, con el King John's Castle del siglo XIII a orillas del río Shannon, que recorrieron en barca.

Al final de esos días, sus padres y hermanas los despidieron bajo la promesa de que «volvieran pronto», sobre todo Erin, que abrazó a Shane como si se fuera a la guerra. Después besó a Karen, que ya era su nuera en espíritu, sobre todo después de ver con sus propios ojos que su hijo estaba

enamorado de ella como los tontos.

Partieron hacia Kilkenny, el lugar donde más esperanzas tenían de encontrar el terreno perfecto, y solo tardaron una hora y media en llegar. Aquel viaje era la excusa perfecta para mezclar trabajo y placer, y eso hicieron. Contaban con tener que ir a Athlone, pero resultó que no hizo falta: el sitio perfecto se encontraba, como habían confiado, allí mismo.

* * *

Evan atravesó las puertas de salida y se quedó parado buscando a Leslie con la mirada. Estaba deseando verla, no podía pensar en otra cosa que no fuera

en besarla y demostrarle cuánto la había echado de menos. Pero cuando la localizó, se le congeló la sonrisa en el rostro.

Aquella no era su Leslie, su *lassie*. Era la *sassenach* que había visto la primera vez que fuera a Kiltarlity. Leslie estaba hablando por su *blackberry*; al verlo, le hizo un gesto para que supiera dónde estaba, pero sin dedicarle más que una mirada. Mientras se acercaba, Evan la recorrió con la vista. Estaba más delgada, eso seguro. Llevaba uno de aquellos trajes que valdrían una fortuna, acompañados de zapatos de aguja. Y su pelo... liso como una tabla, ni un solo cabello fuera de lugar. Se quedó esperando a su lado a que terminara de

hablar, reticente a tocarla, no fuera a estropear el perfecto maquillaje que llevaba. Parecía que hacía meses que no la veía, en lugar de cinco semanas. Había intentado ir varias veces a verla, pero Leslie parecía vivir de reunión en reunión, o de viaje en viaje, puesto que también se había marchado a Nueva York una semana para reunirse con los accionistas. Evan no entendía a qué venía tanto ajetreo, cuando firmó los papeles había supuesto que estaba todo acordado y listo para empezar, pero parecía que algo ocurría con el *resort* porque no habían comenzado las obras aún. Leslie solo le decía que eran detalles por pulir, y como tampoco él sabía cuánto trabajo implicaba aquello,

había acabado suponiendo que era algo normal.

Leslie por fin terminó la conversación, y le miró algo incómoda por la forma en que él la estudiaba. Pensó en darle un beso, pero como él tampoco se movía, cambió de idea y se quedó quieta.

—Tengo un coche esperando fuera—dijo, mientras sonaba su *blackberry* de nuevo—. Perdona, tengo que coger.

Empezó a caminar hacia la salida, y Evan la siguió con desgana. Necesitaba hablar con ella, si no dejaba el maldito móvil iba a ser complicado... y cuando salieron al exterior, se dio cuenta de que el coche al que se refería tenía chófer, así que allí tampoco podrían.

Rechazó la ayuda del hombre para meter su bolsa en el maletero, y ocupó el asiento junto a Leslie sin decir nada, ya que ella seguía hablando. Así habían sido los últimos días: apenas habían podido hablar. Y si Evan estaba en Londres, era porque ya se había puesto serio y le había dicho que iba a presentarse allí sí o sí. Leslie le había dicho que tenía una fiesta aquella noche, pero a él le daba igual, no quería pasar más tiempo sin verla. Así que directamente le había enviado su número de vuelo y se había subido en el avión. Ella no había parecido muy contenta, había puesto excusas hasta por el hecho de que fuera una fiesta de alto nivel... lo cual le había mosqueado. Ya no sabía

qué pensar, ¿acaso Leslie pensaba que él no era capaz de comportarse en sociedad o qué?

Se entretuvo mirando por la ventana, sin poder evitar aquellos pensamientos negativos; nunca había estado en Londres, y tenía mucho más tráfico del que había imaginado. Aunque cuando dejaron la autopista y se metieron entre calles, los edificios de aspecto antiguo le gustaron, y el hecho de que no hubiera rascacielos por todas partes. Pasaron cerca del río, pero antes de que pudiera ver nada, el coche se detuvo frente a un edificio de pisos. Evan se bajó mirando hacia arriba. Tendría unas quince alturas, y era entero de cristal y acero, de reciente construcción.

Entró tras Leslie, que apenas si saludó a un hombre que había tras un mostrador, y Evan supuso que era el portero. Se metieron en un ascensor, donde tampoco hablaron.

Poco después llegaron al apartamento. Evan dejó la bolsa en el suelo junto a un sofá de cuero blanco, para dirigirse hacia los ventanales del salón. Desde allí había unas vistas increíbles del río y la catedral de San Pablo, no le cupo la menor duda de que el lugar era de los más caros de Londres.

—¿Quieres ducharte o algo? — preguntó Leslie.

—¿A qué hora es la fiesta?

—A las ocho. —Comprobó su reloj

—Tenemos una hora hasta que vuelva el chófer. Te he dejado un par de trajes, camisas y zapatos en mi habitación, para que te pruebes a ver cuál te viene mejor.

—¿Pensabas que me presentaría con el *kilt*?

—Bueno, es que...

—Porque si lo hubiera pensado, habría traído el de ceremonia, pero ya veo que he hecho bien en no hacerlo. Supuse que no querías que te avergonzara delante de tus amigos.

—Yo no he dicho eso. Si el propio príncipe Carlos los usa para...

—Déjalo, ya no importa. ¿Qué puerta?

Leslie le señaló cuál llevaba a su habitación. Evan recogió su bolsa y

entró tras ella, viendo los trajes extendidos sobre la cama. Los examinó, comprobando las tallas, y apartó varias prendas.

—No tardaré, solo voy a afeitarme —le dijo, cogiendo su bolsa y metiéndose en el cuarto de baño anexo.

Leslie se dejó caer en la cama con un suspiro. Aquello no estaba yendo nada bien, ¿Por qué no la había besado? Ni siquiera la había tocado, ahora que lo pensaba.

Maldita fiesta benéfica... ojalá pudiera librarse de asistir, pero no podía. Solo quería estar a solas con él, le había echado tanto de menos... Había estado muy ocupada, casi lo tenía todo solucionado, pero aún no quería decir

nada para no hacerse ilusiones. Y sabía que le había tenido un poco abandonado, hubiera querido llamarle tantas veces y al final no había podido, que temía que quizá él solo había insistido en ir para poder hablar con ella y terminar la relación.

Odiaba ese pensamiento derrotista, pero era lo único que se le ocurría para su comportamiento.

Se levantó para sacar su vestido para aquella noche, y se fue al otro baño que había fuera.

Cuando Evan salió ya con el traje y recién afeitado, ella también estaba preparada.

Se quedaron mirándose unos segundos, sin que ninguno hiciera el

gesto de acercarse al otro.

—Nunca... Nunca te había visto tan peinado —dijo Leslie, señalando su pelo echado hacia atrás.

—Ni yo a ti tan elegante.

La verdad era que le pareció que estaba deslumbrante, con aquel escote palabra de honor y el pelo recogido, exponiendo el cuello ante su mirada de deseo. Pero se había retocado el maquillaje aún más si cabía, y le pareció tan inaccesible que no se acercó. Empezaba a pensar que realmente Leslie no le quería allí, que solo había dicho que sí por no terminar con él por teléfono.

A la porra, si eso era así, que se lo dijera de una vez, no quería estar a la

expectativa más tiempo.

—Escucha, Leslie...

Pero se vio interrumpido por el sonido de su teléfono. Hizo un gesto de desesperación, mientras ella contestaba.

—El chófer está abajo —le informó, al colgar—. Evan, yo...

—Dejémoslo, no quiero que llegues tarde por mi culpa. Hablaremos luego.

Aquella frase no le gustó nada a Leslie, pero afirmó con la cabeza. Cogió un chal de seda y se lo echó por lo hombros, antes de dirigirse hacia la puerta. De nuevo hicieron el viaje en ascensor en completo silencio, igual que durante el trayecto en coche. Evan se pasó el viaje mirando por la ventana, viendo las luces de la ciudad pasar ante

sus ojos, pero sin fijarse en realidad en nada. Leslie sacó su *blackberry* un par de veces, intentando distraerse, pero no tenía mensajes nuevos ni *mails*, así que lo guardó de nuevo.

El coche se detuvo y el chófer se bajó para abrir la puerta de Leslie y ayudarla a bajar. Ella le dio las gracias y se acercó a Evan, que estaba con las manos en los bolsillos mirando la lujosa entrada al hotel, donde varias personas elegantemente vestidas hablaban entre ellos.

—No te preocupes —dijo Leslie—. Son menos estirados de lo que parecen.

—Estaré bien, no haré nada que te avergüence.

—¿Por qué dices eso? Yo no me

avergüenzo de ti, ¿es por los trajes? No quería que tuvieras que comprar ni venir cargado desde Inverness, y...

—Buenas noches, Leslie.

Los dos se giraron hacia la voz masculina. El hombre extendió la mano hacia Evan.

—Hola, soy Alan, el jefe de Leslie —saludó—. Tú debes ser Evan, me ha hablado mucho de ti.

—Evander McKinley —contestó él, estrechándole la mano—. Sí, yo también he oído hablar de usted.

—Espero que bien. Y tutéame, por favor. Después de todo lo que Leslie está haciendo por...

—¿Por qué no vamos a por unas copas? —interrumpió ella.

—Buena idea. Así me puedes contar cosas sobre Kiltarti... Kitalrti...

—Kiltarlity —terminó él.

—Eso. Parece un sitio muy pintoresco, y...

—Mira, Alan, te busca Prescott Adams.

—Ah, cierto. —Hizo un gesto de disculpa hacia Evan—. Es uno de nuestros accionistas, ya sabes. Obligaciones.

Y se alejó con una sonrisa. Evan sacudió la cabeza, preguntándose qué demonios hacia allí. Cogió una copa de champán de uno de los camareros que pasaron a su lado, mientras una pareja se acercaba a hablar con Leslie. Y después fue un par de hombres, y luego

una mujer... y poco a poco Evan se fue alejando, sintiéndose fuera de lugar. La observó desde lejos, viendo cómo se movía entre unos y otros como pez en el agua, y entonces se dio cuenta: ese sí era su lugar. No Kitarlity, no Escocia. Aquellos meses habían sido un espejismo.

No fue hasta un par de horas después que Leslie por fin se acercó a él. Parecía incómoda, y Evan no estaba seguro de si era por haberle dejado solo o porque él estuviera allí.

—Perdona que no te haya hecho mucho caso —dijo ella—. Yo...

—No pasa nada, ya he visto que estabas muy ocupada. Creo que será mejor que coja un taxi y me vuelva a tu

piso.

—No, no hace falta, yo... ya he terminado aquí, podemos irnos si quieres. —Sacó su móvil del minúsculo bolsito a juego con sus zapatos—. Llamaré al chófer.

—Como quieras.

Dejó la copa vacía mientras ella hacía la llamada, y pocos minutos después estaban de nuevo sentados en el coche, en aquel incómodo silencio.

Una vez entraron en el piso, Leslie se quitó los zapatos con un gesto de malestar.

—¿Estás cansada? —preguntó él.

—Bastante. —Le miró de soslayo—.

¿Y tú?

—Solo quiero ducharme e irme a

dormir.

Leslie apretó los zapatos contra su pecho, dándose cuenta de las palabras que había utilizado. Solo quería dormir. Le estaba dejando claro que no se refería a otra acepción de la palabra que no fuera su definición exacta.

Le acompañó hasta el baño, para explicarle cómo funcionaban los botones de la ducha de masaje, y lo dejó solo.

Se sentó en la cama y tiró los zapatos al suelo, llevándose las manos a la cara. Sabía que todo era culpa suya: ella se había marchado, ella había distanciado las llamadas, ella lo acababa de dejar solo en una fiesta donde no conocía a nadie. Si pudiera explicar por qué había estado tan

ocupada, que todo era por él... pero hasta la semana siguiente no sabría si todo su esfuerzo habría valido para algo.

Evan salió del baño con una toalla alrededor de la cintura y secándose el pelo con otra. Frunció el ceño al verla sentada con aquella expresión tan triste. La miró con las manos en las caderas, decidido a acabar con aquella situación.

—¿Recuerdas lo que te dije cuando empezamos? —preguntó, de pronto.

Leslie le miró confusa. No le había oído salir, y no sabía de qué estaba hablando.

—¿A qué te refieres?

—A que si algo te molestaba, me lo dirías. A que no me gusta tener discusiones estúpidas por un

malentendido ni estar como estamos ahora, que parece que esperamos que uno diga algo para terminar con esta situación.

Ella palideció. Ahí estaba, no se había equivocado: iba a dejarla.

—Evan, escucha. Sé que he estado muy distante contigo, pero es que el trabajo...

—Dime la verdad, Leslie. Si quieres terminar conmigo, dílo ya. Y me iré por la mañana en el primer vuelo a Inverness.

—¡Es la verdad! Evan, no eres tú. Por favor, escúchame. He estado trabajando doce horas diarias, el *resort*... hay muchas cosas que solucionar aún. Y además está el tema

de Finn y... saber que mi madre me ha mentado toda mi vida no ha sido fácil de digerir.

Ahogó un sollozo.

—*Lassie*, no. —Evan se apresuró a acercarse para sentarse junto a ella, y coger su rostro entre las manos—. No llores.

Pero sus ojos ya estaban húmedos, con lágrimas corriendo por sus mejillas y dejando marcas en su maquillaje. Evan se las secó con los pulgares, sintiéndose culpable por haberle hablado así. Tenía que haberse dado cuenta de que el tema de sus padres la había afectado más de lo que imaginaba.

—Perdóname —le dijo, besando primero una de sus mejillas y luego la

otra—. No he pensado que... Joder, solo he pensado en mí. No en cómo te estabas sintiendo tú. Me pediste tiempo, y no he sabido dártelo.

—Evan, te he echado de menos. A todas horas.

—Y yo a ti, *lassie*.

Apoyó sus labios sobre los de ella con delicadeza, pero pronto el beso se convirtió en algo más pasional, más exigente: habían sido demasiadas semanas separados. Tiró de la cremallera de su vestido para quitárselo, y sus ojos se oscurecieron al ver que no llevaba sujetador debajo. Lo lanzó al suelo sin miramientos, y pronto su toalla siguió el mismo camino.

No tardó en tumbarse sobre su

cuerpo y cuando entró en ella, ambos gimieron por el placer reencontrado. Evan se quedó quieto, mirándola a los ojos.

—*Tha gaol agam ort* —le susurró.

Pero ella no pudo contestar, porque Evan ya estaba moviéndose sobre ella haciendo que su cuerpo se estremeciera por completo. Le abrazó con fuerza, rodeándole con sus piernas, y se dejó llevar como siempre hacia con él.

Evan se quedó sobre ella al terminar, con el rostro en su cuello mientras calmaba su respiración. Leslie le acarició el pelo, pensativa. Le gustaría saber qué le había dicho; había sonado muy cariñoso y... deseaba que fuera que la quería, deseaba decírselo

ella, pero las palabras se le atascaban en la garganta. Nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su madre.

Con un suspiro, Evan se echó a un lado, y ella se giró para acomodarse en su pecho. Abrió la boca para hablar, pero él se le adelantó.

—No sé si debo meterme —empezó—, pero he estado viendo a Finn estas semanas.

Leslie se apretó contra él, y Evan la rodeó con un brazo.

—¿Qué tal está? —preguntó, al cabo de unos minutos.

—Mucho mejor. La rehabilitación va muy bien. Pero Leslie... quizá... debieras dejar que te llame. Sé que es duro, pero...

—¿Y qué le digo, Evan? —cogió aire, procurando no llorar—. ¿Que sé que mi madre me mintió? ¿Que podría haberle buscado pero no lo hice? ¿Que ni siquiera sentí nada cuando supe que estaba en coma?

—Pero ahora sí sientes algo.

—Sí, pero no sé si es demasiado tarde.

—Nunca lo sabrás si no hablas con él.

—Lo sé.

Evan le acarició la espalda con los dedos, relajándola poco a poco. Leslie estaba medio dormida cuando lo escuchó hablar de nuevo.

—¿Estás dormida? —preguntó.

—No. —Ahogó un bostezo—. Dime.

—He estado pensando en nosotros, y... bueno, no creo que podamos continuar así.

Leslie se tensó. Pensaba que se acababan de reconciliar, pero si decía eso... Levantó la vista algo temerosa, y Evan se acomodó de lado para poder mirarla.

—¿Y si me vengo aquí contigo? —preguntó.

Aquello sí que no se lo esperaba. Leslie estudió su rostro, pero él estaba serio.

—Quieres decir... ¿mudarte a Londres? —preguntó, por si acaso.

—Sí. Y tranquila. —Le acarició un mechón que ya no estaba tan liso y se lo llevó a los labios—. No tendrás que

mantenerme. Aunque por lo que debe valer este piso, creo que ganas bastante más que yo. —Leslie no supo qué contestar a eso, porque sabía que era cierto—. Puedo alquilar el pub a Owen o quizá venderlo... no sé. Y montar algo aquí.

—Tú... ¿harías eso por mí? ¿Dejarías Escocia? —Él afirmó—. Pero... el clan... tú eres el *laird*.

—Puedo delegar en Finn, seguro que lo hace igual o mejor que yo. No sería un problema. —Le guiñó un ojo—. Siempre y cuando me dejes ponerme el *kilt* aquí de vez en cuando.

Leslie lo miraba sin poder creer lo que estaba diciendo. Porque a pesar de tono ligero, sabía que para él era un

paso muy difícil. Y también estaba segura de que Evan nunca sería feliz allí.

Evan la besó y cogió las sábanas para cubrir a ambos.

—Duérmete —dijo—. No hace falta que lo decidamos ahora mismo, pero piénsatelo.

Y la abrazó para quedarse dormido casi al momento. Leslie, sin embargo, estuvo despierta mirando al techo un buen rato más.

Evan se quedó un par de días de más, pero no volvieron a hablar del tema y cuando se marchó tampoco hizo ningún comentario al respecto.

* * *

Evan ayudó a Finn a subir las escaleras de entrada a su casa. La rehabilitación iba muy bien, pero aún le costaba caminar y agradeció poder apoyarse en el *laird* para entrar en su casa. Una vez en el salón, se acomodó en el sofá, más cansado de lo que había esperado.

—Gracias por traerme —dijo.

—No tienes por qué darlas.

Finn miró a su alrededor; la casa estaba tal y como la había dejado, pero notaba algo diferente en el ambiente... o quizá era su imaginación, pensando en que Leslie había estado viviendo allí.

Evan abrió las cortinas para que entrara luz, y se giró hacia él.

—Creo que tendrías que ir a hablar con ella —le soltó, sin más.

—¿Con tu madre?

Evan reprimió una sonrisa. Bueno, ese era otro tema pendiente; Finn se había enterado de que Nell había pasado más horas que nadie a su lado, aunque la cabezota de su madre no había vuelto desde que despertara. Pero de eso ya se había ocupado.

—No, me refería a tu hija —contestó.

Finn bajó la vista a sus manos, y sacudió la cabeza.

—Evan, ¿para qué? Se ha ido después de escuchar mi versión. ¿No crees que eso es indicativo de que no me ha creído?

—O de que se siente culpable por no haberte dado una oportunidad en todos estos años. —Se acercó y le apretó un hombro—. Piénsatelo, estará sola en Navidad... no estaría mal que le entregaras algún regalo en mano.

Oyeron que se abría la puerta de entrada, y ambos miraron hacia allí. Nell se quedó parada en la puerta del salón al verles.

—Yo... perdón —tartamudeó—. Venía a limpiar un poco antes de que llegaras, Evan me dijo que te traería dentro de un par de horas.

Miró a su hijo acusadoramente. Evan se encogió de hombros con gesto inocente.

—¿Eso dije? Me habré equivocado

de hora. —Se acercó y le dio un beso en la frente—. Tengo que irme.

Y les dejó solos sin más. Nell apartó la mirada de Finn, nerviosa.

—Te... te dejaré solo para que descanses.

Se dio la vuelta para marcharse, pero la voz de Finn la detuvo.

—Espera, Nelly.

Ella sintió que su corazón se encogía. Había pasado más de treinta años desde que la llamara así por última vez, desde que ella... Cerró los ojos con fuerza para reprimir las lágrimas.

—Tengo que irme —consiguió decir, con un nudo en la garganta.

—Por favor, espera.

Su voz sonaba mucho más cerca, y

ella se giró para verle apoyado en el marco de la puerta, con un gesto de dolor. No pudo evitarlo, y se acercó con rapidez para que se apoyara con un brazo alrededor de sus hombros y acompañarle al sofá. Pero cuando intentó marcharse de nuevo, Finn se lo impidió cogiéndole la mano.

—Finn, no puedo...

—Perdóname —le interrumpió él, buscando sus ojos—. Probablemente llego treinta años tarde, pero necesito que sepas que lo siento.

—¿Tú? —Le miró, con los ojos muy abiertos—. Pero si fui yo quien... —Él movía la cabeza—. Finn...

—No debí marcharme, tenía que haberte escuchado, y... entiendo que no

me esperarás.

—Debí hacerlo —empezó a sollozar—. Debí creerte cuando me dijiste que volverías.

—Ni siquiera te lo prometí. Era joven y estúpido, quería vivir aventuras y por eso me alisté... —Tiró de ella hasta que la tuvo sentada en su regazo, y Nell apoyó la cabeza en su pecho, con las lágrimas rodando por sus mejillas—. Nunca he dejado de quererte.

—Yo tampoco.

Elevó la vista hacia él, y Finn la besó con todo el amor que llevaba reprimiendo durante décadas. La estrechó contra sí, mientras sus lágrimas desaparecían poco a poco. Se separó para enmarcar su rostro, y mirarla con

ternura.

—Tenía que haber hecho esto hace años, cuando Evan echó a ese malnacido... pero pensaba que no me aceptarías.

—Supe que me había equivocado en cuanto acepté casarme con él, pero tú... volviste y parecías odiarme, y... después ocurrió todo con la madre de Leslie, y yo...

—Escúchame. Nunca la quise, no como te amo a ti. Y ella lo sabía, igual que yo estaba seguro de que no sentía nada por mí. Pero si algo bueno hemos sacado de todo esto, es a ellos. Tú tienes a Evan, y yo... —Recordó las palabras del chico—. Puede que aún tenga una oportunidad con mi hija.

—Es una chica maravillosa.

Finn la besó de nuevo, tomando una decisión.

* * *

Leslie entró en el portal de su casa deseando llegar a su piso y quitarse los estúpidos tacones. Maldita fiesta de Navidad. ¿Es que la gente no tenía familia con quien pasarla? Porque eso es lo que a ella le habría gustado hacer: cenar con Evan, con sus amigas... o con su padre, incluso. Pero no tener que fingir estar feliz de la vida con un *catering* en la oficina confraternizando con sus compañeros. Iba tan distraída que el portero tuvo que llamarla dos

veces para que le escuchara. Le miró extrañada, y él señaló al otro lado, donde había unos sofás para las visitas. Leslie se giró... y se quedó parada al ver a su padre allí sentado.

Finn se levantó despacio, sin poder evitar un gesto de dolor al apoyar la pierna. Leslie se aproximó corriendo, para sujetarle por la cintura.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupada.

—Cansado, el viaje ha sido un poco duro.

—Vamos a mi piso.

No se paró a pensar por qué estaba allí ni lo que pudiera querer decirle, solo le importaba que no se hiciera daño. Subieron en el ascensor hasta el

apartamento, y Leslie le dejó sentado en el sofá de cuero blanco.

Finn miró a su alrededor con admiración.

—No te va nada mal —comentó.

—Sí, en fin, no me puedo quejar. —
Dejó su bolso y se quitó los tacones, para después mirarle nerviosa—. ¿Quieres... quieres tomar algo?

—Estoy bien. ¿Podrías sentarte un momento, por favor?

Dio un par de palmadas en el sitio del sofá junto a él. Leslie titubeó, pero se acercó y se sentó a su lado, unos centímetros más lejos de lo que él había señalado.

—Creo que deberíamos hablar —
dijo Finn.

—Sé que... me fui corriendo, pero necesitaba tiempo. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja, nerviosa—. Todo lo que me dijiste... Fue demasiado, Finn.

—Lo sé. —Cogió su mano, apretándosela—. Pero me gustaría que pudiéramos empezar de cero. Tu madre ya no está. Y no me alegro, no le deseo ningún mal a nadie, pero ahora tenemos una oportunidad de conocernos. No recuperaremos el tiempo perdido, pero... si algún día pudieras pensar en mí como en tu padre, y no en... Finn o el alcalde o...

Leslie movía la cabeza, a punto de llorar, y Finn pensó que ella no le daría esa oportunidad.

—Si necesitas más tiempo te lo daré. Me iré ahora mismo, y...

—No es eso, yo... —Le apretó la mano a su vez—. Lo siento tanto... creí todo lo que me contaba, no te busqué, nunca me preocupé por ti. Por Dios, si cuando me llamaron para decirme que estabas en coma ni siquiera sentí nada. Tardé meses en ir a verte.

—Eso no importa ya, *bonnie*.

—¿Podrás perdonarme?

—No hay nada que perdonar. — Leslie le abrazó, llorando contra su pecho—. Mi *bonnie lassie*...

—Papá... *pàp*...

Y Finn no pudo reprimir las lágrimas al escuchar esa palabra salir de su boca después de tantos años. No

podía haber tenido mejor regalo de Navidad.

Cero puntos

Leslie contemplaba los fuegos artificiales desde la ventana de su salón. Las luces se reflejaban en el río Támesis y las vistas eran espectaculares; desde luego, no se había equivocado al comprar aquel piso.

Igual que no se había equivocado al venderlo, o al menos, eso esperaba. El día anterior por fin había firmado los papeles y ya tenía el dinero: más de medio millón de libras, había recuperado lo invertido y con beneficios, además. Con aquello podrían reformar el castillo de Evan...

Miró el reloj con una sonrisa triste.

Hacia un año exacto que Evan había entrado por la ventana de aquel *bed & breakfast*. Ciertamente, casi la había matado del susto. Pero también le había dado un beso que la había dejado atónita, tanto por lo inesperado como por lo agradable.

Le hubiera gustado sorprenderlo y presentarse en Kiltarlity ella aquella noche, pero al final solo había conseguido plaza en un vuelo al día siguiente.

No habían hablado mucho después de que él fuera a visitarla. De hecho, a Leslie le parecía que él estaba distante al teléfono, o quizá fuera ella misma, no lo sabía. Solo esperaba que todo su esfuerzo hubiera valido la pena. Unos

días atrás había conseguido el visto bueno para el nuevo *resort*, y Karen había devuelto el dinero entregado al ayuntamiento sin que Evan se enterara. Estaban preparando una fiesta sorpresa en el pub para decírselo todo.

Se apartó de la ventana cuando terminaron los fuegos artificiales, y se dirigió a su habitación. En el suelo tenía una maleta casi terminada, y movió la cabeza al recordar cuántas había llevado en su primer viaje a Kiltarlity. Si pudiera verse a sí misma, no se reconocería.

Y entonces oyó un golpe.

Frunció el ceño y miró a su alrededor, pensando que algo se había caído. Pero no, de nuevo oyó el sonido.

Provenía del salón.

Salió, encendió la luz, y se quedó petrificada. Tenía que estar teniendo visiones, a ver si su regreso temporal a la comida vegana le había afectado... Se frotó los ojos, pero cuando los abrió, Evan seguía allí: colgado de un arnés, al otro lado del cristal, y vestido entero de negro. Al verla, le mostró esa sonrisa sarcástica tan suya y agitó una mano, donde llevaba un pequeño paquete.

Leslie corrió a abrir la ventana.

—*¡Bliadhna Mhath Ur!* —exclamó él.

—¿Pero estás chalado? ¡Podrías haberte matado!

—No te preocupes, me ha ayudado tu portero. Es lo que usan los que te

limpian los cristales, totalmente seguros.

—Eso da igual, ¿por qué no has entrado por la puerta?

—Me encanta cómo ves lo romántico de la situación. —Ella enrojeció—. ¿Crees que podrías dejarme entrar?

Leslie se movió a un lado para que pudiera pasar, aturdida por todo aquello. No recordaba haber bebido champán aquella tarde en la oficina, en el cóctel de final de año... pero a saber, porque aquello no podía ser real.

Se lo quedó mirando mientras Evan entraba en el salón y se quitaba el arnés, y cogió por inercia el paquete que le tendía.

—Carbón, pastel escocés... —

empezó él.

—¿Pero de verdad estás aquí?

Evan se acercó sin dejar de sonreír, cogió su rostro entre las manos y la besó de forma que le demostró que estaba allí realmente.

—Sí, estoy aquí —le dijo, mirándola con ternura—. Y para quedarme, si quieres.

—¿Qué?

—Voy a dejar el pub, y he hablado con Finn para...

—No, no, no, ni hablar, no puedes hacer eso.

Evan se apartó, frunciendo el ceño ante su tono. Quizá aquello no había sido romántico, sino una estupidez y Leslie lo que no quería era verlo, solo

que él había estado demasiado ciego para ver las señales.

—¿No quieres que viva aquí contigo?

—Es que no puedes.

—¿Que no puedo?

Leslie sacudió la cabeza y dejó el paquete sobre el sofá, intentando reorganizar sus ideas. No se estaba explicando nada bien.

—He vendido el piso —dijo.

—¿Cómo?

—Sí, y el dinero que he conseguido lo vamos a usar para restaurar Kinley Castle. He hablado con un arquitecto amigo mío y he hecho unos bocetos, verás que...

—Leslie, ¿de qué estás hablando?

¿Y el *resort*?

—Lo cambié. Por eso he estado tan ocupada, tenía que empezar otro proyecto de cero. Las tierras son tuyas de nuevo, Karen y Shane me ayudaron.

—Pero... ¿y tu trabajo?

—Voy a abrir una agencia con Shane de compraventa de terrenos y restauración de edificios en Kiltarlity. Bueno, de hecho, en el castillo. Como es tan grande, he diseñado una zona para trabajar. Si te parece bien, claro.

Evan la contemplaba atónito. Leslie se movió incómoda, sin saber si aquella forma de mirarla era buena o mala... hasta que él empezó a sonreír para terminar acercándose y besándola de nuevo.

—Yo también te quiero —dijo, contra sus labios.

—Bueno, a ver. —Enrojeció aún más—. Yo no he dicho que...

—¿No? —Le mordisqueó el lóbulo de una oreja—. ¿Estás segura?

Leslie suspiró, rodeándole el cuello con los brazos.

—Quería decírtelo en gaélico —murmuró, derritiéndose con sus caricias—. Pero me trabo con las palabras.

—*Tha gaol agam ort, lassie.*

—*Thaga olag am ort, laird.*

Evan decidió que tenía que enseñarle gaélico... pero más adelante, ahora tenía otras cosas en mente mucho más interesantes.

Seis meses después

Leslie se miró en el espejo, alisando los pliegues de la falda escocesa con los colores del clan McKinley y comprobando que la corona de flores que llevaba en la cabeza estaba correctamente colocada.

—Venga, que nos están esperando —dijo Karen, asomándose por la puerta—. Madre mía, cómo te gusta mirarte al espejo.

Leslie le sacó la lengua a través del reflejo, pero cogió un ramo de flores frescas, con cardos secos entre ellas, y salió tras Karen. La primera vez que los había visto en un ramo había puesto un gesto de incredulidad, pensando que era

una broma, hasta que le explicaron que eran parte de la tradición escocesa. Al verlas aparecer por el pasillo, las gaitas comenzaron a sonar, inundando el salón de reuniones del recién inaugurado castillo con su música, preparado en aquel momento para el esperado acontecimiento. Leslie avanzó sin poder apartar la vista de Evan, que estaba al fondo vestido con sus mejores galas y que la miraba con esa sonrisa que le cortaba la respiración. Le sonrió a su vez, y cuando llegó a su altura, Evan, le cogió una mano y le dio un beso en la mejilla, antes de que ella se colocara a un lado, con Karen junto a ella. Evan volvió la vista al pasillo, donde por fin la novia hizo su aparición.

Su madre avanzaba sosteniendo un ramo con manos temblorosas y una sonrisa feliz que Evan no recordaba haberle visto nunca. Junto a él, oyó a Finn coger aire y le miró: el hombre también estaba emocionado y parecía a punto de llorar. No eran los únicos, todo el pueblo estaba allí reunido y ya se oían algunos sollozos ahogados. Su propia boda con Leslie había sido un gran acontecimiento que había reunido a todos los clanes cercanos, pero aquella era mucho más emotiva, estaba claro. La miró de reojo, comprobando que también tenía sus ojos húmedos, y no pudo evitar sonreír al pensar en la primera vez que la había visto y cómo habían cambiado las cosas desde

entonces. Ya incluso parecía que hubiera nacido y pasado su vida entre ellos, e incluso conocía las tierras casi mejor que él, sobre todo desde que su negocio con Shane fuera viento en popa y tuvieran trabajo de sobra.

Leslie levantó una ceja al ver que la miraba, y enrojeció un poco. Bueno, aquello solo podía significar una cosa... pero se obligó a mirar al frente, ya la llevaría a algún pajar después: ahora tenía que officiar una boda.

Fin

NOTA DE LAS AUTORAS:

Con relación a las costumbres y leyes escocesas, queremos aclarar que nos hemos tomado ciertas licencias literarias porque así lo requería el texto. ¡Esperamos que os guste!

AGRADECIMIENTOS

Idoia:

A mi familia: los presentes y los ausentes. Creo que a partir de ahora, habrá que tomar trocitos de pera en Nochevieja...

A las chicas del Norte: sin vosotras no sería igual. Y ya os pido perdón por las horas de sueño que os hemos quitado, aunque no nos hacemos responsables de comidas quemadas, topetazos con columnas, etc. ¡Sois las

mejores!

A *Team Coral*: No podemos estar en mejor sitio. Vero, solo puedo decir: gracias.

A mi compi Eva: ¿Se acabará alguna vez esa libreta????

Y a ti, que estás leyendo esto, precisamente por eso: GRACIAS por comprar este libro. Sin ti, este sueño no sería posible.

Eva:

A los míos, como siempre, porque a pesar de la falta de originalidad siempre necesito nombrarlos porque son mi gran apoyo, mi familia.

A las norteñas, porque son muchas y

muy buenas. Nos alegramos de teneros con nosotras, siempre estáis cuando os necesitamos. Yo hasta tengo un ángel de la guarda y todo entre ellas ;)

A Emma y a Sol, porque sois especiales. Y a Salomé y Toñi, porque sois mis betas, y mis chicas favoritas, os adoro.

A nuestros Corales... os queremos. Mucho. En serio, aunque seamos un poco secas, eso es porque somos del norte, pero os queremos. Verito, gracias por estar siempre ahí, por cuidarnos tanto, y por confiar en nosotras.

A Ido, esa libreta no acabará nunca y lo sabes, pero todo está bien porque somos un gran equipo. Y lo seguiremos siendo □

A nuestros lectores, gracias. Gracias por leernos, por escribirnos, por comentarnos qué os parecen nuestros libros, por dedicarnos palabras tan bonitas y por animarnos a seguir. Es la mejor recompensa de todas.

Biografía



Eva M.

Soler, nacida en 1976 en Cruces, ávida lectora desde niña, empezó a escribir también muy joven, aunque siempre como hobby. Su estilo se mueve entre el terror, el suspense y la comedia

romántica o new adult. Está felizmente casada y vive en Castro Urdiales. En solitario tiene publicadas dos novelas de la saga titulada “**Los mejores años**”.



Idoia Amo, nacida en 1976 en Santurce, con quince años se mudó a Sopuerta, donde se ha establecido de

forma definitiva con su marido y su hijo tras pasar varios períodos en el extranjero. Durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano. En solitario tiene publicada una novela romántica titulada **“Acordes de una melodía desenfrenada”** (Amazon).

Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, pero no ha sido hasta hace unos meses cuando decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cuál ha dado como resultado los libros **“Anxious”**, **“Amor escarchado”**, y **“Maldita Sarah”**.

